

A stylized graphic of a flag, possibly the flag of the Republic of Cuba, rendered in black outlines on a light background. The flag is divided into three horizontal sections: a top triangle, a middle section with horizontal stripes, and a bottom triangle. A five-pointed star is located in the bottom right corner of the flag. The number '26' is printed in the top left section of the flag.

26

pensamiento  
**crítico**

# pensamiento crítico

Pensamiento Crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no correspondan necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias a artículos cuando lo estime necesario.

## Director

- Fernando Martínez

## Consejo de Dirección

- Aurelio Alonso
- José Bell Lara
- Jesús Díaz
- Thalia Fung

## Diseño

- U. Peña

suscripción anual \$ 4.80

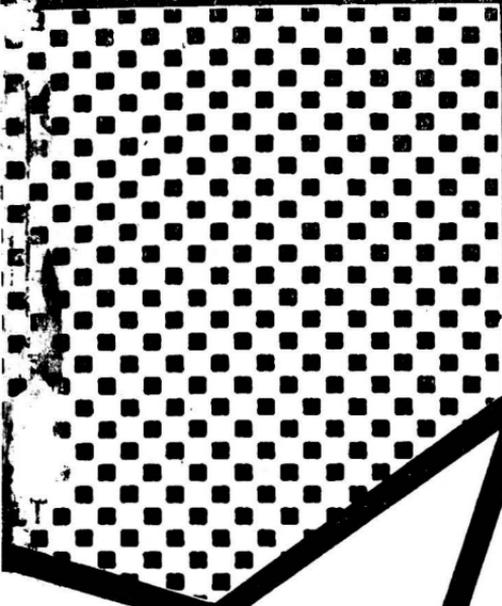
**Redacción** / Calle J. No. 556, Vedado, Habana, Cuba. Telf. 32-2343  
● **Precio del ejemplar** / 0.40 centavos ● **Circulación** / Distribuidora Nacional de Periódicos y Revistas, Neptuno 674. Teléfono 7-8966 ● **SUSCRIPCIONES** ● **En el extranjero a** / Departamento de Exportación del Instituto del Libro / 19 No. 1002 Vedado / La Habana, Cuba ● **Precio de la suscripción anual** / correo marítimo 5.00 dólares canadienses / Correo aéreo / para Latinoamérica y Estados Unidos: 10.00 dólares canadienses / para Europa: 25. dólares canadienses.

26

26 DE JULIO  
fidel

26 DE JULIO  
fidel  
castro

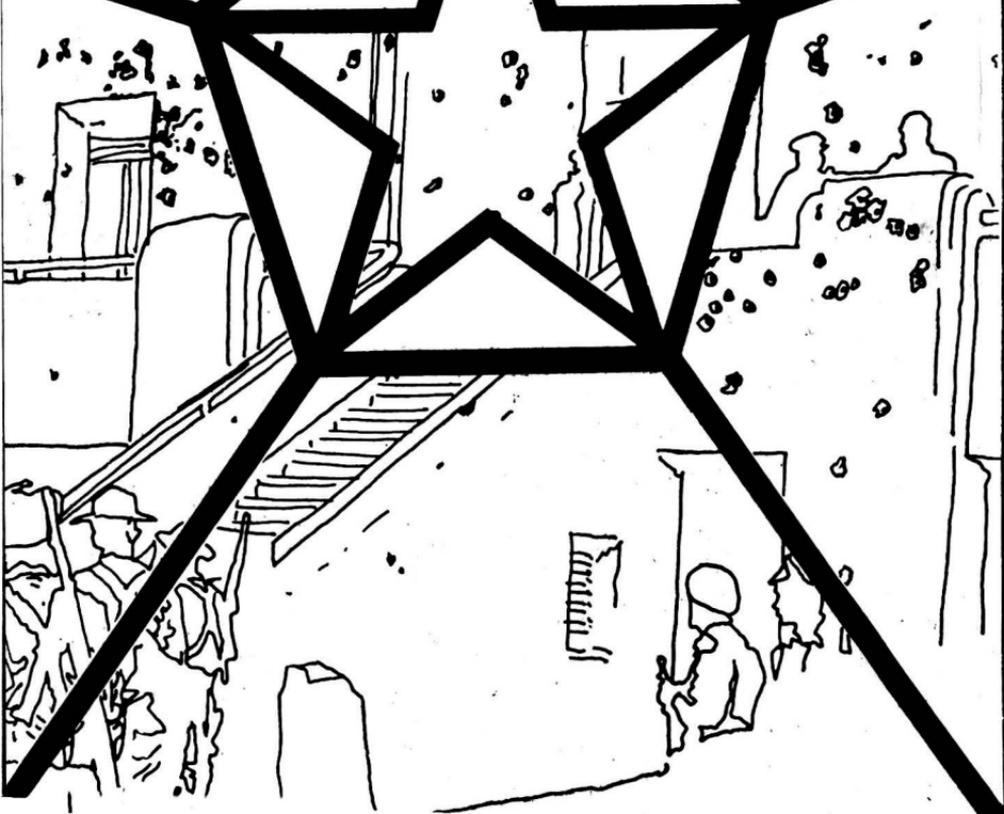
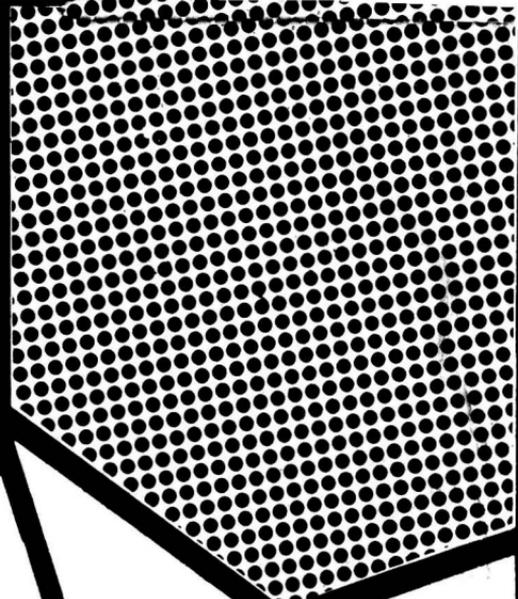
EL  
MOVIM  
ENTO



iversivo de

# AS DE UERT

hos de ellos  
tifican



# EL MOVIMIENTO 26 fidel castro DE JULIO

En el mismo lugar de oprobio y vergüenza debieran escribirle un día los nombres de quienes estorban la tarea de libertar a su patria como los de quienes la oprimen. En Cuba hay, desdichadamente, muchos que hasta hoy no han hecho absolutamente nada por redimirla de la tiranía y, sin embargo, han estorbado todo lo posible. Lo sabemos muy bien quienes desde hace varios años no hemos descansado un minuto en el cumplimiento áspero y duro del deber.

Al salir de las prisiones, hace diez meses, y comprender con claridad que al pueblo no se le devolverían jamás sus derechos, si no se decidía a conquistarlos con su propia sangre, nos dimos al empeño de vertebrar una fuerte organización revolucionaria y dotarla de los elementos necesarios para darle la batalla final al régimen. Para los que hemos hecho de esto una misión en la vida, no era lo más duro. Más ardua y fatigosa ha sido la lucha contra la mala fe de los políticos, las intrigas de los incapaces, la envidia de los mediocres, la cobardía de los intereses creados y esa especie de conjura mezquina y cobarde, que se interpone siempre contra todo grupo de hombres que intentan una obra digna y grande en el medio donde se desenvuelve.

El cuartelazo que sumió al país en el caos y la desesperación fue tarea fácil. ¡Tomó desprevenidos al pueblo y al gobierno! Se gestó en la sombra por un puñado ínfimo de desleales, que se movieron libremente y perpetraron sus planes criminales mientras la nación dormía confiada e inocente.

4 En unas horas, Cuba, de país democrático, pasó a ser, ante los ojos del mundo, un eslabón más en el grupo de naciones latinoamericanas encadenadas por la tiranía. La tarea de devolver al país su prestigio internacional, de recuperar las libertades que le arrebataron al pueblo y, con ello, una nueva era de verdadera justicia y redención para las partes más sufridas, explotadas y hambreadas de la nación es, en cambio, por amarga paradoja, incomparablemente más dificultosa y dura.

Cuatro años llevamos luchando para reconstruir lo que se destruyó en una noche. Se lucha contra un régimen que está alerta y temeroso de la arremetida inevitable; se lucha contra camarillas políticas que aparentemente ópuestas a la situación no se interesan por un cambio radical en la vida del país, sino por retrotraerlo a la política letal e infecunda donde los cargos legislativos fabulosamente remunerados, las altas posiciones burocráticas y las fortunas consiguientes puedan asegurarse de por vida y si es posible de padres a hijos; se lucha contra las intrigas y maniobras de hombres que hablan a nombre del pueblo y no tienen pueblo; se lucha contra la prédica nefasta de los falsos profetas que hablan contra la revolución en nombre de la paz y olvidan que en sus hogares hambrientos, temerosos y enlutados no hay paz desde hace cuatro años, contra los que pretenden anatematizar nuestra postura intransigente presentando como panacea salvadora el veneno de una componenda electoral y teniendo el buen cuidado de callar que, en cincuenta y cuatro años de República, los arreglos, las componendas y las mediaciones, al no curar de raíz los males, no han dado otros frutos que la miseria espantosa de nuestros campos y la pobreza industrial de nuestras ciudades, con su secuela de cientos de miles de familias, descendientes de nuestros libertadores, sin un pedazo de tierra, más de un millón de personas sin empleo y un porcentaje de analfabetos que alcanza la cifra bochornosa de un cuarenta por ciento. Compárese todo esto con las fortunas, las fincas, los palacios y los progresos personales obtenidos por cientos de políticos a lo largo de nuestra existencia republicana. Dinero robado, invertido en Cuba, en los Estados Unidos y en todas partes del mundo. Y todo eso se ha hecho tan natural en el olvido manifiesto de la más elemental justicia, y los conceptos morales se tornan tan contradictorios y paradójicos que la Sociedad de Amigos de la República, por ejemplo, hace recientemente, por un lado, dramáticos pronunciamientos oponiéndose a la amnistía común por la peligrosidad que entraña para la sociedad la impunidad del delito, y por otro, se sienta a dialogar solemnemente con Anselmo Alliegro, Santiago Rey, Justo Luis del Pozo y otros personajes gubernamentales sobre cuyos hombros de personeros de situaciones presentes y pasadas,

de sangre y de robo, pesan más culpas que todas las que puedan caber a todos los reclusos de la Isla de Pinos juntos.

Por ser un inconforme que no se resigna con el fatalismo político que hasta aquí hemos vivido, por desear para mi patria un destino mejor, una vida pública más digna, una moral colectiva más elevada, por creer que la nación no existe para disfrute y privilegio exclusivo de unos cuantos, sino que pertenece a todos, y todos y cada uno de sus seis millones de habitantes y los millones que la pueblen en el porvenir, tienen derecho a una vida decorosa y de justicia, de trabajo y bienestar, por luchar por ese ideal sin vacilar ante ningún riesgo o sacrificio, sin dudar en entregar los mejores años de la juventud y de la vida, cual lo están haciendo hoy centenares de hombres de nuestra generación con incomparable desinterés, poco falta para que se nos trate de presentar ante la opinión pública como réprobos de la sociedad, o, caprichosos sostenedores de una línea que no fuese la más honrada, leal y patriótica de este instante.

Este artículo no es sólo, por tanto, una réplica al último publicado contra nosotros en la revista *Bohemia* por quien escribió, con olvido de muchos vínculos de compañerismo y de lucha, cual si fuese conveniente renegar de ellos en las horas difíciles, el pensamiento del grupo que dirige oficialmente el Partido Ortodoxo (fracción mediacionista); es una réplica a todos los que nos combaten de buena o mala fe; es una réplica a los políticos que reniegan de nosotros, por interés o por cobardía; es una réplica en nombre de nuestro MOVIMIENTO a tanto hombre ciego, a todos los sietemesinos que no tienen fe en su pueblo.

Empezando por aclarar conceptos y situar las cosas en su punto, repito aquí lo que dije en el Mensaje al Congreso de Militantes Ortodoxos, el 16 de agosto de 1955: «el MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO 26 DE JULIO no constituye una tendencia dentro del Partido: es el aparato revolucionario del chibasismo, enraizado en sus masas, de cuyo seno surgió para luchar contra la dictadura cuando la Ortodoxia yacía impotente dividida en mil pedazos. No hemos abandonado jamás sus ideales, y hemos permanecido fieles a los más puros principios del gran combatiente cuya caída se conmemora hoy».

Aquel mensaje donde se proclamaba la línea revolucionaria fue aprobado unánimemente por la concurrencia de quinientos representativos de la Ortodoxia procedentes de toda la Isla, que, puestos de pie, lo aplaudieron durante un minuto. Muchos de los dirigentes oficiales se encontraban presentes y ninguno de ellos pidió la palabra para hablar en contra. Desde aquel instante la tesis revolucionaria nuestra fue la tesis de las masas del Partido;

éstas habían expresado sus sentimientos de manera inequívoca; desde aquel minuto las masas y las dirigencias comenzaron a marchar por senderos distintos. ¿En qué momento los militantes del Partido revocaron aquel acuerdo? ¿Acaso en las concentraciones provinciales donde el grito unánime fue: «¡REVOLUCION! ¡REVOLUCION! ¡REVOLUCION!»? ¿Y quiénes sosteníamos la tesis revolucionaria sino nosotros? ¿Y qué organismo podía llevarlo a la práctica, sino el aparato revolucionario de aquella masa chibasista, el MOVIMIENTO 26 DE JULIO? Han transcurrido siete meses desde entonces. ¿Qué hizo la dirigencia oficial a partir de ese día? Defender su tesis dialoguista y mediacionista. ¿Qué hicimos nosotros? Defender la tesis revolucionaria y entregarnos a la tarea de llevarla a la práctica. ¿Cuál fue el resultado de la primera? Siete meses lamentablemente perdidos. ¿Cuál fue el resultado de la segunda? Siete meses de fecundo esfuerzo y una poderosa organización revolucionaria que muy pronto estará lista para entrar en combate.

Hablo sobre hechos, no sobre fantasías; me baso en verdades, no en sofismas. Podríamos probar que la inmensa mayoría de la masa del Partido, lo mejor de sus filas, sigue nuestra línea; sin embargo, no lo andamos proclamando todos los días ni hablando a nombre de la Ortodoxia como hacen otros cuyo respaldo es muy hipotético a estas alturas. Mucha agua ha corrido bajo los puentes desde la última reorganización *hace cinco años*. ¿Y quién ha dicho que las lideraturas son eternas, que las situaciones no cambian; más aún en un proceso de convulsión donde todo se altera vertiginosamente? Tanto cambian, que alguno, producto de aquella reorganización, como Guillermo de Zéndegui, está hoy cómodamente instalado en el Gobierno. No se sabe todavía, sin embargo, en qué parte de Oriente están enterrados Raúl de Aguiar y Víctor Escalona, delegados de la gloriosa asamblea municipal de La Habana, asesinados por el régimen. Hubiera sido bueno preguntárselo a los comisionados gubernamentales en las asambleas contertulias del Diálogo Cívico, donde se recordaban los cargos electivos, pero no los muertos. . .

Bueno es advertir que examinando mi expediente dentro del Partido donde todo el mundo me vio luchar incansablemente sin figurar nunca en ningún cargo, jamás fui protagonista, ni antes ni después del 10 de marzo, de aquellas bochornosas polémicas que tanto daño hicieron a la fe de sus masas. Las páginas de los periódicos están llenas de aquellas querellas y mi nombre no aparece en ninguna. Yo dedicaba íntegramente mi tiempo y mis energías en organizar la lucha contra la dictadura, sin ningún respaldo de los encumbrados dirigentes. Lo imperdonable es que la historia se repita, y que en un instante en que el Diálogo Cívico se rompe y que los hechos demuestran

la certeza de nuestra tesis, cuando era de esperarse el respaldo del aparato político del Partido a nuestro MOVIMIENTO, hayamos recibido de allí la más injustificable agresión tomando como ruin pretexto un incidente en que no nos cabe la menor responsabilidad. Aquel ridículo episodio ha querido ser presentado como un heroico triunfo; pero no contra Batista, sino contra el MOVIMIENTO que está a la vanguardia de la lucha frente al régimen. Además de falsa y mentirosa, la supuesta victoria será pírrica. Lo más infame es que ahora se trate de excluirme a mí de toda culpa, para verter el peso de la intriga sobre los compañeros abnegados de la Dirección Nacional de nuestro MOVIMIENTO, que en Cuba libran la más dura y riesgosa lucha, sin aparecer nunca en ningún periódico, porque saben del sacrificio silencioso, y no tienen afán de publicidad, ni practican el exhibicionismo vergonzoso de los que bajo la capa del patriotismo están desde ahora haciéndose la campaña para concejales, representantes y senadores. Sus nombres no aparecen ahora en público, porque mañana aparecerán en la historia. Ahora los envidiosos los detractan, y si alguno de ellos cae en la lucha, esos mismos que los calumnian no vacilarían en invocar sus nombres en la tribuna como mártires, tal vez para pedir de inmediato el voto de la concurrencia...

No quiero agudizar la pluma para que no se llame al enjuiciamiento sereno «ataque despiadado», como se calificó a mi anterior artículo. Pero no prescindiré de entrar en aclaraciones de principios para que quede demostrado quiénes han interpretado mejor el pensamiento del Fundador de la Ortodoxia. Hagamos una breve incursión en la historia del Partido después del 10 de marzo. A raíz de la reunión de Montreal el organismo se dividió en tres fracciones. Las pugnas interminables entre Agramonte y Ochoa, tomaron carácter de cisma, en esa ocasión, al tratarse en la Asamblea de la Artística Gallega la moción de Pardo Llada favorable a un entendimiento con los demás partidos para la lucha insurreccional contra el régimen. El grupo partidario de mantener la línea de independencia política, por boca del profesor Bisbé, en dramático discurso, declaró que no había lugar a discusión porque se trataba de una cuestión de principios, y, en consecuencia, abandonó íntegro la reunión. Partiendo de aquel episodio surgieron tres vertientes: la montrealista, la independentista y la inscripcionista. El grupo independentista excomulgó a Pardo Llada porque se sentó en Montreal con Tony Varona, Hevia y demás auténticos, alegando que había violado la línea de independencia. El grupo montrealista calificaba, a su vez, de estática e inoperante la posición del grupo independentista. Ambos excomulgaron al grupo inscripcionista, alegando que se había acogido a la legislación electoral de la dictadura. La masa cayó en estado de verdadera deses-

peración y desconcierto. Muchos ortodoxos sinceros se enrolaron en la Triple A de Aureliano Sánchez Arango, considerando que cualquier camino era bueno para derrocar al régimen; otros no pudieron pasar por encima de los escrúpulos de conciencia que les había despertado la prédica de la línea de independencia chibasista; y otros, aunque ciertamente los menos, se fueron a llenar los cuadros del partido inscripto. Los ortodoxos que simpatizaban con la fracción montrealista se sentían insatisfechos por las dudas acerca de su posición ideológica; los que seguían al grupo independentista se encontraban, a su vez, disgustados por la falta de acción. Fue entonces cuando en medio de aquel caos surgió de las filas del partido un MOVIMIENTO que por su proyección era capaz de satisfacer las verdaderas ansias de la masa; un MOVIMIENTO que sin violar la línea de independencia chibasista enarbolaba resueltamente la acción revolucionaria contra el régimen; un MOVIMIENTO que no podía suscitar escrúpulos de conciencia a nadie en el cumplimiento vertical y limpio del deber: ese movimiento fue el 26 DE JULIO. Lo que hay que preguntarse no es si en aquella primera jornada alcanzó el éxito; tampoco lo alcanzó Chibás en la jornada de 1948, que fue sin embargo, un triunfo moral. Lo que hay que preguntarse es lo que pudo hacerse por un grupo anónimo de la masa, sin recurso de ninguna clase, que demostró todo lo que puede esperarse del decoro y la dignidad del hombre; lo que hay que preguntarse es si el éxito no hubiera sido posible de haber contado nosotros con el respaldo del Partido. Soy de los que creen firmemente que a raíz del golpe, si la Ortodoxia, con sus firmes postulados morales y el inmenso influjo que legó Chibás en el pueblo, el buen concepto de que gozaba, incluso, en las Fuerzas Armadas, ya que contra ellas no podía verterse la propaganda que se hacía contra el Partido desplazado del poder, se hubiera enfrentado resueltamente al régimen enarbolando la bandera revolucionaria, hoy Batista no estaría en el poder. Para calcular sus posibilidades de recaudar fondos para la lucha, baste recordar aquella cuestación de un centavo para libertar a Millo Ochoa, que alcanzó en veinticuatro horas la cifra de siete mil pesos. En la calle los hombres y las mujeres del pueblo decían: «Si es para la revolución, estoy dispuesto a dar diez pesos en vez de un centavo.»

Han pasado tres años desde entonces y sólo el MOVIMIENTO ha mantenido su postura y sus principios. El grupo independentista que excomulgó a los montrealistas, porque se sentaron en aquella ocasión junto a los representantes de otros partidos, lo vemos en el Muelle de Luz sentado junto a los líderes de los partidos que antes rechazaron... Es curioso que los que rechazaron un entendimiento con los demás partidos para una acción revolucionaria, se unan en cambio, con esos mismos partidos para mendigar

unas elecciones generales; y más curioso todavía que todos los que excomulgaron al grupo inscripcionista por acogerse a una legislación del régimen, se reúnan ahora con los delegados de la dictadura para implorarles un arreglo electoral.

¡Y qué infamia! Allí, en esa misma reunión, a presencia de los alabarderos del dictador, el comisionado de la fracción ortodoxa mediacionista declaró que «la línea de Fidel Castro no tenía el respaldo del Consejo Director». Nuestra línea era, sin embargo, la línea aprobada, unánimemente, en el Congreso de Militantes Ortodoxos, el 16 de agosto de 1955. Hoy reniegan de mi nombre. No renegaron, en cambio, cuando, a la salida de la prisión honrosa de dos años que sufrí, necesitaron unas declaraciones mías de adhesión para fortalecer el maltrecho prestigio de la dirigencia oficial; entonces mi modesto apartamento era honrado constantemente con la visita de esos mismos líderes. Hoy, cuando respaldar la línea digna de quien ha cumplido honestamente su deber, puede ser peligroso, resulta lógico que se entone una mea culpa ante los exigentes delegados de la tiranía.

Es cierto que ese comisionado más adelante nos defendió; nos defendió a su modo. Dijo que nuestra actitud estaba justificada porque el régimen nos había cerrado toda oportunidad de actuar en Cuba. Y yo le pregunto al grupo en cuyo nombre habló el comisionado, ¿si nuestra línea está justificada porque el régimen nos cerró toda posibilidad de actuar en Cuba no está más que justificada la adopción de esa línea por un Partido que le arrebataron el triunfo a ochenta días de unas elecciones y hace cuatro años no se le deja actuar en Cuba?

La mediación ha resultado un completo fracaso. Nos opusimos resueltamente a ella porque descubrimos desde el primer instante una maniobra del régimen cuyo único propósito desde el 10 de marzo ha sido perpetuarse indefinidamente en el poder. Detrás de la fórmula de la Asamblea Constituyente está la intención de reelegir a Batista a la terminación de su mandato. Pero en primer término la dictadura se propuso ganar tiempo, y lo ha logrado plenamente gracias a la prodigiosa ingenuidad de Don Cosme, a quien primero insultaban, luego elogiaban y ahora insultan otra vez. Batista lo recibe en Palacio en los días más críticos de su gobierno cuando el país estaba convulsionado por la heroica rebeldía estudiantil y el formidable movimiento de los obreros azucareros en demanda del diferencial que les habían esquilado. Batista necesitaba una pausa: citó a Don Cosme de nuevo para quince días más tarde. En la primera entrevista simuló cederle todo; en la segunda, se mostró más reservado, y fue ganando de este modo casi tres meses, hasta el 10 de marzo, en que desde el Campamento de Co-

10 lumbia, en pleno diálogo cívico, les dio otro cuartelazo a los incautos delegados opositores.

Si no se creía en los resultados del diálogo, ¿qué se pretendía asistiendo a él? ¿Acaso poner en evidencia al régimen ante el pueblo? ¿Es que al pueblo necesita demostrársele que este régimen es una atrocidad y una vergüenza para Cuba? ¿Para eso valía la pena perder tantos meses que podrían haberse dedicado a otro tipo de lucha? ¿O es que por ventura alguien creía sinceramente en hallar una solución por esa vía? ¿Se puede ser tan ingenuo? ¿No basta observar cómo los principales jefes y personeros del régimen se enriquecen abiertamente y compran fincas, repartos y negocios de toda índole en el país, a la vista de la nación, evidenciando la intención de permanecer largos años en el poder? ¿No dice nada la estatua de Batista fundida en Columbia y las armas modernas de todo los tipos que constantemente se están adquiriendo?

Es realmente impúdico ir a sentarse allí con los delegados del gobierno cuando todavía no se sabe dónde están enterrados muchos hombres de los que el régimen ha asesinado; cuando no ha sido castigado uno sólo de los que han victimado a más de un centenar de compatriotas. ¿Y los muertos: serán olvidados? ¿Y las fortunas malhabidas: serán convalidadas? ¿Y la traición de marzo: quedará sin castigo para que vuelva a repetirse? ¿Y la ruina de la República, el hambre espantosa de cientos de miles de familias: quedará sin esperanza de solución real y verdadera? No es culpa nuestra si el país ha sido conducido hacia un abismo en que no tenga otra fórmula salvadora que la revolución. No amamos la fuerza; porque detestamos la fuerza es que no estamos dispuestos a que se nos gobierne por la fuerza. No amamos la violencia; porque detestamos la violencia; no estamos dispuestos a seguir soportando la violencia que desde hace cuatro años se ejerce sobre la nación.

Ahora la lucha es del pueblo. Y para ayudar al pueblo en su lucha heroica por recuperar las libertades y derechos que le arrebataron, se organizó y fortaleció el MOVIMIENTO 26 DE JULIO.

Frente al 10 de marzo, el 26 de julio.

Para las masas chibasistas el MOVIMIENTO 26 DE JULIO no es algo distinto a la Ortodoxia: es la Ortodoxia sin una Dirección de terratenientes al estilo de Fico Fernández Casas, sin latifundistas azucareros, al estilo de Gerardo Vázquez; sin especuladores de la bolsa, sin magnates de la industria y el comercio, sin abogados de grandes intereses, sin caciques provinciales, sin politiqueros de ninguna índole; lo mejor de la Ortodoxia está librando junto a nosotros esta hermosa lucha, y a Eduardo Chibás le brindaremos el

único homenaje digno de su vida y su holocausto: la libertad de su pueblo, que no podrán ofrecerle jamás los que no han hecho otra cosa que derramar lágrimas de cocodrilo sobre su tumba.

El MOVIMIENTO 26 DE JULIO es la organización revolucionaria de los humildes, por los humildes y para los humildes.

El MOVIMIENTO 26 DE JULIO es la esperanza de redención para la clase obrera cubana, a la que nada pueden ofrecerle las camarillas políticas; es la esperanza de tierra para los campesinos que viven como parias en la patria que libertaron sus abuelos; es la esperanza de regreso para los emigrados que tuvieron que marcharse de su tierra porque no podían trabajar ni vivir en ella; es la esperanza de pan para los hambrientos y de justicia para los olvidados.

El MOVIMIENTO 26 DE JULIO hace suya la causa de todos los que han caído en esta dura lucha desde el 10 de marzo de 1952 y proclama serenamente ante la nación, ante sus esposas, sus hijos y sus hermanos que la REVOLUCION no transigirá jamás con sus victimarios.

El MOVIMIENTO 26 DE JULIO es la invitación calurosa a estrechar filas, extendida con los brazos abiertos, a todos los revolucionarios de Cuba sin mezquinas diferencias partidaristas y cualesquiera que hayan sido las diferencias anteriores.

El MOVIMIENTO 26 DE JULIO es el porvenir sano y justiciero de la patria, es el honor empeñado ante el pueblo, la promesa que será cumplida.

Marzo 19 de 1956.

*«Bohemia», abril 10. de 1956*



# RELATOS

## DE LA ernesto che guevara GUERRA REVOLUCIONARIA

---

### PINO DEL AGUA

---

Después del encuentro con Fidel, el 29 de agosto, marchamos algunos días, juntos a veces y otras separándonos alguna distancia, pero con el objetivo de pasar unidos por el aserrío de Pino del Agua. En ese momento teníamos noticias de que en Pino del Agua no había tropa enemiga o, en todo caso, una guarnición pequeña.

El plan de Fidel era el siguiente: si había alguna guarnición pequeña, tomarla; en caso contrario, hacer acto de presencia y seguir él con su tropa para la zona de Chivirico. Nosotros debíamos quedar emboscados esperando el Ejército batistiano que, en estos casos, inmediatamente venía para hacer una demostración de fuerza y disipar en el campesinado el efecto revolucionario de nuestra presencia.

En el curso de los días que precedieron a Pino del Agua, en la caminata que transcurrió desde «Dos Brazos del Guayabo», donde nos encontramos, hasta el lugar del combate, sucedieron algunos hechos cuyos actores principales han tenido que ver con la historia posterior de la Revolución.

Uno de ellos fue la descripción de Manolo y Popo Beatón, campesinos de la zona, que se habían incorporado a la guerrilla poco antes de Uvero, combatiendo allí y que ahora abandonaban nuestro campo. Estos dos individuos fueron readmitidos posteriormente en la guerrilla ya que Fidel les perdonara su tracción, pero nunca superaron su condición seminómada y bandidesca y, por algún motivo personal, uno de ellos, Manolo, asesinó al Comandante Cristino Naranjo después del triunfo de la Revolución. Logró, posterior-

14 mente, fugarse de La Cabaña donde estaba recluido y formó una pequeña guerrilla en la propia zona, donde había combatido en la Sierra Maestra, cometiendo, entre otras fechorías, el asesinato de Pancho Tamayo, valioso compañero incorporado desde los primeros días de la Revolución. Finalmente, una fuerza campesina tomó prisioneros a él y a su hermano Popo, siendo ambos fusilados en Santiago.

También nos ocurrió un accidente desagradable: un compañero, llamado Roberto Rodríguez, fue desarmado por insubordinación. Era muy indisciplinado y el Teniente de la escuadra a que pertenecía lo desarmó ejerciendo un derecho disciplinario. Roberto Rodríguez arrebató el revólver a un compañero y se suicidó. Tuvimos un pequeño incidente debido a mi oposición a que se le rindieran honores militares, ya que los combatientes entendían que era uno más caído y nosotros argumentábamos que suicidarse en unas condiciones como las nuestras es un acto repudiable, independientemente de las buenas cualidades del compañero. Tras un conato de insubordinación, solamente se veló el cuerpo del compañero, sin rendirle honores.

Uno o dos días antes me había contado parte de su historia y se notaba en él un muchacho de exagerada sensibilidad que estaba haciendo enormes esfuerzos por acoplarse a la vida dura de la guerrilla y, además, a la disciplina del ejército, cosas que chocaban con su naturaleza física débil y a el instinto de rebeldía.

Dos días después enviamos un pequeño grupo a las Minas de Bueycito para hacer una demostración de fuerza, ya que era el 4 de septiembre; la pequeña tropa estaba mandada por el Capitán Ciro Redondo y trajo prisionero a un soldado enemigo de nombre Leonardo Baró. Este Baró jugó un papel importante en las fuerzas de la contrarrevolución; fue prisionero nuestro, durante un buen tiempo hasta que un día me hizo un patético relato sobre la enfermedad de la madre y creí en sus palabras, tratando de convencerlo, de paso, que diera un golpe de efecto político. Le propuse que tomara una guagua, viera a su madre en La Habana y después pidiera asilo en una embajada, diciendo que no quería luchar más contra nosotros y denunciando al régimen de Batista. El objetó aquello diciendo que no podía denunciar al régimen por el cual sus hermanos peleaban y quedamos en que simplemente iba a declarar que no deseaba pelear más, cuando se asilara.

Lo mandamos con cuatro compañeros, con órdenes rigurosísimas de que no fuera a ver a nadie en el camino, a pesar de que conocía ya a muchos campesinos que venían a visitarnos al campamento; además, los cuatro compañeros que se encargaron de llevarlo debían hacer todo el tramo a pie hasta las cercanías de Bayamo, donde podían dejarlo y volver por otro camino.

Aquella gente no siguió las indicaciones, se dejaron ver por mucha gente, celebraron incluso alguna reunión en su presencia, ya en calidad de liberado y presunto simpatizante, y tomaron un jeep trasladándose a Bayamo. En el camino fueron interceptados por las tropas batistianas y los cuatro compañeros fueron asesinados. Nunca supimos bien si Baró participó en este crimen o no, lo cierto es que inmediatamente se instaló en las Minas de Bueycito, se puso a las órdenes del asesino Sánchez Mosquera y empezó a identificar campesinos, de los que llegaban a comprar sus mandados allí y que habían estado en contacto con nuestra guerrilla. Innúmeras son las víctimas que costó mi error al pueblo de Cuba.

A los pocos días del triunfo de la Revolución, Baró fue apresado y ajusticiado. Poco después bajamos a San Pablo de Yao, donde entramos en medio del alborozo general del pueblo, nos apoderamos pacíficamente de él algunas horas (no había tropa enemiga) y empezamos a hacer contactos. Trabajamos conocimiento con alguna gente de la localidad y cargamos toda la mercancía posible en camiones que conseguimos con los mismos comerciantes a quienes se la compramos a crédito, pues en aquella época pagábamos con vales. Conocimos entonces a Lidia Doce, quien fuera después nuestra gran compañera y la encargada de todas las tareas de contactos de la columna hasta su muerte, ocurrida en La Habana.

La tarea de traer la mercancía desde Yao fue muy dura, el camino que sube de San Pablo de Yao a Pico Verde, por la mina La Cristina, es muy empinado y solamente los camiones con doble diferencial y no muy cargados, pueden hacerlo; los nuestros se rompieron en el camino, y hubo que cargar todo el abastecimiento entre mulos y hombres.

En estos días se produjeron también una serie de separaciones provocadas por distintos motivos. Un compañero, buen combatiente fue expulsado de la guerrilla por emborracharse durante la expedición a Yao, mientras estaba en una posta y poner así en peligro a toda la columna. Otro, Jorge Sotús, dejaba su cargo de Jefe de un Pelotón y marchaba con una encomienda de Fidel a Miami. La realidad es que Sotús nunca pudo amoldarse a la Sierra y la gente no lo quería, dado su carácter despótico. Su carrera también estuvo llena de altibajos. Tuvo una actitud vacilante, cuando no traidora, en Miami; volvió a nuestro ejército y fue amnistiado, perdonándosele sus pasados errores; traicionó en la época de Hubert Matos y fue condenado a veinte años de cárcel; se fugó con la complicidad de un carcelero y llegó a Miami. Cuando preparaba una lancha para una incursión pirata contra el territorio cubano, murió al parecer electrocutado en un accidente.

Otro de los compañeros que se separaban en aquellos días, era Marcelo Fernández, coordinador del Movimiento en las ciudades, que volvía a trabajar en sus bases, después de haber permanecido un tiempo, bastante largo, en la Sierra Maestra.

Después de estos incidentes reanudamos nuestra marcha acercándonos a Pino del Agua, a donde llegamos el 10 de septiembre. Pino del Agua es un caserío pequeño, edificado alrededor de un aserrío, en el mismo firme de la Maestra. En aquella época estaba administrado por un español y había unos cuantos obreros, nadie del ejército enemigo. Toda la tropa ocupó el caserío aquella noche y Fidel dejó conocer su itinerario a la gente del lugar, calculando que algo se filtraría al ejército.

Hicimos una pequeña maniobra de diversión y, mientras la columna de Fidel seguía su marcha hacia Santiago, a la vista de todo el mundo, nosotros dábamos un rodeo en la noche y nos emboscábamos para la espera del ejército enemigo. De nuestro avituallamiento de las cosas esenciales, si no tardaba mucho en presentarse el enemigo, estaría encargada, como siempre, viejo Tamayo, que vivía en esa zona, en la región llamada «Cuevas de Peladero».

Distribuimos nuestra tropa de tal manera que estuvieran todos los caminos vigilados. Nuestra vigilancia llegaba, por un lado, al mismo camino que desemboca de Yao a «Pico Verde», varias leguas antes de Pino del Agua, y otro camino más directo, que sube a la Maestra y que no es transitable por camiones. El grupo de «Pico Verde» era pequeño, más bien de escopeteros con el encargo de dar la alarma en caso necesario, pues era un buen camino de retirada y el que pensábamos utilizar después de la acción. Efigenio Ameijeiras quedaba encargado de vigilar uno de los caminos de acceso por retaguardia, también viniendo de la zona de «Pico Verde. Lalo Sardiñas, con un pelotón, quedaba en la zona de «El Zapato», custodiando una serie de caminos de extracción de madera, que mueren en las márgenes del río «Peladero». Era una precaución excesiva, pues el enemigo debía hacer una marcha muy larga a través de la Sierra para llegar hasta ese camino y no eran sus métodos los de caminar en columna por la montaña. Ciro Redondo era el encargado, con todo su pelotón, de defender el acceso por la Siberia. Esta es la zona en que se une Uvero y Pino del Agua, dos aserríos que empatan entre sí a través de un camino que pasa por el punto elegido para Ciro, en el filo de la Maestra.

Nosotros teníamos nuestras fuerzas distribuidas en la parte lateral del camino que sube de Guisa, en un monte sobre el farallón, de manera de sorprender a los camiones y concentrar el poder de fuego en el lugar donde era más probable que vinieran. El lugar elegido permitía avistar los camiones

desde muy lejos. El plan era simple; se les dispararía de ambos lados y pararíamos el primer camión en una curva, iniciando el fuego contra todos los otros que siguieran; para detenerlos, pensando que podíamos tomar tres o cuatro vehículos si la sorpresa resultaba. El pelotón que actuaría era el de las mejores armas y estaba reforzado por gente del capitán Raúl Castro Mercader.

Estuvimos, aproximadamente, siete días emboscados pacientemente sin ver llegar a las tropas. Al séptimo, cuando estaba en el pequeño Estado Mayor donde se hacía la comida para toda la tropa emboscada, me avisaron que el enemigo se acercaba. Como en este punto hay subidas muy pronunciadas, aún antes de verse nada se oye el zumbido de los camiones trepando la áspera pendiente.

Nuestras fuerzas se prepararon para el combate; en el lugar principal se colocaron los hombres que estaban al mando del Capitán Ignacio Pérez y debían parar el primer camión y, lateralmente, los demás que dispararían sobre los distintos vehículos. Veinte minutos antes del combate se desató una lluvia torrencial, cosa habitual en la Sierra, que nos empapó hasta los huesos, pero los soldados enemigos iban todavía más preocupados por el agua que por la posibilidades de un ataque y esto nos sirvió para la sorpresa. El encargado de abrir el fuego tenía una ametralladora Thompson; efectivamente, abrió fuego con ella, pero en tales condiciones que no le dio a nadie; se generalizó el tiroteo y los soldados del primer camión, más asustados y sorprendidos que heridos por la acción, saltaron al camino y se perdieron tras el farallón después de matar a un gran combatiente, poeta de nuestra columna, a quien le decíamos Crucito, llamado José de la Cruz.

El combate presentó características extrañas; un soldado enemigo se refugió debajo del camión, en la curva del camino y no dejaba asomar la cabeza a nadie.

Habían pasado uno o dos minutos cuando llegué al lugar de los hechos —encontrando que mucha gente iba a retirada debido a una falsa orden, accidente muy frecuente en medio de los combates— Arquímedes Fonseca llevaba una mano herida al salvar el fusil ametralladora abandonado por su sirviente. Hubó que dar instrucciones a todos que volvieran al combate y pedir que cooperaran las fuerzas de Lalo Sardiñas y Efigenio Ameijeiras para concentrar nuestro golpe.

Estaba en la carretera un combatiente llamado Tatín que en el momento que bajé a la carretera me dijo con voz desafiante: «Ahí está, debajo del camión, vamos, vamos, aquí se ven los machos». Me llené de coraje, ofendido en lo más íntimo por esta manifestación que presumía una duda, pero cuando

18 tratamos de acercarnos el anónimo combatiente enemigo que disparaba con su fusil automático desde bajo el camión, tuvimos que reconocer que el precio de demostrar nuestra guapería iba a ser demasiado caro; ni mi impugnador ni yo pasamos el examen. El soldado se retiró con su fusil ametralladora arrastrándose y se salvó de caer prisionero o muerto.

Los camiones del ejército eran cinco y transportaban una compañía. La escuadra dirigida por el teniente Antonio López, cumplió a cabalidad las instrucciones de no permitir el paso de nadie más después de iniciado el combate y allí había quedado detenido el tercer camión. Sin embargo, algunos soldados haciendo una resistencia enérgica no nos permitían avanzar. Llegaron los refuerzos de Lalo Sardiñas y Efigenio Ameijeiras, quienes avanzaron sobre los camiones liquidando la resistencia.

Los soldados huían camino abajo, a la desbandada algunos y otros en dos camiones que habían salvado, abandonando todos los otros pertrechos.

Nos enteramos de sus fuerzas y de algunas de sus intenciones por la presencia de Gilberto Caldero. Este compañero había sido tomado prisionero durante una incursión de nuestras fuerzas por otras zonas, estuvo preso cierto tiempo y le habían traído con la intención de que envenenara a Fidel mediante el contenido de un pomo que debía volcar en su comida. Al oír los disparos, Caldero se tiró del camión como todos los soldados pero, en vez de huir de los tiros, se presentó ante nosotros inmediatamente y se reincorporó a las tropas narrando su odisea. Al tomar el primer camión encontramos dos muertos, un herido, que todavía hacía gestos de pelea en su agonía, fue rematado sin darle oportunidad de rendirse, lo que no podía hacer pues estaba seminconsciente. Este acto vandálico lo realizó un combatiente cuya familia había sido aniquilada por el Ejército batistiano. Le recriminé violentamente esa acción sin darme cuenta que me estaba oyendo otro soldado herido que se había tapado con unas mantas y había quedado, quieto, en la cama del camión. Al oír eso y las disculpas que daba el compañero nuestro, el soldado enemigo avisó de su presencia pidiendo que no lo mataran; tenía un tiro en la pierna, con fractura, y quedó a un costado del camino mientras proseguía el combate en los otros camiones. El hombre, cada vez que pasaba un combatiente por el lado, gritaba «no me mate, no me mate, el Che dice que no se matan los prisioneros». Cuando finalizó el combate, lo llevamos al aserrió, le hicimos las primeras curas y quedó allí para ser devuelto.

En los otros camiones se habían infligido pocas bajas al enemigo, pero quedó en nuestro poder una buena cantidad de armas.

El resultado final del combate fue: un fusil automático Browning, 5 Garand, una trípode con su parque y otro fusil Garand más que fue escamoteado

por la tropa de Efigenio Ameijeiras. Efigenio pertenecía a la columna de Fidel y alegaba que la participación de su pelotón en el combate había sido decisiva de modo que tenía que obtener armas de las conquistadas, pero Fidel había dejado esa tropa a mi mando, precisamente para que nos ayudaran en la lucha por la cosecha de armas, de modo que desatendí todas las protestas y repartí los trofeos entre la gente de mi Columna, salvo el fusil que no pasó por la contabilidad.

Se le entregó la Browning a Antonio López, Teniente de una de las escuadras que había tenido mejor actuación y los Garands al Teniente Joel Iglesias, a Virelles, expedicionario del Corintia que se había incorporado a nuestras tropas, al soldado Oñate y a otros dos que no recuerdo. Se procedió a quemar los tres camiones capturados para hacer mayor daño al enemigo ya que nos era imposible transportarlos.

Mientras nos concentrábamos en el batey pasaron algunas avionetas que habían recibido aviso de nuestro ataque pero nosotros disparamos sobre ellas, alejándolas.

Uno de los hermanos Pardo, Mingolo, había ido a dar un parte a Fidel de que se acercaban los guardias, si mal no recuerdo, pero decidimos mandar otro con los resultados del combate (y a Caldero para que relatará su aventura).

Le mandamos avisar a Ciro que se retirara de su posición pues ya había acabado el combate y nos retiraríamos. Salió el mensajero, Mongo Martínez, con ese encargo.

Al rato escuchamos unos disparos; un grupo de nuestros escopeteros había descubierto a un soldado que marchaba como escondiéndosele, le dieron el alto, y, al tratar éste de resistirse, le había disparado. El hombre huyó dejando el fusil; entregaban un Springfield como señal del triunfo. Nos preocupó el hecho de que todavía hubieran soldados dispersos por esa zona pero incorporamos el fusil a la contabilidad.

A los dos o tres días se incorporó a la columna Mongo Martínez y anunció que algunos soldados enemigos le habían salido al paso disparándole con escopetas y había tenido que huir porque estaba herido. Traía la señal de los perdigones en la cara que estaba literalmente espolvoreada de ellos; ese era el Springfield que los compañeros escopeteros habían conquistado al enemigo. El resultado fue que el compañero herido tomó por un atajo creyendo que los guardias estaban cerca y se perdió en el monte sin avisarle a Ciro Redondo de nuestro combate y de la orden de retirada. Al día siguiente

te Ciro, que había escuchado los ecos del combate, mandó un mensajero y le reiteramos entonces la orden.

Mientras los B-26 pasaban bajo sobre el aserrío buscando víctimas, nosotros desayunábamos tranquilamente en las distintas construcciones, tomando chocolate brindado por la dueña de casa, aunque ésta no miraba pasar con mucho agrado los B-26, casi rozando los techos. Se fueron los aparatos y, cuando nos aprestábamos a la retirada con toda calma vimos aparecer por camino de Siberia, que había custodiado Ciro hasta pocas horas antes, cuatro camiones cargados de soldados. Era otro grupo que venía en dirección contraria a unirse al primero y al cual hubiéramos podido hacerle una encerrona parecida, pero ya era tarde, una buena cantidad de nuestra tropa se había replegado a lugares más seguros. Hicimos dos disparos al aire que era la señal de retirada y nos fuimos tranquilamente.

En este combate, importante por su trascendencia, ya que fue conocido en toda Cuba, hicimos al ejército tres muertos y un herido (el prisionero que se devolvió) y además, un prisionero capturado por el pelotón de Efigenio al día siguiente, en el último peinado de la zona; era el cabo Alejandro, a quien llevamos con nosotros y que estuvo hasta el fin de la guerra en nuestra columna trabajando como cocinero. Allí mismo recibió sepultura Crucito en medio de la consternación de la tropa que perdió un gran compañero y a su bardo campesino. Crucito solía sostener enconados duelos poéticos con Calixto Morales a quien llamaba «guacaico de la Sierra» en contraposición a él, «el ruisñor de la Maestra».

Se distinguieron en este combate el Teniente Efigenio Ameijeiras, el Capitán Lalo Sardiñas, el Capitán Víctor Mora, el Teniente Antonio López y su escuadra, el entonces soldado Dermidio Escalona y el también soldado Arquímedes Fonseca, a quien se le entregó la ametralladora de trípode para que la usara luego de curarse la mano traspasada por un balazo. Por nuestra parte un herido leve, un muerto y algunos contusos o tocados por rozones de balas, incluyendo los perdigonazos de Monguito.

Nos retiramos de Pino del Agua por distintos caminos, volviendo a la zona de Pico Verde para reorganizarnos y esperar la llegada del compañero Fidel, quien ya tenía conocimiento del encuentro.

El análisis del combate mostraba, que si bien había sido un éxito político y militar, nuestras deficiencias eran enormes. El factor sorpresa debía haber sido aprovechado a fondo para casi aniquilar a los ocupantes de los tres primeros vehículos; además, después de iniciado el combate se había dado

una falsa orden de retirada que hizo perder el control de la gente y su ardor combativo y hubo poca decisión para tomar los vehículos, defendidos por pocos soldados, luego nos expusimos innecesariamente quedándonos una noche en el aserrío y la retirada definitiva se produjo con bastante desorden. Todo esto indicaba la necesidad imperiosa de mejorar la preparación combativa y la disciplina de nuestra tropa, tarea a la que nos dimos en los días siguientes.

## **UN EPISODIO DESAGRADABLE**

Luego del combate de Pino del Agua, nos dimos la tarea de mejorar todo el aparato organizativo de la guerrilla, en ese momento fortalecida por algunas unidades de Fidel, para hacerla más útil en su función de cuerpo combativo. La escuadra del Teniente López, que se había distinguido en Pino del Agua y cuyos integrantes eran todos muchachos muy serios, fueron elegidos como miembros de una Comisión de Disciplina, que se encargaría de vigilar y hacer cumplir las normas establecidas en cuanto a vigilancia, disciplina en general, limpieza del campamento y moral revolucionaria. Pero la Comisión tuvo una vida efímera y se disolvió en circunstancias trágicas a los pocos días de creada.

Por aquella época, en la zona de la loma llamada «La Botella», en un pequeño campamento que habitualmente usábamos como estación de tránsito, ajusticiamos a un antiguo desertor de la columna, de apellido Cuervo, el que meses atrás se había fugado con un fusil; no conocimos el paradero posterior del arma pero sí de las actividades de este sujeto, pues, bajo el pretexto de luchar por la causa revolucionaria y ajusticiar chivatos, estaba simplemente esquilmando a todo un sector de la población de la Sierra, quizás en convivencia con el ejército.

Los trámites fueron muy expeditivos, dada su condición de desertor, procediéndose a su eliminación física. El procedimiento de ajusticiar individuos antisociales que al amparo de la situación de fuerza existente en la comarca cometían fechorías, desgraciadamente tuvo que ser empleado con alguna frecuencia en la Sierra Maestra.

Nos enteramos de que Fidel había acabado su recorrido por la zona del Sonador, después de llegar a Chivirico, y estaba de vuelta en nuestros predios, por lo cual fuimos caminando hacia Peladero tratando de conectarnos lo más rápidamente posible con él.

En esa época había un comerciante de la zona costeña, llamado Juan Balansa, cuyas conexiones con la dictadura y con los latifundistas eran marcadas,

aunque no se podía decir de él que fuera un elemento activamente hostil contra nuestras guerrillas; pero, además, Juan Balansa tenía un mulo de mucha fama en la zona como animal resistente y útil y, como impuesto de guerra, se lo quitamos.

El mulo nos llegó en la zona llamada de Pinalito, cerca del río Peladero, a cuyas márgenes debíamos bajar por farallones cortados casi a pico. Se presentaba la disyuntiva de sacrificarlo y llevar la carne en pedazos, dejarlo en territorio hostil o tratar de que el animal caminara hasta donde pudiera. Decidimos probar, ya que matarlo y transportar la carne era muy difícil; el animal bajó en forma decidida y segura por lugares en los que había que deslizarse sujeto a bejucos o agarrándose como se pudiera a la saliente del terreno, cuando incluso la pequeña mascota que llevábamos —un perrito— tenía que ser transportada en brazos de los combatientes. Dio una demostración de dotes gimnásticas extraordinarias.

Repitió la hazaña al cruzar el río Peladero, en esta zona llena de grandes piedras, mediante una serie de saltos espeluznantes sobre las rocas y esto le salvó la vida; posteriormente fue montado por mí, constituyendo mi primera cabalgadura estable hasta que cayó en manos de Sánchez Mosquera en uno motivara la extinción de la Comisión de Disciplina. Esta venía trabajando de los tantos encuentros que tuvimos en la Sierra.

En las márgenes del río Peladero se suscitó el episodio desagradable que frente a la resistencia de una serie de compañeros inconformes con el establecimiento de normas disciplinarias, lo que obligaba a tomar medidas drásticas.

Uno de los grupos del pelotón de retaguardia, jugó una broma de mal gusto a todos los miembros de la Comisión, haciéndoles acudir rápidamente para el análisis de un problema muy grande, según ellos, el que era una suciedad que había dejado para mofa de los compañeros. A resulta de esto, fueron presos varios de los componentes del grupo. Entre ellos estaba Humberto Rodríguez, tristemente célebre por su afición a hacer de verdugo en los casos en que debíamos realizar la penosa tarea de ajusticiar a un delincuente y que, posteriormente en el triunfo de la Revolución asesinara a un preso en colaboración con otro soldado rebelde, fugándose ambos de la cárcel de La Cabaña.

Dos o tres compañeros se encarcelaron junto con Humberto; en las condiciones de la guerrilla, la cárcel no significaba gran cosa, pero cuando la falta era grave se recurría al expediente de dejar sin comer, durante uno o varios días, al que infringiera la disciplina y éste sí era un castigo sentido. Dos

días después del incidente, cuando todavía estaban presos los actores principales se anunció que Fidel estaba cerca, en la zona llamada de «El Zapato», y allí fui a recibirle y a entrevistarme con él. Habían pasados pocos minutos de la entrevista, cuando llegó Ramiro Valdés con la noticia de que Lalo Sardiñas, al castigar impulsivamente a un compañero indisciplinado y pretender darle con la pistola en la cabeza se le había escapado un tiro, matándolo en el acto. Había un principio de motín en la tropa. Inmediatamente me personé en el lugar, poniendo bajo custodia a Lalo; el ambiente contra él era muy hostil y los combatientes exigían un juicio sumarisimo y el ajusticiamiento.

Empezamos a tomar declaraciones y a buscar pruebas. Las opiniones se dividían y había quienes manifestaban directamente que había sido un asesinato premeditado y otros que fue un accidente. Independientemente de esto, el hecho de castigar físicamente a un compañero era un acto no permitido en la guerrilla y del cual Lalo Sardiñas era reincidente. Era difícil la situación; el compañero Sardiñas había sido un combatiente de mucho valor, un defensor exigente de la disciplina y un hombre de gran espíritu de sacrificio. Quienes pedían más encarnizadamente la pena de muerte no eran, ni mucho menos, lo mejor del grupo. Una serie de factores, entre los cuales estaba muy presente la lucha por implantar la disciplina, jugaban un papel determinante.

Las declaraciones de los testigos continuaron hasta la noche. Fidel vino a nuestro campamento; era partidario de no aplicar la pena de muerte, pero no juzgó prudente tomar una decisión de esa naturaleza sin consultar con todos los combatientes. Siguió entonces una etapa del juicio en la cual nos tocó a Fidel y a mí la tarea de ser defensores de un reo que, imparable, escuchaba cómo se deliberaba acerca de su suerte, sin dar la más mínima señal de temor. Después de muchos discursos impulsivos en que solicitaban su muerte, me tocó hablar para pedir se reflexionara bien sobre el problema; trataba de explicar que la muerte del compañero debía ser achacada a las condiciones de la lucha, a la misma situación de guerra, y que en definitiva, el dictador Batista era el culpable. Pero mis palabras sonaban muy poco convincentes ante ese auditorio hostil.

Ya estaba entrada la noche; se habían encendido algunas antorchas de pino y algunas velas para proseguir la discusión. Fidel entonces habló durante una larga hora explicando el por qué, en su opinión, no debía ser ajusticiado el compañero. Y explicaba todos los defectos que teníamos; la falta de disciplina, otras faltas que cometíamos a diario, las debilidades que ocasionaban y cómo, en definitiva, el acto repudiable fue cometido en defensa del con-

24 cepto de la disciplina y que había que considerar siempre esto. Su voz y su presencia en el monte, alumbrado por las antorchas, adquirirían tonos patéticos y se notaba como muchas gentes cambiaban de idea por la opinión de nuestro líder.

Su enorme poder de persuasión fue puesto a prueba aquella noche.

A pesar de su elocuencia, no todo estaba claro; en definitiva se pensaba que debíamos poner a votación las alternativas: pena de muerte inmediata por fusilamiento o degradación y el subsiguiente castigo.

Muchas fuerzas, producto de los ánimos encendidos se movían en esta pequeña elección serrana en la cual estaba en juego la vida de un hombre. Hubo que suspender la votación porque algunos lo hacían dos veces y porque se hacía propaganda tergiversando las condiciones planteadas. Se volvió a explicar cuáles eran las alternativas a votar, pidiendo a todo el mundo que expresara claramente su voluntad.

En una pequeña libreta de notas me tocaba a mí ir haciendo el cómputo de votos emitidos. Lalo era querido por muchos de nosotros; reconocíamos su culpa pero deseábamos que se salvara, como un elemento valioso para la Revolución. Recuerdo que Oniria, una muchachita que se había unido a nuestra columna, casi una niña en aquella época, preguntaba con voz angustiada si ella también podía votar como combatiente de la columna. Se le permitió y, después que todos lo hicieron, empezó el cómputo.

En pequeños cuadritos, similares a los que se usan en medicina para el conteo de laboratorio, iba llevando los resultados de esta extraña votación. Sumamente pareja fue y después de algunas alternativas, la opinión de los ciento cuarenta y seis integrantes de la guerrilla que votaron se dividió entre setenta y seis que se inclinaron por otro tipo de pena y setenta que pidieron la pena de muerte. Lalo se había salvado.

Esto no acabó aquí. Al día siguiente un grupo de inconformes con la decisión que había adoptado la mayoría, decidió retirarse de la guerrilla. Había una serie de elementos de muy poca categoría humana pero también muchachos valiosos. Paradójicamente, el Teniente jefe de la unidad de disciplina y varios de los componentes de la escuadra, descontentos se retiraban del Ejército Rebelde. Recuerdo algunos nombres; un compañero llamado Curro, otro Pardo Jiménez que, a pesar de ser sobrino de un Ministro de Batista, participaba en la lucha. También Antonio López, se retiraba. No conozco el destino de estos compañeros, pero con ellos se fueron también tres hermanos Cañizares, cuyos destinos no fueron heroicos. Uno murió en Playa Girón y otro fue prisionero allí, en el intento de invasión de los mercenarios. Aquellos

hombres que no respetaron la mayoría y que demostraron su inconformidad abandonando la lucha, después se pusieron al servicio del enemigo y vinieron como traidores a luchar en nuestro suelo.

Se habían formado ya fuerzas que daban características nuevas al desarrollo de nuestra guerra revolucionaria; se estaba profundizando las conciencia de los dirigentes y de los combatientes; hacía carne en nosotros la necesidad de una Reforma Agraria y de cambios profundos e integrales del andamiaje social que era necesario llevar a cabo para sanear el país. Pero esta profundización de la conciencia de los más y los mejores, provocaba choques con una serie de elementos que habían ido a la lucha sólo por un afán de aventuras, o quizás para recoger no sólo laureles sino también bienestar económico de esa participación.

Se retiraron algunos otros descontentos cuyos nombres en este momento no recuerdo, pero sí me viene a la memoria el de uno llamado Roberto que después contó toda una historia muy larga y mentirosa al ridículo de Conte Agüero, el que la publicó en «Bohemia». Lalo Sardiña fue destituido y condenado a ganar su rehabilitación peleando sólo con una pequeña patrulla contra el enemigo. Decidía irse con él uno de nuestros tenientes, Joaquín de la Rosa, que era tío de Lalo. En reemplazo del capitán Sardiñas, Fidel me dio uno de sus mejores combatientes: Camilo Cienfuegos, que pasaba a ser capitán de la vanguardia de nuestra columna.

Inmediatamente teníamos que ponernos en camino para liquidar el intento de unos bandoleros, que, amparados en el nombre de nuestra Revolución, estaban cometiendo sus fechorías en los escenarios primeros de nuestra lucha y en la zona cercana a Caracas y el Lomón. La primera tarea de Camilo en nuestra columna fue marchar a paso rápido para tomar prisioneros a todos estos elementos y poder juzgarlos posteriormente.

---

## **LUCHA CONTRA EL BANDIDAJE**

---

Las condiciones de la Sierra permitían ya una vida libre en un territorio más o menos amplio. Este territorio no era ocupado habitualmente por el ejército y, muchas veces, no era siquiera hollado por su planta, pero no teníamos organizado un sistema de gobierno lo suficientemente amplio estricto como para impedir la libre acción de grupos de hombres que, bajo el pretexto de la acción revolucionaria, se dedicaban al pillaje, al bandidaje y a toda una serie de acciones delictivas.

Además, las condiciones políticas de la Sierra eran todavía bastante precarias; el desarrollo político de sus habitantes era muy superficial y la pre-

Las condiciones de la Sierra permitían ya una vida libre en un territorio más

26 sencia de un ejército enemigo, amenazador, a poca distancia no permitía superar estas deficiencias.

El cerco enemigo se iba estrechando nuevamente y había señales de un nuevo avance sobre la Sierra; esto ponía nerviosos a los moradores de la comarca y los más débiles buscaban ya la posibilidad de salvarse de la invasión de los asesinos de Batista. Sánchez Mosquera estaba acampado en el poblado de las Minas de Bueycito y se hacía evidente la nueva incursión.

Nosotros en el valle de «El Hombrito», octubre del año 1957, estábamos sin embargo, sentando las bases de un territorio libre y sentando el primer rudimento de actividad industrial que hubo en la sierra; un horno de pan que en esa época se iniciara. En esa misma zona de «El Hombrito» existía un campamento que era como una antesala para las fuerzas guerrilleras donde grupos de jóvenes que llegaban a incorporarse quedaban bajo la autoridad de algunos campesinos de confianza de la guerrilla. El jefe del grupo se llamaba Arístidio, había pertenecido a nuestra columna hasta días anteriores al combate de Uvero en el cual no participó por haberse fracturado una costilla al caerse, demostrando luego poca inclinación a seguir en la guerrilla.

Este Arístidio fue uno de los casos típicos de campesinos que se unieron a la revolución sin una clara conciencia de lo que significaba y al hacer su propio análisis de la situación encontró más conveniente situarse en la «cerca», vendió su revólver por algunos pesos y empezó a hacer manifestaciones en la comarca de que él no era bobo para que lo tomaran en su casa, mansito, cuando las guerrillas se fueran y que haría contacto con el ejército. Varias versiones de estas declaraciones de Arístidio llegaron hasta mí. Aquellos eran momentos difíciles para la revolución y en uso de las atribuciones que como jefe de esa zona tenía, tras de una investigación sumarisima, ajusticiamos al campesino Arístidio.

Hoy nos preguntamos si era realmente tan culpable como para merecer la muerte y si no se podía haber salvado una vida para la etapa de la construcción revolucionaria. La guerra es difícil y dura y durante los momentos en que el enemigo arrecia su acometividad no se puede permitir ni el asomo de una traición. Meses antes, por una debilidad mucho más grande de la guerrilla, o meses después, por una fortaleza relativamente mucho mayor, quizás hubiera salvado su vida; pero Arístidio tuvo la mala suerte de que coincidieran sus debilidades como combatiente revolucionario con el momento preciso en que éramos lo suficientemente fuertes como para sancionar drásticamente una acción como la que hizo y no tan fuertes como para cas-

rigarla de otra manera, ya que no teníamos cárcel ni posibilidades de resguardo de otro tipo.

Dejamos transitoriamente la zona dirigiéndonos con nuestras fuerzas a la dirección de «Los Cocos» sobre el río «Magdalena» donde debíamos juntarnos con Fidel y capturar toda una banda, que bajo las órdenes del chino Chang estaba asolando la región de Caracas; Camilo, que había partido con la vanguardia, ya tenía varios prisioneros cuando llegamos a esta zona donde permanecimos en total cerca de diez días. Allí, en una casa campesina, fue juzgado y condenado a muerte el chino Chang, jefe de una banda que había asesinado campesinos, que había torturado a otros y que se había apropiado del nombre y de los bienes de la revolución sembrando el terror en la comarca. Junto con el chino Chang fue condenado a muerte un campesino que había violado a una muchacha adolescente, también valiéndose de su autoridad como mensajero del ejército rebelde y junto con ellos fueron juzgados una buena parte de los integrantes de la banda, constituida por algunos muchachos provenientes de las ciudades y otros campesinos que se habían dejado tentar por la vida libre sin sujeción a ninguna regla y, a la vez, regalada que le ofrecía el chino Chang.

La mayoría fueron absueltos y con tres de ellos se resolvió dar un escarmiento simbólico; primero fueron ajusticiados el campesino violador y el chino Chang, ambos serenos, fueron atados en los palos del monte y el primero, el violador, murió sin que lo vendaran, de cara a los fusiles, dando vivas a la revolución. El chino afrontó con toda serenidad la muerte pero pidió los auxilios religiosos del padre Sardiñas que en ese momento estaba lejos del campamento, no se les pudo complacer y pidió entonces Chang que se dejara constancia de que había solicitado un sacerdote, como si ese testimonio público le sirviera como atenuante en otra vida.

Luego se realizó el fusilamiento simbólico de tres de los muchachos que estaban más unidos a las tropelías del chino Chang pero a los que Fidel consideró que debía dárseles una oportunidad; los tres fueron vendados y sujetos al rigor de un simulacro de fusilamiento; cuando después de los disparos al aire se encontraron los tres con que estaban vivos; uno de ellos me dio la más extraña y espontánea demostración de júbilo y reconocimiento en forma de un sonoro beso, como si estuviera frente a su padre. Testigo presencial y gráfico de estos hechos, fue el agente de la CIA Andrews Saint George, cuyo reportaje publicado en la revista «Look» le valió un premio en los Estados Unidos como el más sensacional del año.

Podrá parecer ahora un sistema bárbaro este empleado por primera vez en la Sierra, sólo que no había ninguna sanción posible para aquellos hombres a los que se les podía salvar la vida, pero que tenían una serie de faltas bas-

28 tantes graves en su haber. Los tres ingresaron en el ejército rebelde y de dos de ellos tuve noticias de su comportamiento brillante durante toda la etapa insurreccional. Uno perteneció durante mucho tiempo a mi columna y en las discusiones entre los soldados, cuando se juzgaban hechos de guerra y alguien ponía en duda algunos de los que narrara, decía siempre con marcado énfasis: «Yo sí que no le tengo miedo a la muerte y el Che es testigo», recordando el episodio de su fusilamiento.

A los dos o tres días caía preso también otro grupo cuyo fusilamiento fue para nosotros doloroso; un campesino llamado Dionisio y su cuñado Juan Lebrigio, dos de los hombres que primero ayudaron a la guerrilla. Dionisio, que había ayudado a desenmascarar al traidor Eutimio Guerra y que nos había ayudado en uno de los momentos más difíciles de la revolución, había abusado totalmente de nuestra confianza al igual que su cuñado, se habían apropiado de todos los víveres que las organizaciones de las ciudades nos mandaban y había establecido diversos campamentos donde se practicaba la matanza indiscriminada de las reses y, por ese camino, había descendido, incluso al asesinato.

En esta época en la Sierra, las condiciones económicas de un hombre se medían fundamentalmente por el número de mujeres que tuviera y Dionisio, siguiendo la costumbre y considerándose potentado gracias a los poderes que la revolución le había conferido, había puesto tres casas, en cada una de las cuales tenía una mujer y un abundante abastecimiento de productos. En el juicio, frente a las indignadas acusaciones de Fidel por la traición que había cometido a la revolución y su inmoralidad al sostener tres mujeres con el dinero del pueblo, sostenía con ingenuidad campesina que no eran tres, sino dos, porque una era propia (lo que era verdad). Junto con ellos fueron fusilados dos espías enviados por Masferrer, convictos y confesos, y un muchacho de apellido Echevarría que cumplían instrucciones especiales en el movimiento. Echevarría, miembro de una familia de combatientes del ejército rebelde, uno de cuyos hermanos había llegado en el Granma, formó una pequeña tropa esperando nuestra llegada y, cediendo a no se sabe qué tentaciones, empezó a practicar el asalto a mano armada en el territorio guerrillero.

El caso de Echevarría fue patético porque, reconociendo sus faltas, no quería, sin embargo, morir fusilado; clamaba porque le permitieran morir en el primer combate, juraba que buscaría la muerte en esa forma pero no quería deshonorar a su familia. Condenado a muerte por el tribunal, Echevarría a quien denominábamos «el bisco», escribió una larga y emocionante carta a su madre explicándole la justicia de la sanción que en él se ejecutaba y recomendándole ser fiel a la revolución. El último de los fusilados fue un

personaje pintoresco llamado «el maestro» que fuera mi compañero en algunos momentos difíciles en que me tocó vagar enfermo y con su única compañía, por esas lomas, pero luego se había separado de la guerrilla con el pretexto de una enfermedad y se había dedicado también a una vida inmoral, culminando sus hazañas haciéndose pasar por mí, en función de médico tratando de abusar de una muchachita campesina que estaba requiriendo los servicios facultativos para algún mal que la aquejaba. Todos ellos murieron haciendo profesión de revolución salvo los dos espías de Masferrer y aunque no fui testigo presencial de los hechos cuentan que cuando el padre Sardiñas, esta vez presente, fue a dar sus auxilios espirituales a algunos de los reos, éste contestó: «mire padre vea a ver si otro lo necesita, porque la verdad es que yo no creo mucho en eso».

Estas eran las gentes con que se hacía la revolución. Rebeldes, al principio, contra toda injusticia, rebeldes solitarios que se iban acostumbrando a satisfacer sus propias necesidades y no concebían una lucha de características sociales; cuando la revolución descuidaba un minuto su acción fiscalizadora incurrieran en errores que los llevaban al crimen con asombrosa naturalidad. Dionisio o Juanito Lebrigio, no eran peores que otros delincuentes ocasionales que fueron perdonados por la revolución y hoy incluso están en nuestro ejército, pero el momento exigía poner mano dura y dar un castigo ejemplar para frenar todo intento de indisciplina y liquidar los elementos de anarquía que se introducían en estas zonas no sujetas a un gobierno estable. Echevarría, aún más, pudo haber sido un héroe de la revolución, pudo haber sido un luchador distinguido como dos de sus hermanos, oficiales del ejército rebelde, pero le tocó la mala suerte de delinquir en esta época que debió pagar en esa forma su delito. Nosotros dudábamos si poner su nombre o no en estos recuerdos, pero fue tan digna su actitud, tan revolucionaria, estuvo tan entero frente a la muerte y fue tan claro el reconocimiento de la justicia del castigo que nosotros pensamos que su fin no fue denigrante; sirvió de ejemplo, trágico es verdad, pero valioso para que se comprendiera la necesidad de hacer de nuestra revolución un hecho puro y no contaminarlo con los bandidajes a que nos tenían acostumbrados los hombres de Batista.

En estos juicios intervino por primera vez como abogado un hombre que venía a refugiarse a la Sierra por algunos altercados que había tenido con los dirigentes del 26 de Julio en el llano, era abogado y fue Ministro de Agricultura de la Revolución hasta el minuto en que se firmó la Ley de Reforma Agraria que la firmaron los demás, porque él no quiso comprometerse en ella: Sorí Marín.

Acabado el penoso deber de pacificar y moralizar toda la zona que debía quedar bajo la administración rebelde, emprendimos el camino de vuelta

30 hacia nuestra zona de «El Hombrito» con la columna dividida en tres pelotones. El de vanguardia estaba mandado por Camilo Cienfuegos y tenía por tenientes a Orestes hoy Comandante que era la punta de vanguardia, a Boldo, Leyva y Noda. El pelotón siguiente estaba comandado por el Capitán Raúl Castro Mercader y sus tenientes eran Alfonso Zayas, Orlando Pupo y Paco Cabrera. Nuestra Comandancia estaba formada por un pequeño Estado Mayor que dirigía Ramiro Valdés y Joel Iglesias era el teniente. Joel Iglesias todavía no había cumplido dieciséis años, tenía bajo sus órdenes a hombres mayores de treinta a los cuales se dirigía respetuosamente de usted para darles órdenes, mientras éstos le contestaban tuteándolo pero obedecían disciplinadamente las órdenes de Joel. El pelotón de retaguardia estaba mandado por Ciro Redondo y tenía de tenientes a Vilo Acuña, Félix Reyes, William Rodríguez y Carlos Mas.

A fines de octubre de 1957 nos volvimos a establecer en «El Hombrito» para iniciar los trabajos que debían dar lugar a una zona fuertemente defendida por nuestro ejército. Habían llegado dos estudiantes de La Habana, uno de ingeniería y otro de veterinaria y con ellos empezamos a establecer los planes de una pequeña hidroeléctrica que trataríamos de construir en el río «El Hombrito» y a sentar las bases del periódico mambí. Para ello había un viejo mimeógrafo traído del llano en el cual se tiraron los primeros números de «El Cubano Libre», cuyos redactores y tipógrafos principales eran los estudiantes Leonel Rodríguez y Ricardito Medina.

Allí, amparados por la abierta generosidad de los vecinos de «El Hombrito», y sobre todo, de nuestra buena amiga la «vieja» Chana, como le decíamos todos, empezamos a desarrollar nuestra vida sedentaria y construimos por fin, el horno de pan, dentro de un bohío abandonado para que la aviación no detectara ninguna construcción nueva. Además, mandamos a preparar una inmensa bandera del 26 de Julio que tenía un lema: Feliz Año 1958, la que fue puesta en una de las lajas cimeras de «El Hombrito», con la intención de que fuera vista incluso por los pobladores de la Mina de Bueycito, mientras recorríamos la zona para ir sentando una autoridad real sobre ella y nos preparábamos a afrontar la ya inminente invasión de Sánchez Mosquera, fortificando las entradas de «El Hombrito» por las zonas de más probable acceso.

---

## **EL CACHORRO ASESINADO**

---

Para las difíciles condiciones de la Sierra Maestra, era un día de gloria. Por Agua Revés, uno de los valles empinados e intrincados en la cuenca del Turquino, seguíamos pacientemente la tropa de Sánchez Mosquera; el empecinado asesino de-

jaba un rastro de ranchos quemados, de tristeza hosca por toda la región pero su camino lo llevaba necesariamente a subir por uno de los dos o tres puntos de la Sierra donde debía estar Camilo. Podía ser en el firme de la Nevada o en lo que nosotros llamábamos el firme «del cojo», ahora llamado «del muerto».

Camilo había salido apresuradamente con unos doce hombre, parte de su vanguardia, y ese escaso número debía repartirse en tres lugares diferentes para detener una columna de ciento y pico de soldados. La misión mía era caer por las espaldas de Sánchez Mosquera y cercarlo. Nuestro afán fundamental era el cerco, por eso seguíamos con mucha paciencia y a distancia las tribulaciones de los bohíos que ardían entre las llamas de la retaguardia enemiga; estábamos lejos, pero se oían los gritos de los guardias. No sabíamos cuántos de ellos habría en total. Nuestra columna iba caminando dificultosamente por las laderas, mientras en lo hondo del estrecho valle avanzaba el enemigo.

Todo hubiera estado perfecto si no hubiera sido por la nueva mascota: era un pequeño perrito de caza, de pocas semanas de nacido. A pesar de las reiteradas veces en que Félix lo conminó a volver a nuestro centro de operaciones —una casa donde quedaban los cocineros—, el cachorro siguió detrás de la columna. En esa zona de la Sierra Maestra, cruzar por las laderas resulta sumamente dificultoso por la falta de senderos. Pasamos una difícil «pelúa», un lugar donde los viejos árboles de la «tumba» —árboles muertos— estaban tapados por la nueva vegetación que había crecido y el paso se hacía sumamente trabajoso; saltábamos entre troncos y matorrales tratando de no perder el contacto con nuestros huéspedes. La pequeña columna marchaba con el silencio de estos casos, sin que apenas una rama rota quebrara el murmullo habitual del monte; éste se turbó de pronto por los ladridos desconsolados y nerviosos del perrito. Se había quedado atrás y ladraba desesperadamente llamando a sus amos para que lo ayudaran en el difícil trance. Alguien pasó al animalito y otra vez seguimos; pero cuando estábamos descansando en lo hondo de un arroyo con un vigía atisbando los movimientos de la hueste enemiga, volvió el perro a lanzar sus histéricos aullidos; ya no se conformaba con llamar, tenía miedo de que lo dejaran y ladraba desesperadamente.

Recuerdo mi orden tajante: «Félix, ese perro no da un aullido más, tú te encargas de hacerlo. Ahórcalo. No puede volver a ladrar». Félix me miró con unos ojos que no decían nada. Entre toda la tropa extenuada, como haciendo el centro del círculo estaban él y el perrito. Con toda lentitud sacó una sogá, la ciñó al cuello del animalito y empezó a apretarlo. Los cariñosos movimientos de su cola se volvieron convulsos de pronto, para ir poco a

poco extinguiéndose al compás de un quejido muy fijo que podía burlar el círculo atenazante de la garganta. No se cuánto tiempo fue, pero a todos nos pareció muy largo el lapso pasado hasta él fin. El cachorro, tras un último movimiento nervioso, dejó de debatirse. Quedó allí, esmirriado, doblada su cabecita sobre las ramas del monte.

Seguimos la marcha sin comentar siquiera el incidente. La tropa de Sánchez Mosquera nos había tomado alguna delantera y poco después se oían unos tiros; rápidamente bajamos la ladera, buscando entre las dificultades del terreno el mejor camino para llegar a la retaguardia; sabíamos que Camilo había actuado. Nos demoró bastante llegar a la última casa antes de la subida; íbamos con muchas precauciones, imaginando a cada momento encontrar al enemigo. El tiroteo había sido nutrido pero no había durado mucho, todos estábamos en tensa expectativa. La última casa estaba abandonada también. Ni rastro de la soldadesca. Dos exploradores subieron el firme «del cojo», y al rato volvían con la noticia: «Arriba había una tumba. La abrimos y encontramos un casquito enterrado». Traían también los papeles de la víctima hallados en los bolsillos de su camisa. Había habido lucha y una muerte. El muerto era de ellos, pero no sabíamos nada más.

Volvimos desalentados, lentamente. Dos exploraciones mostraban un gran rastro de pasos, para ambos lados del firme de la Maestra, pero nada más. Se hizo lento el regreso, ya por el camino del valle.

Llegamos por la noche a una casa, también vacía; era en el caserío de Mar Verde, y allí pudimos descansar. Pronto cocinaron un puerco y algunas yucas y al rato estaba la comida. Alguien cantaba una tonada con una guitarra, pues las casas campesinas se abandonaban de pronto con todos sus enseres dentro.

No sé si sería sentimental la tonada, o si fue la noche, o el cansancio... Lo cierto es que Félix, que comía sentado en el suelo, dejó un hueso. Un perro de la casa vino mansamente y lo cogió. Félix le puso la mano en la cabeza, el perro lo miró; Félix lo miró a su vez y nos cruzamos algo así como una mirada culpable. Quedamos repentinamente en silencio. Entre nosotros hubo una conmoción imperceptible. Junto a todos, con su mirada mansa, picaresca, con algo de reproche, aunque observándonos a través de otro perro, estaba el cachorro asesinado.

---

## EL COMBATE DE MAR VERDE

---

Poco antes de la madrugada cinco o cinco y media de la mañana, me levanté después

de dormir sin angustias, con el sexto sentido, desarrollado en la vida militar, embotado ese día por el cansancio y la comodidad de una cama cam-

pesina del poblado de Mar Verde. Hicimos el desayuno tranquilamente mientras se esperaban noticias de los múltiples mensajeros que habían sido enviados para hacer contacto con los grupos guerrilleros.

Apenas el sol había comenzado a aclarar, uno de los pocos campesinos que quedaban en la zona vino con una noticia extraña y alarmante. Había visto algunos soldados buscando gallinas y huevos en una casa a no más de medio kilómetro de distancia. Inmediatamente lo mandé a que inquiriera todo lo posible sobre los guardias; que trabara contacto con ellos y averiguara cuál era su fuerza. El campesino no se animó a cumplir su cometido totalmente, pero trajo la noticia de que en la casa de Reyes, uno o dos kilómetros arriba, ya subiendo la Sierra de la Nevada, había un grupo grande de soldados acampados. No podía ser otro que Sánchez Mosquera.

Hubo entonces que organizar a toda carrera la forma de entablar combate para cercarlo en algún lugar propicio y aniquilarlo luego.

Primeramente había que pensar cuál sería su actitud futura. Tenía dos caminos posibles; tomar el de la Nevada para, tras un fatigoso viaje, pasando por Santa Ana salir a California, y de allí, a las Minas de Bueycito o, lo que parecía más lógico por lo corto del viaje y por las posibilidades que para él conllevaba, que Sánchez Mosquera siguiera la ruta inversa y llegara, por el río Turquino, al pequeño pueblo que está al pie del monte Turquino, Ocujal. Por las dudas teníamos que reforzar rápidamente los dos puntos, para impedir que rompiera el cerco en ellos. Si decidía irse por la parte superior del camino de la Nevada, no había para nosotros posibilidad de presentarle fuerzas, salvo que Camilo les hubiera seguido.

Camilo había luchado con ellos el día anterior por la zona del «Alto del Cojo» y ahora no se sabía su paradero.

Sin embargo, fueron llegando rápidamente los mensajeros. Las fuerzas de reserva que teníamos en «El Hombrito» se movilizaban por la zona de la Nevada y el cementerio, para colocarse por encima de Sánchez Mosquera y cerrarle el camino. Camilo había llegado y estaba en esa zona. Se les envió orden de que no se dejaran ver ni entablaran combate hasta que no se oyeran los primeros disparos, salvo que trataran de salir por la zona por ellos defendida. Por la parte Oeste se envió a las escuadras de los tenientes Noda y Vilo Acuña; al Este, el Capitán Raúl Castro Mercaders cerraba el cerco. Mi pequeña escuadra con algunos refuerzos, era la encargada de hacer la emboscada en el caso de que, como suponíamos, trataran de bajar hacia el mar.

En las primeras horas de la mañana, ya completo el cerco, se dio la voz de alarma. Se veía la punta de la vanguardia enemiga avanzar por el ca-

34 mino real, que siguiendo el pequeño arroyo existente en esa zona, va a dar al río Turquino. El lugar elegido para empezar la lucha, en el caso que llegaran por mi lado, estaba flanqueado por una cuçhilla de potrero que permitía mantenerse ocultas en uno de sus lados a nuestras tropas, pero no actuar ni hacer observaciones sino después de iniciado el combate. Esto ocurría a un lado del camino, del otro hay un pequeño montecito, cuyo último árbol es un mango; en él estaba apostado yo, que debía disparar a quemarropa sobre los soldados y uno o dos metros más adelante estaban Joel Iglesias y otros compañeros. La posición era ideal para matar a los primeros pero no permitía seguir la lucha; pensamos que inmediatamente se retirarían las tropas enemigas para buscar mejores posiciones y nosotros a nuestra vez podríamos entonces abandonar la emboscada.

Se oyeron los pasos de los soldados casi encima nuestro; en el potrero habían visto que solamente eran tres hombres pero no nos pudieron avisar a tiempo. En esa época mi única arma era una pistola Luger y me sentía nervioso por la suerte de los dos o tres compañeros que estaban más cerca que yo del enemigo, de modo que apuré demasiado el primer disparo y erré el tiro. Inmediatamente, como sucede en estos casos, se generalizó el tiroteo y fue atacada la casa donde estaba el grueso de las fuerzas de Sánchez Mosquera. Aquí, en la emboscada, sucedió un minuto de extraño silencio; cuando fuimos a recoger los muertos, luego del primer tiroteo, en el camino real no había nadie; junto a dicho camino había una manigua y, en ella un hueco tallado en el Tibisí por donde se habían deslizado los soldados enemigos. Iniciamos inmediatamente la búsqueda para cercarlos, ya que no aparecían más soldados.

Mientras dábamos la vuelta, Joel Iglesias, seguido de Rodolfo Vázquez y de Leonel Rodríguez, se metía por el mismo camino de los soldados, siguiendo el túnel vegetal. Oía su voz intimándoles la rendición y asegurando la vida a los prisioneros. De pronto, se oyó una sucesión rápida de disparos y los compañeros me avisaron que Joel estaba gravemente herido. La suerte de Joel, dentro de todo, fue extraordinaria, tres fusiles Garand le dispararon a quemarropa: su propio fusil Garand fue atravesado por dos balas y su culata rota, otra le quemó una mano, la siguiente una mejilla, dos le perforaron el brazo, dos una pierna, y algunas otras más le dieron rozones también. Estaba cubierto de sangre pero, sin embargo, sus heridas eran relativamente leves. Lo sacamos inmediatamente y lo enviamos en una hamaca a curarse al hospital.

Antes de ocuparnos del combate en general, debíamos seguir buscando a los tres soldados. Pronto se oyó una voz, la de Silva, que gritaba: «¡allí

están!» señalando el lugar con un escopetazo de su calibre doce y al poco rato la voz de los soldados rindiéndose. Obtuvimos allí tres Garands con sus correspondientes prisioneros; uno de nuestros buenos combatientes estaba herido. Ese era el saldo, por el momento.

Enviamos a los prisioneros por el mismo camino del herido y ya podíamos ocuparnos de ir organizando el combate. Según el interrogatorio hecho a los soldados, Sánchez Mosquera tenía entre ochenta y cien hombres. No se podía saber si la cifra era cierta o no, pero esas eran las aseveraciones de los prisioneros; estaba en una posición bien defendida y tenía ametralladoras, armas livianas y parque cantidad.

Entendimos que lo mejor era no empeñar un combate directo, de resultados dudosos, ya que nuestras fuerzas tenían aproximadamente el mismo número de combatientes, pero con armamento inferior y Sánchez Mosquera estaba a la defensiva, bien parapetado. Decidimos acosarlo para imposibilitar sus movimientos hasta que llegara la noche, momento propicio para nuestro ataque.

A las pocas horas, sin embargo, llegó la noticia de que una tropa de refuerzo comandada por el capitán Sierra, estaba subiendo desde el mar. Organizamos inmediatamente dos patrullas que debían detenerlos: una de ellas, dirigida por William Rodríguez, debía atacarlo en la zona de «Dos Brazos» del Turquino. La otra, comandada por el teniente Leyva, debía esperar los refuerzos para atacarlos en momentos que coronaran la ascensión de una serranía, a sólo dos kilómetros del lugar del combate, en una posición muy favorable para nosotros, y allí aniquilarle la vanguardia. De la preparación de esta última posición me ocupé personalmente, dejando a cargo de la iniciativa de los otros compañeros la preparación de las emboscadas primeras.

Todo el frente estaba tranquilo y, sólo de cuando en cuando, disparábamos algún tiro sobre el techo de zinc de la casa donde estaban los soldados, para mantenerlos en jaque. Sin embargo, a media tarde, se oyó un prolongado tiroteo sobre la parte superior de la posición y, más tarde, me llegaba la noticia triste: Ciro Redondo, tratando de forzar las líneas enemigas, había sido muerto y se había perdido su cuerpo, no así sus armas, rescatadas por Camilo. Por nuestro lado se empezaban a escuchar también los tiros con que anunciaban los soldados enemigos su llegada. Al poco tiempo se originaba un fuerte tiroteo y nuestras defensas en la parte sur eran arrolladas por el refuerzo que le llegaba a Sánchez Mosquera.

Debíamos retirarnos. Una vez más se salvaba este esbirro. Dimos las órdenes pertinentes para efectuar una retirada tranquila y lo fuimos haciendo a paso

86 lento nosotros también, para llegar al arroyo del Guayabo y, después, al valle del Hombrito, nuestra guarida más segura.

Al llegar allí y establecer el recuento de todas las acciones habidas, podíamos decir lo siguiente: Según las narraciones de los combatientes, había varios muertos, noticia cuya veracidad no se podía asegurar, de la parte del ejército; asimismo, lo manifestaron los defensores de la posición del extremo sur al mando del teniente Leyva. Sin embargo, se había perdido un grupo de mochilas que dejaron en custodia en la zona sur nuestros combatientes. Uno de ellos, de nombre Alberto, que había sido enviado a llevar los prisioneros hechos por la mañana, al regresar decidió quedarse a dormir en ese lugar en vez de seguir el combate y las tropas enemigas lo sorprendieron durmiendo junto con todas las mochilas y le hicieron prisionero. Después nos enteraríamos que fuera asesinado en la zona del Hombrito.

Estaban heridos Roberto Fajardo, Joel Pardo, del día anterior en otro combate con Sánchez Mosquera, un combatiente de apellido Reyes, que luego muriera con el grado de capitán, Javier Pazos y Joel Iglesias, y había muerto Ciro Redondo. La pesadumbre era grande, se aunaba el sentimiento por no haber podido aprovechar la victoria contra Sánchez Mosquera y la pérdida de nuestro gran compañero Ciro Redondo.

Envié entonces una carta a Fidel proponiendo su ascenso póstumo y poco después se le confería ese grado, lo que aparecía publicado en nuestro periódico «El Cubano Libre».

El combate y la muerte de Ciro Redondo, ocurrió el 29 de noviembre de 1957.

Poco antes de retirarnos una bala dio en el tronco de un árbol a pocos centímetros de mi cabeza y Jeonel Rodríguez me increpó por no agacharme. Después razonaba este compañero, quizás con la tendencia a las especulaciones matemáticas impuestas por su carrera de ingeniero, que él tenía más chance de llegar con vida al fin de la revolución que yo, pues nunca la arriesgaba si no era para cosas necesarias. Y era verdad, aunque Jeonel Rodríguez, que en ese combate tuvo su bautismo de fuego, nunca arriesgaba la vida innecesariamente siempre fue un combatiente ejemplar, por su valor, su decisión y su inteligencia; pero fue él el que no llegó a ver el final de la guerra revolucionaria: unos meses después caía durante la gran ofensiva del ejército contra nuestras posiciones.

Por la noche dormíamos en el Guayabo. Había que preparar todas las condiciones para que no fueran a ocurrir algunas sorpresas y no se nos fueran a meter en «El Hombrito» sin combatir fuertemente para lograrlo. Esa era nuestra tarea fundamental por el momento.

## ALTOS DE CONRADO

Los días siguientes al combate de «Mar Verde» fueron de febril actividad, el convencimiento de que todavía nuestras fuerzas no tenían la capacidad combativa suficiente para organizar luchas contra las precauciones en el «Valle del Hombrito». Este valle queda a pocos kilómetros de «Mar Verde» y para ir a él, hay que subir por el camino real que va a «Santa Ana», cruzando por el río «Guayabo», pequeño arroyo serrano, de «Santa Ana» se llega al «Valle del Hombrito». Pero también tiene entradas posibles por el mismo río «Guayabo» por el sur, por la «Loma de la Botella», y además por el camino real que viene de la «Mina del Frío».

Todos estos puntos había que defenderlos y establecer vigilancia constante para evitar que nos sorprendieran haciendo avanzar la tropa directamente por los montes.

La impedimenta mayor había sido trasladada a la zona de «La Mesa», en la casa de Polo Torres, y los heridos también habían sido trasladados hacia este lugar, de ellos, el único que no podía caminar, en razón de sus heridas en la pierna, era Joel Iglesias.

Las tropas de Sánchez Mosquera estaban acampadas precisamente en «Santa Ana», aunque había otras que se habían movido por el camino de «California», cuyo paradero no se conocía.

Cuatro o cinco días después del encuentro de «Mar Verde», se dio la orden de alarma de combate, avanzaban las tropas de Sánchez Mosquera por el camino más lógico, el que va directamente de «Santa Ana» al «Hombrito». Se avisó inmediatamente a las emboscadas y se chequearon las minas. Estas primeras minas fabricadas por nosotros tenían una rudimentaria espoleta hecha con un resorte y un clavo que, al liberarse, impulsado por el resorte golpeaba el detonante, sin embargo, no había funcionado en la emboscada del «Mar Verde», y esta vez tampoco funcionaron.

Al poco tiempo se escuchaban los disparos del combate desde el puesto de mando y llegaba la noticia al no funcionar las minas y dada la cantidad de tropas enemigas que venían que se habían retirado los combatientes, pero no sin hacerles varias bajas al enemigo. El primero de ellos era descrito como un sargento grande, gordo, con un revólver 45 y sus arreos, que venía encabezando la columna montado a caballo.

El Teniente Enrique Noda y un combatiente llamado «el Mexicano», le habían tirado con sus granadas a pocos pasos y los dos coincidían en la descripción del individuo; además, se decía que había otras bajas, pero lo cierto es que, las tropas de Sánchez Mosquera habían desbaratado la defensa.

38 (Semanas después un campesino de apellido Brito, vino agradecerme la generosidad nuestra, ya que fue obligado a encabezar la columna y vio cuando los muchachos le tiraron «para hacer el paripé». Ese mismo campesino me informó que no hubo bajas allí, pero sí en «Altos de Conrado»).

El lugar, que ocupábamos era tan difícil de defender con nuestras pocas fuerzas que no habíamos hecho propiamente atrincheramientos, salvo las defensas viejas, construidas para obstaculizar el acceso desde las «Minas de Bueycito» y, al avanzar por el camino real, el enemigo ponía en peligro todas nuestras emboscadas, de manera que se dio orden de repliegue a todas ellas y fuimos retirándonos, quedando sólo algunas pocas familias que se animaban a resistir la maldad de los guardias, ya sea por su valor personal o porque tenía algún secreto contacto con ellos.

Nos retiramos lentamente por el camino que va hacia «Altos de Conrado». «Altos de Conrado» no es más que un pequeño montículo que sobresale en la línea de la Maestra y en cuya parte superior vivía un campesino llamado Conrado. Este compañero era miembro del Partido Socialista Popular y desde el primer momento se había conectado con nuestras tropas, prestándonos valiosos servicios, había evacuado la familia y la casa estaba sola. El lugar era magnífico para hacer una emboscada, allí solamente se podía llegar por tres estrechos senderos que serpentean por los firmes de las lomas, muy arbolados y, por tanto, muy fáciles de defender, todo el resto está defendido por peñones abruptos y por laderas igualmente abruptas, sumamente difíciles de escalar.

En un lugar donde hay una pequeña furnia, el camino se abre. Allí preparaban las condiciones para resistir el ataque de las fuerzas de Sánchez Mosquera. Y también, desde el primer día, en el fogón de la casa, colocamos dos bombas con sus mechas, la trampa era muy simple, si nos retirábamos probablemente ellos quedarían en la casa y usarían el fogón. En medio de las cenizas, cubiertas totalmente por ellas, estaban las dos bombas, calculábamos que el calor del fuego o alguna brasa que se pusiera en contacto con las mechas, las haría estallar haciendo una buena cantidad de bajas, pero, naturalmente, ese era un recurso posterior, primero habría que luchar en los «Altos de Conrado».

Allí estuvimos pacientemente esperando, durante tres días, haciendo guardias constantes las 24 horas. Las noches eran muy frías y húmedas a aquellas alturas y en aquella época del año, realmente ni teníamos la preparación necesaria ni el hábito de pasarnos toda la noche en posición de combate a la intemperie.

Habíamos hecho preparar en el mimeógrafo de nuestro periódico «El Cubano Libre», cuyo primer número había salido en esos días, una proclama a los militares para dejarla pegada en los árboles del camino que debían seguir.

El día 8 de diciembre por la mañana, oímos desde las alturas del peñón los aprontes de la tropa para subir, caracoleando por el camino, hasta la zona donde estábamos unos doscientos metros más arriba. Mandamos a colocar las proclamas, y lo hizo el compañero Luis Olazábal. Oíamos los gritos de la tropa en una discusión muy violenta en la cual se alcanzó a escuchar con toda nitidez, por mí personalmente, pues estaba atisbando desde la orilla del paredón, el grito de alguien que mandaba, al parecer un oficial y que decía: «Usted va delante por mis cojones», mientras el soldado, o quien fuera, respondía airadamente que no. La discusión cesó y la tropa se puso en movimiento.

Podíamos ver la columna en marcha, a retazos, oculta entre los árboles. Cuando llevaban algún tiempo de escalar por el camino, me llené de dudas sobre si era bueno o no prevenirlos acerca de la emboscada con las proclamas. En definitiva, mandé nuevamente a Luis a que retirara los papeles, por solamente fracciones de segundos pudo hacerlo, ya que los primeros soldados venían subiendo rápidamente.

Las disposiciones del combate eran muy sencillas, suponíamos que, al llegar al claro, vendría uno solo delante a alguna distancia de sus compañeros, ese por lo menos tenía que caer. Detrás de un gran almácigo estaba Camilo esperándolo, de manera que, al cruzar por delante de él, atento a lo que pasaba, seguramente mirando al frente, le descargaría su ametralladora a menos de un metro, entonces se generalizaría el fuego de las dos alas donde estaban diversos tiradores apostados, perfectamente escondidos en el monte. El Teniente Ibrahím y algún otro más, justo frente al camino, a unos diez metros de Camilo, debían cubrirlo con su fuego frontal de manera que nadie pudiera acercarse a su refugio, luego que éste matara al de la vanguardia.

Mi puesto estaba a unos veinte metros en una posición oblicua detrás de un tronco que me protegía la mitad del cuerpo apuntando directamente a la entrada del camino donde venían los soldados. Algunos compañeros y yo no podíamos mirar en el primer momento, pues estábamos en un lugar pelado y seríamos visibles; debíamos esperar a que Camilo abriera el fuego. Atisbando, contra la orden que yo mismo había dado, pude apreciar en ese momento tenso antes del combate que el primer soldado apareció mirando desconfiado a uno y otro lado y fue avanzando lentamente. De verdad, todo allí olía a emboscada, era un espectáculo extraño al paisaje peladero con un pequeño manantial que corría constantemente, en medio de la exuberancia del bosque

40 que nos rodeaba. Los árboles, algunos tumbados y otros en pie, muertos por la candela, daban una impresión tétrica. Escondí la cabeza esperando el comienzo del combate; sonó un disparo y enseguida se generalizó el fuego. Después me enteré que no había sido Camilo el que tiró; Ibrahim, nervioso por la espera, disparó antes de tiempo y en pocos instantes se había generalizado el tiroteo, aunque, en realidad, de cada puesto de observación se podía ver muy poco. Nuestros tiros aislados con pretensiones de llevar la muerte en cada uno y los disparos de la soldadesca, dilapidados en largas ráfagas, se «juntaban, pero no se mezclaban», reconociéndose en uno y otro ruido la identidad de quien los hacía. A los pocos minutos —cinco o seis— se sintieron sobre nuestras cabezas los primeros silbidos de morteros o bazoocas, que disparaban los soldados, pero que pasaban de largo estallando a nuestras espaldas.

De pronto sentí la desagradable sensación, un poco como de quemadura o de la carne dormida, señal de un balazo en el pie izquierdo que no estaba protegido por el tronco. Acababa de disparar con mi fusil (lo había tomado de mirilla telescópica para ser más preciso en el tiro), simultáneamente con la herida oí el estrépito de gente que avanzaba rápidamente sobre mí, partiendo ramas, como a paso de carga. El fusil no me servía, pues acababa de disparar, la pistola, al estar tirado en el suelo se me había corrido, quedando debajo del cuerpo y no podía levantarme porque estaba directamente expuesto al fuego del enemigo. Revolviéndome como pude, con desesperada celeridad, llegué a empuñar la pistola en el mismo momento en que aparecía uno de los combatientes nuestros de nombre «Cantinflas». Sobre la angustia pasada y el dolor de la herida, se interponía de pronto el pobre «Cantinflas», diciéndome que se retiraba porque su fusil estaba encasquillado. Lo tomé violentamente de las manos mientras se agachaba a mi lado y examiné su garand, solamente tenía el clip levemente ladeado y eso lo había trabado. Se lo arreglé con un diagnóstico que cortaba como una navaja: «Usted lo que es un pendejo». «Cantinflas», Oñate de apellido, tomó el fusil y se incorporó, dejando el refugio del tronco, para vaciar su peine de garand en demostración de valentía. Sin embargo, no pudo hacerlo completo porque una bala le penetró por el brazo izquierdo saliéndole por el omóplato, después de cubrir una curiosa trayectoria. Ya éramos dos los heridos en el mismo lugar y era difícil retirarse bajo el fuego, había que dejarse deslizar sobre los troncos de la tumba y después caminar bajo ellos, heridos como estábamos y sin saber del resto de la gente. Poco a poco lo hicimos, pero «Cantinflas» se fue desmayando y yo, que a pesar del dolor, podía moverme mejor, llegué hasta donde estaban los demás para pedir ayuda.

Se sabía que había algunos muertos entre los soldados, aunque no el número exacto. Después de rescatados los heridos (nosotros dos) nos fuimos alejando hasta la casa de Polo Torres, dos o tres kilómetros Maestra abajo. Después de pasado el primer momento de euforia y la emoción en el combate, el dolor cada vez era más intenso impidiéndome caminar. Al fin, a mitad de camino, monté un caballo que me llevó hasta el improvisado hospital, mientras «Cantinflas» era traído en nuestra camilla de campaña, una hamaca. El tiroteo había ya cesado y nosotros supusimos que ya habían tomado el «Alto de Conrado». Establecimos las postas para detenerlos en la orilla de un pequeño arroyo en un lugar bautizado por nosotros con el nombre de «Pata de la Mesa», mientras organizábamos la retirada de los campesinos con sus familias y le enviaba a Fidel una larga carta explicatoria de los hechos.

Envié la columna comandada por Ramiro Valdés, a que se uniera a Fidel, pues había cierta sensación de derrota, y de miedo en nuestra tropa y quería permanecer solamente con la gente indispensable para realizar una defensa ágil. Camilo quedaba al frente del pequeño grupo de defensa.

Debido a la tranquilidad aparente que había, mandamos al día siguiente al del combate a uno de nuestros mejores exploradores, Lien de apellido, a que viera qué estaba haciendo el ejército enemigo. Nos enteramos entonces de que la tropa se había retirado totalmente de la zona, el explorador llegó hasta la casa de Conrado y no había rastro de soldados, como prueba de su inspección traía una de las bombas que habían quedado ocultas en el bohío. Al pasar revista a las armas, faltaba un fusil, el del compañero Guile Pardo que había cambiado su arma por otra y, al retirarse, había llevado solamente la última, dejando la anterior en su puesto de combate. Ese era uno de los delitos más graves que se podía cometer y la orden fue terminante: Tenía que ir con un arma corta y rescatar el fusil de manos del enemigo o traer otro. Cabizbajo, partió Guile a cumplir su misión, pero a las pocas horas volvía sonriente con su propia arma en la mano, el enigma despejado era que el ejército nunca avanzó más allá del lugar donde se atrincheró al resistir nuestro ataque, que cada uno se había retirado por su lado de modo que ningún ser viviente había llegado hasta el puesto de combate, lo único que había sufrido el fusil era un aguacero.

Este punto de avance del ejército significó en mucho tiempo su mayor penetración en la Sierra y, en esta zona concretamente, esa fue su mayor penetración. Un reguero de casas quemadas, como siempre sucedía al paso de Sánchez Mosquera, era lo que quedaba en «El Hombrito» y en otras zonas. Nuestro horno de pan había sido concienzudamente destruido y entre las

42 ruinas humeantes solamente se encontraron algunos gatos y algún puerco que escapó a la vesanía del ejército invasor para caer en nuestras fauces. Uno o dos días después del combate, Machadito, hoy Ministro de Salud Pública, con una cuchilla de afeitar me operó la herida, extrayéndome una bala de carabina M-1, con lo que rápidamente inicié el proceso de curación. Sánchez Mosquera había cargado con todo lo que podía, desde sacos de café hasta muebles que habían llevado sus soldados. Daba la impresión que no repetiría pronto una incursión por la Sierra y había que preparar las condiciones políticas de toda la zona y volver a la tarea de organizar nuestro centro fundamental industrial que ahora ya no estaría en «El Hombrito», sino un punto más atrás, en la misma zona de la Mesa.

---

## **PINO DEL AGUA**

---

Al iniciarse el año 1958 se había producido cierta tregua entre nuestras fuerzas y las tropas batistianas. Se sucedían, sin embargo, los partes del Ejército en los cuales se hablaba un día de 8, otro de 23 bajas rebeldes; por supuesto, sin sufrir ellos ninguna; esta era precisamente la técnica que dominaba, sobre todo en la zona en que operaba mi columna, donde Sánchez Mosquera se dedicaba a imaginarias batallas contra las fuerzas rebeldes, asesinando campesinos con cuyos cadáveres nutría su boja de servicios.

En los últimos días de enero se levantaba la censura y los periódicos, por última vez hasta que acabó la guerra, publicaban algunas noticias. El ambiente gubernamental respiraba aires de tregua. Ramírez León, legislador batistiano, hacía un viaje más o menos espontáneo acompañado de un Concejal de Manzanillo, Lalo Roca, y de un periodista español del «Paris Match», Meneses, que hiciera una serie de entrevistas en la Sierra.

Se publicaban en Estados Unidos extensas declaraciones sobre la denuncia del pacto de Miami hechos por el Comité del 26 de Julio en el exilio que tenía como presidente a Mario Llerena, y como tesorero a Raúl Chibás. (Estos comisionados encontraron tan saludable su trabajo en aquella zona del mundo que, aparentemente, la han fijado como residencia habitual en los momentos actuales y, quizás, tengan profesiones similares a las de la época de la guerra de liberación, cuando parecían personas honestas). Las entrevistas con Meneses, que se publicaron en la revista «Bohemia», tuvieron su repercusión también en el mundo entero, pero internamente fue interesante la polémica sostenida entre Masferrer y Ramírez León, en esos fugaces días en que la prensa habanera publicaba algunas noticias.

La censura se había levantado en cinco de las seis provincias. Oriente seguía con las garantías constitucionales suprimidas y con censura.

A mediados de enero era presentado ante los periodistas un grupo de militantes del 26 de Julio que había sido tomado prisionero al bajar de la Sierra; Armando Hart, Javier Pazos, Luis Buch y el guía llamado Eulalio Vallejo. Tiene algún interés esta noticia, a pesar de que todos los días caían compañeros presos y muchas veces eran asesinados, porque es un índice de la polémica que ya existía más o menos abierta entre las dos partes del 26 de Julio. Frente a una carta, bastante idiota, que yo le había enviado al compañero René Ramos Latour, éste me contestó, pero además circuló una copia de mi hoja; Armando Hart me escribió una nota polémica y pensaba mandármela desde la Sierra, donde fue a ver a Fidel, pero éste razonó que esa carta provocaría una nueva contestación, la que a su vez provocaría otra, hasta que en un momento dado podía caer alguna en manos del enemigo, lo que no nos haría ningún favor. Armandito disciplinadamente, cumplió la orden, pero olvidó la nota en uno de sus bolsillos y, cuando fuera apresado, la tenía encima.

La vida de Armando Hart y de sus compañeros estuvo pendiente de un hilo durante el curso de los días en que estuvieron presos e incomunicados. La Embajada yanqui se movilizó para averiguar el origen de esta controversia.

A través de toda una serie de términos que se expresaban en las argumentaciones respectivas, el enemigo intuyó algo y paró la oreja.

Independientemente del incidente anotado, Fidel consideró que era importante dar un golpe de resonancia, aprovechando el levantamiento de la censura y nos preparábamos para ello.

El punto elegido era nuevamente Pino del Agua. Una vez lo habíamos atacado con buen éxito y desde ese momento, Pino del Agua estaba ocupado por el enemigo. Aún cuando las tropas no se movían mucho, su particular posición en la cresta de la Maestra hacía que hubiera que dar largos rodeos y que siempre fuera peligroso el tráfico cerca de la zona, de manera que la supresión de Pino del Agua como punto avanzado del Ejército podría ser de mucha importancia estratégica y, dadas las condiciones de la prensa en el país, de resonancia nacional.

Desde los primeros días de febrero, empezaron los preparativos febriles y las investigaciones de la zona, en las cuales tomaron parte fundamental, por ser vecinos de allí, Roberto Ruiz y Félix Tamayo, ambos oficiales de nuestro ejército en la actualidad. Además, incrementábamos los preparativos de nuestra última arma, a la que atribuimos una importancia excepcional, el M-26, también llamado Sputnik, una pequeña bombita de hojalata que primeramente se arrojaba mediante un complicado aparato, una especie

44. de catapulta confeccionada con las ligas de un fusil de pesca submarina. Más tarde fue perfeccionado hasta lograr impulsarlo por un disparo de fusil, con bala de salva, que hacía ir más lejos el artefacto.

Estas bombitas hacían mucho ruido, realmente asustaban, pero, dado que solamente tenían una coraza de hojalata, su poder mortífero era exiguo y sólo inferían pequeñas heridas cuando explotaban cerca de algún soldado enemigo, sin contar con que era muy difícil hacer coincidir perfectamente, desde el momento en que se encendía la mecha, la trayectoria en el aire y su explosión al caer. Por efecto del impacto al ser despedida solía desprenderse la mecha y la bombita no explotaba, cayendo intacta en poder del enemigo. Cuando éste conoció su funcionamiento le perdió el miedo; en ese primer combate tuvo su efecto psicológico.

Con bastante minuciosidad se prepararon las cosas, el ataque tuvo lugar el día 16 de febrero, el parte de nuestro Ejército que saliera en «El Cubano Libre» y que aquí reproducimos es una síntesis bastante exacta de lo que sucedió.

El plan estratégico era muy simple: Fidel, sabiendo que había una compañía entera en el aserrío, no tenía confianza en que nuestras tropas pudieran tomarlo; lo que se pretendía era atacarlo, liquidar sus postas, cercarlo y esperar a los refuerzos, pues ya sabíamos bien que las tropas que van en camino son mucho más hábiles que las que están acantonadas. Se establecieron las distintas emboscadas de las cuales esperábamos tener resultados grandes. En cada una pusimos el número de hombres equivalente a la probabilidad de que por allí viniera el enemigo.

El ataque fue dirigido personalmente por Fidel, cuyo Estado Mayor estaba directamente a la vista del aserrío, en una loma situada al norte y de la que se dominaba perfectamente el objetivo. En el mapa No. 2 se puede apreciar el plan de acción; Camilo debía avanzar por el camino que viene de Uvero pasando por la Bayamesa; sus tropas, que constituían el pelotón de vanguardia de la columna 4, debían tomar las postas, avanzar hasta donde lo permitiera el terreno y ahí mantenerse. La huida de los guardias era impedida por el pelotón del Capitán Raúl Castro Mercader, situado a la vera del camino que conduce a Bayamo y, en el caso de que trataran de ganar el río Peladero, el Capitán Guillermo García con unos 25 hombres los esperaba.

Al iniciarse el fuego entraría en función nuestro mortero, que tenía exactamente 6 granadas y estaba manejado por Quíala; luego comenzaría el asedio. Había una emboscada dirigida por el Teniente Vilo Azeña, en la loma de la Virgen, destinada a interceptar las tropas que vinieran del Uvero

y, más alejado hacia el norte, esperando las tropas que vinieran de Yao por Vega de los Jobos, estaba Lalo Sardiñas con algunos escopeteros.

En esta emboscada se probó por primera vez un tipo especial de mina, cuyo resultado no fue nada halagüeño. El compañero Antonio Estévez (muerto más tarde durante un ataque a Bayamo), había ideado el sistema de hacer explotar una bomba de aviación íntegra, usando un escopetazo como detonador, e instalamos el artefacto previendo que el Ejército avanzara por esa zona en la que teníamos tan poca fuerza. Hubo una lamentable equivocación; el compañero encargado de anunciar la llegada del enemigo, muy inexperto y muy nervioso, dio el aviso en el momento en que subía un camión civil; la mina funcionó y su conductor resultó la víctima inocente de esta nueva arma de destrucción que, después de desarrollada, sería tan eficaz.

En la madrugada del día 16, Camilo avanzó para tomar las postas, pero nuestros guías no habían previsto que los guardias se retiraban durante la noche hasta muy cerca del campamento, de manera que tardaron bastante en empezar el ataque; creían haberse equivocado de lugar y cada paso lo iban dando con mucho cuidado, sin percatarse de cuál había sido la maniobra. Caminar los 500 metros existentes entre ambos emplazamientos le demoró a Camilo no menos de una hora, avanzando con sus 20 hombres en fila india.

Al final llegaron al caserío; los guardias habían instalado un sistema elemental de alarma consistente en unos hilos a ras del suelo que tenían amarradas unas latas, las que sonaban al pisarlas o tocar el hilo pero, al mismo tiempo, habían dejado algunos caballos pastando, de manera que cuando la vanguardia de la columna tropezara con la alarma, se confundieron con el ruido de los caballos. Así Camilo pudo llegar prácticamente hasta donde estaban los soldados.

Del otro lado, nuestra vigilia era angustiada por las horas que pasaban sin comenzar el tan esperado ataque; por fin se oyó el primer disparo que marcaba el inicio del combate, empezando nuestro bombardeo con los 6 morteros, el que muy pronto finalizaba sin pena ni gloria.

Los guardias habían visto u oído a los primeros atacantes empezar el ataque; y con la ráfaga que inició el combate hirieron al compañero Guevara, muerto después en nuestros hospitales. En pocos minutos las fuerzas de Camilo habían arrasado con la resistencia, tomando 11 armas, entre ellas dos fusiles ametralladoras y tres guardias prisioneros, además de hacer 7 u 8 muertos, pero inmediatamente se organizó la resistencia en el cuartel y fueron detenidos nuestros ataques.

46 En sucesión, los Tenientes Noda y Capote, y el combatiente Raimundo Lien, morían en el intento de seguir avanzando, Camilo era herido en un muslo y Virelles, que era el encargado de manejar la ametralladora, tuvo que retirarse, dejándola abandonada. A pesar de su herida Camilo volvió a tirarse para tratar de salvar el arma, ya en las primeras luces de la madrugada y en medio de un fuego infernal; volvió a ser herido, con tan buena suerte que la bala le penetró en el abdomen saliendo por el costado sin interesar ningún órgano vital. Mientras salvaron a Camilo, perdiéndose la ametralladora, otro compañero, de nombre Luis Macías, era herido y se arrastraba entre las matas hacia el lugar opuesto a la retirada de sus compañeros, encontrando allí la muerte. Algunos combatientes aislados, desde posiciones cercanas al cuartel, lo bombardeaban con los sputniks o M-26, sembrando la confusión entre los soldados; Guillermo García no pudo intervenir para nada en este combate, ya que nunca los guardias hicieron tentativas de salir de su refugio y, como se preveía, inmediatamente hicieron un llamado de auxilio por radio.

Ya a media mañana la situación era de calma en toda la zona, pero desde nuestras posiciones, en el Estado Mayor, oímos unos gritos que nos llenaban de angustia y que decían más o menos: «Ahí va la ametralladora de Camilo», mientras tiraban una ráfaga; junto con la ametralladora tripode perdida, Camilo había dejado su gorra que tenía el nombre inscrito en la parte trasera y los guardias se mofaban de nosotros en esa forma. Intuíamos que algo había pasado, pero no se pudo hacer contacto durante todo el día con las tropas instaladas al otro lado, mientras Camilo, atendido por Sergio del Valle, se negaba a retirarse y quedaban allí a la expectativa.

Las predicciones de Fidel se cumplían; desde el Oro de Guisa, la compañía mandada por el capitán Sierra, enviaba su punta de vanguardia para que llegara a explorar lo que sucedía en Pino del Agua; la estaba esperando el pelotón completo de Paco Cabrera, unos 30 ó 35 hombres apostados en la forma en que se ve en el mapa 3, al lado del camino, en la loma llamada del Cable, precisamente porque hay un cable, con el cual se ayuda a subir a los vehículos la difícil altura. Estaban instaladas nuestras escuadras al mando de los Tenientes Suñol, Alamo, Reyes y William Rodríguez; Paco Cabrera, estaba allí también como jefe del pelotón, pero quienes estaban encargados de detener la punta de vanguardia eran Paz y Duque, de frente al camino. La pequeña fuerza enemiga avanzó y fue destruida totalmente; 11 muertos, 5 prisioneros heridos, que se curaron en una casa y se dejaron allí, el 2do. Teniente Laferté, hoy con nosotros, fue tomado prisionero; se ocuparon 12 fusiles, entre ellos dos M-1 y un fusil ametralladora, además de un Johnson.

Uno o dos soldados que pudieron huir llegaron con la noticia al Oro de Guisa. Al recibir esta nueva, la gente de Oro de Guisa debe haber pedido auxilio, pero entre Guisa y el Oro de Guisa estaba, precisamente, apostado Raúl Castro con todas sus fuerzas, pues era el punto donde presumíamos que más posibilidades ofrecía de que llegaran los guardias en auxilio de los atacados en Pino del Agua. Raúl dispuso sus fuerzas de tal manera que Félix Pena cerraría con la vanguardia el camino de los refuerzos e inmediatamente, su escuadra, con la de Ciro Frías y la que estaba directamente al mando de Raúl atacaría al enemigo, mientras que Efigenio cerraría el cerco por la retaguardia.

Un detalle pasó inadvertido en ese momento: dos campesinos inofensivos y aturdidos, que cruzaron por todas las posiciones con sus gallos bajo el brazo, resultaron ser soldados del ejército de Oro de Guisa que habían sido mandados precisamente para explorar el camino. Pudieron observar la disposición de nuestras tropas y avisaron a sus compañeros de Guisa, por lo que Raúl se vio obligado a resistir la ofensiva que el Ejército, conociendo sus posiciones, le hacía desde una altura que había tomado y tuvo que hacer una larga retirada, en el transcurso de la cual perdió un hombre, Florentino Quesada, y tuvo un herido.

El camino que viene de Bayamo, pasando por el Oro de Guisa, fue la única vía por la que el Ejército intentó avanzar. Si bien Raúl se vio obligado a retroceder, dada su posición inferior, las tropas enemigas avanzaron con mucha lentitud por el camino y no se presentaron en todo ese día. El mapa 4 muestra la maniobra aproximada. Ese día sufrimos el ataque constante de los B-26 del ejército que ametrallaron las lomas sin más resultados que el de incomodarnos y obligarnos a mantener ciertas precauciones. Fidel estaba eufórico por el combate y, al mismo tiempo, preocupado por la suerte de los compañeros y se arriesgó varias veces más de lo debido; eso provocó que días después un grupo de oficiales le enviáramos el documento que insertamos, pidiéndole, en nombre de la Revolución que no arriesgara su vida inútilmente. Este documento, un tanto infantil, que hiciéramos impulsados por los deseos más altruistas, creemos que no mereció ni una leída de su parte, y, demás está decirlo, no le hizo el más mínimo caso.

Por la noche, insistí en que era posible un ataque del tipo del que Camilo realizara y dominar a los guardias que estaban apostados en Pino del Agua. Fidel no era partidario de la idea pero en definitiva accedió a hacer la prueba, enviando una fuerza bajo el mando de Escalona, que constaba de los pelotones de Ignacio Pérez y Raúl Castro Mercader; los compañeros se acercaron e hicieron todo lo posible por llegar hasta el cuartel pero eran

48 repelidos por el fuego violento de los soldados y se retiraron sin intentar nuevamente el ataque. Pedí que se me diera el mando de la fuerza, cosa que Fidel aceptó a regañadientes. Mi idea era acercarme lo más posible y, con cocteles Molotov hechos con la gasolina que había en el propio aserrío, incendiar las casas que eran todas de madera, y obligarlos a rendirse o salir a la desbandada, cazándolos, entonces con nuestro fuego. Cuando estábamos llegando al lugar del combate, aprestándonos a tomar posiciones, recibí este pequeño manuscrito de Fidel:

«16 de febrero de 1958. Che: Si todo depende del ataque por este lado, sin apoyo de Camilo y Guillermo, no creo que deba hacerse nada suicida porque se corre el riesgo de tener muchas bajas y no lograr el objetivo.

Te recomiendo, muy seriamente, que tengas cuidado. Por orden terminante, no asumas posición de combatiente. Encárgate de dirigir bien a la gente que es lo indispensable en este momento. (f) —Fidel.»

Además, me decía verbalmente Almeida, portador del mensaje, que bajo mi responsabilidad podía atacar en los términos de la carta, pero que él (Fidel, no estaba de acuerdo. Pesaba sobre mí la orden terminante de no entrar en combate, la posibilidad cierta, casi segura, de la muerte de varios combatientes y la no seguridad de la toma del cuartel, sin saber la disposición de las fuerzas de Guillermo y Camilo, que estaban aisladas, y con toda la responsabilidad sobre mis hombros; fue demasiado para mí y, cabizbajo, tomé el camino de mi antecesor, Escalona.

Al día siguiente por la mañana, en medio de las continuas incursiones de los aviones, se dio la orden de retirada general y, después de hacer con la mirilla telescópica algunos disparos sobre los soldados que ya empezaban a salir de sus refugios, nos fuimos retirando por el firme de la Maestra.

Como se puede apreciar en el parte oficial que en aquel momento dimos, el enemigo sufrió de 18 a 25 muertos y las armas ocupadas fueron 33 fusiles, 5 ametralladoras y parque abundante. A la lista de bajas señaladas, hay que agregar la del compañero Luis Macías, cuya suerte no se conocía en ese momento, y algunos compañeros, como Luis Olazábal y Quiroba, heridos en distintas acciones del prolongado combate. En el periódico «El Mundo» del 19 de febrero aparecía la siguiente información:

«El Mundo», miércoles 19 de febrero de 1958. Reportan la baja de 16 insurgentes y 5 soldados. Ignoran si hirieron a Guevara. El Estado Mayor del Ejército expidió un comunicado, a las cinco de la tarde de ayer, negando que haya tenido lugar una importante batalla con los rebeldes en «Pino del Agua», al sur

de Bayamo. Admítase asimismo en el parte oficial que «han ocurrido alguna que otra escaramuza entre patrullas de reconocimiento del ejército y grupos alzados», añadiendo que en el momento de emitir ese propio parte «Las bajas rebeldes ascienden a 16, teniendo el ejército como resultado de dichas escaramuzas, cinco bajas.» En cuanto a que haya sido herido el conocido comunista argentino «Che» Guevara, añade el comunicado hasta ahora no se ha podido confirmar. Sobre la presencia del cabecilla insurreccional en estos encuentros, nada se ha podido confirmar y sí que permanece escondido en las intrincadas cuevas de la Sierra Maestra».

Poco después, o quizás ya en ese momento, habían provocado la masacre del Oro de Guisa realizada por Sosa Blanco el asesino que, en los primeros días de enero de 1959, moría ante un pelotón de fusilamiento.

Mientras la dictadura sólo podía confirmar que Fidel permanecía «escondido en las intrincadas cuevas de la Sierra Maestra», las tropas bajo su dirección personal le pedían que no arriesgara inútilmente la vida y el ejército enemigo no subía hasta nuestras bases. Tiempo más tarde, Pino del Agua era desalojado y completábamos la liberación de la zona occidental de la Maestra.

A los pocos días de este combate se produce uno de los hechos más importantes de la contienda; la columna 3, bajo el mando del Comandante Almeida parte de la región de Santiago y la columna 6, Frank País, bajo el mando del Comandante Raúl Castro Ruz, cruza los llanos orientales, se interna en los Mangos de Baraguá, pasa a Pinares de Mayarí y luego forma el Segundo Frente Oriental Frank País.

## **PINO DEL AGUA**

Pino del Agua es un batey instalado en la cima de la Maestra a un lado del Pico la Bayamesa. Estaba defendido por la compañía del Capitán Guerra, muy bien atrincherada y fortificada. Es el punto más avanzado sobre la Sierra Maestra. El objetivo del ataque no era tomar el aserrío, sino establecer un cerco que obligara al ejército a mandar tropas en su ayuda. La situación de las tropas más cercanas era la siguiente: en San Pablo de Yao, la compañía de Sánchez Mosquera, a unos doce kilómetros del aserrío; en el Oro, la compañía del capitán Sierra, a unos seis kilómetros; a veinticinco kilómetros está Uvero con una guarnición de la Marina; los otros lugares de donde se esperaban refuerzos eran Guisa y Bayamo. Interceptando cada uno de los caminos que iban de estos puntos a Pino del Agua había fuerzas nuestras.

50 A las cinco y treinta de la mañana del día 16 de febrero iniciaron el ataque fuerzas de la Cuarta Columna, al mando del Capitán Camilo Cienfuegos. El ataque fue llevado en forma tan violenta que se tomaron las postas sin ninguna dificultad ocasionando al enemigo ocho muertos, cuatro prisioneros y varios heridos. A partir de ese momento se intensificaba la resistencia enemiga muriendo de nuestra parte, los Tenientes Gilberto Capote y Enrique Noda y el compañero Raimundo Lien; el compañero Angel Guevara resultó tan mal herido que murió varios días después en nuestros hospitales de campaña.

El cerco continuó durante todo el día moviéndose fuerzas del Oro, en número de diez y siete hombres, para hacer un reconocimiento en dirección de Pino del Agua. Estas fuerzas, fueron sorprendidas y totalmente aniquiladas; se hicieron tres prisioneros heridos, los que fueron dejados por la imposibilidad del transporte en casas de campesinos. El jefe de la columna, Segundo teniente Evelio Laferté, está prisionero. Sólo dos hombres, aparentemente heridos, pudieron escapar; el resto murió en la acción.

Las fuerzas que defendían los caminos de Yao y Uvero debieron permanecer inactivas debido a que estas tropas no se movieron de sus emplazamientos. La Columna del Comandante Raúl Castro Ruz debió librar combate en situación muy crítica, pues sus hombres no podían disparar sobre el enemigo, debido a que éste avanzó precedido por una muralla de mujeres y niños campesinos. En esta acción, murió el compañero Florentino Quesada. Desconociéndose las bajas sufridas por el ejército.

Horas después de retirarse la Columna del Comandante Raúl Castro, el ejército avanzó sobre las posiciones nuestras en las que quedaba un grupo de campesinos atemorizados e indefensos que se habían refugiado en unos bohíos para escapar a la batalla. Se ordenó entonces salir a todos los refugiados ametrallándose sin compasión, y matando a trece individuos, la mayoría mujeres y niños. Los heridos hechos en esa «victoriosa» acción del ejército fueron atendidos en Bayamo, y son los citados por los primeros partes no oficiales sobre la batalla.

A pesar del día brumoso, durante todo el tiempo de combate los aviones estuvieron ametrallando las posiciones ocupadas por nuestras fuerzas, que no sufrieron daño. A mediodía del día 17, se retiraron nuestras fuerzas de Pino del Agua, cerrándose la acción con un nuevo ataque sobre el Oro, por parte de elementos de la Sexta Columna. No se conocen los resultados de este encuentro por parte del enemigo, nuestras fuerzas sin novedad.

El saldo final es el siguiente: El enemigo perdió de 18 a 25 muertos, un número equivalente de heridos, cinco prisioneros: Evelio Laferté, segundo

Teniente; Erasmo Yera, Francisco Travieso Camacho, Ceferino Adrián Trujillo y Bernardo San Bartolomé Martínez y Carral, soldados (este último herido), 33 fusiles, 5 ametralladoras y gran cantidad de parque. Nuestras tropas suirieron las bajas nombradas, más 3 heridos, uno de ellos el Capitán Camilo Cienfuegos, todos leves.

No se realizó en Pino del Agua el total del ambicioso plan concebido por el Estado Mayor de nuestro Ejército, pero se obtuvo una victoria completa sobre el ejército, destruyendo aún más su ya claudicante moral de combate, y demostrando a la nación entera la fuerza creciente de la Revolución y de nuestro ejército revolucionario, que se apresta a bajar al llano a continuar su serie de victorias.

(Publicado en *El Cubano Libre*, febrero de 1958)

Sierra Maestra, 19 de febrero de 1958.

Sr. Comandante

Dr. Fidel Castro

Compañero:

Debido a la urgente necesidad y presionado por las circunstancias que imperan, la oficialidad así como todo el personal responsable que milita en nuestras filas, quiere hacer llegar a usted el sentido de apreciación que tiene la tropa respecto a su concurrencia al área de combate.

Rogamos deponga esa actitud siempre asumida por usted, que inconscientemente pone en peligro el éxito bueno de nuestra lucha armada y más que nada llevar a su meta la verdadera Revolución.

Sepa usted, compañero, que esto está muy lejos de ser una movilización sectaria, que pretende demostrar fuerza de ninguna especie. Sólo nos mueve, sin que falte en ningún momento el afecto y aprecio que se merece, el amor a la Patria, a nuestra causa, a nuestras ideas.

Usted sin egolatría de ninguna especie había de comprender la responsabilidad que sobre usted descansa y las ilusiones y esperanzas que sobre usted tienen cifradas las generaciones de ayer, de hoy y de mañana. Consciente de todo esto ha de aceptar este ruego de carácter imperativo, algo atrevido y exigente quizás. Pero por Cuba se hace, y por Cuba le pedimos un sacrificio más.

Comandante Che  
 Capitán Aud. [Juan Almeida]  
 Celia Sánchez  
 Raúl Castro Ruz  
 Ciro Frías  
 Dr. Martínez Páez  
 Dr. Sergio del Valle  
 Dr. Machado  
 Luis Crespo  
 Félix Pena  
 Paco Cabrera  
 Guillermo García  
 I. Pérez  
 M. Fajardo  
 Vitalio Acuña  
 Ramiro Valdés  
 [Delio Gómez Ochoa]  
 E. Sardiñas  
 Camilo Cienfuegos

Raúl Castro Mercader  
 Efigenio Amejeiras  
 Luis Orlando Rodríguez  
 [H. Sorí Marín]  
 Universo Sánchez  
 José Quijala  
 Idelfredo Figueredo Ríos  
 Marcos Borrero  
 Horacio Rodríguez  
 Calixto García  
 José Arios Soto Mayor  
 Ernesto Casillas  
 Fernando Virelles  
 Abelardo Cofre Ibarra  
 Humberto Rodríguez Díaz  
 Hermes Cordero M.  
 Botello  
 F. Villegas  
 Armando Velis

## **INTERLUDIO**

En los meses de abril de 1958 y junio del mismo año se observaron dos polos de la ola insurreccional.

A partir de febrero, después del combate de «Piño del Agua» ésta fue aumentando gradualmente hasta amenazar convertirse en avalancha incontenible. El pueblo se insurreccionaba contra la dictadura en todo el país y particularmente en Oriente. Luego del fracaso de la huelga general decretada por el movimiento, la ola decreció hasta alcanzar su punto más bajo en junio, cuando las tropas de la dictadura estrechaban más y más el cerco sobre la Columna 1.

En los primeros días de abril salía Camilo del abrigo de la Sierra hacia la zona del Cauto, donde recibiría su nombramiento de comandante de la Columna 2, «Antonio Maceo», y realizaba una serie de hazañas impresionantes en los llanos de Oriente. Camilo fue el primer comandante de nuestro Ejército que salió al llano a combatir con la moral y la eficacia del Ejército de la Sierra, poniendo en duros aprietos a la dictadura hasta días después del fracaso del 9 de abril, momentos en que retornara a la Sierra Maestra.

Al amparo de la situación, en los días de auge de la ola revolucionaria, se fueron creando toda una serie de campamentos, formados por alguna gente

que ansiaba luchar y por otra que pensaba solamente en conservar el uniforme limpio para poder entrar en triunfo en La Habana. Después del 9 de abril, cuando la contraofensiva de la dictadura empezó a acentuarse, estos grupos fueron desapareciendo o se incorporaron a la Sierra.

La moral cayó tanto que el Ejército considero oportuno ejercer la gracia y preparó unos volantes que distribuía desde el aire en las zonas de alzados. El volante decía así:

«Compatriotas. Si con motivo de habersete complicado en complots insurreccionales te encuentras todavía en el campo o en el monte, tienes oportunidad de rectificar y volver al seno de tu familia.

El Gobierno ha ordenado ofrecer respeto para tu vida y enviarte a tu hogar si depones las armas y te acoges a la Ley.

Preséntate al Gobernador de la Provincia, al Alcalde de tu Municipio, al Congresista amigo, al Puesto Militar, Naval o Policiaco más cercano o a cualquier autoridad eclesiástica.

Si estuvieres en despoblado, trae contigo tu arma colocada sobre uno de tus hombros y con las manos en alto.

Si hicieras tu presentación en zona urbana, deja escondido en lugar seguro tu armamento para que lo comuniques y sea recogido inmediatamente.

Hazlo sin pérdida de tiempo, porque las operaciones para la pacificación total continuarán con mayor intensidad en la zona donde te encuentras.»

Después publicaban fotos de presentados, algunos reales y otros no. Lo evidente es que la ola contrarrevolucionaria aumentaba. Al final se estrecharía contra los picos de la Sierra, pero a fines de abril y principios de mayo estaba en pleno ascenso.

Nuestra misión, en la primera fase del período examinado, era mantener el frente que ocupaba la cuarta columna y que llegaba a las cercanías del poblado de Minas de Bueycito. Allí estaba Sánchez Mosquera acantonado y nuestra lucha fue de fugaces encuentros sin arriesgar por una y otra parte un combate decisivo. Nosotros, por las noches, les tirábamos nuestros M-26, pero ellos ya conocían el escaso poder mortífero de esta arma y simplemente habían puesto una gran red de alambre tejido donde las cargas de TNT estallaban en sus fundas de lata de leche condensada, produciendo solamente mucho ruido.

Nuestro campamento llegó a estar situado a unos 2 kilómetros de las Minas, en un paraje denominado «La Otilia», en la casa de un latifundista de la zona. Desde allí vigilábamos los movimientos de Sánchez Mosquera y día a día se entablaban curiosas escaramuzas. Los esbirros salían por la

54 madrugada quemando chozas de campesinos a los que despojaban de todos sus bienes y retirándose antes de que nosotros interviniéramos, en otras oportunidades atacaban algunas de nuestras fuerzas de escopeteros diseminadas por la zona, poniéndolas en fuga. Campesino sobre el que recayera la sospecha de un entendimiento con nosotros, era asesinado.

Nunca he podido averiguar por qué razón Sánchez Mosquera permitió que estuviéramos cómodamente instalados en una casa, en una zona relativamente llana y despoblada de vegetación, sin llamar a la aviación enemiga para que nos atacara. Nuestras conjeturas eran que él no tenía interés en entablar combate y que no quería hacer ver a la aviación lo cercanas que estaban las tropas, ya que tendría que explicar por qué no atacaba. No obstante, repetidas escaramuzas, como he dicho, se relizaban entre nuestras fuerzas.

Uno de esos días salí con un ayudante para ver a Fidel, situado a la sazón en el Jíbaro, la caminata era larga, toda la jornada prácticamente. Después de permanecer un día con Fidel, salimos al siguiente para volver a nuestro cuartel de «La Otilia». Por alguna razón que no recuerdo, mi ayudante debió quedarse y me vi obligado a aceptar un nuevo guía. Una parte de la ruta transcurría por un camino de automóviles, después se penetraba en fincas onduladas cubiertas de pastizales. En esa última etapa, cerca ya de la casa, se presentó un raro espectáculo, a la luz de una luna llena que iluminaba claramente los contornos, en uno de esos potreros ondulados, con palmas diseminadas, apareció una hilera de mulos muertos, algunos con sus arreos puestos.

Cuando nos bajamos de los caballos a examinar el primer mulo y vimos los orificios de balas, la cara con que me miró el guía era una imagen de película de cowboys. El héroe de la película que llega con su compañero y ve, por lo general, un caballo muerto por una flecha, pronuncia algo así como, «los Sioux», y pone una cara especial de circunstancias, así era la del hombre y, quizás, también la mía propia, pero yo no me preocupaba mucho de examinarme. Unos metros más lejos estaba el segundo, luego el tercero y el cuarto o quinto mulo muerto. Había sido un convoy de abastecimientos para nosotros capturado por una excursión de Sánchez Mosquera, creo recordar que también hubo algún civil asesinado. El guía se negó a seguirme, alegó desconocer el terreno y simplemente subió en su cabalgadura y nos separamos amigablemente.

Yo tenía una «Beretta» y, con ella montada, llevando el caballo de las riendas me interné en los primeros cafetales. Al llegar a una casa abandonada, un tremendo ruido me sobresaltó hasta el punto que por poco disparo, pero

era sólo un puerco, asustado también por mi presencia. Lentamente y con muchas precauciones fui recorriendo los escasos centenares de metros que me separaban de nuestra posición, la que encontré totalmente abandonada. Tras mucho rebuscar encontré un compañero que había quedado, durmiendo en la casa.

Universo, que había quedado al mando de la tropa, había ordenado la evacuación de la casa previendo algún ataque nocturno o de madrugada. Como las tropas estaban bien diseminadas defendiendo el lugar, me acosté a dormir con el único acompañante. Toda aquella escena no tiene para mi otro significado que el de la satisfacción que experimenté al haber vencido el miedo durante un trayecto que se me antojó eterno hasta llegar, por fin, solitario, al puesto de mando. Esa noche me sentí valiente.

Pero la confrontación más dura con Sánchez Mosquera se produjo en un pequeño poblado o caserío llamado Santa Rosa. Como siempre de madrugada avisaron que Sánchez Mosquera estaba allí y nos dirigimos rápidamente al lugar, yo estaba con algo de asma y por lo tanto iba montado en un caballo bayo con el que habíamos hecho buenas migas. La lucha se extendía en determinados parajes en forma fraccionada. Hubo que abandonar la cabalgadura. Con el grupo de hombres que estaba conmigo, tomamos posición de un pequeño cerro, distribuyéndonos en dos o tres alturas diferentes. El enemigo tiraba algunos morteros previos, sin mayor puntería. Por un instante arció el tiroteo a mi derecha y me encaminé a visitar las posiciones, pero a medio camino también empezaron por la izquierda, mandé a mi ayudante a no sé qué lugar y quedé solo entre los dos extremos de los disparos. A mi izquierda, las fuerzas de Sánchez Mosquera, después de disparar algunos obuses de mortero, subieron la loma en medio de un griterío descomunal. Nuestra gente con poca experiencia, no atinó a disparar salvo alguno que otro tiro aislado y salió corriendo loma abajo. Sólo, en un potrero pelado, vi cómo aparecían varios cascos de soldados. Un esbirro echó a correr ladera abajo en persecución de nuestros combatientes que se internaban en los cafetales, le disparé con la «Beretta» sin darle e, inmediatamente, varios fusiles me localizaron, tirándome. Empecé una zigzagueante carrera llevando sobre los hombros mil halas que portaba en una tremenda cartuchada de cuero, y saludado por gritos de desprecio de algunos soldados enemigos. Al llegar cerca del refugio de los árboles mi pistola se cayó. Mi único gesto altivo de esa mañana triste —fue frenar, volver sobre mis pasos, recoger la pistola y salir corriendo, saludado, esta vez, por la pequeña polvareda que levantaban como puntillas a mi alrededor las balas de los fusiles. Cuando me consideré a salvo, sin saber de mis com-

56 pañeros ni del resultado de la ofensiva quedé descansando, parapetado en una gran piedra, en medio del monte. El asma, piadosamente, me había dejado correr unos cuantos metros, pero se vengaba de mí y el corazón saltaba dentro del pecho. Sentí la ruptura de ramas por gente que se acercaba, ya no era posible seguir huyendo (que realmente era lo que tenía ganas de hacer), esta vez era otro compañero nuestro, extraviado recluta recién incorporado a la tropa. Su frase de consuelo fue más o menos: «no se preocupe, Comandante; yo muero con usted». Yo no tenía ganas de morir y si tentaciones de recordarle algo de su madre, me parece que no lo hice. Ese día me sentí cobarde.

A la noche hacíamos el recuento de todos los hechos, un magnífico compañero, Marino de apellido, había sido muerto en una de las escaramuzas, lo demás era bien pobre en cuanto a resultado para ellos. El cadáver de un campesino con un balazo en la boca, asesinado quién sabe por qué, era lo que había quedado en las posiciones del Ejército, abandonado por éste. Allí, con una pequeña cámara de cajón sacó la fotografía del campesino asesinado, el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti que por primera vez nos visitara en la Sierra y con el cual sostendríamos luego una profunda y duradera amistad.

Después de estos combates nos retiramos de «La Otilia» uno poco hacia atrás, pero ya me reemplazaba como comandante en la columna 4, Ramiro Valdés, ascendido en esos días.

Salí de la zona, acompañado de un pequeño grupo de combatientes, a hacerme cargo de la Escuela de Reclutas, en la cual debían entrenarse los hombres que tendrían que hacer la travesía desde Oriente a Las Villas. Además, había que prepararse para lo que ya era inminente; la ofensiva del ejército. Todos los días siguientes, finales de abril y primero de mayo, fueron dedicados a la preparación de los puntos defensivos y a tratar de llevar hacia las lomas la mayor cantidad posible de alimentos y medicamentos para poder soportar lo que ya se veía venir, una ofensiva en gran escala.

Como tarea paralela, estábamos tratando de lograr un impuesto a los azucareros y ganaderos. En esos días subió Remigio Fernández, latifundista ganadero que ofreció el oro y el moro, pero se olvidó de las promesas al llegar al llano.

Tampoco los azucareros dieron nada. Pero después, cuando nuestra fuerza era sólida, nos tomamos la revancha, aunque pasáramos esos días de ofensiva sin elementos indispensables para nuestra defensa.

Poco tiempo después, Camilo era llamado para cubrir mejor nuestro pequeño territorio que encerraba incalculable riquezas: una emisora, hospitales, depósitos de municiones y, además, un aeropuerto situado entre las lomas de «La Plata», donde podía aterrizar una avioneta ligera.

Fidel mantuvo el principio de que no importaban los soldados enemigos, sino la cantidad de gente que nosotros necesitáramos para hacer invulnerable una posición y que a eso debíamos atenernos. Esa fue nuestra táctica y por ello todas nuestras fuerzas se fueron juntando alrededor de la Comandancia para ofrecer un frente compacto. No había mucho más de 200 fusiles útiles cuando el 25 de Mayo empezara la esperada ofensiva en medio de un mitin que Fidel estaba dando a unos campesinos, discutiendo las condiciones en que podría realizarse la cosecha del café, ya que el ejército no permitía el ascenso de jornaleros para la zafra de ese producto.

Le había dado cita a unos trescientos cincuenta campesinos muy interesados en resolver sus problemas de cosecha. Fidel había propuesto crear un dinero de la Sierra para pagar a los trabajadores, traer el yarey y los sacos para los envases, crear cooperativas de trabajo y consumo y una comisión de fiscalización. Además, se ofrecía el concurso del ejército guerrillero para la cosecha. Todo fue aprobado pero, cuando iba a cerrar el acto el propio Fidel, comenzó el ametrallamiento, el ejército enemigo había chocado con los hombres del capitán Angel Verdecia y su aviación castigaba los contornos.

## **UNA REUNION DECISIVA**

Durante todo el día 3 de mayo de 1958, se realizó en la Sierra Maestra, en «Los Altos de Mompié», una reunión casi desconocida hasta ahora pero que tuvo importancia extraordinaria en la conducción de la estrategia revolucionaria. Desde las primeras horas del día, hasta las 2 de la mañana, se estuvieron analizando las consecuencias del fracaso del «9 de abril» y el porqué de esa derrota y tomando las medidas necesarias para la reorganización del Movimiento y la superación de las debilidades consecuentes a la victoria de la dictadura.

Aunque yo no pertenecía a la Dirección Nacional, fui invitado a participar en ella a instancias de los compañeros Faustino Pérez y René Ramos Latour, (Daniel) a quienes había hecho fuertes críticas anteriormente. Estábamos presentes, además de los nombrados, Fidel, Vilma Espín (Débora en la clandestinidad), Nico Torres, Luis Busch, Celia Sánchez, Marcelo Fernández (Zoilo en aquella época), Haydée Santamaría, David Salvador, y a mediodía se nos unió Erensonio Infante (Bruno).

58 La reunión fue tensa, dado que había que juzgar la actuación de los compañeros del Llano, que hasta ese momento, en la práctica habían conducido los asuntos del «26 de Julio». En esa reunión se tomaron decisiones en las que primó la autoridad moral de Fidel, su indiscutible prestigio y el convencimiento de la mayoría de los revolucionarios allí presentes de los errores de apreciación cometidos. La Dirección del Llano había despreciado la fuerza del enemigo y aumentado subjetivamente las propias, esto sin contar los métodos usados para desencadenarla. Pero lo, más importante, es que se analizaban y juzgaban dos concepciones que estuvieron en pugna durante toda la etapa anterior de conducción de la guerra. La concepción guerrillera saldría de allí triunfante, consolidado el prestigio y la autoridad de Fidel y nombrado Comandante en Jefe de todas las fuerzas incluidas las de la Milicia —que hasta esos momentos estaban supeditadas a la Dirección del Llano— y Secretario General del Movimiento.

Hubo muchas discusiones enconadas al analizar la participación de cada quien en los hechos analizados pero la más violenta quizás, fue la sostenida con los representantes obreros que se oponían a toda participación del Partido Socialista Popular en la organización de la lucha. El análisis de la huelga demostraba que sus preparativos y su desencadenamiento estaban saturados de subjetivismo y de concepciones puchistas, el formidable aparato que parecía tener el «26 de Julio» en sus manos, en forma de organización obrera celular, se había desbaratado en el momento de la acción. La política aventurera de los dirigentes obreros había fracasado contra una realidad inexorable. Pero no eran los únicos responsables de la derrota, nosotros opinábamos que las culpas máximas caían sobre el delegado obrero David Salvador, el responsable de La Habana, Faustino Pérez y el Jefe de las Milicias del Llano, René Ramos Latour.

El primero, por sostener y llevar a cabo su concepción de una huelga sectoria que obligara a los demás movimientos revolucionarios a seguir a la zaga del nuestro. A Faustino, por falta de perspectiva que tuvo al creer en la posibilidad de la toma de la capital por sus Milicias, sin aquilatar las fuerzas de la reacción en su bastión principal. A Daniel, se le impugnaba la misma falta de visión pero referida a las Milicias del Llano que fueron organizadas como tropas paralelas a las nuestras, sin entrenaamiento ni moral de combate y sin pasar por el riguroso proceso de selección de la guerra.

La división entre la Sierra y el Llano era real. Había ciertas bases objetivas para ello, dadas por el mayor grado de madurez alcanzado en la lucha guerrillera por los representantes de la Sierra y el menor de los combatientes del Llano, pero también había un elemento de extraordinaria importancia,

algo que pudiéramos llamarle la deformación profesional. Los compañeros del Llano tenían que trabajar en su ambiente y, poco a poco, se iban acostumbrando a ver los métodos de trabajo necesarios para esas condiciones, como ideales y los únicos posibles para el Movimiento y, además —humanamente lógico— a considerar el Llano con mayor importancia relativa que la Sierra.

Después de los fracasos frente a las fuerzas de la dictadura, surgía ya una sola capacidad dirigente, la de la Sierra, y, concretamente, un dirigente único, un Comandante en Jefe, Fidel Castro. Al final de una exhaustiva y muchas veces violenta discusión, se resolvió separar de sus cargos a Faustino Pérez, que sería reemplazado por Ochoa, y a David Salvador, que sería reemplazado por Níco Torres. Con este último cambio no se hacía ningún adelanto sustantivo en cuanto a concepción de la lucha ya que frente al planteamiento de la unidad de todas las fuerzas obreras para preparar la próximo huelga general revolucionaria, que debía estar ordenada desde la Sierra, Níco manifestaba su disposición a trabajar disciplinadamente con los «stalinistas» pero que eso no conduciría a nada. Se refería en esos términos a los compañeros del Partido Socialista Popular.

El tercer cambio, el de Daniel, no producía sustituto ya que pasaba a ser Fidel directamente Comandante en Jefe de las Milicias del Llano. Además, se tomó la determinación de enviar a Haydée Santamaría como agente especial del Movimiento a Miami, haciéndose cargo de las finanzas en el exilio. En la parte política, la Dirección Nacional pasaba a la Sierra Maestra, donde Fidel ocuparía el cargo de Secretario General y se constituía un Secretariado de cinco miembros donde había, uno de finanzas, de asuntos políticos y de asuntos obreros. No recuerdo ahora quienes fueron los compañeros designados para estos puestos, pero todo lo referente a envíos de armas o a la decisión sobre las armas, y las relaciones exteriores, correría de allí en adelante por cuenta del Secretario General. Los tres compañeros separados debían ir a la Sierra donde ocuparían un cargo de delegado obrero David Salvador y serían comandantes Faustino y Daniel. Este último, fue puesto al mando de una columna que tuvo activa participación en la lucha de la última ofensiva del ejército que estaba al desencadenarse, muriendo al frente de sus tropas mientras atacaba a una de las columnas en retirada. Su carrera revolucionaria le valió un puesto en la lista selecta de nuestros mártires.

Faustino solicitó y obtuvo autorización para volver a La Habana y arreglar toda una serie de asuntos del Movimiento, entregar la jefatura y reintegrarse luego a la lucha en la Sierra, así lo hizo, y en la Columna No. 1 «José Martí», comandada por Fidel Castro acabó la guerra. Aunque la historia debe con-

60 signar los sucesos tal como ocurrieron, debe aclararse el alto concepto que siempre nos mereció quien en un momento dado fuera nuestro adversario dentro del movimiento. Faustino siempre fue considerado un compañero honesto a carta cabal y arriesgado hasta el extremo. De su arrojo tengo pruebas presenciales, cuando quemó un avión que nos había traído armas desde Miami, descubierto por la aviación enemiga y dañado. Bajo la metralla, Faustino, realizó la operación necesaria para evitar que cayera en manos del ejército, dándole candela mediante gasolina que se vertía por las perforaciones de los impactos. De su calidad revolucionaria da cuenta toda su trayectoria.

En aquella reunión se tomaron también acuerdos de menor importancia y se aclararon toda una serie de aspectos oscuros de nuestras relaciones reciprocas. Se escuchó un informe de Marcelo Fernández en relación a la organización del Movimiento en el Llano y se le encargó otro, para los núcleos del Movimiento, detallando los resultados y acuerdos de la reunión de la Dirección Nacional. También se escuchó un informe sobre Organización de Resistencia Cívica, su constitución, forma de trabajo, componentes, aplicación y fortalecimiento de la misma. El compañero Busch informó sobre el Comité del Exilio, la posición débil de Mario Llerena y sus incompatibilidades con Urrutia. Se decidió ratificar a Urrutia como candidato de nuestro Movimiento y pasarle una pensión, que hasta ese momento recibía Llerena, único cuadro profesional que mantenía el Movimiento en el exilio. Además, se decidió que si Llerena continuaba con sus interferencias debía cesar en el cargo de presidente del Comité de Exilio. En el exterior había muchos problemas, en Nueva York, por ejemplo, los grupos de Barrón, Pérez Vidal y Pablo Díaz, trabajaban separados entre sí y, a veces, tenían choques o interferencias. Se resolvió que Fidel enviara una carta a los emigrados y exilados reconociendo como único organismo oficial al Comité del Exilio del «26 de Julio», se analizaron todas las posibilidades que brindaba el gobierno de Venezuela, presidido por Wolfgang Larrazábal en aquel momento, que había prometido apoyar al Movimiento y que de hecho lo hizo. La única queja que pudiéramos tener con Larrazábal, estriba en que nos envió, junto con un avión de armas, al «benemérito» Manuel Urrutia Lleo, pero, en realidad, nosotros mismos habíamos hecho tan deplorable elección.

Se tomaron otros acuerdos en la reunión; además de Haydée Santamaría, que debía ir a Miami, Luis Busch debía trasladarse a Caracas con instrucciones precisas acerca de Urrutia. A Carlos Franqui se le ordenaba llegar a la Sierra para hacerse cargo de la dirección de Radio Rebelde. Los contactos se harían por radio a través de Venezuela mediante unas claves

confeccionadas por Luis Busch que funcionaron hasta el final de la guerra. Como puede apreciarse de los acuerdos tomados en esta reunión, ella tuvo una importancia capital; por fin quedaban dilucidados varios problemas concretos del Movimiento. En primer lugar, la guerra sería conducida militar y políticamente por Fidel en su doble cargo de Comandante en Jefe de todas las fuerzas y Secretario General de la Organización. Se seguiría la línea de la Sierra, de la lucha armada directa, extendiéndola hacia otras regiones y dominando el país por esa vía y se acababa con algunas ilusiones ingenuas de pretendidas huelgas generales revolucionarias cuando la situación no había madurado lo suficiente para que se produjera una explosión de ese tipo y sin que el trabajo previo tuviera características de una preparación conveniente para un hecho de tal magnitud. Además, la Dirección radicaba en la Sierra con lo que objetivamente se eliminaban algunos problemas prácticos de decisión que impedían que Fidel ejerciera realmente la autoridad que se había ganado. De hecho no hacía nada más que marcar una realidad, el predominio político de la gente de la Sierra, consecuencia de su justa posición y de su correcta interpretación de los hechos. Se corroboró la justeza de nuestras dudas cuando pensábamos en la posibilidad de un fracaso de las fuerzas del Movimiento en el intento de la huelga general revolucionaria, si ésta se llevaba en la forma en que se había esbozado en una reunión anterior al 9 de abril.

la posibilidad del fracaso de las fuerzas del Movimiento en el intento de la huelga general revolucionaria, si ésta se llevaba en la forma en que se había esbozado en una reunión anterior al 9 de abril.

Quedaban todavía por realizar algunas tareas muy importantes: ante todo, resistir la ofensiva que se avecinaba, ya que las fuerzas del ejército se iban colocando en anillo alrededor del bastión principal de la revolución que era la comandancia de la Columna 1, dirigida por Fidel, después la invasión de los llanos, la toma de las provincias centrales y, por último, la destrucción de todo el aparato político-militar del régimen. Nos llevaría 7 meses consumarlas totalmente.

En esos días lo más apremiante era fortalecer el frente de la Sierra y asegurar un pequeño bastión que pudiera seguir hablando a Cuba y sembrando la semilla revolucionaria en nuestro pueblo. También teníamos comunicaciones con el exterior que era importante mantener. Pocos días antes había sido testigo de una conversación por radio entre Fidel y Justo Carrillo que representaba al grupo de Montecristi, o sea, aspirantes a gorilas, donde militaban representantes del imperialismo como el mismo Carrillo y Barquín: «Justico» ofrecía el oro y el moro, pero pedía que Fidel hiciera una declaración apoyando a los militares «puro». Este le contestó que no era imposible

62 esto, pero que sería difícil para nuestro Movimiento entender un llamamiento de este tipo cuando nuestro pueblo caía víctima de los soldados y que era difícil precisar entre los buenos y los malos cuando todos estaban reunidos en montón, en resumen, que no se hizo. También se habló con Llerena, me parece recordar, y con Urrutia, para hacer un llamado a la Unidad y no dejar romper el endeble agrupamiento de personalidades dispares que, desde Caracas, estaban tratando de capitalizar el Movimiento armado en su propio provecho pero representaban nuestras aspiraciones de reconocimiento externo y por lo tanto debíamos cuidar.

Inmediatamente después de la reunión, sus participantes se disgregaron y a mí me tocó inspeccionar toda una serie de zonas, tratando de crear líneas defensivas con nuestras pequeñas huestes para ir resistiendo el empuje del ejército, hasta empezar la resistencia realmente fuerte en las zonas montañosas, desde «La Sierra de Caracas», donde estarían los grupos pequeños y mal armados de Crescencio Pérez, hasta la zona de «La Botella» o «La Mesa», donde estaban distribuidas las fuerzas de Ramiro Valdés.

Este pequeño territorio debería defenderse con no mucho más de doscientos fusiles útiles, cuando pocos días después comenzara la ofensiva de «cerco y aniquilamiento» del ejército de Batista.

Revolución  
Ernesto  
GHEJ  
guerra

RELAT  
de la  
GUERRA



Revolución  
Ernesto  
GHEJ  
guerra



RELAT  
de la  
GUERRA

**y treinta de la mañ  
los oficiales que te  
Ernesto Guevara d  
ince minutos:  
e rindió antes de es**

ediente. Su  
uno de los  
cos el 9 de  
El temor es-  
uró, golpeó  
ps.

cida, atacó  
del

Luego batiéronse sobre S  
dugos de Cienfuegos, los  
e hicieron cenizas San Lu  
bían el más horribl  
dientes de genocid  
ciudad de Ma  
y edificios  
combro  
les.

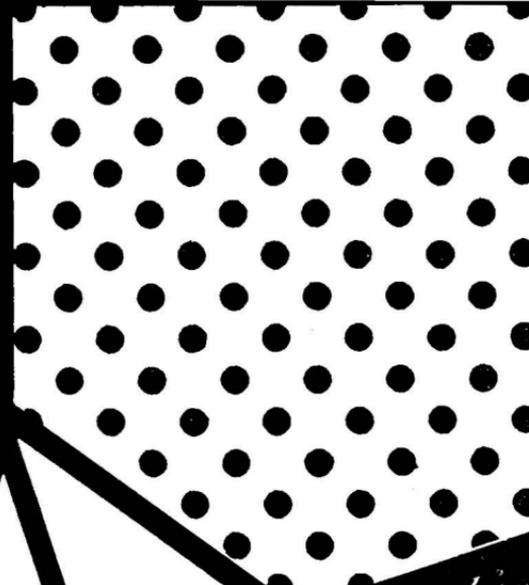


ET  
ATA  
SIA

om

FERR  
ANCA

s d



stato  
omismo  
Par  
istimo





# LA SIERRA, EL LLANO:

faustino pérez

## ESLABONES

## DE UN MISMO COMBATE

P

*Co. Faustino, en algunos países se sostiene la tesis de que no se puede hacer la lucha en el llano, yo tengo entendido que Ud. fue el responsable, o sea, el enlace entre la lucha insurreccional aquí en Cuba entre el llano y la Sierra, yo quisiera que Ud. nos explicara aquí, más o menos, cómo se desarrolló esa lucha, qué técnica o métodos se emplearon para hacer más efectiva esa lucha en el llano que por cierto pues aquí en Cuba tir  por tierra la tesis de que no puede hacerse una lucha en el llano.*

\* Al final de una charla sobre los planes hidráulicos de la Revolución, ante el Seminario Latino Americano de Periodistas, celebrado en La Habana en agosto de 1967, el Cmte. Faustino Pérez respondió una serie de preguntas sobre el proceso revolucionario cubano, cuya versión taquigráfica reproducimos.

R Cmdte. Faustino Pérez

Bien, efectivamente, nos tocó actuar en ese escenario y tuvimos participación, digamos, en lo que se ha considerado los dos escenarios fundamentales, la sierra y el llano; tuvimos oportunidad de frecuentar uno y otro lugar, es decir, de hacer visitas a la montaña cuando estábamos en el llano. De entrada tenemos que decir que tuvimos que aprender mucho en el propio proceso y que cometimos muchos errores, de entrada eso. Ustedes conocerán una serie de episodios de hechos, como por ejemplo, la huelga de abril, que fracas .

Con esto quiero decirles que la cosa no es color de rosa de ninguna manera, por más que culminó todo en el triunfo revolucionario, es bueno saber, tener bien presente siempre, que el triunfo, en definitiva, esta

compuesto muchas veces de fracasos parciales y de episodios difíciles y dolorosos en toda la marcha de la lucha, yo diría que incluso, después del triunfo de la revolución nosotros hemos, y estoy hablando en este caso personalmente, hemos comprendido aún más el papel que debe desarrollar la montaña en este problema de la lucha revolucionaria, porque cuando estábamos metidos en el propio proceso, no teníamos completamente claro cual era el papel, es decir, no habíamos definido en todas sus líneas cual era el papel de uno y otro sector, fue a través de la lucha, a través de los errores, de los fracasos, que fuimos aprendiendo y que hoy creemos ver con mucha mayor claridad todo este panorama. Yo no sé si aquí cabe que hablemos específicamente de hechos, yo creo que no, en definitiva, yo creo que lo más importante es decir que el foco guerrillero debe ser el centro de la lucha porque constituye lo prácticamente inexpugnable, lo que puede irse desarrollando paulatinamente hasta convertirse después en el ejército popular. ¿Qué pasa con la ciudad? ¿Qué pasa con el llano? Generalmente, en la ciudad y en el llano están desarrollados los cuerpos represivos de las tiranías, generalmente, se hace mucho más difícil, muchas veces se logra cierta organización, se logra vertebrar el organismo, y de buenas a primeras se recibe un tremendo golpe, quedan desarticulados de nuevo los cuadros, hay que volver a empezar prácticamente. Esto no quiere decir que no le demos una

importancia extraordinaria a la lucha en las ciudades y el llano, esto quiere decir simplemente que la lucha en la ciudad y el llano debe ser, debe concebirse como un apoyo importantísimo a la lucha en la montaña. Y debe ser una sola cosa desde luego, debe estar dirigida desde un solo centro, pero debe concebirse como un apoyo, como un complemento de la lucha en las montañas. Nosotros le damos una importancia fundamentalmente psicológica al problema de la lucha en las ciudades. Cuando se actúa en la ciudad, generalmente, los cuerpos represivos, el gobierno, tiene que tener vigilancia sobre todos los centros de importancia, porque los revolucionarios están en la actitud de atacar en cualquier momento, cualquier centro, cualquier servicio público, cualquier fábrica, incluso, cualquier cuartel, etc. Entonces tienen que tener una vigilancia, tienen que ocupar una gran cantidad de efectivos en vigilar los distintos centros, que son múltiples, porque no saben por donde van a atacar los revolucionarios y, generalmente, no pueden con toda la vigilancia que tengan evitarlo, evitar el ataque, evitar el sabotaje, que es un arma que nosotros consideramos de mucha importancia en todo esto, y entonces esto va creando en el pueblo en general, un estado de opinión.

Por una parte, en las llamadas clases económicas, aquí se les decía clases económicas, clases vivas, va creando una situación de inseguridad, esas clases que apoyan a los

regímenes dictatoriales, y a las tiranías, van sintiendo su base movедiza y entonces, van pensando en la necesidad, hasta de un cambio ellos mismos, la necesidad de que aquello no puede permanecer, ya no tienen seguridad, ni siquiera para sus propios negocios, entonces se produce una situación de incertidumbre, ya no hay un apoyo monolítico porque de buenas a primeras le vuelan a esos grandes intereses, a esas grandes compañías como pasa por ejemplo, con frecuencia en Venezuela una conductora de petróleo, o como pasaba aquí le volábamos un tanque de la refinería, o estalla una bomba en un registro eléctrico y se queda sin electricidad una gran ciudad, en fin, miles de actos diferentes que prácticamente vuelven loco al enemigo y esas clases conservadoras que apoyan a las tiranías, también se empiezan a preocupar y ya el apoyo que le prestan no puede ser tan eficaz como antes y, por otra parte, se entretienen infinidad de elementos del propio régimen en cuidar todas estas instalaciones y va creándose un estado de opinión general en el pueblo favorable al cambio, es decir, incluso, aquellos que no son revolucionarios, que no piensan en revolucionario y que tienen temores con relación a los revolucionarios se dan cuenta que aquello no puede seguir, y están en una actitud favorable al cambio, hasta los que no son revolucionarios. Ese es uno de los aspectos que yo creo muy importante con relación a la lucha en las ciudades.

Otro es que efectivamente, le puede servir de gran apoyo material a la lucha en la montaña, como vía para recaudar fondos, para obtener recursos, para obtener armas, para la lucha en las montañas, para hacer propaganda. Nosotros podemos decir, por ejemplo: aparecía el número 26 en la ciudad pintado en todas partes, el número 26 en un círculo, 26 de julio y eso producía un gran impacto en la ciudad, y se veía que no era uno, dos, ni tres, se veía que había una organización ya. Otro gran impacto se produjo una noche en la capital: las nueve de la noche, exactamente a una hora, 100 bombas en la capital.

Cuando había carnavales aquí, por ejemplo, un ejército de militantes del 26 de Julio con puntillas y grampos y todas esas cosas llenaban las calles por donde tenían que pasar las carrozas y los carros, entonces se ponchaban, se paralizaban los carnavales. Eso producía impacto.

Lo que dije anteriormente, aquí una vez se voló un registro de electricidad: se alquiló una casa, se hizo un túnel desde la casa hasta la calle, hasta el registro de electricidad, se colocó una bomba, y estuvo tres días sin electricidad la mayor parte de la capital. Eso produjo su tremendo impacto también, figúrense lo que significa eso, las fábricas paradas, la Cia. Eléctrica, los refrigeradores no andan, todas esas cosas.

Por ejemplo, otro hecho, digamos: el régimen quiere dar al mundo la impresión de que aquí todo está bien,

de que aquí no hay problemas, entonces convoca a las carreras de automóviles, un evento internacional, asiste el campeón mundial Fangio, entonces nosotros dijimos esto no podemos permitirlo, tenemos que hacerle saber al mundo que Cuba no está para estas cosas, no está para fiesta y secuestramos a Fangio durante el tiempo que duraron las carreras, después lo entregamos al Embajador de la Argentina y nosotros creemos que esos fueron hechos de gran ayuda a la lucha de la montaña: Por ejemplo, estaban los revolucionarios en su etapa inicial en las montañas, el gobierno los daba por liquidados, por muertos después del desembarco del Granma, la UPI, la AP. etc. anunciaron la muerte de Fidel y de todos.

Esto fue en los primeros días de diciembre, después, hubo muchos días en que no se supo de los revolucionarios, dispersos, porque efectivamente, se sufrió un duro golpe allí en Alegría del Pío en el primer combate, no se conocía no se sabía si vivían algunos, ni siquiera de Fidel se sabía.

Entonces aquí tenemos una participación personal, nosotros fuimos comisionados para venir a las ciudades y una de las encomiendas que teníamos era la posibilidad de llevar periodistas a la montaña, un periodista. Hablamos con algunos de aquí, cubanos, dueños de periódicos y no aceptaron. Dijeron que eso iba a ser tremendo problema, que iban a implantar la censura y que no se iba

a poder publicar lo que se obtuviera allá en cuanto a la entrevista y, en fin no aceptaron. Pero en esos mismos días llega aquí un periodista norteamericano y nosotros nos enteramos de que estaba tratando de entrevistar a los personajes políticos de aquí. a los dirigentes de este país incluyendo a Batista y a Mujal, que era el Secretario de la C.T.C. de la tiranía, entonces le dijimos a un compañero que nos informó de esto, sin esperanzas, realmente no pensábamos que fuera a aceptar el americano, dígame si quiere entrevistar a un dirigente joven no muy conocido, pero que hay que trasladarse porque está en las montañas, está en la Sierra Maestra y que se llama Fidel Castro, y para asombro nuestro nos contestó que sí, y entonces ya al día siguiente estábamos saliendo para la Sierra. Fue Herbert Matews que entrevistó a Fidel. Entonces la tiranía hizo el gran ridículo porque Matews empezó a publicar en el New York Times, la versión de las entrevistas que tuvo con Fidel, y entonces, la tiranía incluyendo al propio Batista y al Secretario de Defensa negaron que aquello fuera verdad, porque el periodista no sacó las fotografías en la primera oportunidad y entonces, dijeron que aquello era mentira, que aquello era un invento y todas esas cosas y en el próximo número del New York Times, Matews sacó la fotografía de él y de Fidel allá en la montaña y el mundo conoció, y el pueblo de Cuba conoció a través de aquello que la guerrilla estaba viva, y que Fidel es-

taba vivo y aquello fue otro gran aliento para nuestro pueblo en aquel momento.

Es decir, que estas cositas que hemos señalado lo hacemos con el fin de que se vea cuán importante puede ser el apoyo que le da la lucha en las ciudades, la lucha clandestina a la lucha en las montañas, claro, lo que no hay es que confundir los papeles, no hay que confundir, porque por ejemplo aquí, si no llega a estar Fidel en la Sierra Maestra con el centro de dirección allí en la Sierra Maestra, y quiero decirles que no todo el mundo lo entendía perfectamente en aquellos momentos, ¿qué hubiese sido, qué hubiese pasado?

Es decir, que en la experiencia nuestra está bien claro cual es el papel que debe desempeñar la lucha en las montañas y la lucha en las ciudades, y la de las ciudades debe ser de complemento y de apoyo a la de las montañas, eso en síntesis, si Uds. quieren alguna otra aclaración.

#### *Aclaración sobre el mismo punto.*

*El compañero Faustino parece venir en el Granma, ahora le oímos decir a Baltazar que él era quien dirigía la lucha aquí en el llano, yo quería que me explicara eso, si venía en el Granma como estaba...?*

Sí, efectivamente, nosotros vinimos también en el Granma, pero después del desembarco del Granma, después del primer combate que fue muy difícil en que hubo, incluso, dispersión

inicial de la fuerza, nosotros tuvimos la suerte, de quedarnos con Fidel en el grupito que permaneció junto desde el primer momento después del combate y, entonces, a los pocos días de este combate fuimos comisionados para venir a la ciudad, por una parte a informar a nuestra organización que aquello permanecía vivo, después que la UPI y que toda la prensa había informado que nos habían matado a todos, teníamos que informar, que aquello permanecía y seguía y que necesitamos, incluso, reestructurar a nuestros cuadros en las ciudades porque también recibíamos algunos golpes. y en otras circunstancias no se cumplió en algunos lugares con los planes que había para el desembarco y entonces nos comisionaron para que juntamente con el Co. Frank País, Armando Hart que estaba en Santiago de Cuba y Haydée Santamaría, pues tomáramos las medidas que estimáramos oportunas desde el punto de vista de organización de nuestros cuadros y además con vista a que la lucha en las montañas continuaba. En este sentido después nosotros fuimos responsabilizados con la dirección de la lucha aquí en La Habana, por eso es que las dos cosas son ciertas. Desde La Habana después pudimos ir varias veces también a las montañas.

*Quiero una mayor complementación o ampliación sobre lo que Ud. llamaba la lucha en las ciudades, la lucha en la Sierra, Ud. hablaba que aquí se han realizado una serie de*

*trabajos revolucionarios como volar algunos centrales, secuestro de algunos deportistas.*

*Para realizar toda esta clase de operaciones se hacían las consultas dirigidas a la Sierra Maestra, o es que tenían una autodeterminación en lo que se refiere a esta clase de operaciones. ¿Cómo se realizaba la coordinación y el trabajo de operaciones?*

Bien, digamos que la línea estratégica era discutida, a nivel del centro de dirección del movimiento, es decir, el hecho de que se realizaran acciones, estaban de acuerdo todos en que se realizaran acciones, un tipo de acciones encaminadas hacia el sabotaje fundamentalmente, evitando las víctimas inocentes, el hecho de las funciones de propaganda y de recaudación de fondos, etc. Todas esas funciones así, de forma general, eran acordadas por el centro, ahora cada una de las medidas específicas no podían ser dirigidas desde lejos, había que tomar las medidas allí donde se desarrollaba esa lucha, es decir, que ya lo otro es un problema de detalles, un problema táctico, inmediato que de ninguna manera se puede dirigir desde lejos, tiene que tomarse allí donde se produce el hecho. Es decir, que cuando se puede secuestrar a Fangio, si nosotros tenemos que comunicarlo a la Sierra para que nos digan que sí o que no, pues Fangio hace su carrera, se va de Cuba y cuando viene la respuesta ya no se puede realizar; es decir, que es un problema práctico, que es im-

posible que todas esas cosas se lleven desde el centro e incluso en el propio llano, determinadas zonas, determinadas ciudades, tienen sus propias medidas, que pueden dentro de la línea estratégica general que está definida, pueden acometer y pueden tener la iniciativa de llevarlas adelante y eso tiene que ser así.

*Usted nos hablaba del fracaso de la huelga de abril. Nos gustaría saber a qué razones se debió ese fracaso; además, nos gustaría saber en forma pormenorizada, si es posible; como se preparó y cómo operaba el sistema de inteligencia de la Revolución, mientras operaban en la Sierra para poder determinar quien era el traidor o quien era un agente enviado, etc. y cómo operaba la justicia revolucionaria y cómo se organizó.*

¡Ah! el problema de la huelga, ese es un problema bastante complejo. Diríamos, el problema de las causas del fracaso de la huelga y difícilmente haya unanimidad absoluta de criterios sobre este problema. Para nosotros mismos es bastante difícil hablar de esto y expresar nuestra opinión en este sentido, puesto que sobre nosotros cayó la principal responsabilidad de dirigir esto y del fracaso como consecuencia. De todas maneras, no quiere decir que nosotros no podemos expresar nuestra opinión. Yo creo que hubieron varios factores que contribuyeron al fracaso, no fue sólo un factor, sino varios factores, quizás el principal, fue cierto sub-

jetivismo; el exceso de optimismo con relación a las posibilidades. Siempre se estuvo pensando en que la lucha debía culminar en una insurrección de tipo general y la huelga, es decir, actuando las guerrillas se iría desarrollando la conciencia y entonces se haría esto ya un problema de masas, como en definitiva ocurrió el día primero de enero de mil novecientos cincuenta y nueve, es decir, el pueblo en huelga general fue el que dio la victoria definitiva a las armas revolucionarias, porque querían imponer un régimen que respondiera a los intereses de los americanos, etc.

Siempre se pensaba que esto debía culminar en una acción de tipo general, entonces encaminamos nuestros pasos y la organización, en general hacia eso, incluso, la estructura misma organizativa del Movimiento 26 de Julio. Nosotros teníamos una estructura en que siempre poníamos un responsable de organización obrera, como uno de los factores importantes, organización de los trabajadores en los centros de trabajo. Dentro del ejecutivo provincial, municipal o zona, etc., había siempre el responsable de organización de los trabajadores, preparándolos para la huelga. Además del responsable de propaganda, el de finanzas, el de acción, había ese compañero de organización de los trabajadores, entonces, trabajando en eso, vino el proceso de desarrollo de la organización con altos y bajos como dije anteriormente. Nosotros a veces recibíamos tremendos golpes porque habían re-

dados, a veces, en que caían una cantidad de compañeros claves de la organización y había que recomenzar prácticamente, volver a enlazar y a reestructurar los cuadros. Entonces ocurre el asesinato de Frank País en Santiago de Cuba el día 30 de julio de 1957 y prácticamente se produce una huelga espontánea; viene desde Santiago de Cuba se va extendiendo una especie de huelga espontánea que llega a las puertas de La Habana, aquí viendo lo que venía, casi impuesto por las propias circunstancias, sin preparación porque no teníamos el aparato que de verdad pudiera llevar eso a la práctica, pudiera dirigirlo en todas partes, pero sin preparación prácticamente, nosotros convocamos a la huelga el día 5 de Agosto, pero en La Habana no prendió la huelga del 5 de agosto y sin mayores consecuencias aquello se diluyó, se apagó aquella ola que empezó en Santiago de Cuba con la muerte de Frank País y se extendió fundamentalmente a las ciudades de Oriente, Guantánamo, Manzanillo, Bayamo, etc., y que llegó hasta las puertas de la capital. Entonces nosotros pensamos a partir de ese momento que había condiciones en el pueblo, condiciones en los trabajadores para la huelga, pero lo que teníamos era que desarrollar la organización del Movimiento 26 de Julio y nos dimos a esa tarea, incluso desarrollamos las acciones, acciones que nosotros sabíamos que contribuían a ese estado de conciencia y ese estado de opinión y después por

febrero del 58, incluso después del secuestro de Fangio, en que además de eso se habían desarrollado otras acciones revolucionarias clandestinas en las ciudades, la noche de las 100 bombas fue por diciembre del 57 y el problema de la voladura de tanques en la refinería; el ajusticiamiento de algunos chivatos, todas esas cosas fueron ocurriendo y elevando la marea; por otra parte los asesinatos que producía la tiranía, que aparecían muertos por donde quiera. Entonces eso fue creando una situación en que posiblemente nosotros sufrimos un espejismo, creíamos que las condiciones estaban maduras para convocar a la huelga y entonces nos trasladamos a la Sierra Maestra a discutir este problema. Claro los compañeros de la Sierra no tenían la visión directa de las condiciones, nosotros éramos quienes dábamos esta visión a través de lo que nosotros creíamos y allí estuvieron de acuerdo los compañeros, el compañero Fidel en convocar la huelga a través de nuestra información que era la que tenían. Entonces se produjo un llamamiento, un manifiesto convocando a la huelga. Esto era por el mes de marzo, en que a partir del primero de abril se planteaba la guerra total aquí, es decir en que ya era guerra sin cuartel el problema aquí, donde quiera que se viera a un agente de la policía o de la guardia rural como se le llamaba a partir de ese momento se atacaba. Entonces vienen una serie de circunstancias, nosotros estamos esperando armas por distin-

tos lugares, que esperamos recibir antes de esa fecha. Un cargamento que venía desde Miami fue interceptado en el mar y confiscado por los yanquis, otro cargamento que venía desde México llegó por el día 11 ó 12 de abril a Pinar del Río cuando estábamos esperándolo desde los últimos días de marzo, una entrega que se nos iba a hacer por un lugar por allá por Oriente, también se demostraba más, entonces esta situación, este climax que nosotros decíamos que había en la ciudadanía que propiciaba la convocatoria de la huelga. a nuestro juicio después que llegó el día primero de abril y que incluso vino la Semana Santa, que en nuestro pueblo operaba psicológicamente. sin que nosotros todavía hubiésemos convocado una cosa que ya estaba siendo esperada después del manifiesto, pues, en aras de recibir las armas que esperábamos se pospuso la fecha y se acordó el 9 de abril, pero en ese transcurso vino la Semana Santa, se enfrió un poco la situación y ya, por otra parte, estábamos prácticamente obligados a la convocatoria aquella, creyendo todavía que podría tener éxito. A nosotros nos parece que esos fueron factores que contribuyeron. Otro factor fue la forma de la convocatoria, a nuestro juicio. Una huelga se puede convocar con varios días de anticipación; así se puede decir: hay huelga general para 48 horas después y que el pueblo lo sepa. todo el mundo lo sepa, entonces se crean condiciones. Es posible que la ola que decayó a nuestro juicio en

esos días, se hubiese elevado de nuevo, si nosotros convocamos a la huelga y la anunciamos 48 horas antes, claro, habían los criterios siguientes: si nosotros anunciamos la huelga, el ejército, el régimen, toma medidas en una serie de puntos que nos interesa atacar. Nosotros teníamos por ejemplo el plan de paralizar el transporte, de tomar las estaciones de radio y hacer una alocución por las estaciones de radio e inutilizarlas después, de volar los registros de electricidad, entonces los partidarios fundamentalmente de la acción, en cuanto a la huelga, planteaban: si anunciamos la huelga el régimen toma medidas sobre puntos claves, va a cuidar las estaciones de radio y televisión, va a cuidar los registros de electricidad, va a ser más difícil actuar, ya no se actuará por sorpresa en esos lugares, va a tomar medidas en el transporte, no se actuará por sorpresa. Entonces prevaleció la tesis, y la aceptamos nosotros, de hacer un llamamiento sorpresivo y a las 11 de la mañana del día 9 de abril tomamos las emisoras e hicimos un llamamiento fugaz a la huelga sin previo aviso, para que la huelga comenzara en ese momento, pero la ciudadanía no estaba al tanto de esos problemas; hicimos un llamamiento en una hora incluso que todo el mundo está en su trabajo que no está oyendo radio. Entonces el régimen había ensayado una serie de medidas de confusión. Había tirado volantes a las calles convocando a la huelga como convocada por nosotros, para

hacerla abortar. Entonces todo esto a nosotros nos parece que contribuyó al fracaso, porque el pueblo se fue enterando por vía directa de la procedencia de aquella convocatoria y ni siquiera estaba seguro de la procedencia de aquella convocatoria y entonces la cosa fue irregular. el apoyo fue irregular, las acciones, incluso, una de las acciones importantes era bloquear la Habana Vieja. embotellar la Habana Vieja y dentro del embotellamiento actuar sobre la Armería, pero ocurrió lo contrario. Los compañeros de la Armería actuaron antes de que se produjera el embotellamiento, el cierre de las calles que se iba a producir paralizando el transporte, quemando guaguas, en las distintas calles para que no pudieran entrar las fuerzas represivas, es decir, iban a quedar dentro los que estaban dentro, pero de afuera no iban a poder entrar y después se iba a producir el asalto a la Armería para tomar las armas de la Armería, pero ocurrió lo contrario; el asalto a la Armería previamente al embotellamiento de La Habana Vieja, entonces la policía pudo entrar y matar a los compañeros que actuaron allí en un combate desigual por completo. Esos son problemas que yo creo que todos esos factores contribuyeron. También había por parte de todos nosotros los que estábamos aquí en la capital un criterio que yo considero equivocado con relación al problema de la unidad de todos los factores. No es que existiera el criterio de que no debía par-

ticipar ninguna otra organización, no es eso así, pero que no existía el convencimiento ni el entusiasmo por integrar a las otras organizaciones que podían contribuir, porque creíamos que no iban a ser factor de importancia. No integramos en la dirección de la huelga a otras organizaciones que pudieron haber contribuido a ellas. Ese es otro factor que nosotros creemos que operó también en esta cosa. En síntesis son esos los elementos.

*Eso último que usted señala, incluye al Partido Comunista de aquel entonces o sea, no se invitó al Partido Comunista o fue que el Partido Comunista entendió que no debía apoyar la-huelga en ese entonces.*

Sí incluyó al Partido Socialista Popular, al Partido Comunista en aquel momento. Yo creo que todos conocen que existieron diversos puntos de vista con relación a la táctica, la estrategia a seguir desde el principio. Después el Partido Socialista Popular, paulatinamente en el propio proceso fue participando también en la forma de lucha que tenía establecido ya el Movimiento 26 de Julio y al final de la guerra, pues tenía una participación bastante grande e incluso, en algunos lugares, en algunas zonas, tenía compañeros dirigiendo guerrillas; por ejemplo, la de la provincia de Las Villas, al norte de Las Villas, estaba el Comandante Félix Torres dirigiendo allí y otros compañeros, como el Cmdte. Armando

Acosta estaba ya con el Che, es decir, que inicialmente hubo distintos puntos de vista, distintos enfoques sobre la estrategia y sobre la forma de lucha a llevar adelante. Después se fue integrando. Pero en los tiempos de la convocatoria de la huelga hubo contactos, hubo entrevistas, incluso personalmente nosotros tuvimos entrevistas, pero por parte nuestra no había una disposición totalmente de convencimiento del aporte que pudieran hacer a la huelga. Te das cuenta, había entrevistas, considerábamos conveniente que apoyaran la huelga, pero en esas entrevistas, se denotaban también distintos puntos de vista, distintos puntos de vista sobre el problema de convocatoria a la huelga, sobre la oportunidad, sobre el momento, sobre la necesidad de organizar más a los trabajadores a nivel de la base o menos a los trabajadores, es decir, nosotros éramos un poco más apurados en este problema, teníamos otra visión del asunto y esto trajo como consecuencia que no hubiese una integración. Yo no quiero decir que no hubiese contactos, que no hubiese una especie de disposición al apoyo a la huelga incluso, pero que no hubo una integración, una dirección unida del movimiento de huelga, eso es lo que podemos decir a eso, no solamente con relación al Partido Socialista Popular, también con relación al Directorio Revolucionario, también tuvimos entrevistas, pero nos pusimos de acuerdo en cuanto a la integración

en ese momento, eso pasó y nosotros creemos que esto puede tener también algo que ver con el fracaso de la huelga.

Bueno voy a tratar de contestar rápido ésta, porque estoy creo extendiéndome demasiado, ¿no? Cuando estén cansados ustedes lo dicen.

Bien, el problema este del servicio de inteligencia. Diríamos que nosotros empezamos a organizarnos de manera elemental y que todo esto fue un proceso y que fuimos tomando las medidas en el camino, que las propias circunstancias exigían, nosotros no teníamos un servicio de inteligencia. Y con relación al problema de detectar, de descubrir a los traidores por ejemplo, eso ocurría más bien de manera casuística, no porque hubiera integrado y organizado un servicio de inteligencia específico para detectar eso, aunque estábamos todos muy vigilantes desde luego, en ese sentido, cuando se detectaba algún caso, pues se llegaba a la acción en algunos lugares, a la eliminación del traidor, cuando se podía se tomaban las medidas que debían tomarse en esos casos, pero no había un cuerpo de inteligencia organizado a esos fines específicos. Bien, eso dependía del terreno en que nos encontráramos, digamos la justicia revolucionaria en la Sierra Maestra funcionaba de una manera y aquí de otra, aquí no se podían hacer juicios ni integrar tribunales ni nada de eso, sino, si podíamos cazarlos los cazábamos. Previamente ya habíamos

hecho un juicio sin la presencia del culpable, entonces en la Sierra Maestra si era completamente diferente, allí se integraba el tribunal, fallaba el tribunal y se aplicaba la pena. ¿Cómo se componía el tribunal? Allí había por ejemplo, un cuerpo de auditoría que era el que organizaba el tribunal en definitiva; por ejemplo, nosotros sí estuvimos en un caso, cuando fuimos con el periodista, fue cuando se aplicó posiblemente el primer caso, que fue el de un campesino que estaba sirviendo de guía a los revolucionarios que incluso conocía muy bien aquello y que parecía muy leal, sin embargo, fue hecho prisionero por el ejército de la tiranía y le ofrecieron una cantidad de dinero y una serie de cosas y se puso al servicio de la tiranía y visitó varias veces siendo ya espía y traidor. Estuvo varias veces con los revolucionarios, con Fidel, con la misión de matar a Fidel, pero no se le dio la circunstancia propicia por lo menos para escapar con vida el mismo, entonces en la ocasión en que nosotros estuvimos allí se tenía ya la convicción de que aquel individuo estaba al servicio del ejército, y se supo de que había llegado a una casa cercana a donde estábamos nosotros preguntando por los revolucionarios. El dueño de la casa que ya estaba al tanto de esta cosa, vino a avisar y se le dijo que efectivamente que lo trajera, que lo trajera y antes de llegar al campamento improvisado se le capturó, se le registró y traía tres

granadas, una pistola, 2 salvoconductos firmados por jefes del ejército de la tiranía y entonces confesó totalmente la misión que traía, y allí se integró un tribunal y se fusiló inmediatamente, ese fue el primer caso.

*Compañero, en qué medida correspondieron las clases y capas sociales especialmente la clase obrera al movimiento guerrillero y en consecuencia en qué forma incidieron en el proceso revolucionario. La otra, nosotros tenemos entendido que al inicio de las guerrillas el P.S.P. se opuso abiertamente incluso mediante propaganda escrita a las guerrillas. Podía decirnos el compañero cuál solución a la problemática nacional proponían los integrantes de este partido.*

Con relación a la primera pregunta, podemos decir lo siguiente: Hubo una participación casi de todas las clases en distintas etapas del desarrollo de la lucha. En la etapa en que se comenzó a organizar el movimiento revolucionario, es decir en que todavía no había comenzado la lucha guerrillera, la organización tenía como base fundamentalmente la clase obrera, los trabajadores y los estudiantes fundamentalmente. Porque incluso la organización al campo, es decir a los campesinos fue saliendo después; en los momentos iniciales se apoyó sobre todo en los trabajadores de las ciudades y en los estudiantes e incluso el hecho que da origen a todo este proceso que

es el asalto al Moncada el 26 de Julio, ustedes deben saber que estaba integrado fundamentalmente por obreros y por estudiantes. Yo digo fundamentalmente y creo que se puede decir totalmente obreros y estudiantes, eran los que integraban aquellos 200 y tantos compañeros que atacaron la fortaleza del Moncada y de Bayamo. Es decir que esa era la raíz del movimiento 26 de Julio que después se va desarrollando en esa misma dirección fundamentalmente de los trabajadores y de los estudiantes. Pero cuando comienza la lucha guerrillera el primer núcleo que viene es también de obreros y estudiantes, es decir los 82 expedicionarios del Granma son obreros y estudiantes fundamentalmente, venía algún campesino pero minoritariamente y claro no había ningún burgués, es decir que trabajadores y estudiantes, pero ya en las montañas, cuando empieza a desarrollarse el foco guerrillero, pues lógicamente se va nutriendo fundamentalmente de campesinos de la propia montaña, fundamentalmente de campesinos, y esto tiene su explicación y no solamente tiene su explicación por el problema geográfico y social, de la montaña, sino incluso por el problema de hábito, por la circunstancia de que aquellos hombres dominaban aquel medio, digo esto por lo siguiente: muchas veces, había mucha gente de la ciudad que quería ir para la montaña pero había armas para un número limitado y entonces siempre se prefería al combatiente de las montañas, antes

que al que iba de la ciudad sin entrenamiento, porque aquí era difícil hacer el entrenamiento, y ese hombre de la montaña estaba ya sembrando allí y la vida de la montaña no era para él un problema. Y en esa primera etapa es esencial y vital el problema de que se domine el terreno, de que se domine no solamente desde el punto de vista de conocer los distintos lugares por donde se va, sino que desde el punto de vista físico se esté en condiciones de poder moverse en la etapa esa de ambulante de la guerrilla porque es muy difícil. Entonces el campesinado de la Sierra sobre todo los jóvenes campesinos de la Sierra, fueron nutriendo progresivamente el ejército rebelde, y al terminar la guerra la mayoría de los integrantes de nuestro ejército rebelde eran campesinos, fundamentalmente de las montañas, aunque se fueron integrando también de la ciudad e incluso el primer contingente de importancia que llegó a la Sierra, que no era de la Sierra, llegó de Santiago de Cuba enviado por el Co. Frank Pais, que eran como 30 hombres, cuando en la montaña había un número más o menos similar, llegaron 30 hombres de la ciudad. Pero eso es una cosa importante, un entrenamiento muy intensivo y un conocimiento cabal de donde se va a operar a los combatientes del propio medio donde se va a combatir. Entonces además de esto, además de que estas eran las bases fundamentales del ejército revolucionario y del movimiento 26 de Julio, sin

embargo hubo clases de la pequeña burguesía e incluso de la burguesía. sectores que contribuyeron también. éstos desde luego tenían una participación diferente no participaban en la acción salvo alguna gente de la pequeña burguesía que sí se integraban muchas veces a la acción en las ciudades, pero fundamentalmente participaron en funciones complementarias colaterales, en propaganda, correr rumores, llamar por teléfono, crear pánico en el medio donde ellos se desenvolvían y así esta gente fue organizada por el propio movimiento 26 de Julio, en una estructura colateral que se llamó movimiento de resistencia cívica, entonces todo el pequeño burgués, incluso el burgués que estuviera en condiciones de prestar ayuda, y de contribuir con dinero o con lo que fuera incluso de correr bolas si quería y todas esas cosas quedaron integrados por la vía del movimiento de resistencia cívica. que en cierto sentido tuvo alguna participación también en la lucha. ¿Queda contestada la primera parte? ¿hay algo más que quiere de la primera?

*El Co. Fidel en el discurso de clausura de OIAS dijo que muy brevemente, o sea, no especificó que la burguesía nacional, o sea, la burguesía ya eso era un mito de que la burguesía liberal participaba en la Revolución, nosotros sabemos que en forma directa no puede dirigirla, no está capacitada como clase para dirigir la Revolución, pero es que ustedes tienen la experiencia esta de*

*que sí en forma indirecta, en la forma que usted señalaba participó, o sea, en qué basa el Partido Comunista cubano su tesis de que ya la burguesía está descalificada no tan sólo para dirigirla, que en eso estamos de acuerdo, sino para participar en ella en esa forma directa.*

Mire, yo creo que ni siquiera en Cuba, se puede hablar de una participación amplia de la burguesía ni siquiera en Cuba, he dicho que habían burgueses que podían dar su aporte, muchos de ellos por el interés de que esto se acabe, esto está muy malo y viene después otra cosa, voy a ponerme a bien con Dios y con el Diablo, es decir, que se ponían en esa actitud algunos burgueses, no la burguesía como tal, algunos burgueses, eso en el proceso cubano, ahora nosotros creemos que incluso después del proceso cubano muchos menos burgueses, van a ponerse a ayudar a una revolución que ya tienen como antecedente lo que pasó en Cuba con los intereses de la burguesía; es decir ponerse a esperar que ellos tengan una gran participación, cuando no la tuvieron ni siquiera en Cuba sin ningún antecedente en América, es muy difícil que sean tan ingenuos, no, que vayan a tener una participación, que crean que los que están peleando allí no son revolucionarios que aquello va a seguir igual más o menos, pues si se engañan de nuevo puede ser que alguno participe. pero no participa la burguesía como tal, eso es lo que creemos nosotros.

Bueno, yo dije anteriormente en relación a la segunda pregunta del Partido Socialista Popular que nosotros sentimos gran respeto por los compañeros militantes del Partido Socialista Popular, que fueron consecuentes durante muchos años con su lucha como concebían esa lucha, es decir que sentimos un gran respeto y una gran admiración por los que cayeron a través de un largo proceso de lucha y nosotros pudiéramos mencionar, aquí a Julio Antonio Mella que fue el fundador del Partido Comunista en Cuba y tuvo mártires de tanta talla y tan destacados como Martínez Villena, como Jesús Menéndez, es decir, que nosotros sentimos un gran respeto y una gran admiración por esos luchadores que forman parte integrante de este proceso revolucionario y que nadie puede negar. Ahora, es cierto que sobre todo en los tiempos iniciales de la lucha de la concepción inicial de la lucha, hubo manifestaciones discrepantes en relación al método de lucha, a la estrategia y la técnica a seguir con relación a la lucha contra la tiranía de Batista, eso es cierto y es histórico, lo conocen todos y los propios Socialistas Populares, en su primer congreso, posterior al triunfo de la revolución así mismo lo enfocan y lo reconocen también ¿qué se planteaban ellos con vistas a la lucha contra la tiranía? sobre todo se planteaba el problema de la movilización del pueblo, de la movilización de las masas, con vistas a la lucha contra la tiranía. Yo creo que aquí había un

problema de no entender bien, por parte de los Socialistas Populares, er aquel momento los comunistas, que también los del Movimiento 26 de Julio creían profundamente en la movilización de las masas, en la movilización del pueblo, que descansaban como cosa primordial y fundamental en el pueblo, el hecho de que un grupo de ese pueblo se dio cuenta, que vio que este es el camino y se decidió, ese grupo aparentemente desvinculado del resto del pueblo, aparentemente, pero que formaba parte de la entraña del propio pueblo porque estaba formado por trabajadores y estudiantes, el hecho de que ese grupo fuese a dar la clarinada, fuese a dar el primer toque, a abrir el camino, porque eso fue el Moncada, señalar el camino nuevo, eso no quiere decir que aquellos actos fueran desesperados ni actos putchistas, ni nada de esas cosas, estaba enraizado en el pueblo y yo creo que todos ustedes lo conocen, y conocen la Historia me Absolverá, y cual era la motivación, cual era el mensaje que llevaba aquella acción que tenía como fundamento al pueblo y a las masas, yo creo que el error está fundamentalmente en eso, en no haber visto que a través de aquellas acciones y de aquellos hechos también se movilizaba y de manera más eficaz al pueblo para la lucha y que a través de aquellos 82 hombres que parecían aislados del mundo que vinieron en el Granma y que se metieron en la montaña, también se movilizaba y de la manera más eficaz a nuestro pueblo

y a las masas, es decir el no saber apreciar aquello en los primeros momentos, a mi me parece que es donde estriba el fundamental error de enfoque y por eso se señalaba que aquello era, o podrían considerarse como un poco aventureras las acciones aquellas que realizaban los compañeros del Movimiento 26 de Julio, estos fueron los criterios iniciales que como dije anteriormente, después fueron siendo rectificadas por los hechos, porque ellos mismos fueron integrándose después a estos propios métodos de lucha. Ellos planteaban y lo hacían incluso, movilizaciones frecuentes en la ciudad, es decir protestas, desfiles callejeros, contra las arbitrariedades de la tiranía, por esa vía y por la organización en la base, ellos planteaban el desarrollo de la lucha y la movilización de la ciudadanía en ese sentido nosotros la planteamos a través de esta otra que hemos estado analizando y esta es una opinión que tengo personal, creo que esa fue la esencia del problema.

*Comandante Faustino Pérez yo quería hacer tres preguntas, quizás sean dos, una en dos partes, la primera pregunta es en la medida que usted participó en el desembarco del Granma, usted podría hacer una breve reseña una breve ubicación acerca del planteo o la situación ideológica en la que se hallaba la gente que salió de México, es decir, mucho se ha hablado y mucho se ha escrito sobre los orígenes ideológicos de la revolución cubana inclusive la pre-*

gunta que hizo la compañera Dominicana acerca de las diferencias entre el 26 de Julio y el Partido Comunista, tienden a que apuntan un poco ese problema, nosotros estamos muy interesados, hemos estado muy interesados siempre en determinar con exactitud la génesis doctrinaria de la Revolución cubana, entonces la pregunta sería: al salir los compañeros que van a desembarcar en el Granma de México, cómo calificaría, cómo ubicaría usted la ideología que los animaba y esa...

La pregunta se vincula con otra que incluso tenía mucho que ver que sería que, si usted piensa que en estos momentos en América Latina la lucha guerrillera asume definiciones ideológicas marxistas-leninistas como el caso de Guatemala o posiciones revolucionarias como en el caso de Colombia, Venezuela y Bolivia y esto es una seria diferencia, una diferencia importante con el asiento de la Revolución de Cuba, usted no piensa que eso le plantea problemas al movimiento revolucionario de América Latina, nuevos problemas que el movimiento cubano y que por consecuencia trae aparejado eso?

La segunda pregunta que yo acepto que es un poco exigente, un poco grande quizás, es si usted podría sintetizadamente relatarnos el proceso de formación del Partido Revolucionario, digo, Comunista de Cuba, desde la toma del poder por las fuerzas revolucionarias, es decir, en los pri-

meros dos años en que existe la ORI el Partido Unico de la Revolución Socialista y finalmente se queda el Partido Comunista, a nosotros nos interesa mucho como experiencia, determinar el problema organizativo que lleva a constituir en tan breve lapso, 8 años de revolución, es decir, un lapso muy breve en relación a otros países, el Partido Comunista de Cuba.

No es poco ambicioso el compañero. Bien compañeros, yo voy a tratar de ser lo más breve, lo más escueto posible, creo que la cosa es muy amplia. La composición ideológica de los revolucionarios del Granma prácticamente, específicamente, es una de las cosas más difíciles de contestar que yo creo que hay, porque yo diría que para englobar en una sola frase para poder recoger en una sola frase el contenido ideológico de aquel grupo de compañeros, diríamos que era un grupo quemado por la fiebre de liberar a Cuba de la tiranía de Batista. Quizás eso sea lo que más puede comprender de forma total al grupo. Es decir, un grupo imbuido fundamentalmente por la ideología marxista, por el deseo de liberar a la Patria de la tiranía que la esclavizaba en esos momentos y de instaurar en el país un régimen progresista que velara por el bienestar del trabajador, etc. Eso si pretendemos denominar de manera global al grupo, pero allí no había nivel uniforme dentro del grupo en cuanto al desa-

rollo político, no había un nivel uniforme.

El Movimiento 26 de Julio no se planteó incluso el problema ideológico como cuestión de desarrollar políticamente a la gente antes de pelear. Nosotros diríamos, y eso no es un secreto, sino que es una cosa conocida, que había compañeros digamos como el Che; como Raúl, como el propio Fidel, que tenían un desarrollo mucho mayor; como Níco López, estoy citando a los que tenían un bagaje que pudiera catalogarse dentro de la ideología marxista o por lo menos, que conocían la literatura marxista y estaban en contacto con ella, había otro grupo entre los cuales me encontraba yo, que no tenía un mayor conocimiento de este problema, una mayor conciencia en ese sentido; se estaba quemado por el deseo ardiente, por el patriotismo, digamos, por el deseo de liberar a nuestro país de la opresión de la tiranía, del problema del imperialismo, pero sin haber profundizado, sin haber entendido a plenitud la significación en todo esto. Es decir, que era un grupo que estaba imbuído por una gran voluntad de lucha de liberación, luchar por la liberación de la Patria, ese es el denominador común, luchar por la liberación de la Patria del yugo que la estaba oprimiendo. Para unos la cosa iba mucho más allá, para otros un poco menos al á. para algunos se limitaba a éso, así que no podemos nosotros decir que

la ideología marxista-leninista venía de una manera ya completamente definida para todos los que venían allí, y es posible que para algunos ya estuviera muy definida dentro de sí mismos, pero no porque formara la línea de todos, eso fue desarrollándose después y ha sido un proceso de constante desarrollo desde que se empezó a luchar hasta hoy en que seguirá desarrollándose en el futuro.

*Usted señalaba que a tiempo de iniciarse o de formarse el grupo, más predominaba un sentido, digamos, nacionalista cuando se habla de liberación de Cuba, de la dictadura. Y que algunos posiblemente dentro de sí, tenían una definición marxista y que el proceso de la lucha armada ha formado prácticamente una conciencia revolucionaria. Después de dos o tres años de lucha, de la lucha armada, en la Sierra Maestra, cuando ya estaban en las puertas de La Habana, o cuando ya estaban a punto de tomar el poder este panorama casi un poco confuso sobre una definición política fue esclarecido definitivamente sobre una posición nacionalista o socialista?*

Yo diría que no hay ningún momento específico en que se pueda señalar donde se esclarece definitivamente y donde todavía ha tenido algún viso de confusión, es decir que eso ha sido un proceso de desarrollo sin que marque una línea de delimitación en que pueda señalarse, lo más que pudiera decirse es que de manera pública, por

ejemplo, a raíz del ataque de Playa Girón es decir, cuando enterrábamos a los compañeros que fueron muertos en los bombardeos a los campamentos de aviación nuestros, Fidel proclamó el carácter socialista de la revolución, pero yo diría que eso fue la proclamación y la aceptación de nuestro pueblo de manera delirante de aquello, pero lo que hizo fue ponerle nombre a algo que venía produciéndose ya en la realidad, que venía desarrollándose de manera imperceptible prácticamente al principio y yo diría que de manera no conciente en todos los aspectos, sino acaso impuesto por la propia vida, el propio proceso y por el propio desarrollo de la revolución, es decir, que yo no podría señalar qué fue en el momento del triunfo, esto ha sido un proceso de crecimiento de desarrollo que no puede delimitarse, salvo decir que el día 16 de abril del 61, Fidel dijo: «ésto es una revolución socialista» y el pueblo aplaudió aquello de manera unánime, pero ¿qué pasaba?, que lo que estaba era poniendo nombre a algo que ya en la realidad estaba ocurriendo y que el pueblo estaba de acuerdo con aquello, eso es lo que podemos decir de eso.

Yo, decía que el denominador común y esto está dentro de la pregunta del compañero de la Argentina, el denominador común era el ansia de liberación de nuestro pueblo, pero no se puede decir que era con espíritu nacionalista así como usted apuntó no, yo creo que ya traía en su seno un

gran contenido internacionalista. Por una parte el líder del movimiento había ya participado, en una expedición para liberar a Santo Domingo que fue aquella de Cayo Confites, estuvo allí, y nada menos que en la expedición del Granma venían varios compañeros de distintos países de Latinoamérica, venía el compañero Che, venía el compañero Mejías, dominicano, venía un italiano y venía Celaya un mejicano, es decir que traía ya en su seno el germen de todo este espíritu internacionalista que hoy tiene la Revolución Cubana y el denominador común de la ideología de aquellos jóvenes está contenido fundamentalmente en La Historia me Absolverá que antes había sido distribuida a nuestra militancia y estábamos plenamente de acuerdo con los postulados que se planteaban en La Historia me Absolverá. Lo que quiere decir que para muchos la cosa más o menos terminaba en La Historia me Absolverá, y era nuestro ideal eso, para otros ya, estaría dentro de ellos la idea que había que llegar más allá y que había que hacer una revolución socialista, a eso era lo que me refería anteriormente.

*Es para dar a conocer un hecho que es muy poco conocido, incluso en Panamá es poco conocido, pero para fijar el carácter internacionalista del pensamiento de Fidel. Fidel cuando viaja a Bogotá se entrevista en Panamá con un dirigente de la Federación de Estudiantes de Panamá, que*

*actualmente es diputado y Fidel recorrió y vio las instalaciones allá en las zonas del canal y le manifestó este dirigente que la única forma de desarrollar una lucha antimperialista en Panamá y en América Latina era la lucha armada, eso quiere decir que Fidel desde aquella época ya tenía claramente definida una posición antimperialista en contra del imperialismo yanqui y solamente como un dato de información aquí para los compañeros.*

Sí, la otra pregunta es sobre el problema de que la Revolución cubana por ejemplo se desarrolló, es decir, obtuvo el triunfo, obtuvo el poder a través de una lucha en la cual no estaba claro no se conocía por todos, no se había manifestado el carácter marxista leninista de esa revolución y entonces el hecho de que en las luchas actuales de los pueblos de América Latina, ese no es el caso, que generalmente está planteada la lucha desde el punto de vista de la ideología marxista leninista y se planteaba que si eso no traía algunas consideraciones y algunos hechos y circunstancias diferentes a la Revolución cubana, yo diría que esencialmente no tra problemas diferentes a la revolución cubana, estamos convencidos de que el problema del nombre en sí es un problema secundario, es un problema secundario porque si en Cuba misma, bajo las banderas del marxismo leninismo se inicia la lucha y el pueblo empieza a ver a los abanderados del

marxismo leninismo a través de hechos y a través del sacrificio y de la lucha y el pueblo empieza a creer y empieza a respaldar y empieza a luchar junto a aquellos que enarbolan aquella bandera. ¿Qué pasó en nuestro pueblo? Antes del triunfo de la Revolución, el pueblo no tenía en general una visión clara de lo que era esta ideología, diríamos que en general la veían con temor, las campañas del anticomunismo habían hecho sus efectos en nuestro pueblo y veían con recelo la palabra comunismo. ¿Pero qué pasó después del triunfo de la Revolución? Primero toda la historia de luchas del Movimiento 26 de Julio, después medidas concretas revolucionarias, las leyes revolucionarias, la transformación de nuestra sociedad en beneficio del pueblo, que era una cosa a la vista, y de inmediato la proclamación de que aquello era lo mismo, aquello se llamaba comunismo, socialismo, aquello mismo que nuestro pueblo había visto antes con recelo, con temor.

¿Y qué pasó en ese momento? El apoyo unánime y el aplauso unánime de nuestro pueblo a aquellas manifestaciones, porque si en definitiva esto es comunismo, eso es lo que nosotros queremos, eso es lo que aspiramos, eso es lo que deseamos. Yo creo que el problema del nombre es un problema secundario y que nuestros pueblos lo que quieren es hechos y a través de los hechos, de los hechos correctos desde luego, de los hechos que están respondiendo al in-

terés del pueblo me refiero, porque hechos hay muchos, hechos, los yanquis tienen muchos hechos por ahí, pero los hechos que responden al interés del pueblo, esos son respaldados aunque lleven el nombre de socialistas o de comunistas o de marxistas leninistas o de movimiento de liberación o de lo que sea. Desde luego, que lo que yo me refería anteriormente antes de la pregunta de la compañera que van a ser muy pocos los burgueses que en estas circunstancias den apoyo de alguna manera a esa forma de lucha nueva, es decir a este período nuevo de lucha en cualquier país de América Latina, pero incluso aunque no se llamen comunistas porque tienen el antecedente de Cuba y en Cuba no fue decisiva la participación de la burguesía fue una cosa completamente accesoria y sin importancia, lo decisivo fue lo que debe ser lo decisivo en el resto de los países de la América Latina, por eso nosotros no consideramos que esencialmente haya diferencias por el hecho de que aquí no se le puso nombre antes del triunfo y que ya en los demás países prácticamente todos tienen nombre y en todos los que se inician porque incluso ese nombre yo creo que la Revolución cubana ha contribuido a que los pueblos le pierdan un poco el temor y que los pueblos le cojan más cariño cada día, así que no me parece que eso sea un obstáculo.

*Compañero Comandante, yo quisiera hacerle la siguiente pregunta de ser*

*la cosa tal cual Ud. la plantea, a qué sectores representaría el Presidente inicial Manuel Urrutia que tomó el poder a nombre de la Revolución en enero de 1959.*

¿A qué sectores sociales pertenecería? Bien el que pudo desear representar algún sector social. En la realidad no estaba representando a ningún sector social. El constituyó un elemento táctico del movimiento revolucionario. Y eso lo pueden hacer los movimientos revolucionarios, constituyó un elemento táctico en el propio desarrollo de la Revolución, es posible que eso no tenga que darse de la misma manera y casi seguro no se dará y en el caso de los países que luchan ya de antemano con un nombre y con una ideología expresa, entonces no van a llamar al Magistrado del Tribunal Supremo que tuvo una actitud en determinado momento. Pero yo creo que los Movimientos Revolucionarios pueden tener una visión amplia de la lucha, sin olvidarse en ningún momento de cuál es su finalidad, de cuál es su meta. Me parece que eso está ya perfectamente dentro de lo correcto, y ya digo, no tiene que ser exactamente lo que estoy diciendo, no es que los Movimientos Revolucionarios en el resto de los países tenga que ser exactamente como fue en Cuba, pero tampoco significa que no puede ocurrir de manera similar en otros países, eso es a lo que yo me refiero, es decir que la palabra comunismo ya no inspira tanto miedo a los pueblos, sino que cada día les

inspira más afecto y más adhesión, a eso es a lo que nos referimos.

Proceso, desarrollo y formación del Partido Comunista en Cuba en la etapa nueva, en la etapa posterior al triunfo. Bien, esto está dentro de las razones que hemos planteado anteriormente, en definitiva al final de la lucha están participando en las montañas y en los llanos, las distintas fuerzas revolucionarias del país, fundamentalmente 3 organizaciones: el Movimiento 26 de Julio, el Partido Socialista Popular y el Directorio Revolucionario «13 de Marzo». Entonces se comenzó de inmediato un proceso de unificación de estas fuerzas, que dieron lugar a lo que inicialmente fue después del triunfo de la Revolución Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), es decir, había 3 Organizaciones que se integraron en apoyo al Gobierno Revolucionario.

Cada día fue mayor esta integración, fue mayor hasta convertirse en un solo cuerpo, fueron las raíces que se unificaron en un solo tronco. Y entonces cambió el nombre de Organizaciones Revolucionarias Integradas, por el nombre de Partido Unido de la Revolución Socialista, el cambio de nombres marca más bien la etapa de desarrollo de la unidad, hasta que en la primera reunión del Comité Central se acordó cambiarle el nombre por el de Partido Comunista de Cuba. Esa es la explicación somera del problema de los nombres, y ahora ya el otro problema, el proceso, ya es una cosa mucho más engorrosa,

más larga, más difícil porque no fue fácil, muchos no entendían perfectamente el proceso éste, y nosotros que hemos hablado algo que implica lo personal, podemos decir también eso. que yo fui Ministro del Gobierno Revolucionario de entrada, Ministro de Recuperación de Bienes Malversados, y que en el proceso de integración, y de unificación y de luchas de clases, tuvimos nuestras confusiones, nuestras discrepancias. Dejamos de ser ministro, dimos una viaje por los países socialista, fuimos a una escuela del Partido y sentimos una creciente integración posterior a la ideología marxista-leninista: y hoy formamos parte del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. En este ligero esbozo de nuestro caso personal, pueden ver muchos casos más, pues no fue fácil el proceso, fue difícil, pero que ha sido extremadamente aleccionador, rico en experiencias y exitoso a la vez.

Oigame si Fidel viniera aquí sería fantástico, pues sería él quien mejor podría contestarle sobre todo esto.

*Compañero Faustino Pérez, está comprobado ya que el carácter inexpugnable de las guerrillas en la montaña. Quiero preguntar con relación a esto. Si en un país donde no existen las condiciones orográficas, geográficas, para la instalación, para la creación de un foco guerrillero. Quiero citar concretamente lo que ha sido citado en prensa y que le da un carácter de excepcional de que Chile*

y Uruguay, está citado incluso en el informe de la Delegación Cubana de OLAS, entonces en los casos en que estas condiciones orográficas y el carácter de la supervivencia de las guerrillas. Qué otra forma podría a su juicio asumir una lucha revolucionaria armada. Yo podría a través de lo que he captado, pudiera ser por ejemplo una guerrilla de tipo semi urbano o lo que se ha planteado también la solidaridad con los movimientos guerrilleros de otros países, a través de armas, abastecimientos, o incluso hombres. Esa es mi primera pregunta.

*La segunda pregunta se refiere a la lucha en Sierra Maestra. Quiero que el compañero precisara por ejemplo, de qué manera se iban produciendo los contactos entre los guerrilleros y los campesinos, de cuáles argumentos se valían los revolucionarios en su labor de esclarecimiento y convencimiento. Muchas gracias.*

Yo creo que aquí hay otros dos compañeros que tuvieron una participación muy activa en la lucha, que es el compañero Ernesto Vera y el compañero Saker que debían tener alguna participación en esto también.

La primera pregunta, además, yo no soy un especialista en luchas de guerrillas ni nada de esas cosas. Esta pregunta, el Che sería formidable para contestarla. Pero mi opinión personal, yo creo que es difícil que hayan países que no tengan condiciones oro-

gráficas, en que no se puede hacer una guerra de guerrillas, una revolución, e incluso según dice Stokely, los negros norteamericanos van a hacer allá en Estados Unidos, guerra de guerrillas en las propias ciudades, pero desde luego pretender darles aquí una orientación de cómo se puede desarrollar una lucha en un país que yo no conozco nada más la de aquí, la de Cuba, pero si les puedo decir a través de ésta de Cuba lo siguiente: cuando todavía nuestras fuerzas en las montañas eran insignificantes, muy pequeñas, salió la primera guerrilla a operar en el llano en uno de los llanos más llanos de Cuba, que es el Valle del Cauto, la zona de Holguín, Victoria de las Tunas. Salió el compañero Camilo Cienfuegos con una guerrilla a operar en los llanos y estuvo allí meses batiéndose y no fue aniquilado en el llano más llano de Cuba. Después regresó a la montaña cuando vino el cerco, un cerco muy grande en que enviaron docenas de batallones para la Sierra, después del fracaso de la huelga de Abril, y entonces fue llamado Camilo con algunos de sus hombres para allá, y quedó en el llano, una guerrilla al mando del compañero Osvaldo Herrera que después cayó preso, fue torturado y se suicidó. Entonces señalo esto por que fue en los inicios en que prácticamente la Sierra no ejercía mayores efectos, desde el punto de vista de distraer fuerzas. La guerrilla dentro de la Sierra Maestra era una cosa

simbólica aún. Y sin embargo, había una guerrilla dando dolores de cabeza en el llano y no fue aniquilada. Claro que después eso se desarrolló más todavía, después vinieron columnas enteras para el llano, no solamente las invasoras de Oriente hasta Las Villas, que entre paréntesis una de ellas, la de Camilo iba para Pinar del Río, iba a atravesar todo el país hasta Pinar del Río y pudieron hacer la invasión, a través de llanos, con una persecución tremenda de las fuerzas represivas, sino que allá en las zonas aquellas de Oriente, en los llanos de Oriente, después creció, se multiplicaron las guerrillas, operaron columnas como la que estaba mandada por el Cmdte. Edid Suñol a la cual se incorporó el pelotón de mujeres, el pelotón Mariana Grajales de mujeres, y lucharon allí, en las cercanías de la ciudad de Holguín, que es completamente llano, pero es que aquí incluso tenemos los antecedentes de nuestra guerra de Independencia, se iniciaba la lucha muchas veces en las montañas, pero se desarrollaba enormemente en las zonas llanas y es históricamente importante la invasión de Oriente a Occidente, realizada por Antonio Maceo y por Máximo Gómez que libraron su guerra fundamentalmente en los campos llanos de Cuba, es decir que desde nuestro punto de vista personal creemos, que difícilmente haya un país que no ofrezca condiciones para llevar a cabo la guerra revolucionaria, claro, no exactamente igual que aquí, eso debe tener

sus variaciones de acuerdo con las circunstancias, con las características, incluso del lugar, en muchos lugares puede adquirir una importancia mayor, un peso mayor la lucha en las ciudades o la lucha en el llano y otras veces en general en las montañas. Eso es lo que yo opino personalmente de ese problema.

*Una pregunta sobre este problema, de la lucha guerrillera o de otro modo de lucha, usted que ha tenido mucha experiencia sobre los problemas de organización dentro de las ciudades y que ha preparado una de las huelgas, que lamentablemente fracasara ¿puede decirme, qué influencia podría tener o en qué modo podría de terminar una insurrección popular en las ciudades, para la caída de un gobierno y la implantación de un sistema, usted creía que con la huelga de Abril podría determinar la caída de Batista y hacer posible una insurrección popular? ¿Cuál fue el criterio y el objetivo de esa huelga?*

Bien, cuando la huelga se convoca, no es una cosa aislada, están las guerrillas operando y apoyando, han preparado planes específicos, con relación a ese día de la huelga, y han hecho operaciones en apoyo de la huelga, es decir, que no es cosa de un levantamiento huelguístico independiente ni aislado de la lucha guerrillera, que se mantiene como centro y que, de ocurrir el colapso del régimen tiránico, viene a ocupar el

centro, de la lucha y del poder, el núcleo guerrillero en donde estaba el líder y dirigente indiscutible y los dirigentes indiscutidos del movimiento, te das cuenta, claro nosotros pensábamos que el peso fundamental en aquel momento para el derrocamiento de la tiranía podría estar en las fuerzas generales de las ciudades, en la huelga apoyada por la acción de las Milicias armadas, porque el movimiento revolucionario estaba organizado en un frente de acción que tenía milicias armadas más o menos armadas, es decir, muy precariamente armadas pero que tenían en definitiva algunas armas y otras que se pensaban buscar a través de asaltos a armerías y algunos centros militares, etc.

*Para aclarar mejor el problema, poniendo al margen la lucha de guerrillas, es posible que una insurrección popular pueda llegar al poder derrocando la dictadura y un sistema de gobierno, era posible digamos en el caso de Cuba.*

Yo creo que era muy improbable, no es que no sea posible, ahora lo que si es imposible es mantener el poder después sin haber creado una base organizativa fuerte, imposible prácticamente de crear en las condiciones de clandestinidad y de acoso de las fuerzas represivas. Entonces, como no se tiene una organización armada fuerte, aunque venga el derrocamiento de la tiranía no hay una fuerza que oponer a las fuerzas que

pretenden dominar la situación una vez que se fuga el tirano digamos específicamente aquí en Cuba. Vamos a suponer que el día «9 de abril», se produce el colapso, no el 9 de abril, no está bien, porque nosotros sí teníamos cuando eso las guerrillas y una fuerza armada que por lo menos podía hacerse fuerte en la principal provincia de Cuba y levantar allí al pueblo y hacer imposible a cualquier régimen que tratara de imponerse aquí la permanencia posterior, te das cuenta. Pero vamos a suponer que se hace un llamamiento con los efectivos que teníamos en las ciudades nosotros y que triunfa desde el punto de vista de que efectivamente hay respuesta de las masas y huye el tirano y no existen las guerrillas. No había posibilidades de ninguna manera de tomar el poder en las manos efectivamente, porque había una serie de fuerzas ahí de la tiranía todavía intactas, y había magistrados ya tomando posesión de la Presidencia de la República con el Visto Bueno de una serie de fuerzas políticas en el país que les interesaba que aquello fuera así, fuerzas incluso de oposición a la tiranía y con el apoyo de los americanos por ejemplo, entonces, era difícil, en lo que podía desembocar aquello si había voluntad de lucha por parte de los que convocaron a la huelga era una tremenda refriega, una guerra civil. que estaría por ver después cuál sería la suerte de esa lucha, por eso nosotros decimos, en el caso bastante problemático de que se puede llevar al

éxito una insurrección popular masiva con una huelga, después es muy difícil consolidar, tomar primero y consolidar después ese poder, yo creo que imposible. ¿Cómo se captaban a los campesinos?

Es una cosa muy sencilla y muy natural, muy natural, operaban dos factores a mi modo de ver en esto, uno la acción consecuente de los revolucionarios, el primer campesino que nos encontramos después del desembarco del Granma, varias horas después de una lucha infernal con el mangle y el fango en una ciénaga tremenda donde caímos, nos encontramos el primer campesino un carbonero y entonces un compañero va y lo trae al encuentro nuestro, al encuentro de Fidel, entonces Fidel, le dice inmediatamente quienes éramos y a qué veníamos y que veníamos a luchar por ellos y todas esas cosas, es decir, le expresa con toda claridad y con toda sinceridad, miren nosotros venimos a luchar aquí contra la tiranía, contra este régimen que explota al pueblo y venimos a luchar por ustedes, por los campesinos, por los trabajadores, por los derechos de ustedes. El campesino, ya de entrada, claro no se va a convencer ni mucho menos, un poco temeroso, lo que hace es invitarnos a la choza de él para darnos algo de comer, pues veníamos bastante necesitados de ello, pero quiero decir que esa manera abierta, directa, por ejemplo, nosotros no traíamos dólares, y si llegaban a 20 ó 30 dólares

lo que traíamos en los bolsillos era mucho, sin embargo, si nos habían quedado una cantidad de pesos mejicanos y entonces que hacíamos, allí donde un campesino nos daba comida, nosotros le dábamos pesos mejicanos y les decíamos, miren, nosotros no podemos pagarle ahora en dinero cubano, pero miren les vamos a dejar a ustedes esto y en el futuro ustedes si quieren podrán al triunfo de la Revolución, resarcirse de esto por el valor que expresa este dinero y desde el primer momento en que se hace el contacto con la posibilidad de pagar se les pagaba a los campesinos, claro que después aquello ya se fue haciendo innecesario porque eran los campesinos los que venían a traernos comida, a traernos cosas, no aceptaban de ninguna manera pagos ni mucho menos, entonces a través de este proceso natural sin mucha propaganda, sino que ellos estaban viendo la conducta de aquellos revolucionarios el espíritu, el sacrificio de aquella gente, que les estaban recordando las luchas de los mambises. Eso es por una parte y por otra parte la brutalidad del régimen tiránico, como los bombardeaban indiscriminadamente como incluso llegaron a emular con Weyler que fue un gobernador español que hubo aquí cuando la guerra de independencia que concentró a la población del campo, la trajo a las ciudades y tenían que dormir ahí en las calles y morían a montones de hambre y de necesidades y así actuó el régimen de Batista como lo hacen

en general los regímenes gorilas. Empezó prácticamente a emular con Weyler, empezó a sacar campesinos y meterlos para Santiago de Cuba. Claro, después rectificó y los volvió a meter para allá pero era imposible no podían darles buen trato porque los campesinos estaban en una actitud de colaboración creciente con las guerrillas. Y eso se fue operando así de manera natural prácticamente, por el trato correcto con los campesinos, por el respeto absoluto a los campesinos, por una disciplina, una disciplina rígida en que no se podía de ninguna manera tomarle a un campesino ni siquiera una naranja, ni siquiera pedirla si no era a través de la vía correspondiente. A través de esta política es que se fue ganando de manera progresiva el respaldo de la población campesina primero de la Sierra Maestra, después del Segundo Frente Frank País, cuando el compañero Raúl Castro fue y se integró el II Frente y después de manera ya más rápida todavía en la zona de Las Villas cuando vino el Che y Camilo. Es decir que no fue una cosa de un plan preconcebido y puesto en práctica de propaganda y de adoctrinamiento, ni nada de esas cosas, sino que fue por la vía natural del desarrollo del propio proceso. Compañero, ¿alguna pregunta?

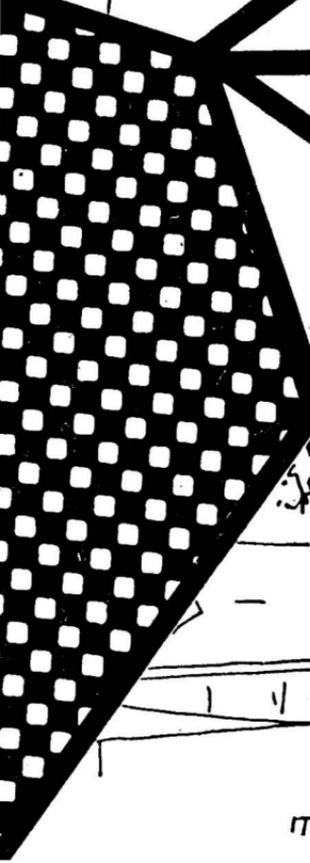
*Bueno esta pregunta si va en término general teniendo en cuenta la experiencia de los tres compañeros, aquí se hablaba de la participación y siempre hablan de la participación*

*de la clase obrera en la lucha revolucionaria. Yo quisiera hacerle una pregunta a los compañeros, lo siguiente, tomaron para impulsar la lucha en la clase obrera primero la unidad como bandera, pues la unidad en la clase obrera para desarrollar esa lucha mejor y luego creían Uds. que solamente se podía avanzar en la elección de la lucha popular a través buscando la unidad, trataron de infiltrar los cuadros que pertenecían al movimiento revolucionario dentro de la clase obrera o se limitaron a hacer un trabajo por la base, porque indudablemente hoy se discute de que solamente es posible impulsar la lucha revolucionaria dentro de la clase obrera una vez que se obtenga la unidad de la clase obrera que se obtiene a través de la unidad de acción. Me gustaría entonces que Ud. diga su experiencia en ese campo.*

Mira, yo creo que efectivamente hay que estar convencido de que es necesaria la unidad de la clase obrera, de los trabajadores, de los campesinos, la unidad de lo que constituye el pueblo explotado, debe buscarse, ahora el problema está en cómo obtenerla, cómo se busca, cuáles son los métodos, las vías para lograr eso, hay quienes piensan que tiene que ser primero un largo proceso, un largo período de convencimiento de propaganda alrededor de la unidad. Nosotros estamos convencidos de que la unidad se logra fundamentalmente a través de la lucha, a través de la lucha que eso es lo más elocuente

que se le puede decir a los trabajadores, a los obreros, a los campesinos, a los estudiantes, y detrás de los que luchan consecuentemente irán las masas, eso me parece a mí que es la mejor forma, claro hay que partir del hecho de que se quiere, de que se necesita la unidad del pueblo

y se necesita la unidad del pueblo, ahora plantearse las vías para obtener esa unidad correctamente y de la manera más eficaz, de la manera más práctica, de la manera más rápida posible, nosotros creemos que esa manera es la propia lucha.



LA SI  
EL LLA  
eslabone  
un mism  
Faustino





LA SIERT  
LLAN

eslabone  
un mismo

**Faustino P**

PIERRA,  
LLANO:  
aciones de  
an mis  
ES



# FUEGO

a la política agraria y en la ad  
n de justicia, el M-26-7 y el  
ando sus planes de Reforma  
go Penal.

araciones llevan una sín  
el Movimiento Revolu  
e Las Villas, donde  
M-26-7 y el DR, que r  
ideales de la juve  
el peso de la insu  
congre sin la



VILLAS

LA LIBERACION

iembre de 195  
coraje pa  
des se

mbre de f  
de L  
om

EL  
MONCADA  
to al futuro  
GERMAN  
SANCHEZ

EL  
MONCADA

ON

al

26 DE

fide!

EL  
MONCADA  
asalto al futuro  
GERMAN  
SANCHEZ

# EL MONCADA:

germán  
sánchez **ASALTO**

# AL FUTURO

¡Esta fecha tiene valor no como hecho que se proyecta hacia el pasado, sino como hecho que se proyecta hacia el porvenir!

Fidel Castro  
26 de julio de 1963  
X Aniversario

Por la noche di una pequeña charla sobre el significado del 26 de Julio; rebelión contra las oligarquías y contra los dogmas revolucionarios.

Diario del Che en Bolivia  
26 de julio de 1967  
XIV Aniversario

El 10 de octubre de 1955 ante el monumento a José Martí, en Ciudad México, Fidel se refirió al acontecimiento del Moncada en términos apasionados, quejándose porque aún no se conocía en el mundo su trascendencia: «Pero juramos que algún día hablará la historia, hablará el mundo, y que allá también, por la dis-

posición firmísima de seguir en esta lucha de los que quedamos, por la disposición del pueblo cubano, un pueblo que luchó solo durante treinta años por su independencia, allá también se levantará un monumento como éste de las seis columnas y el mundo también conocerá el heroísmo de los niños héroes de Cuba». Y más adelante, refiriéndose a los niños héroes de México en la defensa de Chapultepec cuando la agresión yanqui en 1847 expresó: «... y creo que los niños héroes pertenecen a México y pertenecen también a América, porque cayeron luchando contra un imperialismo que ha puesto sobre toda la América sus garras».

El Moncada no fue «la aventura romántica de un grupo de pequeños burgueses» o el «pusch aventurero»,

100 como algunos quisieron presentarlo en aquel momento histórico. Hoy para los revolucionarios latinoamericanos el Moncada alcanza su verdadera dimensión al entenderse como la experiencia inicial de los revolucionarios cubanos, que acertaron en su estrategia al plantearse —actuando— la necesidad de enfrentar la base de cualquier estado latinoamericano, sus fuerzas armadas, y junto a esto un programa de medidas para el cambio social que conducía a la profundización constante de la ideología del pueblo y sus dirigentes y a la mutación radical de las estructuras sociales existentes. El Moncada se ha convertido en símbolo de la fe en el pueblo, en signo de rebeldía y heroicidad. Su alcance histórico continuará en ascenso en la medida que avance nuestra revolución y tome curso la Revolución Latinoamericana. Al decir de Haydée Santamaría, en tanto transcurra el tiempo se hará más difícil hablar del Moncada... No todas las veces por ingenuidad o por ignorancia se ha pretendido reducir la magnitud histórica del Moncada restringiéndola al asalto mismo, al hecho heroico. Fidel y sus compañeros nunca se plantearon la importancia del Moncada solamente en esta dimensión ética. Es imprescindible que su análisis se produzca desde un ángulo que posibilite extender sus contornos a planos totalizadores: se impone un estudio de la Revolución cubana desde sus ori-

esta etapa revolucionaria está marcada por la acción heroica de aquellos combatientes de la Juventud del Centenario, pero también interesa —por ejemplo— la ideología que los cohesionó; y ésta, como sabemos, tiene sus raíces en la tradición independentista cuya continuidad y validez en la década del 1950 resulta imprescindible descifrar.

Este trabajo pretende mostrar el acontecimiento del Moncada en dos dimensiones esencialmente singulares: corte vertical del status político imperante en 1953 e iniciación de la fase actual de la Revolución cubana. Con este criterio básico, resumiremos los antecedentes sociales, principalmente analizados en el plano político, que condicionaron la apertura de la nueva etapa; también se atenderán las articulaciones orgánicas de la Generación del Centenario con su procedencia ideológica, así como el plan estratégico y el programa social concebido por la vanguardia para propiciar e iniciar el cambio radical de la nación. Una tesis central informará nuestro análisis: el Moncada representa, por el contenido y por sus nutrientes históricos —morales, práctica política, experiencias de organización, estrategia armada, etc.— la fecha clave del proceso insurreccional cubano que explica —en concordancia con lo anterior— los elementos primarios de su vertiginoso

## Antecedentes

“Cuando en un gobierno, al hablarse de la cosa pública, cada uno dice: ¿qué me importa?, la cosa pública está perdida”, afirma Montesquieu; y nuestro Martí, más fuerte y recio, dice: “Los malos triunfan sólo donde los buenos son indiferentes.”

Raúl Gómez García  
“Revolución sin Juventud”

La República continuaba su devenir constitucional representada por el gobierno auténtico de Carlos Prío. Corrupción administrativa y bandolerismo autorizado, unido a la ausencia total de medidas de beneficio social, lo identificaban repudiable para el pueblo.

El Partido Auténtico<sup>1</sup> inició su política enraizada en las masas populares, resultado del proceso revolucionario frustrado de 1933; gobernó por vez primera durante el período de 1944 al 1948 (Ramón Grau), finalizando con un saldo negativo que se tradujo en amplias frustraciones populares al no cumplir sus compromisos programáticos esenciales. La primera manifestación orgánica discordante con la inoperancia y demagogia del PRC (A) fue la escisión producida por su ala izquierda —«auténticos ortodoxos»— que dirigidos por Eduardo R. Chibás, en 1947, de-

<sup>1</sup> Inmediatamente después de la revolución frustrada del 33, algunos elementos revolucionarios, de características disímiles, comenzaron a aunar esfuerzos para conquistar el poder por las vías electorales, constituyendo a ese objeto el Partido Revolucionario (Auténtico).

101  
cidieron oponerse al continuismo presidencial de Grau en las elecciones del año siguiente. Esta oposición cristalizó en la fundación de un nuevo partido —Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo)— que aspiraría con su candidatura independiente en las elecciones de 1948.

De tal magnitud fue este conflicto que Grau y su partido accedieron, después de producirse la separación, a nominar otro candidato del PRC (A), Carlos Prío, asegurando con esta maniobra otra forma de continuismo: el del partido. Este acto puso en evidencia dos cosas: a) Pérdida considerable del prestigio acumulado por el PRC que había tenido un punto culminante en 1944 cuando Grau obtuvo la presidencia<sup>2</sup> por mayoría popular frente a su rival «continuista», Saladrigas; b) El PPC se pronunció con un programa más amplio y radical, proclamando que lo importante no es el programa en sí mismo, sino los hombres que lo ejecutan. Grau y su equipo —decían— no cumplieron el proyecto político-social prometido en 1944. Los «ortodoxos» del PRC (A) —ahora organizados

<sup>2</sup> En realidad el triunfo electoral de Grau no fue, esencialmente, efecto de una acción consciente y organizada de las masas, sino una reacción emocional contra el continuismo del régimen de Batista, que halló cauce adecuado en el nuevo régimen electoral de voto directo y libre para la elección del presidente, lo que llevó a pensar, erróneamente, que las posibilidades renovadoras descansaban en «la conducta personal del Dr. Grau» (quien entonces contaba con un prestigio político extendido y de raigal popular).

102 en el PPC (O)— aglutinarían a los hombres que al margen de composiciones políticas anteriores fueran capaces de realizar el programa anunciado. La respuesta del pueblo fue una amplia aceptación del nuevo partido que al principio, más que como partido, subsistía como movimiento popular. Índice de esto último lo representa el resultado de las elecciones de 1948: la cifra de sufragios obtenidos —350,000— casi triplicó el número de afiliados al partido.

Carlos Prío, con su política mediocre, hizo declinar cada vez más el arraigo del autenticismo en la población. Como contrapartida, la oposición sistemática, dinámica y popular del PPC (O), liderado por Eduardo R. Chibás, desarrolló a su favor un movimiento político nacional de notables proporciones que con la consigna «Vergüenza contra dinero» se sustentaba más orgánicamente en la pequeña burguesía criolla.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Empleo el término en conciencia de las imprecisiones que encierra. Aún nos falta un estudio orgánico, que defina y cuantifique —resultado de la experiencia revolucionaria cubana— el grado y la calidad de la participación de la pequeña burguesía en el período insurreccional primero y en los años de construcción después. Asumo —en principio— el criterio de que nuestra pequeña burguesía atravesó el proceso de incorporación revolucionaria *desgastándose como clase social*, en tanto una parte considerable de sus componentes se identificaban históricamente con la ideología revolucionaria (mientras, la otra porción —no revolucionaria— emprendía en su casi totalidad el exilio opositor y contrarrevolucionario).

Junto al PRC formaban coalición de gobierno tres de los más deteriorados partidos políticos del país: liberales, demócratas y republicanos. En cuanto a la clase obrera, durante este período sus contenidos políticos estaban viciados de ideas reformistas —de izquierda y de derecha— deviniendo así en fácil víctima del bandolerismo y la demagogia filtrados en el movimiento sindical por el «dirigente» Mujal, y su correspondiente pandilla de «cuadros» profesionales. El PSP fue así enajenado de su otrora principal fuerza social, los obreros, con quienes se vinculaba principalmente a través de los dirigentes de la CTC y militantes de la organización.

La proyección de la vida nacional radicaba en la posibilidad de «un cambio» que al pueblo le aparecía solamente como el triunfo del PPC (O) en las esperadas elecciones del 52. Otros partidos opositores del gobierno en estas elecciones eran el PSP, que propuso un acto de unidad al PPC, que éste rechazó exponiendo fidelidad a la línea orientada por Chibás de «independencia política» (aunque, por otra parte, abrían completamente el partido y ofrecían cargos importantes a gran número de viejos políticos, latifundistas y banqueros) y el PAU (de Batista), sin posibilidades de éxito alguno.

Todo se desplomó. El lunes 10 de marzo —sorpresivamente para muchos, sospechado por otros y en com-

plicidad de terceros— se producía el giro de la política nacional: un golpe de estado dirigido por el hombre que menos posibilidades tenía como candidato presidencial, Fulgencio Batista. El golpe en sí no era contra Prío. Su objetivo era evidente: evitar el triunfo del partido mayoritario, la ortodoxia. Su prepotencia estaba en el fondo dirigida y sustentada por quienes, temiendo a coyunturas peligrosas, autorizaron el golpe: los EE.UU. La política del régimen de facto tendía, desde las maniobras para intentar comprometer a la oposición, hasta la represión necesaria. El dictador impuso un «gobierno civil» bajo su presidencia; sustituyó el Congreso por un «Consejo Consultivo» y creó los «Estatutos Constitucionales» que reemplazaban la Constitución de 1940.<sup>4</sup> Seguidamente comenzó a promover «elecciones democráticas» y a esos efectos concibió un nuevo «Código Electoral».<sup>5</sup>

El golpe militar, logrado de forma incruenta gracias a la incoherencia y endeblez de la oposición, intentaba con este camouflagé civil legalizar una dictadura militar que el pueblo sentía, a priori, en su única dimen-

<sup>4</sup> Esta maniobra de Batista no es casual; está forzada por cierto nivel de la conciencia constitucionalista existente en la nación, fundamentalmente en la pequeña burguesía y sus capas aledañas y en algunos sectores de la burguesía criolla.

<sup>5</sup> Este Código electoral reglamentaba el voto indirecto y acumulativo, restableciendo así, según la opinión política de entonces, la vieja maquinaria electoral.

sión. Así lo evidenciaba otra de sus maniobras: Mujal y sus pandilleros pasaron del priismo al batistato, asegurándose así el control reaccionario de los sindicatos por el dictador.

La indiferencia popular fue el signo a lo largo del país. No obstante, en los primeros días del golpe, algunos sectores del pueblo salían a la calle con ánimos de protestar, de oponerse, de «hacer algo». . . Era en vano: no existía un partido u organización capaz de dirigirlo.

## La Oposición

Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta!

Fidel Castro

Para entender con más certeza cómo y por qué se integra en la década del 50 una generación revolucionaria con características ideológico-políticas esencialmente diferentes a las que imperaban en ese período, necesitamos analizar factores históricos emergentes de nuestra tradición nacional revolucionaria, los que, como discutiremos más adelante, justifican y conforman la nueva ideología expresiva de la continuidad antes aludida. Esta apreciación condicionará el análisis que sigue sobre los factores aglutinantes y excluyentes —contradictorios—, donde actuaban inmersos los jóvenes revolucionarios de la Gene-

104 ración del Centenario durante los años vitales de su «toma de conciencia». Y en particular a partir de la coyuntura histórica signada por el 10 de marzo de 1952, entendido éste no sólo por el acto mismo del golpe militar, sino también por significar la expresión final y violenta del proceso de resquebrajamiento de las estructuras, normas y objetivos políticos que funcionaban enmarcados en el status constitucional establecido desde el 1940: desde el respeto estricto a la constitución —los menos—, hasta el absoluto irrespeto —el golpe militar—, y en el medio la amplia gama de políticos demagogos, profesionalizados en estafar al pueblo; estando los tres grupos comprometidos, en mayor o menor medida, con los intereses capitalistas nacionales y extranjeros.

Necesario es, por tanto, que analicemos detenidamente cómo se manifestó la oposición de los partidos políticos y otros sectores nacionales ante el golpe de Estado.

El único partido de masas del país, el PPC (O), expresó su oposición al golpe de estado pidiendo la nulidad absoluta de todos sus actos y consecuencias.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> «Ante esa perspectiva democrática, el PPC (O) estaba totalmente dedicado a la lucha cívico electoral, sin sospechar siquiera que, en la sombra de los cuarteles, una ambición desmedida de mando y provecho pudiera estar conspirando contra el orden, la paz, la constitución y las levas.» (Manifiesto de la Ortodoxia.)

La fórmula que se proponía era: nominación de un gobierno inequívocamente neutral, que llame a elecciones libres y restablezca la Constitución del 40. Envío mensajes a la ONU y a la OEA, presentando además un escrito-denuncia ante el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales de la República. Conclusión: «Inmediatamente que se produjo el brutal atentado a la República y al pueblo, el Partido hizo uso de las únicas armas con que cuenta, las del civismo» (Manifiesto de la Ortodoxia).

En el «Manifiesto de la Ortodoxia al pueblo de Cuba», después de recomendar la fórmula supracitada —gobierno neutral y elecciones libres— se afirma: «De no accederse a esta solución, única que resulta compatible con los altos intereses de la nación, única que puede devolverle inmediatamente la paz y el orden público, el PPC (O) declara su más firme y resuelto propósito de combatir, por todos los medios a su alcance (sic)». Combatir por todos los medios a su alcance; esto dicen al final de una declaración. Fecha: marzo de 1952.

Días antes de cumplirse el primer aniversario de la muerte de Chibás, el 10 de agosto de 1952, Roberto Agramonte, líder ortodoxo, declaraba en una entrevista del periódico «Información»:

*Periodista:* / Y en ese caso, ¿Cuál será la actitud de su partido?

**Agramonte:** / Seguiremos manteniendo una resistencia política y cívica a la situación.

**Periodista:** / Doctor, no se comprende bien eso de la «resistencia política y cívica», ¿Usted podría decirme el significado y alcance de esa frase?

El periodista concluye escribiendo: («a esta última pregunta sucede un silencio acompañado de una leve sonrisa del Dr. Agramonte...»)

Seis días después, el 16 de agosto, cuando se conmemoraba el primer aniversario de la muerte de Chibás, circuló en la manifestación al cementerio un periódico clandestino: «El Acusador». En su artículo editorial, «Recuerdo crítico del PPC (O)», denunciaba a los que aspiraban a ser los primeros en los «puestos de honor de las asambleas y los ejecutivos, los que recorrían términos y hacían tendencias, los que en las grandes concentraciones reclamaban puesto en la tribuna, y ahora no recorren términos, ni movilizan la calle, ni demandan los puestos de honor en la primera línea de combate». Porque «quien tenga un concepto tradicional de la política podrá sentirse pesimista ante este cuadro de verdades. Para los que tengan en cambio, fe ciega en las masas, para los que creen en la fuerza irreductible de las grandes ideas, no será motivo de alojamiento y desaliento la indecisión de los líderes, porque esos vacíos son ocupados bien pronto por los hombres en-

105  
teros que salen de las filas». «El momento es revolucionario y no político». «A un partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria joven y de origen popular que salve a Cuba».

El artículo estaba firmado con un seudónimo: Alejandro. Su nombre verdadero: Fidel Castro.

El PPC se desmoronaba internamente por las querellas bizantinas entre sus líderes principales que actuaban por ambiciones personales enfrentándose por conceptos equívocos (en el Partido se deslindaron dos tendencias excluyentes, la *pactista*, que propugnaba un frente de oposición y la *independentista*, que mantenía el principio tradicional de la ortodoxia: la independencia del partido; ninguna, sin embargo, propugnaba una solución que no fuera, en esencia, civilista). El golpe militar desnudó a los dirigentes del PPC al imponerles un imperativo histórico inaplazable, la revolución verdadera, que, claro está, ellos no podían ni deseaban realizar. La ortodoxia quedaba marcada históricamente. El Partido había sido copado por latifundistas y banqueros<sup>7</sup>

<sup>7</sup> El mismo Chibás denunciaba ya en 1948, vísperas de las elecciones de ese año, «estos millonarios del Partido del Pueblo, grandes terratenientes y abogados de poderosas compañías y truts parece que no fueron sinceros al ingresar a la ortodoxia, sino que vinieron a ella en busca de senadurías». A nuestro juicio este desplazamiento de elementos de las clases reaccionarias al Partido de mayor popularidad, era factible —y natural—

106 que, amparándose en el prestigio popular insuflado por Eduardo Chibás a la ortodoxia, unido a la actitud de algunos dirigentes que después de su muerte aún mantuvieron la dignidad y los principios enunciados, tomaban la ortodoxia —ya fuese como movimiento ideológico y/o como estructura partidista— de vehículo para la realización de sus intereses de clase capitalistas.

Otra caja de resonancia fue la Universidad y su organización estudiantil, la FEU. Los dirigentes estudiantiles se presentaron en Palacio inmediatamente después del golpe para comunicarle al presidente depuesto. Carlos Prío, la disposición de la FEU de recibir armas para enfrentarse a los militares. Prío hizo la promesa de enviarlas cuanto antes a la Universidad, lo que, por supuesto, no cumplió. En la colina universitaria las convulsiones eran constantes —mitines, manifestaciones, volantes, etc.—. Pese a las serias divisiones existentes en el organismo estudiantil, éste pudo estructurar un manifiesto que se publicó el 10 de junio en Alma Máter, donde se exponía la «fórmula nacional» de la FEU para resolver la

merced al contenido e intereses de clases netamente pequeño-burgueses —cargado de indefiniciones ideológicas y vacíos teóricos importantes— que regía en el Partido Ortodoxo. Chibás, con la fuerza de su personalidad, combatió esos elementos reaccionarios; pero la fuerza de la realidad resultó definitiva y después de su muerte el Partido se convirtió totalmente en instrumento de la demagogia de la derecha oportunista.

«grave crisis nacional». El documento lo componen siete puntos básicos y su esencia estribaba en el respeto irrestricto a la Constitución de 1940, la celebración inmediata de elecciones libres que se asegurarían con la nominación de un presidente provisional elegido por la FEU, «recogiendo el sentir nacional» y que ejercería su función por un período de 18 meses en el que se respetaría la propiedad privada y se combatiría «toda doctrina extranjerizante o imperialista».

A todas luces la solución propuesta por la dirección de la FEU era ingenua, inoperante y atemporal; si bien la Universidad mantuvo una ebullición constante desde el golpe de estado, expresando su rebeldía a través de asambleas, actos de calle, etc., no obstante, en este período —hasta finales de 1954 que cambia el sesgo bajo la dirección de José A. Echeverría— la dirección de la FEU se mostró incoherente y ambigua, incapaz de asumir el rango histórico inherente a esta organización (no es casual que «el movimiento», de Fidel, se haya nutrido fundamentalmente con miembros de la Juventud Ortodoxa, habiendo muy poca participación de los estudiantes y ninguna vinculación con la dirigencia de la FEU).

El PSP se pronunció contra el golpe a través de su órgano de prensa, HOY, definiéndolo como pro imperialista. Propuso un programa cuyo

contenido estaba resumido por tres aspectos básicos: restitución plena de la Constitución de 1940; elecciones libres antes de setiembre de 1952 y respeto al Congreso Nacional. «Ese es el programa y la acción para conseguirlo se produce por los caminos del frente único de masas».<sup>8</sup>

Capítulo aparte merecería el análisis de este concepto —vigente en las normas políticas comunistas de América Latina durante la década del 50— que hacía depender las posibilidades de triunfo revolucionario en la abstracción «lucha de masas» y

<sup>8</sup> La consigna de luchar por un "frente único opositor" con un programa de paz, democracia, bienestar, unidad obrera y honestidad administrativa fue el propósito principal en torno al cual giró la actividad del PSP en el período preparatorio de las frustradas elecciones de junio de 1952. Este "Frente Único" de los partidos opositores se entendía por la dirección del PSP como el paso previo al que seguiría la construcción de un Frente Democrático Nacional con objetivos "más profundos, permanentes y dilatados". Además de otras consideraciones, la necesidad de un Frente Único Opositor —que debía incluir al PPC, PAU, Nacional Cubano y de la Cubanidad— se justificaba por el PSP con el criterio de que ninguno de los partidos opositores, aisladamente, podría derrotar a la coalición de los cuatro partidos de gobierno. En la carta del PSP a los partidos opositores se expresa lo siguiente: "Aunque ustedes defienden el capitalismo como sistema económico-social, mientras que nosotros creemos que éste debe ser eliminado y sustituido por el socialismo, hay un gran trecho histórico de lucha por la completa liberación nacional, por la plena independencia nacional de nuestro país, y un gran número de problemas inmediatos en los cuales podemos estar de acuerdo para hacer menos difícil y miserable, en lo inmediato, la situación del pueblo trabajador de la ciudad y del campo" (Revista Fundamentos, Enero/1952).

que carecía de la implementación de una estrategia correspondiente a las exigencias y realidades estructurales de las sociedades latinoamericanas. Los restantes partidos políticos tradicionales son enmarcables en posiciones semejantes, matizadas solamente por diferencias coyunturales. De los tres partidos que formaban coalición con el gobierno de Prío, el Republicano se afilió a Batista a sólo dos días del golpe de Estado y los dos restantes —Liberal y Demócrata— antes del año se unieron al dictador. En cuanto a los auténticos, unos guardaron cómplice silencio, otros siguieron el ejemplo de Prío —el exilio— y un tercer grupo se desplazó a la colaboración directa con Batista.

El ex presidente Grau intentó resucitar en política actuando con habilidad y franco oportunismo. Aseguró inmediatamente que habría elecciones —haciéndole el juego al dictador— y declaró que estaba dispuesto a aceptar su postulación como candidato presidencial. Seguidamente acusó a Chibás y a Prío de ser los verdaderos culpables del cuartelazo, el primero por su «escandalera» política y el otro por no haber continuado la «revolución auténtica» que él había iniciado en su período presidencial.

Hemos panoramizado las variantes opositoras más importantes que permiten configurar el cuadro político posterior al golpe de estado. La

108 esterilidad revolucionaria era el signo de la llamada política nacional. La crisis total de las estructuras y normas políticas imperantes, el desconcierto de las masas, la incapacidad de quienes se suponía fueran sus dirigentes, etc., totalizaban una opinión entonces muy común para el pueblo: cada político tenía su precio. Y es en este sentido que debemos entender la consigna definitiva expuesta por «El Acusador» en fecha tan simbólica como fue el primer aniversario de la muerte de quien había intentado, inútilmente, hacer de la política tradicional una profesión honesta y honrosa: «El momento es revolucionario y no político.» «A un partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria joven y de origen popular que salve a Cuba.»

## La Generación del Centenario: ideología y estrategia para el cambio

Cuando hay muchos hombres sin decoro hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres; esos son los que se rebelan con fuerza contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robar a los hombres su decoro.

José Martí

Allí fuimos siendo martianos. Hoy somos marxistas y no hemos dejado de ser martianos.

Haydée Santamaría

En los inicios de la década del 50 una nueva generación revolucionaria

recibía los impactos de esta realidad nacional. Los jóvenes del Cincuentenario,<sup>9</sup> agrupados en su mayoría dentro de la juventud ortodoxa sentían, con la sensibilidad peculiar de las generaciones emergentes, la frustración continuada (resultado de la parálisis total del desarrollo nacional que se explica por la dependencia completa de la Nación al capital extranjero) de los ideales y proyectos revolucionarios sustentados en el siglo XIX por nuestros independentistas y desde los cuales se inspiraron otras generaciones en el siglo XX. Es por eso que el grito lanzado por Fidel, antes de salir al ataque del cuartel Moncada, «tenemos que rescatar el prestigio de nuestra generación», sintetizaba lo más puro de nuestra historia revolucionaria.

¿Qué valores ideológicos nuclearon a estos jóvenes de la década del 50 y cómo se explica que éstos y no otros, hayan sustentado el ideal común de la Generación del Centenario: el cambio revolucionario? La respuesta a esta pregunta —que sólo intentaremos esbozar— resulta amplia y compleja por ser el nudo donde coinciden y/o dimanan otras interro-

<sup>9</sup> Antes de 1953 así se nominaba a esta generación atendiendo a un criterio estrictamente cronológico. Al cumplirse el natalicio del Apóstol ellos se autodenominaron «Generación del Centenario» denotándose de esta manera la ideología que los inspiraba. El nombre dejaba de ser cronológico —cincuentenario— y se convertía en símbolo —generación del Centenario—: reivindicar el ideario martiano, condicionándolo a las realidades sociales que enfrentaba dicha generación.

gantes de una problemática más amplia: el marxismo y la Revolución cubana. Previamente discutiremos algunos conceptos, imprescindibles al abordar esta temática.

La definición de ciertas ideologías específicas, revolucionarias, representadas por individuos procedentes de sectores sociológicos heterogéneos —grupos, capas, clases— hace a veces nulo todo intento de generalización en conceptos de validez universal! —marxista, por ejemplo— mientras no ocurra una proyección definitiva en los ejecutantes revolucionarios. Algunos investigadores de la Revolución cubana parten de supuestos metodológicos falsos, al intentar encontrar «una pista» que autorice a especular sobre los antecedentes de la posterior definición socialista de la Revolución. Todos han fracasado: se trata no tanto de hallar una pista ideológica (militancia individual, estudios realizados, algún comentario o frase suelta con elementos conceptuales marxista, etc) como del análisis totalizador de la Generación del Centenario, la historia precedente de la que es resultante y sobre todo de la respuesta a esta pregunta: ¿qué otra teoría para subvertir y construir científicamente el orden social de cualquier país subdesarrollado es válida en la segunda mitad del siglo xx?

Provisionalmente podemos concluir que la cohesión de la conciencia generacional de los jóvenes del Cente-

nario —entendida como vanguardia política inicial, que se expresó con el asalto al cuartel Moncada, rompiendo definitivamente con el orden instituido— está cimentada por las posiciones coincidentes de los individuos que la componían, los cuales, entendidos como grupo político *dirigido*, representaban los contenidos revolucionarios y clasistas supuestos implícitamente en las masas explotadas. La forma singular en que se integra y desarrolla la vanguardia de la Revolución cubana (que tiene sus antecedentes en 1953), sólo será explicable si iniciamos nuestro análisis por la articulación de las conexiones del proceso contradictorio —por razones internas y externas— de su constitución en Nación, iniciado en 1868. así, como de la historia del pensamiento revolucionario cuya expresión máxima representa José Martí.

Fidel y la dirección de nuestro Partido han insistido y definitivamente precisado el concepto: la revolución que hoy decursa no nace en la Sierra, o incluso en el Moncada, es la resultante de cien años de lucha popular en diferentes condiciones históricas, representadas por las correspondientes generaciones de revolucionarios. De ahí que resulta imposible analizar desde un ángulo marxista, la etapa iniciada en 1953, si no conectamos la historia toda con este momento crucial —Moncada— del devenir posterior: Granma, estrategia guerrillera, triunfo de la rebelión, reforma

Es menester, además, ubicar la historia cubana en el conjunto latinoamericano, atendiendo simultáneamente lo que acontece en la historia universal. No sería posible desentrañar —por ejemplo— la estructura social y sus vaivenes ocurridos durante los 50 años de República, sin referirnos al contenido y a la estructura del capitalismo en el siglo XX —imperialismo, sistema colonial y neocolonial, etc.— y a su historia económica y política, particularmente la de los EE.UU.

Avalando la idea anterior razonaremos un ejemplo, que, entendido como tal, nos ayudará en la comprensión de uno de los aspectos más latentes de la historia cubana reciente: por qué no son los comunistas de partido quienes dirigen la revolución en la década del 50. Esta interrogante sólo hallará solución de continuidad si emprendemos el análisis desde dos niveles: la historia específica del movimiento comunista internacional, la historia social cubana.<sup>10</sup>

Durante más de treinta años en el Movimiento Comunista Internacional predominó la dirección política centralizada en valores que pretendían

<sup>10</sup> A los efectos de este ensayo hemos prescindido de una evaluación de conjunto de nuestra historia. Las referencias que a ella hacemos *casí siempre persiguen un fin metodológico* más que una asunción seria y continuada en el análisis.

ajustarse a realidades disímiles por medio de una expresa regimentación estratégica universal. Los resultados —lo afirma la historia— fueron; más de una vez, monstruosidades. A cada fase del proceso correspondió un sistema de dogmas particulares. El sistema de ideas dominantes durante los primeros cinco años de la década del 50 tenía una vigencia natural no sólo en el Partido cubano sino también a escala mundial. Este extremo podemos traducirlo en actos concretos: por ejemplo, el ataque al cuartel Moncada, como expresión de la línea armada, fue rechazado por la totalidad de los partidos comunistas latinoamericanos.

Los años que ocupan nuestra atención discurrían definidos por la política de guerra fría entre los sistemas socialista e imperialista. Las tesis sobre el triunfo revolucionario en los países atrasados (terminada la guerra y superada como consecuencia natural la política de los frentes populares antifascistas, vigente desde el VII y último Congreso de la III Internacional, en 1935) producíanse condicionadas por la política que engranaban los bloques resultantes de la terminación de la segunda guerra mundial. El eje central de la nueva dinámica social giraba en torno a la consolidación en Europa y EE.UU. de una paz segura y duradera, contra la que atentaba de manera natural e incontrovertible la lucha correspondiente a posiciones clasistas, en esencia contradictorias, de los re-

feridos bloques —socialista y capitalista—<sup>11</sup>

La nueva era, marcada por el desarrollo del arma atómica, se tradujo para el continente Latinoamericano en una ostensible y continuada pérdida de los valores revolucionarios con la contrapartida de dominio creciente del imperialismo norteamericano; a esto contribuía la estrategia del movimiento comunista internacional transmitiendo dogmáticamente las consignas de lucha por la paz, la democracia, etc., mientras soslayaba la ineficacia de estos conceptos para países que en todo caso debían identificar sus metas prioritarias con la acción violenta y liberadora de las estructuras opresoras imperialistas que, incluso, no permitían ni «paz» ni «democracia» a la usanza europea. Esta prioridad otorgada por el movimiento comunista a la «colaboración amistosa entre las naciones amantes de la paz» resultaba falaz, al menos para los países más atrasados.

Los conceptos básicos que regían las estrategias y normas políticas de los partidos comunistas a principios de la década del 50 estaban informados

<sup>11</sup> «Veintiún años sin guerra mundial, en estos tiempos de confrontaciones máximas, de choques violentos y cambios repentinos, parecen una cifra muy alta. Pero, sin analizar los resultados prácticos de esa paz por la que todos nos manifestamos dispuestos a luchar (la miseria, la degradación, la explotación cada vez mayor de enormes sectores del mundo) cabe preguntarse si ella es real»... Che Guevara, Mensaje a la Tricontinental).

—y a la vez marcaban— por las realidades político-sociales de la post-guerra, que hemos resumido en párrafos anteriores. En 1952 fueron explicitados los valores que conformaban la línea estratégica principal del referido período. Esta tomó forma a través de las ideas expuestas por los principales dirigentes de la Internacional Comunista (que actuó a partir de 1947 por medio de la llamada Oficina de Información, Cominform, variante de la 3ra. Internacional en el período inmediato de la post-guerra); a saber: tesis de la coexistencia pacífica, unida a la declaración forzosa de que una nueva guerra produciría el colapso del sistema capitalista mundial; ratificación de la línea del *Frente Unico*<sup>12</sup> auspiciado por los partidos comunistas como

<sup>12</sup> Ya en 1947, en el informe presentado por Palmiro Togliatti sobre la unidad de la clase obrera y los objetivos de los partidos comunistas y obreros», durante el acto de constitución oficial de la «Oficina de Información» (Cominform) éste expresó la siguiente idea: «Es deber de los trabajadores, de sus organizaciones, de los más conscientes y autorizados entre los partidos de la paz, trabajar para acrecentar el número de estos demócratas y patriotas honrados y guiarlos a unir sus fuerzas, a colaborar con todas las capas del pueblo en interés de la independencia y la unidad de la nación. Las grandes organizaciones democráticas de masa, de partidarios de la paz procedentes de todas las capas sociales, de jóvenes, de mujeres, de intelectuales, se han revelado hasta ahora como los mejores instrumentos para realizar dicha tarea y han de convertirse en cada país en una verdadera fuerza política unitaria, base de un amplio frente popular capaz no sólo de desplegar una propaganda eficaz en favor de la paz, sino de conducir acciones políticas orientadas a hacer frente a las acciones del imperialismo extranjero y de sus agentes.»

vehículo para unir la clase obrera que le permitiese asumir la conducción en sus respectivos países de un proceso demócrataburgués<sup>13</sup> etapa entendida indispensable, dadas las condiciones prevaletientes, y que permitiera un proceso socialista ulterior. Con esta ubicación somera de un contexto político-ideológico que no nos fue ajeno, sugerimos retomar la pregunta planteada en la página 14, pero esta vez construyendo sus contornos: ¿los jóvenes del Centenario, podían aglutinarse en torno a este «marxismo» que *les aparecía* objetivamente inoperante para la revolución necesaria que exigían? Y una segunda pregunta-respuesta: ¿adoptar dicho «marxismo» no suponía —por definición— la exclusión del proyecto revolucionario concebido?, ya que ¿su aceptación no implicaba *en aquel periodo*, la adopción simultánea de los objetivos, métodos y estructuras políticas que le eran consubstanciales? Es preciso, una vez más, recordar una de las tesis básicas de la teoría marxiana: el condicionamiento social de cualesquiera ideologías. El marxismo

<sup>13</sup> Esta idea está claramente expresada en el discurso de José Stalin pronunciado en la sesión clausura del XIX Congreso del PCUS en octubre de 1952: «La bandera de las libertades democrático-burguesas, la burguesía la ha arrojado al mar; yo pienso que os corresponde a vosotros, representantes de los partidos comunistas y demócratas, levantarla y llevarla adelante, si queréis agrupar a vuestro alrededor a la mayoría del pueblo (...)» ... «La bandera de la independencia nacional y de la soberanía nacional ha sido arrojada al mar, y no cabe duda de que esta bandera corresponderá a vosotros levantarla y llevarla adelante (...)»

tampoco es atemporal o inmutable; sus proyecciones son también condicionadas por la historia. Y el marxismo vigente tenía apellido: stalinismo. Y edad: más de veinte años. Si se replica la idea anterior, pudiéramos ampliar nuestro razonamiento esbozando una comparación con el fenómeno revolucionario chino. Mao Tse Tung organizó el ejército rojo e imprimió un nuevo sesgo al Partido comunista a partir de 1927, enraizando —*desde el principio*— el marxismo con las complejas y específicas condiciones históricas de este enorme país. Sociedad atrasada, heterogénea y sin una ideología revolucionaria integrada, China debía quebrar una historia milenaria para integrarse al desarrollo alcanzado por la humanidad en el siglo xx. La opción socialista era la única indicada para el gigantesco salto imprescindible, quedando condicionada toda acción revolucionaria verdadera por la importación de la fuente de discernimiento teórico e inspiración política idónea, el marxismo-leninismo. Esto era posible porque en aquella década el marxismo *se traducía en el leninismo triunfante*, iniciador de la perspectiva revolucionaria contemporánea y seguramente un factor importante en la formación de la generación de revolucionarios chinos encauzada en 1927 por Mao Tse Tung, quien, pese a que necesitó desarticular esquemas dimanantes de la experiencia inmediata anterior —Revolución de Octubre— y forzar orientaciones y criterios ya generalizados por el exte-

rior, no obstante, pudo entroncar la fuerza de la Revolución China con la tradición inherente al leninismo. Cuando Fidel se propuso el Plan del Moncada, a todos los que incorporaba les hablaba sobre la necesidad de rescatar el prestigio de su generación y hacer valerosos los ideales por los que lucharon los mambises. Y las ideas y el ejemplo de Martí y los mambises aparecían una y otra vez en los combatientes presos, cuando el fiscal les interrogaba sobre qué o quienes habían motivado su decisión personal de enrolarse en la empresa revolucionaria. La respuesta de Juan Almeida resume lo expresado: «Yo declaro bajo juramento que participé en el asalto al cuartel Moncada y que nadie me indujo... a no ser mis propias ideas que coinciden con las del compañero Fidel y que en el caso mío provienen de las lecturas de obras de Martí y de las historias de nuestros mambises y creo que en el caso de Fidel también.»

¿Era posible encontrar por los jóvenes revolucionarios de aquel período, en las condiciones peculiares de nuestro país, un vehículo ideológico de comunicación con las masas más cercano, profundo patriótico y práctico que el ideario martiano? No se trata de trasplantar atemporalmente el ideario martiano e insuflárselo, cual letra muerta, a esta generación heroica. Aquellos jóvenes, en su mayoría trabajadores, empleados o desocupados, algunos campesinos y otros estudiantes y profesionales resultaban, de la

tradicción independentista, y, más 113  
cercanamente —en el tiempo— de los años de rebeldía revolucionaria y lucha popular —simbolizados en Mella, Villena, Guiteras—, latentes siempre en la República; siendo indudable que la personalidad de Fidel, unida a sus compañeros más capaces, resumían dinámicamente esta precedencia histórica, condicionada por las realidades sociales que enfrentaban con su generación.

### *El plan para el cambio: la insurrección armada*

Antes hemos analizado las variadas pero semejantes respuestas ofrecidas por los partidos políticos tradicionales —abstencionismo (del PPC de Agramonte), putchista-golpista (PRC de Prío y Sánchez Arango), electoralista (PRC de Grau y algunos grupos ortodoxos)— y otros sectores de la política interna como fórmulas de oposición al gobierno inconstitucional de facto. Y es precisamente en este contexto a partir del cual se proyecta el primer aspecto sobresaliente del Plan Moncada: *ruptura total con las estructuras y normas políticas imperantes en el país.*

En efecto, el asalto al cuartel Moncada significó la opción revolucionaria no sólo por la decisión y el coraje asombrosos de sus protagonistas, sino también por enunciar un imperativo histórico que entonces solía entenderse como forma caduca e inoperante para el cambio social de las reali-

114 dades políticas dominantes en la década del 50 en Cuba y América Latina. La acción armada —que inicia Fidel con su plan de insurrección a partir de la toma de dos cuarteles en Oriente— esencia y símbolo de nuestra historia revolucionaria desde el 1868, es retomada con los mismos bríos, valentía e inteligencia de antes, ejerciéndose su validez no obstante existir condiciones sociopolíticas mutadas por el nuevo desarrollo del capitalismo imperialista a escala mundial, que se traducía para Cuba en una concreción paralizante: el neocolonialismo.

Analicemos seguidamente el Plan de insurrección puesto en práctica el día 26 de julio en la provincia de Oriente cuando atacaron, sorpresivamente, los cuarteles Moncada y Bayamo. Fidel Castro explicó el original plan en su discurso de 13 de octubre ante los tribunales que lo juzgaron, sintetizándolo con estas ideas: «...apoderarnos por sorpresa del control y de las armas, *llamar al pueblo*, reunir *después* a los militares e invitarlos a abandonar la odiosa bandera de la tiranía y abrazar la de la libertad...» «A Bayamo se atacó precisamente para situar nuestras avanzadas junto al Río Cauto.»

En resumen, el Plan insurreccional 1953 incluía los siguientes aspectos; a saber:

1. Aprovechamiento de las condiciones estratégicas militares de la

provincia, considerándose también la tradición de heroicidad de los orientales: «quisimos que la revolución comenzara en Oriente, provincia que ha sido siempre la primera en la lucha por la libertad de Cuba. Nos proponíamos una nueva invasión partiendo desde los montes de la Sierra Maestra».<sup>14</sup>

2. A través de una acción armada inicial, apoderarse por sorpresa de dos centros militares de primera importancia —el Moncada: segundo del país— y entregar las armas al pueblo de Santiago —como también a los bayameses—, invitando también a los soldados a unirse al movimiento insurgente. De esta forma se pondría bajo control de los revolucionarios a Santiago, capital oriental, lo que implicaría inmediatamente poner en pie de guerra a toda la provincia.

Debemos además representarnos el siguiente plano: un grupo que domina Santiago y Bayamo puede, cortando el Cauto en Guamo, en Cauto Cristo y en Palmarito, cerrar las tres vías de acceso a los refuerzos del enemigo, pudiéndose constituir con pocos hombres un frente sólido respaldado por la Sierra Maestra.

3. Esta idea central suponía otros corolarios complementarios y que a la vez resultaban determinantes: se cortarían los puentes de las carreteras y las vías férreas; ocupación del

<sup>14</sup> Fidel Castro. Declaración en el juicio del Moncada.

aeropuerto y las estaciones de radio a través de las cuales se lanzaría al aire «El último aldabonazo» y se comunicaría al pueblo un programa de medidas radicales cuya ejecución se hubiera acometido de inmediato en el territorio que estuviese bajo el control revolucionario. Este programa de beneficio para los obreros, campesinos, profesionales, pequeños burgueses y capas medias urbanas, etc., sería la motivación que definitivamente desencadenaría el vuelco revolucionario de todo el país.<sup>15</sup>

4. Un aspecto esencial del plan era la confianza que Fidel y sus compañeros depositaban en el descontento popular proveniente del estado político del país, —«si el Moncada hubiera caído en nuestras manos; hasta las mujeres de Santiago de Cuba habrían empuñado las armas»—, lo cual aseguraba que se cumpliera la condición primaria indispensable para el desarrollo de la Revolución, que los combatientes se presentaran tan pronto hubiera armas y una dirección capaz de conducir la nación: «A ese pueblo cuyos caminos de angustia están empedrados de engaños y falsas promesas no le íbamos a decir: «te vamos a dar», sino: ¡Aquí tienen, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad!»

<sup>15</sup> Raúl Castro analiza éstas y otras ideas muy interesantes sobre El Moncada en su discurso del 26 de julio de 1961 en Santiago de Cuba.

5. El plan preveía una segunda opción caso de fracasar el ataque al regimiento: la lucha en las montañas. Después de la experiencia del Moncada el 26 de julio de 1953; antes del triunfo de la insurrección el 1 de enero de 1959; y después, cuando se demostró con la victoria del Ejército Rebelde la certeza de la línea armada; antes y después, amigos y enemigos, revolucionarios honestos y pseudorevolucionarios, se han interrogado sobre la validez del Plan Insurreccional de 1953, en 1953. Es necesario destacar antes de introducirnos en esta discusión, el elemento clave de la nueva concepción puesta en práctica con el asalto al Cuartel Moncada: no se trataba de organizar a revolución sin la participación de las masas, *sino de obtener los medios para armarlas y dirigir las por esa vía hacia la obtención total del poder estatal capitalista.*

Es obvio que la historia no es posible adivinarla. Menos aún cuando uno de sus segmentos ha quedado trunco por factores estrictamente casuales o errores imponderables, como ocurrió con algunos aspectos de la ejecución del Plan Moncada. Fidel en «La Historia me Absolverá» analizó críticamente el plan, señalando los hechos causales adversos y un error táctico importante, todo lo cual coadyuvó a la derrota. Expongo:

1 ● «La mitad del grueso de nuestras fuerzas y la mejor armada, por

116 un error lamentable<sup>16</sup> se extravió a la entrada de la ciudad y nos faltó en el momento decisivo...» «El grupo de reserva, que tenía casi todas las armas largas, pues las cortas iban a la vanguardia, tomó por una calle equivocada y se desvió por completo dentro de una ciudad que no conocían.»

2 ● «Considerando las causas del fracaso táctico, aparte del lamentable error mencionado, estimo que fue una falta nuestra dividir la unidad de comandos que habíamos entrenado cuidadosamente.»

3 ● El choque con la patrulla (totalmente casual, pues veinte segundos antes o veinte segundos después, no habría estado en ese punto), dio tiempo a que se movilizara el campamento, que de otro modo habría caído en nuestras manos sin disparar un tiro, pues ya la posta estaba en nuestro poder.»

En mi opinión resulta difícil e improductivo —y por ende innecesario— discutir cuál hubiera sido el desarrollo ulterior o variantes posibles del Plan Moncada, entendido como punto de partida del proceso insurgente concebido en 1953. En cuanto a su validez, el 26 de julio de

<sup>16</sup> Equivocadamente el grupo de reserva —que se movía en ocho automóviles— se desvió del camino al tomar otro rumbo el automóvil en punta (donde iban los cuatro individuos que en último momento, en la granja Siboney, comunicaron su decisión de no participar en el asalto).

1966 —XIII aniversario— Fidel declaró: «Nosotros aún hoy, después de años en que experiencias en este tipo de cuestiones se fueron adquiriendo más y más, estamos seguros de que nuestro plan era bueno, y estamos seguros de que era posible tomar aquella fortaleza, que factores imponderables, que siempre se presentan en las guerras, produjeron un resultado adverso.»

El autor del libro «Cuba-nacionalismo y comunismo», Marcos Winocur, se introduce en esta temática —posibilidades de éxito del plan Moncada— entrecruzando sus ideas con razonamientos que sustenta siempre en un esquema rígido sobre la hecología de una revolución.

Citaré sus criterios para seguidamente analizarlos: «En efecto, el asalto al cuartel Moncada pueden formularse varias objeciones de táctica militar, y otras de índole política. En cuanto a estas últimas, son las siguientes: Una, que las condiciones subjetivas de las masas no estaban entonces maduras para dar la respuesta explosiva que a ésta se le demandaba. Otra, que la insurrección era jugada a una sola carta, la toma de la fortaleza santiaguera, sin cuyo logro todo venía abajo. Una tercera, que, a pesar de estar ya teóricamente considerada, en la mente de los rebeldes no se organizó la prolongación de la lucha: meramente la retirada hacia las montañas en la emergencia del fracaso. Una cuarta: que la ba-

talla debía ser comenzada del modo inverso: no por las ciudades sino por las sierras. Una quinta, las debilidades propias de un movimiento que, si bien funcionaba bajo una gran disciplina y hacía escuela de heroísmo, su contenido de clase, pequeño burgués, la constituía en más proclive a la creación de un ala derecha y a la filtración de aventureros. Una sexta, que en fin, la revolución no era concebida como un proceso, cuyas fases debían agotarse a lo largo de una correlativa agudización: condiciones objetivas y lucha.»

Las opiniones de este escritor argentino nos resultan valiosas ya que ellas resumen un sinnúmero de juicios similares expuestos por otros pensadores —políticos y/o analistas históricos— sólo parcialmente.

Partimos de las supuestas buenas intenciones crítico-históricas del autor. Pero esto no obsta para que rechacemos sus juicios y conclusiones y fundamentalmente su enfoque esquemático, superficial y fatalista del Plan Moncada. Vayamos por parte:

*Primera* ● La madurez o no de las llamadas condiciones subjetivas —interiorizaciones en las masas de un conjunto de criterios y juicios sociales aprehendidos de formas disímiles con tendencias explosivas y que las cohesionan en una ideología potencialmente apta para el movimiento revolucionario— ha sido un tema muy debatido después del triunfo cubano. No creo indispensable refutar este con-

cepto, que en esencia fue respondido con anticipación por la práctica revolucionaria cubana a partir de 1956 y luego expuesto con razonamientos lúcidos por Che Guevara y Fidel Castro en diferentes oportunidades. 117

*Segunda y Tercera* ● La revolución muchas veces —sobre todo el principio— tiene que jugarse a «una sola carta»; esto no significa, claro está, que esa carta deje de ser preocupación importante de los revolucionarios prepararla lo suficiente, en tanto ésta sea racional y no se convierta en la neurosis por preveer todos los posibles detalles que, pese a todo, siempre tienen un límite humano predecible. Si el 2 de diciembre de 1956 los expedicionarios del Granma hubieran sido totalmente aniquilados, alguien podría decir hoy con lamentaciones: «estaban equivocados en su concepción sobre el estallido inmediato de la insurrección; las masas no estaban preparadas *totalmente*; no habían elaborado *suficientemente* un sinnúmero de requisitos indispensables —estructuración *completa* de un movimiento nacional (o partido tal vez); no poseían una red clandestina amplia y nacional para el comienzo de la acción, etc. etc...» Y es que la historia también es irónica.

*Cuarta* ● En esta experiencia consistió el proceso revolucionario cubano a partir de 1956, después del desembarco y el levantamiento armado, de la ciudad de Santiago. Aunque el autor podría tener razón, creo que

118 la absoluta de su afirmación lo impide. Dadas las condiciones del año 1953 —impreparación y sorpresa del ejército, repudio explosivo del pueblo al dictador, etc.— ¿por qué no se hubiese podido iniciar la lucha en la ciudad —si el plan hubiera tenido éxito en su primera etapa— continuándola y desarrollándola en el campo?

**Quinta** ● Evidentemente carece de rigor histórico este planteo de Winocour: es discutible su definición cerrada de que la clase pequeño burguesa tiene un contenido ideológico indeciso y que su comportamiento —que incluye a todos o a la mayoría de sus componentes— es endeble en el proceso revolucionario (al menos en nuestros países subdesarrollados): consecuencia de un ángulo de enfoque desencuadrado, el autor llega a una conclusión ciertamente absurda al «acusar» el grupo insurrecto del «Movimiento» de poseer una formación pequeño burguesa. Analícese sino la extracción social de la mayoría de los asaltantes<sup>17</sup> y especialmente la ideología que los sostiene e inspira; además, la creación de un ala derecha o la filtración de aventureros no es insito a una clase dada, entendida aquí por su posibilidad real histórica

<sup>17</sup> «Sólo hombres del pueblo, de las filas más humildes del pueblo, sanos, desprovistos de ambición, podían sentir aquella posibilidad, podían sentir aquella fe, podían creer en que fuera posible llevar a cabo una lucha en condiciones tan difíciles.» Fidel Castro, discurso del 26 de julio de 1966.

de convertirse en revolucionaria. ¿Cuántas «clases obreras» en nuestro continente poseen desviaciones netamente de derecha al carecer de direcciones capaces de mantener una intransigencia revolucionaria y asumir líneas de acción inteligentes!

**Sexta** ● ¿Qué quiere significar el autor? ¿Se trata de señalar en el 53 la ausencia de una estrategia que concibiese la revolución como un proceso largo que, por etapas, fuese desgastando y destruyendo el aparato militar y estatal? ¿O se afirma que Fidel y sus compañeros de la dirección del «Movimiento» no poseían un plan articulado y exacto sobre las futuras etapas de la insurrección después de cumplirse la primera tal y como la hemos analizado? Si las dos interrogantes recogen el sentido de la sexta y última apreciación crítica de Marcos Winocour sobre las posibilidades de éxito del Moncada, respondemos así: a) En efecto, según han declarado sus autores el Plan del Moncada concebía el triunfo revolucionario a partir de un proceso más o menos rápido —entiéndase: *a partir de un proceso*— que, en principio, estaba condicionado por tres aspectos —técnicos, militares y sociales— preconcebidos y de importancia vital: el programa y su realización inmediata; movilización y organización de las masas; armar organizadamente al pueblo: «¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para

que sea tuya la libertad y la felicidad!» Esta última idea por sí misma es demostrativa de que los revolucionarios comprendían que su acción del veintiséis de julio era sólo el principio. Pero además, existe otro criterio, también de Fidel, que revela más nítidamente esta certidumbre —revolución como proceso— y las intenciones generales ya pensadas: «Quisimos que la revolución comenzara en Oriente, provincia que ha sido siempre la primera en la lucha por la libertad de Cuba. Nos proponíamos una nueva invasión partiendo desde los montes de la Sierra Maestra».. b) Es obvio que a nadie se le ocurriría pensar que en las cabezas de los dirigentes del «Movimiento» estaba previsto, en 1953, el proceso insurreccional que identifica el período 56-59. Incluso en 1956, como es sabido, el esquema insurreccional preestablecido sufrió modificaciones importantes —la idea de la inmediatez del triunfo; la relación entre la destrucción del aparato militar y el papel de la huelga general— y por supuesto, en la medida en que se acumularon experiencias a través de la lucha, proliferaron las iniciativas tácticas que resultaban de la adecuación al terreno, de la relación con los campesinos, de los combates armados, etc. Sustentado todo por la inteligencia revolucionaria que encausaba y dirigía la acción.

## El Moncada, mutación del orden

119

“Y ciertamente que no esperaba el régimen la catástrofe moral que se avecinaba.”

Fidel Castro

La Historia me Absolverá

Y la historia se repetía. Como siempre sucede cuando el gobierno representante del Estado capitalista es enfrentado por su arma más temible, la acción armada con capacidad para poner en peligro su estabilidad e incluso su existencia, éste responde con las formas más descarnadas de la violencia.

Con la información que ya posee el lector, no le será difícil representar-se el impacto que produjo la acción audaz y sorpresiva de los asaltantes del Moncada, quienes habían preparado su empresa con tal rigor y secreto<sup>18</sup> que aún hoy asombran.

Los jóvenes del Moncada impresionaron a todos por su heroísmo e hicieron temer al tirano. Su reacción fue brusca y cargada de la torpeza e ineptitud que le eran peculiares. Después de emplear los desmanes más

<sup>18</sup> El «Movimiento» estaba estructurado sobre la base de grupos que se vinculaban solamente con la dirección de la organización a través de sus jefes. Las células no tenían contacto entre sí. El día 25 de julio, por primera vez, ciento cuarenta y cinco militantes seleccionados de entre más de 1 500 hombres, se encontraron juntos. La nómina de los participantes había sido mantenida en secreto por Fidel y Abel Santamaría hasta el momento final.

120 variados, con la intención de distorsionar, disminuir y enclaustrar en la obscuridad la repercusión que alcanzaba en la población el acontecimiento, ordenó la censura total de la prensa con el objetivo de evitar una posible contaminación revolucionaria y ocultar los crímenes cometidos bajo sus órdenes. El juego democrático del dictador se desplomó repentinamente, vertiéndose ahora por medio de la represión sistemática y sin límites de toda política opositorista. Los partidos tradicionales cesaron momentáneamente sus actividades conciliatorias, mientras tildaban a los revolucionarios del Moncada de ser los «verdaderos culpables» caso de que Batista decidiera cerrar la soñada «salida democrática». Por otra parte, algunos interpretaron el asalto como el intento frustrado de un puñch aventurero y otros, incluso, hablaban de una posible conspiración imperialista oculta detrás de los asaltantes. El misterio se tendió sobre el país; pese a ello, el fantasma revolucionario del Moncada recorría, con la virtud de su ejemplo, las amplias masas del pueblo, que ya intuían su por qué y su razón: el 26 de julio era la única respuesta posible y digna al 10 de marzo. Y la evidencia más concluyente de lo que decimos lo representa el fracaso final del Recurso de Inconstitucionalidad,<sup>19</sup> con ciertas

<sup>19</sup> Este recurso de inconstitucionalidad impuesto por un grupo de personas importantes a principios de 1953, pretendía que el Tribunal de Garantías Constitucionales fallara la ilegalidad del régimen de facto. Después de un año de opositorías

simpatías antes del 26 de julio pero olvidado inmediatamente después por la población, convirtiéndose en la última prueba demostrativa de la ineficacia de cualquier variante legal.

El Moncada trastrocaba el orden existente y anunciaba el comienzo de una nueva era: la revolución.

## **El proyecto inicial para el cambio: La Historia me Absolverá**

Dije que las segundas razones en que se basaba nuestra posibilidad de éxito eran de orden social porque teníamos la seguridad de contar con el pueblo.

Fidel Castro

El impacto del Moncada estremeció las conciencias individuales de la población que, convulsionada, comenzó a interrogarse —aún sin entender— «de qué se trataba».

En la cárcel Fidel se apresuró a plantear a los compañeros en libertad

sición a Batista, durante el cual se hicieron las amenazas más disímiles por sus «opositores», la aparición de este documento fue un tanto ridícula y develaba con mayor claridad la demagogia contenida en las declaraciones anteriores. No obstante, la simpatía de algunos de los firmantes —Cosme de la Torriente, por ejemplo—, unido a la intensa propaganda que le hicieron al recurso, despertó alguna atención de la población. Por otra parte Batista permitió este ambiente de oposición constitucional a sabiendas de que el resultado final le posibilitaría obtener una sanción de «legalidad» a su gobierno, al rechazar el Tribunal de Garantías el recurso que pedía lo contrario, la declaración de su ilegalidad.

—Haydée Santamaría y Melba Hernández— un primer problema: era necesario ganar «la segunda batalla», esta vez ideológica; el pueblo debía conocer el por qué del Moncada, los objetivos del grupo insurgente, el programa de la Revolución que dirigía el ya naciente Movimiento 26 de Julio: «La Historia me Absolverá». Iniciábase un nuevo momento del proceso revolucionario y el programa sería el punto de partida que vincularía a las masas con los ideales y propósitos de sus dirigentes. La certeza de este enunciado se correspondía con la sangre de los combatientes caídos, ética indispensable para la cristalización del entendimiento y la aceptación por el pueblo. El Moncada, síntesis de un devenir e inicio de una nueva etapa revolucionaria se traducía por su creador principal, Fidel Castro, en análisis lúcido donde el pensamiento y la acción se entrecruzaban tomando ambos vehemencia y renovados vuelos. Porque «La Historia me Absolverá», es un documento de inspiración martiana —«Traigo en el corazón las doctrinas del maestro y en el pensamiento las nobles ideas de todos los hombres que han defendido la libertad de los pueblos»— que respondía con rigor y profundidad —como lo hubiera hecho el apóstol— a los graves problemas sociales que afectaban a los cubanos de 1953.

cuanto a la posición ideológica que se asuma; en cuanto a la metodología del análisis a emplear y en cuanto, por supuesto, a las conclusiones dimanantes— que, no obstante, es imprescindible asumir.

a) El primer peligro que debemos denunciar, es el error —por cierto difícil de esquivar—, de entender la historia desde lo ya acontecido, pres-tableciendo conceptos resultantes de una dialéctica posterior, que tuerce los acontecimientos previos y que deriva finalmente en conclusiones exactas y lineales, pero inevitablemente teleológicas.

b) La descomposición en sus elementos de una ideología en evolución,<sup>20</sup> la búsqueda de una «pista ideológica» desde un cánón condicionante —estudios marxistas realizados, comentarios o frases sueltas con elementos conceptuales marxistas, etc.— y la aproximación sucesiva a un resultado final preconocido, pudiera ser la base de «otra manera» para abordar nuestro objeto de estudio. Pero también rechazamos este método; por dos razones: 1) El objeto de estudio no es, en esencia, un acontecimiento o un individuo. Es un conjunto histórico donde los factores a considerar no son reductibles a un «pensamiento guía», pensamiento que a veces nos parece más bien

Acometer el estudio a secas de «La Historia me Absolverá» es siempre un intento cargado de riesgos —en

<sup>20</sup> «Muy modestamente “La Historia me Absolverá” es la expresión de un pensamiento avanzado, de un pensamiento revolucionario en evolución.» Fidel Castro, 26 de marzo de 1962.

122 un ente suprahistórico; 2) a nuestro juicio no se trata de la búsqueda de una pista ideológica sino del imprescindible análisis totalizador de la Generación del Centenario, su precedencia político-ideológico en nuestra patria y las conexiones de esta generación con las estructuras condicionantes de dominio capitalista en la que y sobre la que actuaron; 3) por otra parte, el hilo conductor de la respuesta a esta interrogante lo considero también básico: dada la estructura de dominio capitalista norteamericano en la que Cuba estaba inserta como un elemento neocolonizado más, ¿qué otra solución auténtica podía ofrecer nuestro decursar histórico que no fuese el entroncamiento con el verdadero marxismo: el revolucionario? Porque una conclusión es evidente desde el principio —¡cuidado con el teleologismo!—, el proyecto revolucionario contenido en *La Historia me Absolverá*, debía desembocar, por la dialéctica de la sociedad actual, en dos opciones posibles: se frustraba o se realizaba, iniciando un proceso revolucionario de contenido socialista.<sup>21</sup> Y si se entiende esta expresión con el criterio que la anima, me atrevo a concluir el juicio: *La Historia me Absolverá* estaba «predicha» a ser por dos razones; la gesta heroica del Moncada que la aseguraba con el cemento histórico más sólido y trascendente: la

<sup>21</sup> «No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución.» (Che Guevara, Mensaje a la Tricontinental.)

sangre y la inteligencia de la estrategia acertada, la línea armada; y por una segunda razón definitiva: Fidel Castro no había muerto en el combate.

c) La tercera forma de enfocar *La Historia me Absolverá* resulta del esfuerzo por encontrar un concepto que la califique en marcos pretendidamente universales. Así por ejemplo, el escritor francés René Dumont en su libro, «Cuba —intento de crítica constructiva—», expone: «...la magnífica autodefensa de Fidel Castro pone de manifiesto una rebelión de nacionalistas idealistas morales, levantados contra un régimen opresor y corrompido»... «El programa democrático propugnado entonces, mezcla de 1789 y de socialismo utópico no era en absoluto el de una revolución socialista. Pretendía devolver la soberanía al pueblo y restablecer la Constitución» (págs. 37 y 38). Como es evidente, resalta el anacronismo y la simplificación superficial de estos conceptos estereotipados y provenientes de una realidad —que los produjo— muy distante de la que pretende el autor definir con ellos. Calificar «*La Historia me Absolverá*» con conceptos históricos similares, es paralizar metafísicamente la proyección de un pensamiento revolucionario, que siempre avanzó hacia la búsqueda de las soluciones estructurales indispensables, merced a la perspectiva continua, radical y revolucionaria que lo inspiraba.

Dos consideraciones previas tomaremos como condicionantes del análisis que sigue sobre «La Historia me Absolverá»:

1. Las posibilidades de cambio que ofrece el período y los correspondientes proyectos programáticos sostenidos por las tendencias del pensamiento organizado más sobresalientes; a saber: PPC (O), FEU, PSP, y Juventud Ortodoxa así como, en otra dimensión, el PRC (A). Entendemos esto, por el nivel de traducción ideológica real que se refleja a través de los valores y metas de transformación social interiorizados por la población. O sea, la penetración en la ideología de las masas de los ideales y objetivos programáticos de las tendencias políticas que hemos referido, así como las limitaciones de conjunto —en el pueblo y en los políticos— que impone la ideología dominante; donde el factor «anticomunismo» —la falsa conciencia—<sup>22</sup> entronizado en Cuba por causales históricas que no es posible analizar ahora, desempeñó una función ideológica distorsionante que a nuestro juicio marcaba los niveles de comprensión del cambio social en las masas.

2. Teniendo presente el considerando anterior, entiendo que los proble-

<sup>22</sup> «Entendemos por pueblo cuando hablamos de lucha (...). «la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo, cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre». La Historia me Absolverá (subrayado nuestro).

mas sociales más urgentes y hondos<sup>23</sup> que podía enfrentar una revolución sostenida por principios e ideales de raíces definitivamente profundas, son expresados por «La Historia me Absolverá» con indicaciones realistas y susceptibles de una evolución, gracias a la fuerza social dimanante de la puesta en práctica efectiva de una relación masa-dirigentes donde los últimos se mostraron resueltos, desde el principio, a ahondar y ensanchar hasta sus máximas consecuencias el proyecto inicial.

Aunque limitaré el análisis de La Historia me Absolverá entendida solamente como *programa inicial de la Revolución*, no es necesario aclarar que su valor es mucho más elevado: análisis minucioso de la sociedad cubana prerrevolucionaria; vehículo ideológico de movilización popular y acercamiento —definición de objetivos— de la futura vanguardia en proceso de formación; denuncia vívida y lúcida del régimen tiránico, que adquiere mayores proporciones al pronunciarse como alegato de autodefensa ante un centenar de bayonetas; etc.

Poderoso, hábil y muy elaborado, el alegato va construyendo sus razonamientos con vehemencia y lucidez, que van demostrando con expresiones

<sup>23</sup> «El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo.» La Historia me Absolverá.

124 sorprendentes por su contenido social, alternadas con frases rebosantes de indignación o con el desliz de una ironía destructora e implacable, los objetivos particulares de cada momento del discurso. Su totalidad refleja un pensamiento muy meditado, calculado siempre en función de una lucha futura en la que el autor concibe a «La Historia me Absolverá» como la primera arma de utilidad que debía ser forjada con vistas al combate futuro.

Una pregunta indispensable es necesario motivar: ¿qué utilidad posee el estudio del programa inicial de la Revolución, per se, en la comprensión total del original proceso cubano? Anotamos por el momento esta razón: La Historia me Absolverá es la expresión más orgánica y la huella profunda del pensamiento en evolución de la Generación del Centenario que se expresa por este documento original y que, unido al Moncada, viabilizó la consolidación de la generación en torno a una ideología más articulada, fuente y guía esencial de la integración posterior de la vanguardia joven y popular, radicalmente diferente que dirigiría la Revolución. Es importante no olvidar que en el mismo período de «El Movimiento» —más de 1 500 miembros—, otros jóvenes, provenientes casi todos de la Juventud Ortodoxa, participaban activamente en la lucha contra la tiranía, latiendo también en ellos ansias de cambios estructurales esenciales. Así por ejemplo, una suma

considerable del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), fundado y dirigido por el Dr. Rafael García Bárcenas —quien había intentado un movimiento armado, frustrado en principio por la concepción equivocada que lo orientaba— después del Moncada comenzó a unirse a los combatientes presos que consideraban con mayor seriedad y coherencia no sólo por la valentía e inteligencia demostradas en esta acción sino también por la consistencia de su programa y la resolución intransigente de los autores para ejecutarlo por la vía armada.

Cito in extenso las leyes enunciadas en el documento, para después pasar a su discusión.

1 ● «La primera ley revolucionaria devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado, en tanto el pueblo decidiese modificarlo o cambiarlo.»

«... el movimiento revolucionario como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella, excepto la de modificar la propia Constitución: facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar» «... un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia».

2 ● «La segunda ley revolucionaria concedía la propiedad inembargable e intransferible de la tierra a todos los colonos, arrendatarios, aparceros y precaristas que ocupasen parcelas de cinco o menos caballerías de tierra.»

3 ● «La tercera ley revolucionaria otorgaba a los obreros el derecho de participar del treinta por ciento de las utilidades en todas las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras; incluyendo centrales azucareros. Se exceptuaban las empresas **meramente agrícolas en consideración** a otras leyes de orden agrario que debían implantarse.»

4 ● «La cuarta ley revolucionaria concedía a todos los colonos el derecho a participar del cincuenta y cinco por ciento del rendimiento de la caña y cuota mínima de cuarenta mil arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen tres o más años de establecidos.»

5 ● «La quinta ley revolucionaria ordenaba la confiscación de todos los bienes a todos los malversadores de todos los gobiernos y a sus causahabientes y herederos en cuanto a bienes percibidos por testamento o abintestado de procedencia mal habida (...).»

«Estas leyes serían proclamadas en el acto y a ellas seguirían, una vez terminada la contienda y previo estudio minucioso de su contenido y

125  
alcance, otra serie de leyes y medidas también fundamentales como la Reforma Agraria, la Reforma Integral de la Enseñanza y la nacionalización del trust eléctrico y el trust telefónico (...).»

Lo primero que se desprende del análisis de estas leyes son sus objetivos de beneficio sustancialmente populares cuya consecución desencadenaría, inevitablemente, el inicio de un proceso revolucionario definitivo. Una segunda consideración, «a priori», y necesaria por la experiencia que contiene para los revolucionarios latinoamericanos, es que estas leyes, su contextura, el contenido e incluso su lenguaje, se expresan con signos conectados con la realidad que reflejan los niveles de comprensión de las masas —«necesidades»— observables por ellas— sin dejar de ser a su vez, modificación de estos niveles y apertura para un salto cualitativo liberador.

Es útil recordar que aunque hagamos un análisis del alcance particular de cada una de las leyes, es imprescindible no perder de vista que *de lo que se trata es de medir dinámicamente su alcance de conjunto*. Por otra parte, no debemos olvidar que estas leyes fueron concebidas con la intención de ponerse en práctica inmediatamente, después de consolidada la primera etapa de la insurrección iniciada con el asalto de los cuarteles (ver nuestro análisis del Plan) Moncada y Bayamo, y que los objetivos

126 más cercanos eran propulsar la movilización popular, «porque los pueblos cuando alcanzan las conquistas que han estado anhelando durante varias generaciones, no hay fuerza en el mundo capaz de arrebatarlos» (La Historia me Absolverá).

En cuanto a la primera ley —proclamación de la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado, —punto convergente de muchas especulaciones y juicios superficiales (ver cita de René Dumont). su aplicación estaba condicionada en principio por sí misma: «La primera ley revolucionaria devolvió al pueblo la soberanía... (sic.)»; su vigencia sería, «en tanto el pueblo decidiese modificarla o cambiarla»; y mientras tanto, «el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella...», porque «...un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia.» A mi entender hay una inteligencia oculta al proclamarse esta ley como la primera de las cinco. Para el pueblo cualquier violentación revolucionaria de las estructuras que le oprimía, «le aparecía» solamente a partir de la vigencia de la Constitución —nunca cumplida, siempre violada— que había eliminado totalmente el dictador. Por otra parte, la Constitución de 1940 posibilitaba una

interpretación a los revoluiconarios con ciertos márgenes de actuación que en aquella coyuntura ideológica era posible emplear como vehículo de sus objetivos primarios: «Ninguna de ellas podrá ser tachada por tanto de inconstitucional».<sup>24</sup>

En realidad el restablecimiento de la Constitución de 1940, si proyectamos el alcance dialéctico inherente al conjunto de las medidas y las conectamos con los ideales de los creadores, y si además consideramos la implementación ejecutora de las leyes —el pueblo armado— resulta evidente que las masas, su vanguardia, trascenderían los marcos limitados de una estructura constitucional correspondiente a otros fines sociales que, inexorablemente, debían romper. La Ley Constitucional nacía, en su fondo más íntimo, bajo sospecha.

Las leyes segunda, tercera y cuarta —que junto a la primera y la quinta pensaban aplicar en el acto— guardaban un propósito eminentemente

<sup>24</sup> «Todas estas pragmáticas y otras estarían empeñadas en el cumplimiento estricto de dos, artículos esenciales de nuestra constitución, uno de los cuales manda que se proscriba el latifundio y, a los efectos de su desaparición, la Ley señala el máximo de extensión de tierra que cada persona o entidad puede poseer para cada tipo de explotación agrícola, adoptando medidas que tiendan a revertir la tierra al cubano; y el otro ordena categóricamente al Estado a emplear todos los medios que estén a su alcance para proporcionar ocupación a todo el que carezca de ella y asegurará a cada trabajador manual e intelectual una existencia decorosa.» Y termina diciendo con una sutil cuota de ironía: «Ninguna de ellas podrá ser tachada por tanto de inconstitucional.»

catalizador, tendiente a buscar el apoyo instantáneo de los sectores sociales beneficiados que se sabían vitales en el aseguramiento inicial del poder revolucionario. Estas reformas, radicales y audaces, reflejan en el autor la comprensión real de tres importantes problemas calificables de críticos y que latían cotidianamente en los sectores afectados. Si hacemos una retrospectiva al período, esta afirmación es fácilmente comprobable (fundamentalmente el contenido de las leyes segunda y cuarta; la tercera presenta otras características). Así por ejemplo, el movimiento en el sector azucarero por alcanzar más del 50% del rendimiento de la caña era voz popular desde años atrás, alcanzando proporciones explosivas en algunas regiones. En cuanto a la segunda ley, su receptividad en las masas se aseguraba en la conciencia social que sobre el problema agrario existía.<sup>25</sup> De las cinco leyes, tal vez la tercera —que otorgaba a los obreros el 30% de las utilidades—, era la más original. Su virtualidad como vehículo inmediato de movilización obrera es evidente; sin embargo, la concepción que la sustenta —analizado en un

plano estrictamente histórico, está viada de una cuota de utopismo, muestra de una ideología en evolución que el mismo autor ha señalado en distintas oportunidades.

La factibilidad de la quinta ley revolucionaria se desprende del conocimiento y el rechazo popular de la malversación estatal y la corrupción administrativa, existente en mayor o menor cuantía en todos los gobiernos durante el período republicano. Su alcance clasista trascendía las consignas antimalversación y anticorrupción de las diferentes corrientes políticas que las enarbolaban, yéndose a la extirpación del mal no sólo evitando que continuase, sino, confiscando retroactivamente a los que hubiesen incurrido en dichas fechorías —lo que se traducía en cientos de millones de pesos y una suma importante de capitalistas criollos afectados!—

Antes de concluir nuestra valoración, debemos ampliar la visión e incluir en ella, a los efectos de producir un juicio más completo sobre el programa inicial de la Revolución en 1953, los proyectos que «seguirían una vez terminada la contienda y previo estudio minucioso de su contenido y alcance, otra serie de leyes y medidas también fundamentales como la Reforma Agraria, la Reforma Integral de la Enseñanza y la nacionalización del trust eléctrico y el trust telefónico (...)». Y finalizaba Fidel enumerando los aspectos básicos que de-

<sup>25</sup> Curiosamente, el mismo día 26 de julio de 1953, el periódico «Alerta» insertaba con el título irónico de «Geofagia» una nota de prensa que a fuerza de repetirse habíase convertido en hecho común: «150 campesinos de la región de Banes fueron detenidos por la guardia rural por haberse apropiado de tierras pertenecientes al central Santa Lucía.» La verdad estaba entre líneas: estos campesinos sin título de propiedad —como era común en Cuba— fueron desalojados forzosamente por los terratenientes capitalistas.

128 finitivamente enfrentaría el Gobierno Revolucionario: «El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo.» Este énfasis concluyente evidenciaba la certidumbre del autor sobre los principales aspectos económicos y sociales que afectaban al país. El lector podrá ampliarse este criterio si analiza las ideas demostrativas que siguen en La Historia me Absolverá a la cita final que hemos reproducido. En tanto, citaré algunos juicios que, por su contenido, son indicadores de lo expresado. «El 85% de los pequeños agricultores cubanos está pagando renta y vive bajo la perenne amenaza del desalojo de sus parcelas. Más de la mitad de las mejores tierras de producción cultivadas, está en manos extranjeras. En Oriente, que es la provincia más ancha, las tierras de la United Fruit Company y la West Indian unen la costa norte con la sur. Hay doscientas mil familias campesinas que no tienen una vara de tierra donde sembrar unas viandas para sus hambrientos hijos y, en cambio, permanecen sin cultivar en manos de poderosos intereses, cerca de trescientas mil caballerías de tierras productivas (...)» «Salvo unas cuantas industrias alimenticias, madereras y textiles, Cuba sigue siendo factoría productora de materia prima. Se exporta azúcar para importar caramelos, se exportan cueros para importar zapatos, se exporta hierro para

importar arados (...). (Después se refiere a la «tragedia de la vivienda», el anacronismo e insuficiencia del sistema de enseñanza, las causas del desempleo, etc.).

Estos párrafos incluyen, a nuestro parecer, dos niveles en el razonamiento: los que se explicitan con descripciones parciales de la explotación imperialista en nuestro país y lo que, tácitamente, se desprendía de dichas afirmaciones las cuales, por ser insinuaciones meditadas, muestran la inteligencia certera —en desarrollo— del significado real de lo expuesto.

<sup>26</sup> «Nosotros llamamos pueblo si de lucha se trata a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente, sin tener que emigrar de su patria en busca de sustento; a los quinientos mil obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debiera mover más a compasión si no hubiera tantos corazones de piedra; a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrón a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los cien mil agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya (...); a los treinta mil maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones y que tan mal se les trata y se les paga; a los veinte mil pequeños comerciantes abrumados de deudas, arruinados por las crisis y rematados por una plaga de funcionarios filibusteros y venales; a los diez mil profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etc.»

Y si además de los juicios citados, consideramos el análisis previo hecho por el autor sobre la composición de clases de la sociedad cubana<sup>26</sup> y las intenciones siempre presentes en sus ideas de movilizar a los trabajadores, los campesinos, los desempleados, los maestros, los trabajadores intelectuales y los pequeños propietarios, se perfilará más claramente la dimensión histórica del documento: como deslinde definitivo con las ideologías y los programas de cambio que circundaban el período y *como programa inicial de la Revolución*. Fidel Castro, en respuesta a una de las preguntas planteadas por el periodista norteamericano Lee Lockwood, en entrevista concedida a fines de 1966, se refirió al programa inicial, «La Historia me Absolverá» en los siguientes términos: «Todo movimiento revolucionario en toda época histórica, se propone el mayor número de logros posibles. Nos hubiéramos estado engañando nosotros mismos si hubiéramos intentado en aquel momento hacer más de lo que hici-

mos. Mas, ningún programa implica la renuncia a nuevas etapas revolucionarias, o nuevos objetivos que pudieran desplazar a los antiguos. El programa inicial puede especificar los objetivos inmediatos de la revolución, pero no todos los objetivos, no los objetivos últimos. Durante los años subsiguientes de prisión, de exilio, de guerra en las montañas, la alineación de fuerzas cambió tan extraordinariamente en favor de nuestro movimiento, que pudimos fijar metas mucho más ambiciosas».

El Moncada, síntesis de un devenir histórico, ruptura de un status ideológico dominante y apertura vital de la nueva etapa revolucionaria, completábase por su autor principal, Fidel Castro, con un programa de de contenido y textura apto para atraer a las masas populares y desencadenar, con su puesta en práctica creativa, el cambio radical que se anhelaba.

Mayo de 1969.



206

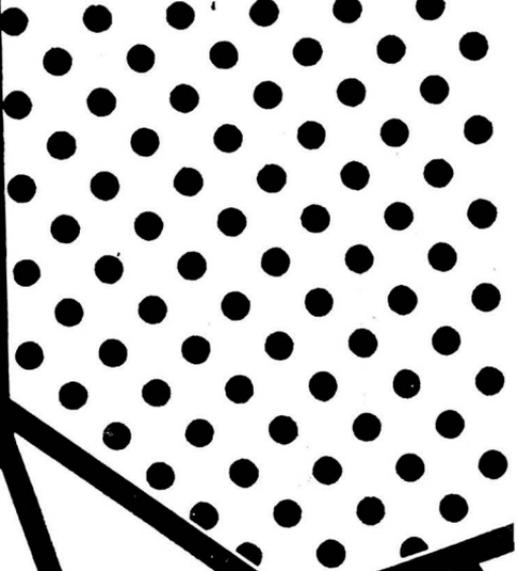
TABS

HISTORICAL

206

206

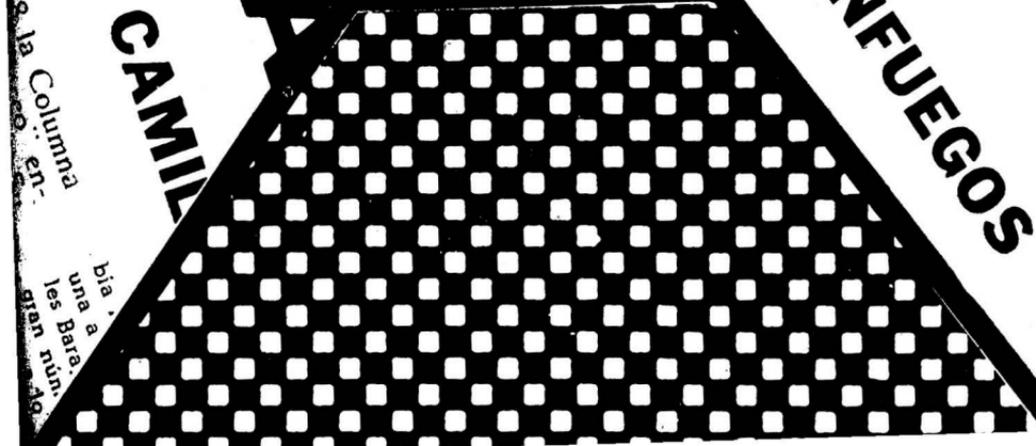
206



**DIARIO DE CAMILLO AGUIAR EN CAYAMA CENFUEGOS**

Columna

gran un a  
les Bara  
una a  
bia



# **APUNTES**

# **PARA LA**

**josé a.**  
**tabares**

# **HISTORIA DEL**

# **MOVIMIENTO**

# **REVOLUCIONARIO**

# **26 DE JULIO**

A Enrique Noda,  
héroe de la clandestinidad,  
caído combatiendo  
en la Sierra Maestra.

## **I**

Como todo el mundo sabe, la tiranía de Fulgencio Batista fue fruto, consecuencia, expresión y acelerador de la crisis estructural de la sociedad neocolonial cubana, donde himno, bandera, escudo e instituciones democrático-representativas pretendían encubrir la sujeción económica, política y social de la nación al imperialismo norteamericano y velar públicamente el papel anticubano que desempeñaban los generales y doctores que fungían como sus agentes, garantes y mayordomos, como los usufructuarios menores del neocolonialismo.

La república neocolonial fue cuidadosamente organizada hasta en sus menores detalles. No fue producto ni de la espontaneidad ni de la anarquía capitalista sino de la previsión del imperialismo que ajustó en todos sus pormenores los instrumentos necesarios para esquilmar al país y seleccionó, formó, educó y protegió los cuadros, nacidos en la Isla, indispensables para que sus mecanismos de expoliación funcionasen con la eficiencia requerida. La república supeditada se basaba en una estructura económica, cuyo ritmo, dirección y estrategia de crecimiento debían ser dictados por los intereses yanquis, pues solo así podía el neocolonialismo no ya expandirse sino incluso sobrevivir.

A la formación, desarrollo y existencia de un sistema económico que respondía a intereses foráneos correspondió la gobernación de la Isla a través de títeres corrompidos, afanosos de obtener de sus amos la mayor migaja posible, fieles custodios del statu quo, para cuyo mantenimiento estuvieron dispuestos a apelar y apelaron a todo género de procedimientos, sin más freno que su voracidad y el interés de sus clientes yanquis.

En aras de este interés, de la ganancia ilimitada, de la acumulación de fortunas, el neocolonialismo repartió hambre, miseria, incultura, a las dos manos, a todo lo largo y ancho del territorio nacional.

El engendro neocolonialista nació y creció vertiginosamente en el primer cuarto de siglo. A partir de ese momento lo hizo en forma más pausada e inestable, a la vez que sufría sacudimientos cíclicamente, con el consiguiente aumento de la miseria que prodigaba a una población que continuaba creciendo.

La crisis estructural de la sociedad neocolonial cubana se manifestaba en el grupo de problemas esenciales, sin solución hasta el triunfo de la Revolución Cubana, que a continuación señalamos:

- a / La pseudo soberanía nacional
- b / El problema agrario
- c / La estructura económica neocolonial
- d / Sistema y posibilidad inadecuadas de educación
- e / Desatención casi absoluta a la salud pública
- f / Condiciones infernales de vivienda
- g / Corrupción, peculado, nepotismo
- h / Relaciones laborales y justicia social
- i / Organización política de la sociedad, institucionalidad de carácter neocolonial.

Este grupo de problemas demandaba solución pronta, urgente, inmediata. Su superación implicaba una lucha cruenta, tenaz y resuelta de los sectores de la población perjudicados por el orden imperante que, como demostró la experiencia de 1933, iba a ser defendido a sangre y fuego por Washington y sus testaferros criollos.

## II

En la sociedad neocolonial cubana, formada en parte por los terratenientes, los grandes comerciantes y los políticos, funcionarios civiles y cuadros militares que constituían el grupo que se beneficiaba directamente, junto con los intelectuales que tenían a sueldo, del neocolonialismo, existía un embrión

134 de burguesía nacional, que tímidamente concurría al mercado; que sobrevivía trabajosamente frente a la competencia de las importaciones procedentes de E.U.; que veía sus áreas de inversión y sus propias empresas invadidas continuamente por el capital yanqui, que la desalojaba no sólo del mercado sino aún del control y dominio de sus negocios, como ocurrió, entre muchos otros, a Sabatés y Crusellas.

Esta burguesía era pequeña numéricamente, relativamente débil en lo económico y financiero, carecía de apoyo del gobierno y tendía a diluirse, como grupo co-empresarial de menor envergadura, en empresas mixtas cubano-norteamericanas.

Pocos hechos la describen psicológicamente con tanta nitidez como su disposición a no correr riesgos, a no aventurar sus capitales salvo en inversiones cuyo reembolso estuviese garantizado por una gran demanda del mercado. Esta burguesía cuasi-nacional mostraba además, cada vez en grado mayor, tendencia a invertir en bienes inmuebles y a exportar sus capitales a los propios Estados Unidos, España, etc.

El miedo a la clase obrera, el recibir gustosamente la protección del imperialismo y sus lacayos frente a la misma, era otra característica de nuestra llamada burguesía nacional.

En estas condiciones no fue ni podía ser en momento alguno revolucionaria, como bien indicó el Cmdte. Faustino Pérez, el 22 de agosto de 1967, en conversación con un grupo de periodistas extranjeros.

La clase obrera —dividida, confundida y con un fuerte núcleo de ella integrado por el sector llamado «aristocracia obrera», que vivía en condiciones distintas a la inmensa mayoría de los cubanos; penetrada por la ideología economista; con el control de los sindicatos en manos de dirigentes mujalistas; habiendo sido educada para la lucha sin transgredir los marcos de la legalidad que la oligarquía neocolonialista imponía, en que no los sobrepasara ni aún cuando esta propia oligarquía y sus cuerpos represivos lo hicieran, asaltando sindicatos, asesinando sus grandes líderes, etc.,— si bien anhelaba el gran cambio, no podía, por estos factores, encabezar la lucha.

Cientos de miles de obreros agrícolas, de baja escolaridad, reunidos sólo mientras durase la zafra y en menor número durante las reparaciones de los ingenios, muchos de ellos nómadas o seminómadas, no fueron capaces como tampoco los campesinos incultos, viviendo en la miseria, desperdigados por los campos, de encabezar la Revolución. Proletariado rural y campesinado la querían, pero no podían ni pudieron dirigirla.

Correspondió a la pequeña burguesía urbana, a su sector revolucionario, que constituía la inmensa mayoría de la misma, y en particular al núcleo estudiantil iniciar la lucha, sentar sus metas, sus objetivos, su estrategia y su táctica.

De la pequeña burguesía radical, que surge el 26 de Julio de 1953, brota una constelación de cuadros, que seguida por gran parte de este sector social, con cierta escolaridad y víctima también del neocolonialismo, se funde con el pueblo, con los obreros, campesinos y proletariado rural, les transmite el programa, el plan, la técnica de la Revolución, a la vez que aprende de los otros sectores de la gran masa irredenta y expresa cabalmente sus aspiraciones.

Desde el momento mismo en que se identifica con los intereses y las aspiraciones de las masas trabajadoras, convirtiéndose en su portavoz y en su dirigente, esta pequeña burguesía radical se suicida como clase, desaparece como tal, como pequeña burguesía del escenario histórico y social. Sus fines, métodos y actitud no corresponden ya a los de un grupo pequeño burgués por muy radical que éste fuese.

Al trascender y elevarse por sobre su limitado horizonte clasista esta pequeña burguesía radical se liquida como clase particular con fines propios. Al fundirse con el pueblo, sus métodos, sus objetivos, sus modus operandi serán los de las masas revolucionarias, los de la vanguardia de los trabajadores del campo y la ciudad.

## I I I

Quienes constituyen el pueblo, artífice y beneficiario de la Revolución, el programa de reivindicaciones nacionales que a la orden del día está, la naturaleza del neocolonialismo fueron señalados por el más alto exponente de la vanguardia revolucionaria, en «La Historia me Absolverá», camino de convertir la derrota militar del Moncada en gigantesca victoria política.

El 16 de octubre de 1953, en el Hospital Civil de Santiago, Fidel Castro, en su nombre y el de todos los combatientes del Moncada asume la responsabilidad que se deriva de la acción; manifiesta su más absoluta y total fe en el pueblo, en la Revolución y en el futuro de Cuba; explica los fines políticos y el programa del movimiento revolucionario; la estrategia, la táctica y el origen de los recursos empleados; la voluntad de continuar la lucha en las montañas; denuncia los crímenes cometidos y demanda sanción para los culpables; fundamenta jurídica, filosófica e históricamente tanto la acción en sí como la necesidad de desatar la Revolución.

136 Del pueblo dice: «Nosotros llamamos pueblo si de lucha se trata, a los 600 mil cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar en busca de sustento; a los 500 mil obreros del campo que habitan los bohíos miserables, que trabajan 4 meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debiera mover más a compasión si no hubieran tantos corazones de piedra; a los 400 mil obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrón a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los 100 mil agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya, contemplándola siempre tristemente como Moisés a la tierra prometida, para morir sin llegar a poseerla, que tienen que pagar por sus parcelas como siervos feudales una parte de sus productos, que no pueden amarla, ni mejorarla, ni embellecerla, plantar un cedro o un naranjo porque ignoran el día que vendrá un alguacil con la guardia rural a decirles que tienen que irse; a los 30 mil maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones y que tan mal se les trata y se les paga; a los 20 mil pequeños comerciantes abrumados de deudas, arruinados por las crisis y rematados por una plaga de funcionarios filibusteros y venales; a los 10 mil profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etc., que salen de las aulas con sus títulos deseosos de lucha y llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida, cerradas todas las puertas, sordas al clamor y a la súplica. ¡Ese es el pueblo, el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo el coraje!».

Y señaló también el Cmdte. en Jefe que los problemas a resolver eran: «El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo... junto con la conquista de las libertades públicas y la democracia política».

#### I V

La victoria política obtenida en el asalto al cuartel Moncada, que muestra a un pueblo preñado y deseoso de Revolución, la existencia de un equipo dirigente, de cuadros y un núcleo militante, capaz de preparar y conducir la lucha, se convierte en el proceso de amnistía de Fidel y los restantes

combatientes y de regreso de los que estaban en el exilio, en aparición en la palestra pública de la organización revolucionaria de vanguardia, el Movimiento Revolucionario 26 de Julio. 137

Aun antes de su bautizo, de su nacimiento oficial, el Movimiento estaba actuando en la vida nacional, orientado por Fidel Castro, que lo dirigía desde su celda en el Presidio Modelo, como lo demuestra, entre otros muchos testimonios, una carta, fechada el 17 de abril de 1954, en Isla de Pinos a la Dra. Melba Hernández, donde entre otras cosas instruye: «1ro. No se puede abandonar un minuto la propaganda porque es el alma de la lucha. La nuestra debe tener su estilo propio y ajustarse a las circunstancias. Hay que seguir denunciando sin cesar los asesinatos. Mirta te hablará de un folleto de importancia decisiva por su contenido ideológico y sus tremendas acusaciones al que quiero le prestes el mayor interés. Es preciso que se conmemore además dignamente el 26 de Julio...»

2do. Hay que coordinar el trabajo entre la gente nuestra de aquí y la del extranjero...»

3ro. No desanimarse por nada ni por nadie como hicimos en los más difíciles momentos...»

Característica del M-26-7, al igual que de la gesta del Moncada, fue proclamar continua y concientemente su raíz en lo más noble, elevado y puro, de la práctica y el pensamiento cubano. La cita martiana o maceísta, la alusión al ejemplo de Mella o de Guiteras, la evocación a la epopeya mambisa, permean tanto la Historia me Absolverá, como los Manifiestos 1 y 2, el de Julio 12 de 1957, los partes de guerra, etc., dejando sentado que la Revolución en gestación sería continuación del 68, del 95, y del 33.

En sus filas, bajo la dirección de Fidel Castro, se integra la flor y nata de los combatientes del Moncada, así como compañeros procedentes de otras vertientes revolucionarias, como el Movimiento Nacionalista Revolucionario, Acción Libertadora, Acción Revolucionaria Nacional y otros grupos que aglutinaban a los más vehementes enemigos de la tiranía.

A los pocos meses de creado, el M-26-7 agrupa en su equipo dirigente y en sus filas a hombres como Níco López, Che Guevara, Frank Pais, Juan Manuel Márquez, Camilo Cienfuegos, Pepito Tey, René Ramos Latour, Ciro Redondo, Cándido González, Cheché Alfonso, Orlando Nodarse, Gerardo Abreu Fontán, Sergio González, Jesús Suárez Gayol y a muchos de los actuales miembros del Comité Central de nuestro Partido Comunista de Cuba, entre otros. Sus redes se van extendiendo gradualmente a todo el territorio cubano. Al frente del Movimiento Revolucionario 26 de Julio estaba su Dirección

138 Nacional, encabezada por Fidel Castro y las respectivas direcciones provinciales, unas y otras con sus aparatos de Acción, Finanzas, Propaganda, Obrero, etc., y posteriormente, y formando parte del mismo, el Ejército Rebelde. Los clubs patrióticos y delegaciones del exilio y la resistencia cívica formarán parte de la pujante organización que movía sus cuadros de una a otra de sus secciones, dentro y fuera del territorio nacional, de uno a otro frente de combate, del llano a la Sierra y viceversa, como lo que era, un todo orgánico, acorde con sus necesidades, trasladando en igual forma sus medios financieros y materiales.<sup>1</sup>

La lucha armada como vehículo, como único camino para tomar el poder y la voluntad de convertirse en gobierno para realizar los postulados de la Revolución fueron la razón de ser y existir del Movimiento. En el mismo toda la actividad, todos los cuadros, todos los recursos estaban en función de este objetivo, la toma del poder, y de la forja, desarrollo, sostén y victoria del vehículo militar revolucionario. Ninguna maniobra, ninguna tesis, ningún postulado, ningún fin podía existir en el M-26-7 si estorbaba el vital. El M-26-7 tenía desde sus inicios un Programa revolucionario, por el que luchaban sus integrantes, que fue ejecutado en la primera etapa de nuestra Revolución, el contenido en «La Historia me Absolverá».

<sup>1</sup> «La forma, flexible y funcional, como estaba organizado el M-26-7 es generalmente poco conocida. En síntesis era la siguiente: una Dirección Nacional, a cuyo frente estaba el compañero Fidel Castro; direcciones provinciales y municipales. En cada provincia y en cada municipio la máxima autoridad era un coordinador. En cada nivel existía una sección de Propaganda, una de Finanzas, una de Acción y Sabotaje, una sección Juvenil y Estudiantil y una sección Obrera, integrando los responsables de las mismas las correspondientes direcciones provinciales y municipales.

La sección Obrera movilizaba las masas y a los activistas no militantes a través de un Frente Obrero Nacional, cuyas ramificaciones se extendían hasta la unidad de producción, y que era organizados y dirigidos por el 26.

La masa estudiantil no afiliada al Movimiento era dirigida por la sección Juvenil y Estudiantil a través del Frente Estudiantil Nacional, mediante un mecanismo similar al empleado en el Frente Obrero.

El Movimiento de Resistencia Cívica, organización de masas, no militante, fue estructurado por el M-26-7 como aparato de recaudación de fondos, propagandístico, etc. En Resistencia se agrupaban instituciones y personalidades.

El Ejército Rebelde era, como indicábamos en el cuerpo del artículo, la pieza maestra, esencial del M-26-7, formando parte orgánica del mismo. Su Comandante en Jefe lo era el líder del Movimiento. Una red de delegaciones en el exilio, extendida por EE.UU., México, Centro América, Venezuela y otros países, por una parte desarrollaba una intensa propaganda y recaudaba fondos y por otra adquiría e introducía armas en Cuba.

La disciplina y la unidad de mando, la discreción propia de tareas bélicas y conspirativas, la voluntad colectiva, consciente y única dirigida a un fin, caracterizaban al Movimiento y hablan muy alto del mismo.

El 2 de diciembre de 1956, al producirse el desembarco del «Granma», esta organización cubría ya la totalidad del territorio nacional y actuaba en todas sus localidades.»

En este programa, expuesto en «La Historia me Absolverá», en los Manifiestos 1 y 2 del M-26-7, en el Manifiesto de 12 de Julio de 1957, en la «Carta a la Junta de Liberación», junto a la promesa de solución a los problemas de la tierra, la industrialización, la vivienda, el desempleo, la educación y la salud del pueblo y de conquista de las libertades públicas y de la democracia política, se planteó, como cuestión de principio, el rechazo de toda ingerencia, de toda intervención extranjera en los asuntos internos de Cuba y el de una «solución» que entrañase la sustitución de la tiranía de Batista por una Junta Militar. 139

Todos los documentos, tesis y hechos del Movimiento estuvieron impregnados de una profunda fe en el pueblo, de la certeza de que la Revolución tenía su razón de ser, sus cuadros, sus combatientes, su fuente de recurso, su apoyo en las masas.

La tenacidad, la persistencia en la aplicación de la línea revolucionaria insurreccional, sacando de los fracasos las experiencias necesarias no para abandonar el camino tomado, sino para aplicarlo en forma más correcta, se convirtió en asunto de principio en el 26.

La estrategia del M-26-7 colocaba la lucha armada como vehículo esencial; establecía el desarrollo del Ejército Rebelde; el inicio de la guerra de guerrillas; la conversión de la misma en guerra de posiciones y de columnas y la transformación de la guerrilla en Ejército Revolucionario que apoyase, después de vencer militarmente al ejército mercenario de la tiranía, al pueblo en la huelga general que debía coronar la Rebelión.

El Ejército, su creación, desarrollo y lucha era lo fundamental. Este Ejército debía combatir y combatir en la Sierra y en el llano, en las montañas, en las sabanas y en las ciudades y recibió todo el apoyo de las secciones restantes del M-26-7, incluso del aparato de acción de las ciudades, de las milicias urbanas, que combatían en un frente secundario. Es bueno recordar que ya en los inicios de 1958, cuando aún no había alcanzado su desarrollo posterior, el Ejército Rebelde peleó comandado por Camilo, por Lara, por Osvaldo Herrera, en los llanos del Cauto, los llanos más llanos de Cuba.

El aparato de acción urbano, la milicia, con constantes actos de sabotaje, ajusticiamientos de esbirros y chivatos, etc., llevó la guerra civil a las ciudades desde el mismo 30 de noviembre de 1956 en que el M-26-7 se lanzó a la pelea. Siendo un frente secundario militarmente, sufrió grandes bajas, posiblemente en mayor número que el Ejército Rebelde, y sirvió para entrenar cuadros, crear un ambiente político y psicológico adecuado y para obligar a la tiranía a mantener fuertes guarniciones en las ciudades, protegiendo las propiedades, vidas de funcionarios, etc., de modo que de sus 50 mil

140 hombres no pudo Batista emplear simultáneamente más de 12 mil frente al Ejército Rebelde.

El primer grupo de combatientes que nutrió el núcleo guerrillero después del desembarco del Granma y del combate de Alegría del Pío, cuadros técnicos, militares, médicos, radistas, artilleros y centenares de combatientes procedían del aparato de acción urbano, cuya dirección mantuvo una lucha constante durante toda la guerra para impedir que el mismo se desbandase por subir en masa a la Sierra sus combatientes, como era deseo unánime de los mismos.

También armas en grandes cantidades, como las rescatadas el 13 de Marzo de 1957, uniformes, dinero, medicina, plantas de radio, en fin mil y un recursos materiales, eran a riesgo de sus vidas acopiados y enviados a su Ejército Rebelde por los combatientes de las otras Secciones del Movimiento, que por último y al desarrollarse en diciembre de 1958 la ofensiva, actuaron desde dentro del territorio enemigo en su apoyo.

Los futuros expedicionarios del Granma fueron seleccionados de las filas del M-26-7 donde también se obtuvieron los recursos mínimos necesarios para la expedición.

O, sea, el Movimiento 26 de Julio, fue una organización revolucionaria de vanguardia, con una dirección y una militancia estables, una estrategia y una táctica definidas y aplicadas consecuentemente, un Programa ejecutado al triunfar la Revolución, voluntad de poder y símbolos y organización reconocidos.

Constituyó un todo orgánico, del que fue pieza central el Ejército Rebelde y tuvo otra sección de combate, secundaria, en las milicias urbanas.

Fue estructurado y funcionó en forma que posibilitó la aplicación del principio de unidad en la dirección política y militar de la lucha revolucionaria. Nació, creció y se desarrolló para fomentar y ejecutar la guerra civil revolucionaria, que tuvo su teatro principal en el campo de batalla donde combatiese el Ejército Rebelde, ya fuese en la Sierra, el llano o la ciudad, mientras que su aparato de acción urbano jugó papel secundario en operaciones de distracción de fuerzas enemigas, logísticas, de sabotaje, etc.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> «El putchismo jamás formó parte de los planes del 26 que desde el mismo momento en que comenzó a actuar en la vida nacional condenó reiteradamente este método, preconizado por otros sectores pseudo revolucionarios o simplemente desorientados. Al lanzarse a la pelea, el 30 de noviembre de 1956, los cuadros del Movimiento estaban conscientes de que la lucha no sería corta, que la participación de la masa del pueblo sería decisiva y que éste se iría sumando al proceso gradualmente.

El plan de acción a nivel nacional que debía ser puesto en práctica ese día, y que no lo fue totalmente porque faltaron recursos prometidos y no aportados, contemplaba

Después del fracaso de la huelga del 9 de abril de 1958 el M-26-7 se vertió, **141** se volcó, se insertó masivamente en el Ejército Rebelde para cuya creación y desarrollo surgió y vivió el propio Movimiento y en cuyas filas venía incorporando hombres y recursos desde antes de la salida del Granma de Tuxpan.

Su aparato de propaganda, el de finanzas y la sección obrera cumplieron el rol que su nombre indicaba, haciendo agitación, recaudando fondos y organizando la huelga general, que al desatarse el 1° de Enero de 1959 cortó, con el apoyo del Ejército Rebelde, la maniobra de Cantillo y Piedra, huelga que desde luego hubiese sido rápida y brutalmente aplastada de no existir un poderoso Ejército Revolucionario.

Las delegaciones en el exilio, como las de Venezuela y E.U., jugaron un importante papel en la guerra revolucionaria, enviando hombres, armas y dinero en cuantías no despreciables.

Fue una organización única y coherente, que trasladaba hombres y recursos de uno a otro sector de la misma acorde con su carácter homogéneo.

Al igual que otros organismos revolucionarios vivió en su seno una aguda lucha ideológica en torno a la esencia y métodos de la Revolución, y la solución en favor del grupo, de la fracción, más revolucionaria y avanzada. Ni siquiera partidos marxista-leninistas, con muchos años de fundados, como el bolchevique y el PCCh, escaparon a este tipo de contradicciones en el período en que era inminente la toma del poder y en los años inmediatos a la misma.

Al M-26-7 como organización de vanguardia no sólo se integraron, como señalamos más arriba, los mejores cuadros y militantes del MNR, AL, ARN, etc., sino que le siguieron, de hecho, las otras organizaciones que combatían a la tiranía de Batista, el Partido Socialista Popular y el Directorio, reconociendo su papel de avanzada, su estrategia y su táctica, al comprobar la justicia de las mismas.

Creemos que, entre otras cosas, la Revolución Cubana enseña que la rebelión para triunfar requiere un aparato extendido a toda la nación, que teniendo como eje la creación de un Ejército capaz de combatir en todo tipo de terrenos, contra los soldados mercenarios y si es necesario contra

---

almazamientos en los montes de Oriente, Las Villas y Pinar del Río, iniciando la guerra de guerrillas, y acciones en La Habana similares a las realizadas ese día en Santiago y otras ciudades de Oriente, todo ello en apoyo a la llegada del «Granma».

Lo acaecido en la provincia oriental es bien conocido, no así el hecho de que un centenar de compañeros se sublevaron sin armas en Pinar del Río y el sur de La Habana, dispersándose al cabo de algunos días al no recibir los fusiles esperados.

142 el imperialismo, en montañas, praderas y ciudades, emplee a la vez el sabotaje, la acción directa, la propaganda, la lucha de masas, las huelgas parciales y totales, etc., dando mayor o menor auge a una u otra forma secundaria de lucha según las circunstancias del momento pero actuando todas las secciones del aparato multifacético siempre en función de las necesidades de su pieza maestra, vital, su «fuerza móvil estratégica», su ejército regular revolucionario, desarrollado a partir de la guerrilla, de acuerdo con las leyes políticas y militares que rigen esta forma principal de lucha.

Por otra parte la guerrilla en Cuba, a partir de cierto momento, adquirió su dinámica propia de crecimiento y desarrollo, llegó a absorber a lo mejor y más nutrido del resto de la organización y en la medida que sus éxitos militares fueron mayores ganó más capacidad de auto desarrollo y de auto-abastecimiento, hasta que después de hacerse patente a los ojos de toda la ciudadanía lo que fue cierto desde un principio, su primacía política, llegó gracias a la magnitud de sus victorias militares a convertirse en una parte de envengadura tal que minimizó al resto del todo.

Lo apuntado se ejemplifica si anotamos que en el período que transcurre entre la fundación del M-26-7 y el desembarco del Granma todos los pasos, los cuadros y recursos estaban encaminados a la preparación de la expedición y a crear un clima que impidió a los politiqueros dar una «solución pacífica», «negociada», al problema cubano. En esta etapa no había Ejército Rebelde y todo el papel lo jugaron las restantes secciones del Movimiento. Entre el 30 de noviembre de 1956, el desastre de Alegría de Pío y la huelga del 9 de abril, el Ejército Rebelde estaba en pañales, necesitaba del constante auxilio en hombres, armas y recursos del resto del Movimiento y aunque victorias como la de La Plata y El Uvero conmovieron a la nación, política y psicológicamente tenían una gran importancia y resonancia los espectaculares sabotajes urbanos y la aparición en las calles de cadáveres, horriblemente torturados.

A partir del aplastamiento de la huelga de abril, de la creación del Segundo Frente Oriental «Frank País» y de la derrota de la ofensiva de junio-julio de 1958 de las fuerzas de la tiranía así como del inicio de la gran ofensiva de nuestro Ejército, la situación varió y el resto del M-26-7 casi se vertió en masa y se diluyó en el mismo. Desde este momento y pese a toda la ayuda que brindan las delegaciones del 26 en el exilio y las otras secciones, el Ejército a la vez que, por la dimensión de los triunfos militares que obtuvo, se anotó victorias políticas más trascendentes que la que jamás pudieron conquistar las restantes secciones del Movimiento, se convirtió en un cuerpo que se nutría cada vez más del fruto de sus éxitos y necesitaba menos

y menos del Movimiento que lo creó pero que fue dialécticamente absorbido 143 por ese mismo Ejército.

En ese momento los hombres de los que se ha dado en llamar el llano fueron «atraídos» y reclutados por tres polos, el Ejército Revolucionario, el exilio y la cárcel.

Al triunfar la rebelión, la mayor parte de los mejores permanecen en el Ejército, que además, en ese instante, acogió en su seno otra ola de hombres, de los más firmes, que lucharon en el llano.

Un segundo grupo de cuadros y militantes se incorporó a partir de Enero de 1959 a tareas de administración del Estado, reestructurándose el M-26-7 sin que los compañeros que estaban en el Ejército y la Administración participasen ni en la reorganización ni en la vida del Movimiento a partir de ese momento, mientras que sí lo hizo una legión de gente que sin haber participado en la guerra civil se «colaron» en sus filas después de la victoria y un conglomerado de elementos derechistas, algunos de los cuales tenían pocos méritos insurreccionales, que en esa etapa coparon los aparatos intermedios e inferiores de dirección. De ahí el papel del M-26-7 y la agudización de las contradicciones en su seno en el período que media entre el triunfo de la Rebelión y la creación de las ORI así como la debilidad de su ala izquierda durante esta etapa.

En el lapso comprendido entre el 9 de abril de 1958 y el 1.º de enero de 1959 el Ejército Revolucionario es la vanguardia y ha absorbido, asimilado al resto del M-26-7.

En el que media entre el 1.º de enero y la organización de las ORI, el Ejército continúa jugando el papel de destacamento de avanzada y el M-26-7 reconstituido trata de ser utilizado como vehículo, como puente, de tesis y posturas derechistas por quienes, algunos de ellos ilegítimamente, han asaltado sus puntos de mando y control.

Los fenómenos de «absorción» en la práctica, en los hechos del Movimiento 26 de Julio por el Ejército Rebelde y de reorganización del M-26-7, después del triunfo de la Rebelión, por elementos básicamente derechistas con vista a convertir a la organización en bastión del sector más atrasado políticamente de la misma, se enmarcan dentro del proceso muy complejo, muy rico y muy contradictorio de la lucha de nuestro pueblo contra la tiranía de Batista y el imperialismo.

La evolución y complejidad de la insurrección y de la Revolución en sus diversas etapas están en la base de los hechos, actitudes y afirmaciones tácticas que, a su vez, conducen, años después, a interpretaciones, general-

**144** zaciones y difusión de experiencias en forma no siempre exacta y a veces simplista.

Lo multifacético de los acontecimientos y el sentido y la acción prácticos, flexibles, no esquemáticos, que han primado en la dirección revolucionaria cubana explican que aún después de la «asimilación» del M-26-7 por su Ejército y de la reestructuración del Movimiento, en la forma indicada, después de enero de 1959, la más elevada jerarquía revolucionaria continúe hablando y actuando a nombre de la Organización.

Así vemos que mucho después del fracaso de la huelga de abril de 1958 el Comandante Fidel Castro firme a nombre del «26 de Julio», con otras organizaciones, un documento que tiende a la unidad de todas las fuerzas que se oponen a Batista y que exponga en un discurso, en enero de 1959, su decisión de proponer a la Dirección Nacional del M-26-7 el nombramiento del Comandante Raúl Castro, como segundo Jefe de esta organización, con vista a garantizar la continuidad y avance del proceso revolucionario, y por eso, en un sentido, de cierto modo, aún después de la «absorción» y la «reorganización», el Movimiento continuó actuando como destacamento político de avanzada.

Después de la derrota del equipo derechista que lo rehizo, el M-26-1 se integró a las ORI, no sin seguir dando fe de vida en el curso de la lucha izquierda-derecha y en el propio acto de integración, aunque no actuando como vanguardia.

La dialéctica que operó en las relaciones entre las diversas secciones del M-26-7 entre sí y entre todas las restantes y la agrupación fundamental del mismo, el Ejército Revolucionario, merece, en nuestro criterio, un estudio a fondo y una exposición más amplias, imposibles en un trabajo de este género, que por otra parte se contrae a linear y apuntar.

# BOLIVIA:

## LA HISTORIA

carlos  
núñez

## SECRETA

## DE LA

## "REVOLUCION"

«Este no ha sido, como pudiera pensarse, un golpe contra Siles Salinas, ha sido un golpe contra Barrientos». Con esta frase, a primera vista sorprendente, un observador político cercano a ciertas esferas del nuevo régimen boliviano, comenzó a desarrollar ante mí una interpretación quizá esclarecedora sobre los acontecimientos que el 26 de septiembre a la madrugada desembocaron en la instalación de un «gobierno revolucionario» presidido por el general Alfredo Ovando Canida, en el Palacio Quemado de La Paz.

Para el caso, el espectro de René Barrientos, carbonizado a bordo de un helicóptero que le había sido obsequiado por el Pentágono habría contado con una encarnación ciertamente convincente: por lo menos una de las más poderosas divisiones del ejército boliviano.

Según una compulsiva realizada en fuentes habitualmente veraces, la historia secreta del golpe del 26 de septiembre podría contarse en estos términos:

La rivalidad entre Barrientos y Ovando ha sido una constante en la vida política boliviana, al menos durante los cuatro años y medio que van desde el derrocamiento de Paz Estenssoro (noviembre 1964), que ambos aunque por razones sospechablemente opuestas llegaron a protagonizar. y la muerte del primero (abril 1969), en un accidente.

Durante ese lapso, Ovando resultó persistentemente postergado por los designios imperiales aplicados en Bolivia, pero desde un ominoso segundo plano continuó manteniendo en sus manos el control de buena parte de las fuerzas armadas, mientras el ejercicio de un poder con

escasa base popular y la práctica consecuente del entreguismo iban quemando paulatinamente la imagen de Barrientos. Pacientemente, Ovando fue jugando su partida, encaminada a la sucesión de Barrientos por vía electoral. En ese intento no pareció desdeñar los contactos con ninguno de los grupos que conforman el espectro político boliviano, desde la Falange Socialista Boliviana (FSB) hasta los diversos sectores del dividido Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) a cuyo jefe había contribuido a derribar en 1964, a nivel de la metrópoli.

Empero, la jugada de Ovando no aparecía clara: si bien el Pentágono se mostraba dispuesto a apoyarlo en la necesidad de contar con una clave unificadora dentro de las fuerzas armadas comprometidas en un enfrentamiento con las guerrillas del E.L.N., el Departamento de Estado desconfiaba: (¿desconfía?) de su eclecticismo político y su capacidad de maniobra, que a la altura del 26 de setiembre le habían permitido atravesar indemne los vaivenes en el poder de cuatro (o cinco, contando los meses en que él mismo permaneció al frente de la Junta Militar mientras Barrientos llevaba a cabo su campaña electoral) gobiernos sucesivos.

La desconfianza del State Department pareció agudizarse a partir de la confrontación con la Junta Militar que tomó el poder en Perú el 3 de octubre de 1968, cuyo impacto continental Ovando procuró capitalizar velozmente.

El convenio firmado con la empresa germanooccidental Klockner para instalar en Bolivia altos hornos de fundición de estaño, fue puesto en juego para fundamentar la imagen «nacionalista» de Ovando. Estos elementos de la campaña electoral de su colega y rival irritaron sensiblemente la quisquillosidad de Barrientos quien echó a andar una sibilina maniobra. A principios de 1969 sugirió a Ovando que viajara a Lima para estrechar contactos con el nuevo régimen militar peruano. Al parecer sin advertir la trampa, Ovando acepta la invitación y «se desboca», apoyando sin reservas y con deliberado entusiasmo la gestión de la Junta encabezada por el general Velasco Alvarado. Pero Washington ya tiene bastantes dolores de cabeza con la línea «nacionalista» peruana como para arriesgar un imitador a corto plazo: la candidatura presidencial de Ovando es vetada y la embajada norteamericana en La Paz comienza inmediatamente a instrumentar una carta de relevo. Así se lanza la candidatura del general Armando Escobar, alcalde de La Paz, quien procura nuclear a la nueva derecha emergente, a los sectores nacionalistas con los que Ovando tiene cuentas pendientes y a ciertos grupos dentro de las fuerzas armadas.

Entretanto, Barrientos ha muerto y quienes dentro del ejército se postulaban como sus «herederos», se han visto relegados por la asunción de Siles Salinas, que Ovando ha tolerado cobrándola a buen precio: el comandante en jefe sitúa hombres de

su confianza en carteras claves del gabinete, especialmente dentro del esquema militar. El gobierno de Siles se entrega crecientemente a la «Rosca», minero-terrateniente, que pugna por resucitar. Con Ovando o sin él, los «barrientistas» se disponen a dar batalla.

El esquema del putsch «barrientista» tendría como vértice el general Juan Lechín Suárez (presidente de la Corporación Minera de Bolivia, COMIBOL, durante el gobierno de Barrientos, medio hermano del líder minero, dirigente del PRIN, Juan Lechín Oquendo), quien tiene bajo su mando la poderosa quinta división, con base en Villamontes, en la frontera con Paraguay. De este golpe participarían también algunos altos oficiales con posiciones de estado mayor (algunos de los cuales han sido incorporados ahora al «Gobierno Revolucionario» de Ovando) y en particular los mandos de las tropas que acordaron los distritos mineros.

A Ovando parecen escapársele sus posibilidades electorales y el esquema militar de los «barrientistas» implica, a corto o mediano plazo, su absorción y aun su eliminación. Opta entonces por el putsch contra Siles; un curioso incidente parece entonces venir en su ayuda.

Oscar Justiniano Cañedo, colaborador del vespertino «Jornada», logra deslizar en él una nota en que se acusa a Ovando de haber recibido quinientos mil dólares de la Gulf Oil (Empresa norteamericana de la órbita Mellon-Rockefeller que explota

la mayor parte de los hidrocarburos bolivianos y que constituye un poder político de primera magnitud en el país) para financiar su campaña electoral. El director de «Jornada» alcanza a retener la edición, pero no llega a evitar que una media docena de pruebas de imprenta de la denuncia sean sacadas del diario por Cañedo. El 22 de setiembre el diputado Ambrosio García (FSB) lee en el Parlamento el texto de esa nota y el escándalo se desata. De inmediato, Ovando presenta su renuncia como comandante en jefe de las fuerzas armadas, según dice «para no comprometer» a éstas en un juicio que exige se le siga intentando probar la veracidad de la acusación. Insólitamente, declara ser víctima de una «maniobra del imperialismo yanqui».

En la madrugada del 26 de setiembre, Ovando jura como presidente del «Gobierno Revolucionario» instituido por un «mandato de las fuerzas armadas» que suscriben ocho militares de alto rango, entre los cuales figuran los nombres de algunos «barrientistas». El putsch se adelanta así a dos fechas topes: el 3 de octubre, en que Siles Salinas debía librar un decreto convocando a elecciones presidenciales para julio de 1970, y la no conocida pero quizá más ominosa (para Ovando) fecha del golpe de Lechín Suárez.

Cañedo, redactor de la denuncia sobre el apoyo de la Gulf a Ovando, fue detenido el 22 de setiembre. Una semana después del golpe se le libera, no sólo dejando de lado el trámite

judicial anunciado por «difamación contra las fuerzas armadas» sino incluso designándosele como jefe de la Dirección Nacional de Información Criminal, cargo desde el cual promete dar noticias «fidedignas». Este curioso epílogo ha llevado a más de un observador a preguntarse si la «denuncia» de Cañedo no fue quizá promovida por el propio Ovando.

Quienes participan de esta interpretación de los acontecimientos eluden mayormente pronunciarse sobre los verdaderos objetivos de Ovando.

Las hipótesis en juego son fundamentalmente tres:

1) Ovando estaría realmente comprometido con una orientación «peruanista», en la que tal vez jugaría papel preponderante cierto resentimiento personal hacia Washington por las reiteradas postergaciones de que le había hecho objeto.

2) Ovando elige una entonación «nacionalista» y conforma un gabinete de jóvenes pretendidos antimperialistas para aminorar la reacción que despertaría un golpe de corte exclusivamente militarista; de acuerdo con esta interpretación, el actual gabinete tendría sus días contados.

3) Ovando está dispuesto a jugar la línea política que le permita sobrevivir en el poder: en este contexto mantendrá y llevará adelante la política inicialmente anunciada hasta donde ésta le rinda dividendos. Si esto no sucede, cambiara de rostro. No sería la primera vez.

Bolivia quizá el país latinoamericano donde más se rinde culto a la real política a menudo inescrupulosa, suele ser terreno resbaladizo para las profecías. Desde hace 17 años, primero el MNR, después Barrientos, el propio Ovando, hasta Siles Salinas, fatigaron la retórica «revolucionaria» que en los hechos no fue sino una forma de lanzarse alegremente por el tobogán de la contrarrevolución. Ahora, los observadores coinciden en que parece haberse retornado a la situación de 1964, cuando un golpe «sin contenido ideológico» (según acaba de calificarlo el general Juan José Torrez, cuya firma encabeza el «mandato» que colocó a Ovando en la presidencia), volteó a Paz Estenssoro.

Ese retorno puede tener un doble significado: por un lado, el hecho es que se ha dispuesto la reposición salarial para los mineros (que a partir de 1965 vieron rebajados sus jornales en un cincuenta por ciento), la aprobación de la ley de seguridad del estado y de la reglamentación sindical (que estrangulaban todo intento de oposición política o movilización gremial), el retiro de las tropas que acordaban los distritos mineros (aunque este retiro no se ha hecho aún efectivo y versiones congruentes aseguran que los oficiales «barrientistas» se niegan a cumplir la orden de Ovando), todas ellas medidas dictadas por Barrientos.

Por otro lado, actualmente se abre una interrogante: ¿Las promesas «revolucionarias» del 26 de septiembre no significarán lo mismo que las pro-

feridas hace cinco años? Pero cinco años no pasan en vano. Para Ovando, la primera preocupación parece ser la de neutralizar el poderío de los «barrientistas» dentro de las fuerzas armadas. Desde este punto de vista, el nombramiento de algunos de ellos en cargos de gobierno sería tanto una forma de pagar tributo a la influencia interna del sector (de su rivalidad quizá puedan haber algunos incidentes promovidos entre campesinos del Valle de Cochabamba, que a impulsos de la burocracia sin-

dical que los utiliza como masa de maniobras se proclaman ahora «ovandistas» contra «barrientistas») como una jugada destinada a ubicar en los escalones de estado mayor a «ovandistas» de su confianza.

¿Hacia dónde va este «gobierno revolucionario»? Como en el ejemplo peruano cuya inspiración invoca, una primera respuesta deberá casi obligatoriamente, estiman los analistas, girar sobre el tema del petróleo y la Gulf Oil. Pero este es ya otro tema, y habrá de ser otra nota.

# LA SORPRESA LIBIA

osvaldo ortega

La guerra del Medio Oriente ha conllevado una marcada polarización de fuerzas en el área.

Al alentar los imperialistas norteamericanos, ingleses, franceses y germanoccidentales la agresión israelí de junio del 67, y apoyar más tarde la ocupación de los territorios árabes con ulteriores suministros bélicos, apologías políticas, diplomáticas y periodísticas, definieron a los ojos del matizado mundo árabe su alineamiento militante tras Israel. Esta preferencia excluyente, por su parte, condiciona una reacción de rechazo progresivo de la opinión pública árabe —y parte de sus élites políticas y militares— contra estos aliados de ultramar del agresor.

El sentimiento antimperialista en el Medio Oriente, por estas razones, ha rebazado anteriores marcas en estos

dos años y medio escasos del fin de la guerra.

Grupos intelectuales, jóvenes estudiantes y oficiales, permeados de las corrientes revolucionarias que recorren el Tercer Mundo y aleccionados por las traidoras maquinaciones imperialistas que condujeron al 5 de junio, se han desviado ideológicamente de los patrones clásicos occidentales y decidido a buscar vías nacionales propias para dar solución a los problemas sociales de sus respectivos pueblos, aún cuando estas soluciones los puedan colocar en contradicciones de intensidad variable con intereses norteamericanos, ingleses, franceses o germanoccidentales. Los más recientes ejemplos del avance de estas corrientes de nacionalismo antiimperialista de visos más genuinos que los aflorados en la década del 50 —al margen de la lucha

de liberación palestina por una digna repatriación— lo son el triunfo revolucionario en Yemen del Sur, en noviembre de 1967; el golpe de Estado en Sudán el 25 de mayo de 1969, y el derrocamiento de la monarquía libia el 1 de septiembre de 1969.

No es accidental, por demás, que estos movimientos de marcado progresivismo se produzcan a raíz de la guerra de junio, encargada, como ya hemos señalado, de acentuar el deslindamiento de fuerzas en la región.

En Libia, en la medida que el régimen militar, liderado por el Consejo de la Revolución, acomete una política nacional, panarabista (apoyo a las organizaciones de resistencia palestina a las que desconoció la depuesta monarquía), la preocupación por Occidente por el destino de inversiones petroleras y enclaves militares, se siente en el nervioso oscilar de los diapasones políticos y en el aumento de los recibos de llamadas telefónicas de las filiales petroleras en Libia a sus matrices en Europa y Estados Unidos, pidiendo instrucciones de cómo enfrentar los cambios sin producir excesivas fricciones.

Libia —y esta es la razón petrolera de las llamadas— devendrá en 1971, el tercer productor mundial de petróleo, sólo a la zaga de los Estados Unidos y la URSS.

En 1968 produjo 125 millones de toneladas y este año se espera se eleve a 150. Cuarenta consorcios internacionales controlan este colosal torren-

te energético que asegura el ritmo cardíaco de la industria europea, entre otras razones, por su proximidad geográfica, que rebasa ya su destacada importancia tras el cierre del Canal que aleja considerablemente al Viejo Mundo de las fuentes petroleras de la Península Arábiga.

Entre estos consorcios se encuentran la Esso, la Caltex, la Mobil, la BP y la Shell.

Pero el desasosiego de Occidente por lo que pueda ocurrir en Libia no es sólo económico sino de carácter estratégico-militar.

Estados Unidos e Inglaterra tienen allí sus más importantes enclaves en el Norte de Africa, no sólo dirigidos contra el Maghreb y el interior del continente, sino contra el Mediterráneo en caso de enfrentamiento entre bloques. En su desplazamiento táctico estas bases se vinculan al norte con las de la OTAN.

Wheelus Field —por ejemplo— es un complejo aero-naval construido a un costo superior a los cien millones de dólares que se levanta en Trípoli, la capital administrativa del país.

En Wheelus se encuentran destacados unos cuatro mil soldados norteamericanos —algunas fuentes afirman que siete mil—, parte con carácter permanente y otros en entrenamiento. También reciben cursos especiales pilotos de la OTAN, y de otros países «aliados», como Israel. Wheelus, finalmente, es un centro vital de abastecimiento y protección de la Sexta Flota.

152 Británicos y norteamericanos cuentan con otras bases en el país, entre ellas, Tobruk, Darna, Benghazi y Adem.

Los convenios de vencimiento del usufructo de estas bases estaban programados en el 70 para las norteamericanas y en el 71 las inglesas, pero con Idris en el poder, no había por qué alimentar reservas sobre una posible suspensión de la prórroga de los convenios vencidos.

En cuanto a los «royalties» que devengaba la monarquía por las concesiones a los consorcios extranjeros de la riqueza petrolera no había inquietud de que demandara una mayor participación en los próximos años. Su dependencia condicionaba sus movimientos. Pero después del golpe de Estado la escenografía parece estar alterando. Una de las figuras claves del Consejo de la Revolución declaró recientemente que el precio de 2.21 dólares que recibe el gobierno libio por barril de petróleo no es suficiente, y que se están llevando a cabo estudios en busca de precios más justos.

El primer ministro Mahmoud Souleiman Al Maghrebi, también se encargó de advertirles a estas compañías: «Ejerceremos un control estrecho sobre sus actividades».

Y adelantó que los próximos acuerdos «serán suscritos en base a los intereses del pueblo», lo que no es un medio muy evasivo de sugerirles que accedan a otorgarle al gobierno libio una participación mayor ora en la explotación petrolera ora en su

fase de comercialización, lo que es más probable en la actualidad.

Algunas fuentes aseguran que la intención del Consejo de exigir un mayor precio por el petróleo crudo es devengar ingresos más elevados que le permitan financiar su consolidación política.

La «sorpresa libia», de esta suerte, tiene desconcertado a más de un asesor de «la línea a seguir» para mantener dentro de determinados parámetros de seguridad este movimiento sin que trasgreda las «luces del peligro».

Sin embargo, a pesar de la cautela, el Primer Ministro afirmó al diario francés «Observer»: «El pueblo libio rechaza la presencia de bases militares extranjeras en su territorio y nosotros atenderemos los deseos del pueblo».

Estas declaraciones provocaron el «pestaño de las luces», que llegaron a colores de alta frecuencia cuando agregó: «Una vez vencidos los plazos no habrá prórroga».

No transcurriría mucho sin que el gobierno procediera al arresto de los primeros complotados en una conspiración para deponer al Consejo de la Revolución, en contubernio con el gobierno norteamericano que movió sus hilos a través de la base de Wheelus.

Un grupo de elementos monárquicos fueron sorprendidos por fuerzas de seguridad libias cuando extraían armas de fabricación norteamericana de la base norteamericana. Entre los

complicados se encontraba un súbdito israelita que logró escapar con ayuda de los elementos complotados dentro de la base.

Ante estos evidentes fermentos subversivos, el gobierno libio optó por la aplicación de medidas de vigilancia rigurosas. Fue nombrada una comisión militar encargada del control de las salidas y entradas de vehículos y personal del enclave militar, y numerosas patrullas instaladas en sus perímetros.

El surgimiento de condiciones que hacen prever a las potencias occidentales la posibilidad de perder el neoprotectorado libio, las impulsa a sus primeras andanzas conspirativas, que encuentran y continuarán encontrando magnífico caldo de cultivo en la quintacolumna de técnicos y especialistas europeos inmigrantes incrustados en el país por la sola apetencia de altos salarios sin sentirse vinculados al standard de vida de la población nativa, ni mucho menos a los destinos de la tierra en que se encuentran con la misión de llevarse una buena parte de sus riquezas.

Se estima que el número de éstos entre italianos y anglosajones, sobrepasa los 60.000. Los primeros se estiman entre 30 y 40,000.

Los ensayos para captarlos y utilizarlos contra la República naciente se han hecho y proseguirán.

A sólo dos semanas de instalarse el Consejo, se produjo un conato de estampida de estos mismos técnicos y especialistas con la intención de en-

torpecer el ritmo de la actividad económica, administrativa y de producción, en una abierta provocación de terceras potencias que apuntaba a chantagear al gobierno con el caos en que podría sumir al país un éxodo en masa de esta especie.

El gobierno, lejos de arredrarse y retroceder, promulgó un decreto prohibiendo a los técnicos extranjeros abandonar el país hasta tanto no hayan cumplido sus contratos de trabajo. Aunque esta medida tampoco garantiza la resistencia interior, solapada, que desde privilegiadas y estratégicas posiciones pueda hacerse contra la economía nacional.

Simultáneamente —y en previsión de lo anterior— hizo público que entre su programa de reivindicaciones estaba darle prioridad a los obreros y técnicos libios sobre los extranjeros. Esta medida puede interpretarse como el primer paso con miras a crear un núcleo nativo popular a su alrededor que sintiendo suyas estas reformas, esté dispuesto a su defensa por todos los medios, no excludido el de las armas, en caso que peligren.

El Consejo ha comprendido que la única forma de neutralizar al país de los «cerebros de fuera», es ir a la formación de cuadros propios, cañíficados y patrióticos, capaces de enfrentarse a la infiltración y socavamiento foráneos en los estratos de la vida social del país. Sin embargo, no deja de ser cierto que de inmediato es imposible reemplazar a todos estos técnicos extranjeros. Todavía se care-

154 ce de los elementos nacionales idóneos, pero en caso de que éstos se aumentaran en masa a pesar de las disposiciones gubernamentales o se entregaran al sabotaje o la provocación, con el objetivo de condicionar el colapso económico del país, las naciones árabes progresistas aledañas podrían ser de gran ayuda, expresando su solidaridad mediante el envío de misiones técnicas y especialistas que contribuyan a que el ritmo de vida de la nación no pueda ser detenido con estas maniobras. La colaboración de los países socialistas en caso de una tal contingencia tampoco está excluida.

### *Historia de Libia.*

Durante siglos fue un país conquistado por fenicios, cartagineses, vándalos, bizantinos, griegos y romanos, que se fueron sucediendo con los flujos y reflujos del surgimiento y ocaso de sus imperios.

En el siglo octavo Libia fue conquistada por los árabes. De 1911 hasta la Segunda Guerra Mundial, ocupada las fuerzas aliadas. Las regiones de Tripolitania y Cyrenaica quedaron bajo la administración británica y Fezzan, bajo la francesa. Este lapso se prolongó de 1943 a 1951.

### *Su población.*

En un alto porcentaje mezcla étnica de árabes y bereberes. Su característica más acusada es el nomadismo y un primitivismo cultural que la impugna hasta el presente para desa-

rollar faenas sedentarias y de especialización como demanda la explotación y comercialización del petróleo.

El mantenimiento de la población en este estado de ignorancia fue parte de una política deliberada de la derrocada Monarquía y sus asesores extranjeros, que han experimentado en pellejo propio que la cultura es un agente de agitación social.

El rey Idris también se opuso terminantemente durante su reinado a la inmigración árabe procedente de países vecinos. De esta suerte trataba de impedir que inmigrantes árabes más cultos o politizados al llegar al país se asimilaran fácilmente al medio por su identidad lingüística y religiosa, e influyeran en la población nativa con una concepción más avanzada de los problemas sociales y la forma de enfrentarlos, deviniendo centro de inestabilidad interna, como ha ocurrido en Kuwait, donde hay más de cien mil inmigrantes árabes en torno a los que se nuclea la población autóctona, hasta ha poco hordas de pueblos pastores cortados del mundo exterior.

### *Posibles focos subversivos.*

El neocolonialismo tratará de sumar a sus actividades de zapa contra el gobierno libio, las diferencias tribales, atizándolas. El alimentar las llamas del localismo contra el principio de nacionalidad, es uno de los clásicos recursos de los que se sirve la Inteligencia occidental para sumir en

la anarquía las naciones emergentes del mundo colonial.

Estas diferencias se manifestaban en el status federativo que tuvo hasta 1963.

Hasta esa fecha el país estuvo en tres provincias: Tripolitania en el noroeste; Fezzan, en el sudoeste, y la Cirenaica, en el este, lindante con Egipto, que la ambicionó durante los años mozos de sus sueños de gloria.

En la Cirenaica —al este— la región más atrasada, están localizados los principales yacimientos de petróleo, y es precisamente el lugar de procedencia del rey Idris, donde ejerce sobre los jefes tribales una más compulsiva influencia en su condición de jéarca temporal y jefe religioso máximo de la secta islámica de los Senoussis, fundada por su padre.

La Tripolitania —asiento administrativo del gobierno— además del centro comercial y urbano del país, apenas tiene importancia económica como emporio petrolero.

Esta distribución desigual de la riqueza del subsuelo, podría ser explotada por la monarquía en el exilio —dócil instrumento occidental— para en caso de una progresiva radicalización de las medidas nacionalistas o simplemente de su política exterior (el Consejo ya demandó en la ONU, la

admisión de la República Popular China), incitar mediante agentes a la sublevación de tribus nómadas cirenaicas y provocar la partición del país. El expediente de Nigeria, a pesar de su peculiaridad, es ilustrativo.

Pero si estas opciones de maniobra se presentan al imperialismo, las del gobierno libio para contrarrestarlas son más prometedoras.

Con el golpe de Estado republicano, Libia surge como el cuarto eslabón que engarza territorialmente a tres de los Estados árabes más progresistas de Africa: Argelia, Egipto, Sudán.

Estas naciones árabes o arabizadas no se mantendrán seguramente al margen en caso de subversión interna en Libia promovida por potencias occidentales o la intervención directa, no excluida dentro de los usos imperialistas cuando fracasan otras presiones, más cuando se trata del destino de 150 millones de toneladas de petróleo, cinco mil de inversiones, cuatro bases militares vitales en la región, y lo que una posible pérdida de conjunto significaría para preservar una hegemonía económico-militar de Estados Unidos y Gran Bretaña en la cuenca del Mediterráneo, y más después del cierre del Canal de Suez, a raíz de la guerra de junio.



Asterisco

Asterisco

Asterisco

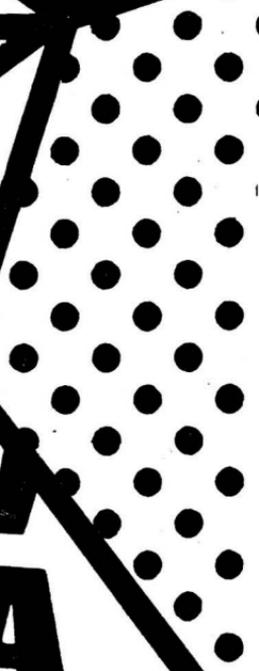
EN LA  
REVOLUCIÓN  
registra  
debr

EN LA  
REVOLUCIÓN  
registra

debrora

¿REVOLUCIÓN?  
EN LA

¿REVOLUCIÓN?  
EN LA  
REVOLUCIÓN



# NOTA A

## ¿REVOLUCION EN LA REVOLUCION?

**régis debray**

Estos pequeños ensayos fueron reunidos a despecho de los riesgos. Tratando de ser útiles, no pudieron ser sino secos, áridos. Desde luego todos son circunstanciales, fragmentos dispares de un largo diálogo con los camaradas de América Latina, en que nuestro papel fue escuchar y el suyo confiar. Dirigidos, primero, a ellos. No buscando otra cosa después del formidable empuje dado por la revolución cubana a la historia del Continente, que *responder a cuestiones apremiantes*: comprender simplemente lo que ocurre ante nuestros ojos, todos los días, en América Latina; fijar en el papel la imagen única coherente que se destaca casi por sí misma de tantas luchas confrontadas; combatir de frente ideas que intentan volver disfrazadas para no dejarse ver; organizar mejor en su partida un sinnúmero de movimientos que no vencerán sino organizados; yo añadiría la urgencia de que tanta sangre no se derrame en vano en tantas tierras, que sea *reconocido* el sentido de esos sacrificios, si ello no fuera demasiada pretensión para pedazos de papel impreso.

\* Esta advertencia fue redactada por Régis Debray para servir de prólogo a la edición en francés de «¿Revolución en la Revolución?», apareció en la revista *Siempre*.

De ahí en todo caso ese aspecto de esquemas sinópticos; transmisión fácil, consumo y digestión rápidos. Prospectos o catálogos. Cosas que sirvieron, se las arroja. ¿Servir para que? Para que las discusiones tengan lugar un poco más a la luz del día; con la ayuda de respuestas prematuras, por consiguiente provocativas; incitar a otros camaradas más preparados a plantear mejor ciertas cuestiones candentes, a responder a ellas más justamente que nosotros. En pocas palabras, servir a esa discusión (la Revolución, sí, pero ¿cómo?), en que se debate la América Latina, no solamente con ideas, sino con su presente y su futuro. Debate que tiene sin duda el aspecto de un alumbramiento, a juzgar por sus movimientos acelerados de contracciones y expulsiones, de liberaciones y de dolores. Como canta Brecht al oído del soldado Schweick: «Y si la noche es larga es porque el día llegó...»

Que estos artículos asuman, pues, los riesgos de su fabricación, bestialmente racionalista, apartada del combate. No querían, sin embargo, añadir nada a la liturgia senil de las fórmulas, invocaciones y citas de un socialismo que se ha convertido en rito. Mucho menos, en lo que concierne a su versión francesa, pujar en las justas intelectuales de los revolucionarios de profesión, a la moda de París, hoy, que la Guerra de Liberación se consume en libros de bolsillo, en las vitrinas de las librerías, y que todo buen sorboniano que conoce su Clausewitz lleva una guerrilla a la victoria en un santiamén. No: lo que estos textos buscaban a tientas, al día, era *un máximo de eficiencia revolucionaria*.

Luchar por la eficacia: es nuestra tarea, requiere de todos los que tienen una onza de conciencia y por todos los medios disponibles, donde el primer lugar no corresponderá desde luego y felizmente, a la teoría desnuda. En América Latina el imperialismo americano jugará su partida final, decisiva: la que decidirá su fin atacado en sus obras y en sus fuerzas vivas, allí se juega su existencia misma como imperialismo mundial. Combatido en Asia, es sólo allí donde puede, donde deberá reventar. Sus dirigentes lo saben: «América La-

160 tina para nosotros es más importante que el Viet Nam», ha dicho el hermano de un presidente de los Estados Unidos asesinado, él mismo futuro presidente, y el Imperio hace ya a buen paso los preparativos de su defensa, en todas las formas imaginables. Por esas razones, porque el opresor conoce ya la apuesta del juego, y por otras más, la lucha revolucionaria en la América Latina será encarnizada y se desarrollará —se desarrolla ya en este mismo momento— en condiciones extremadamente duras, más desfavorables que en ningún otro continente.

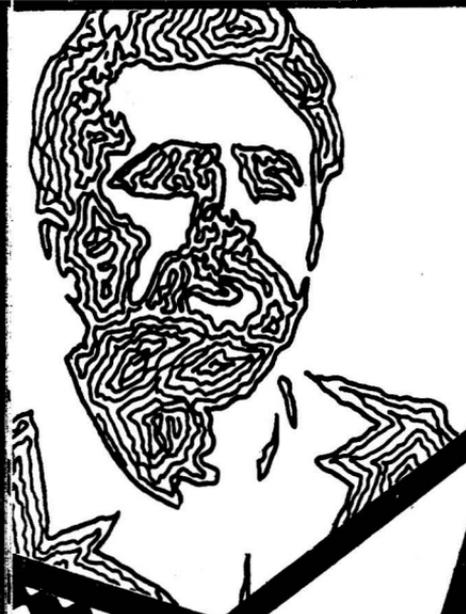
El último Imperio del mundo ha comenzado su agonía. ¿Quién no está interesado en ella? ¿Quien no ayudará a matar a los asesinos?

Lo real está en clave. Si no lo estuviera, si bastara leer su sentido en libro abierto, el camino estaría trazado, no habría ningún riesgo de error, y en el plano de la inteligencia, ninguna necesidad de algo como una ciencia de la historia: Marx habría podido seguir los consejos de su madre y dedicar su vida a amasar un capital en lugar de escribir uno. Pero el Código está siempre por encontrarse, que permita descifrar los acontecimientos, tal triunfo, tal derrota, tal suicidio. Hay que interpretar una y otra vez. La eficiencia histórica de una acción es la acción de lo racional en la historia, aun así el hombre de acción se burla de ello: no se puede siempre correr y escrutar su sombra al mismo tiempo; pero que la acción revolucionaria tome tiempo para aprender y conocer sus razones no la ha impedido o mutilado jamás: ver Lenin.

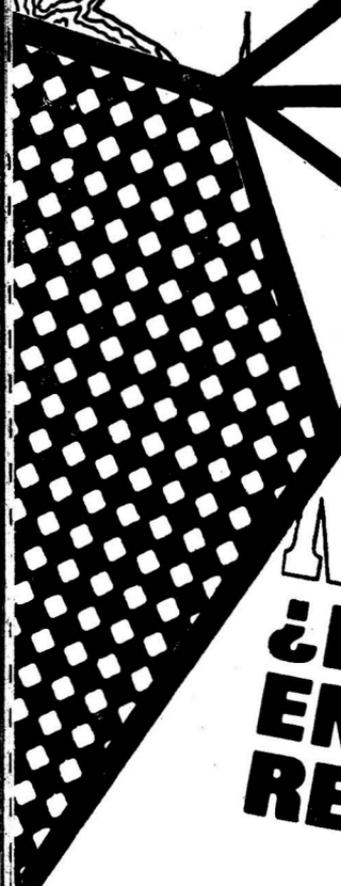
Luchar por un máximo de eficacia es luchar en toda ocasión por la unión de la teoría y la práctica y no *contra* la teoría en nombre de la práctica a toda costa. Eficacia no se opone a teoría, sino a la oposición de lo teórico y lo práctico, es decir, a una teoría que adopta aires de aristócrata o de burócrata, dando órdenes a los «prácticos» desde lo alto de su silla. Después de tantos años de frases huecas, de falsas promesas, de programas insostenibles, una necesidad apasionada de eficacia toca a las puertas. Pero esa necesidad hará buen matrimonio

con la razón o nunca tendrá hijos. Evitemos, pues, que 161  
riñan definitivamente teoría y práctica; apelemos a  
una vigilancia incesante; que los combatientes posean  
ellos la teoría de su combate, que la lleven consigo a  
la montaña, a la vanguardia, si es necesario, y no la  
dejen a ningún otro. Así, entre una práctica sin cabeza  
y una teoría sin piernas, no habrá jamás que escoger.  
Luchar por un máximo de eficacia es luchar por un  
máximo de razón puesta a prueba en el seno mismo de  
las pruebas.

Repitémoslo en fin: lo que estos comentarios puedan  
tener de fundado se debe a los numerosos camaradas  
latinoamericanos que han contado sus experiencias o a  
quienes se puede leer sus reflexiones, en particular a  
los camaradas de Cuba, Venezuela, Guatemala y otros  
países. Pero antes que a todos, al dirigente del país  
socialista que ha ligado enteramente su suerte y su su-  
pervivencia al mantenimiento de los principios revolu-  
cionarios, de la moral del socialismo, de la solidaridad  
y la dignidad proletarias; al dirigente internacionalista  
que ha dicho a ciento veinte kilómetros del Imperio yan-  
qui: «Para los revolucionarios cubanos el campo de ba-  
talla es el mundo entero», precepto del que su amigo y  
el primero de sus colaboradores, Ernesto (Che) Gue-  
vara, hace el uso que todos conocemos, para mayor  
honor de la Revolución Cubana: Fidel Castro.



**EN LA  
REVOLUCION?  
¿debe?**



**NOTA a  
¿REVOLUCION  
EN LA  
REVOLUCION?**



# CARLOS

Juan Pérez  
de la riva

# DEL TORO

# Y SU 1914

# OBRERO

El Instituto del Libro asigna a su nueva colección *Pluma en Ristre* «la misión de dar a conocer a jóvenes que escriben —casi todos inéditos— y buscan el simbolismo o más que ello, la filiación, en el escritor que había en Pablo de la Torriente Brau». Al evocar el espíritu que animaba los artículos que Pablo recogiera bajo aquel título, la Editorial asume no menguada responsabilidad y, ciertamente, no trata de esquivarla cuando añade: «Se trata sobre todo de comprender que, publicar primeras obras —y ésta es una de las funciones primordiales de la colección— conlleva siempre riesgos, que bien se pueden traducir en indicaciones de futuro o, de otra parte, en muestras que queden en el camino. La nueva colección es, en esa dirección, una expresión de la posibilidad editorial para los más jóvenes, al tiempo que una filiación de éstos con ese antecedente, cuyo ejemplo tiene mucho que ver con las búsquedas literarias del presente, que han de andar exactamente como entonces: PLUMA EN RISTRE.

Lanza en ristre era, antaño, estar presto al combate, tanto como el combate mismo, y así en ese sentido utilizaba Pablo su pluma. Duelo singular de uno contra muchos por la justicia y la dignidad del hombre, por

164 el derecho de los oprimidos pisoteado por los opresores. Más si esto era arriesgado bajo el signo de la burguesía mediatizada no deja de ser aventurado ahora en que ser joven y decirse revolucionario no es ya riesgo sino responsabilidad y conciencia. Escribir sobre el movimiento obrero cubano en su *prehistoria*, en las décadas del auge de la plantación imperialista del azúcar, cuando apenas si existía una clase obrera nacional —debido al alud de la inmigración— cuando el crecimiento económico alcanzaba de año en año niveles insospechados, y los salarios, aunque bien a la zaga de las ganancias de la burguesía, eran de naturaleza a pasmar a miles de labriegos peninsulares; contar, analizar, calibrar la rebeldía obrera de entonces requiere condiciones y conocimientos que —permítase a un «viejo» decirlo— no suelen ser alodio de jóvenes. Es sin embargo sobre este resbaladizo dintel que salen —pluma en ristre— al campo de la historia dos valiosos y valerosos jóvenes, recién egresados de la juvenil Escuela de Historia de la Universidad de La Habana. Digamos de paso que de la audacia no fueron ellos responsables, pues se trata de temas sugeridos (¿impuestos?) por la dirección docente de la Escuela que tuvo la idea de asignar la historia de un año del movimiento obrero a cada uno de los egresados de 1966. A Carlos del Toro y a Olga Cabrera les tocó respectivamente 1914 y 1920, y estos son los dos primeros ensayos cuya publicación anuncia el Instituto del Libro.

Nos ocuparemos ahora sólo de Carlos del Toro y de su *1914 Obrero*, quien según la nota editorial intenta presentar una visión documental de las actividades del proletariado cubano en ese año como producto de una investigación exhaustiva en la que los datos se conjugan con una exposición de acontecimientos que muestran la óptica del movimiento obrero cubano en un año de grandes convulsiones europeas y culminaron con el inicio de la Primera Guerra Mundial. Todo esto en 30,000 palabras de texto y 14,000 de apéndices y bibliografía.

La obra empieza con unos largos *Antecedentes* que forman un díptico: a) *Panorámica del movimiento obrero*

*internacional* (6,200 palabras), b) *Panorámica del movimiento obrero cubano* (8,500 palabras). El primero totalmente innecesario, superficial y aún más totalmente plagado de errores y con dudoso enfoque empieza con *La Revolución Industrial y el surgimiento del proletariado moderno* (1760-1850) (p. 15) y continúa, *Antes y después de la Comuna de París* (1871) (p. 23) para terminar, *De la Segunda Internacional* (1889) a *la Primera Guerra Mundial* (1914) (p. 35). La Bibliografía citada es insuficiente y aun no parece haber sido leída, o asimilada correctamente. El lector se predispone inmediatamente al recorrer este largo y confuso panorama, que se pierde en detalles secundarios y olvida los rasgos fundamentales y que a la postre no aporta nada, o casi nada, al tema central de la obra. El segundo panorama, el cubano, tampoco tiene mayor interés. Se remonta largos años atrás, hasta 1857, para llevarnos hasta la primera guerra mundial, acumulando prolijos detalles entresacados de la obra valiosa y confusa de Rivero Muñiz. En este fárrago de grupos y grupitos, los más intrascendentes, de periódicos o simples hojas que apenas circularon y que tuvieron precaria vida, el lector de nuevo se extravía, pierde todo sentido de la perspectiva, del marco socioeconómico en el cual se debate el naciente proletariado cubano y llega al umbral de la obra con antecedentes inconsecuentes, innecesariamente cansado por esta larga caminata.

Pero hay cosas más graves, por ejemplo (p. 65) el autor dice, refiriéndose a los primeros trece (?) años republicanos (1902-1913) — «*Si bien las condiciones socioeconómicas coloniales facilitaron en cierta medida la extensión de las ideas anarquistas predominantes en España, consideramos que no llegaron a profundizar en el movimiento obrero cubano en su conjunto nacional. El criterio de una preponderancia anarquista en el proletariado cubano debe ser limitado a la actividad tabacalera y dentro de ella con las deformaciones inherentes a un país colonial. La circunstancia imperante de combate independentista hace prevalecer el nacionalismo revolucionario sobre cualquier otra ideología de la época*». Limitar el predominio anarquista a los

tabaqueros, simplemente porque es el sector que mejor se conoce —gracias a Rivero Muñiz, García Galló y otros— y olvidar el ramo de la construcción, así como otros poderosos gremios de la época, los carretoneros de La Habana, los panaderos, los tipógrafos y los cocheros de fiacre, por ejemplo, que eran típicamente anarco sindicalistas es realmente abusivo. Además *hacer prevalecer el nacionalismo revolucionario sobre cualquier otra ideología* en tiempo de José Miguel Gómez, nos parece un grave desconocimiento de la realidad histórica.

Por ninguna parte se vislumbran en este selvático panorama, oscurecido por tantos matojos y bejucos, los trillos y veredas que conducirán por largos y penosos desvíos, a la toma de conciencia nacional del proletariado cubano en el decenio treinta. En ninguna parte se apunta el hecho fundamental de que los dos primeros decenios del nuevo siglo vieron llegar cerca de un millón de inmigrantes que se añadieron a una población cubana nativa que distaba mucho de llegar al millón y medio de habitantes.\*

En la época a que se refiere la obra que comentamos, a nivel nacional, tres de cada cinco obreros por lo menos, eran extranjeros-españoles. ¿Cómo se puede hablar de nacionalismo revolucionario, en relación con una clase obrera mayoritariamente extranjera, cuando ni siquiera la burguesía nativa era nacionalista? ¿Cómo explicar entonces la huelga de la moneda? ¿y la fácil penetración imperialista en todos los sectores de la vida nacional?

Pero dejemos para otra ocasión estas polémicas cuestiones y abordemos la parte fundamental de la obra.

Aquí cambia totalmente el panorama, hay calidad, dominio de la narración, verdadero sentido del acontecer histórico. El lector estaría tentado a preguntarse si no fueron dos los autores, o si tal vez no hubo interferen-

\* El censo de 1899 arrojó 1.572,797 habitantes, pero de ellos 142,098 blancos extranjeros, 14,694 chinos y no menos de 50,000 negros africanos. Los cubanos nativos no llegaban, por consiguiente a 1.300,000.

cias o consejos indiscretos. En todo caso la calidad es 167  
otra. Las 16,000 palabras consagradas al año catorce,  
se presentan como un tríptico: *La Manifestación del  
Hambre*, el *Congreso Nacional Obrero* y el *Concurso  
de la obrera más virtuosa*, el todo precedido de un  
*Preámbulo en 239 días* (5,750 palabras).

Este último es una reseña escueta pero ágil y movida  
de las noticias relativas al movimiento obrero publica-  
das por el diario *Heraldo de Cuba* desde el 10. de enero  
hasta el 28 de agosto, día de la gran manifestación de  
desocupados en la capital. Aunque se pueda lamentar  
que El Autor haya limitado su información a un sólo  
periódico, y no utilice la prensa patronal, el *Diario de  
La Marina*, por ejemplo, ni otros documentos de archi-  
vo, el material está bien presentado y da una atractiva  
imagen del ambiente en el cual va a desarrollarse el  
primer congreso nacional obrero, algunas figuras como  
el conocido burgués profesor universitario reformista-  
paternalista-municipalista, Francisco Carrera Jústiz, el  
célebre *Pancho Bicicleta*, o el líder anarquista Antonio  
Acebal están bien caracterizados. No sucede lo mismo  
sin embargo con los representantes de la burguesía libe-  
ral que se agrupan en torno a *La Reforma Social* de  
Orestes Ferrara, ni se refleja tampoco el ambiente ur-  
bano en que, a veces como sombras chinescas se mueven  
los protagonistas del sainete que se prepara, pero en  
conjunto son páginas de amena lectura que hacen rápi-  
damente olvidar el plúmbeo panorama que las precedió.  
Fueron 239 días agitados por intrigas, intriguillas, co-  
rre corres, y mezquindades sobre las cuales se alzó  
bruscamente en el mes de julio el espectro de la guerra  
mundial y sus imprevisibles consecuencias para Cuba.  
Del Toro, con habilidad, maneja las alternativas que  
hace pensar en la *Pastoral* de Beethoven: la romería  
campestre, proletario-congresional, se ve amenazada por  
una tormenta de verano —*un horizonte de perros la-  
dra muy lejos del río*— los fabricantes de tabaco dismi-  
nuyen el taller y la desocupación se hace alarmante, el  
pueblo se agita, los políticos se inquietan pero todo se  
resuelve en una *marcha de hambre* con ribetes de ker-  
messe. «*En el centro de la comitiva marchaban entre los*

168 *manifestantes numerosas mujeres pobremente vestidas. Al frente de la manifestación, como de avanzada, se situó un grupo de niños, hijos de los obreros sin trabajo que coreaban el siguiente estribillo: ¿QUE TIENE EL PUEBLO? ¡HAMBRE!*

*«Algunos obreros llevaban estandartes con distintas inscripciones y las siguientes frases: Congressistas, el pueblo pide pan; La infancia pide pan; Obreros de Partagás piden pan y hogar; Torcedores de Henry Clay pan y trabajo. Se exhibía también una bandera roja de regulares dimensiones que iban moviendo de un lado a otro y suspendidos en las puntas de los bastones algunos panes de flauta, ostentando también algunos obreros una cinta azul en la solapa del saco y un estandarte en el cual se leía lo siguiente: Comité Central de Torcedores» (...) Llegados al Ayuntamiento el Alcalde General Freyre de Andrade «se expresó en términos afectuosos» y les prometió una colecta voluntaria... entre los empleados municipales... En la acera de enfrente el presidente del Senado, Eugenio Sánchez Agramonte salió a recibir personalmente a los manifestantes y les dijo «que sería nombrada una comisión para que los visitara en la Bolsa del Trabajo la cual daría cuenta al Senado para resolver en consecuencia...» Bajo tan buenos auspicios siguieron los desocupados su periplo visitando la Cámara de Representantes y el Gobierno Provincial «...y luego de hacer un recorrido por algunas calles la manifestación se disolvió con total tranquilidad en el Parque Central».*

No había realmente hambre ni verdadera crisis de desempleo en Cuba, pero la burguesía habanera sintió un ligero escalofrío; no tanto a consecuencia de la manifestación misma, sino por la oscura conciencia de que el hecho de que hubiese gentes mal educadas que reclamasen pan o trabajo, frente a su escandaloso enriquecimiento podía ser de mal agüero. Algo que corroboraba una noticia publicada en la tercera página del *Heraldo de Cuba* del mismo día, 28 de agosto: ¿ANARQUISTAS EN SANTA CLARA? «Ayer explotaron dos bombas en distintos lugares de la ciudad...»

Pero «las viñas de la ira» aún no habían madurado. SENADO. *Importante mensaje del Ejecutivo relacionado con la cuestión obrera* — el Presidente solicita autorización para invertir hasta donde sea preciso, en socorro de los obreros, el 12% de la Renta de Lotería (...) *Pide también se cree un arbitrio transitorio sobre los sueldos de los empleados; se amplíe el empréstito de los 10 millones de pesos hasta 5 más; se imponga un arbitrio a los sacos de azúcar; se autorice la emisión de la deuda flotante hasta tres millones; la reglamentación del curso legal de la moneda, pidiendo también que se dispongan de los derechos de los puertos* — Se nombró una comisión de estudios — 10,000 pesos para los obreros.

Estas breves citas bastarán sin duda para que el lector aprecie toda la calidad que encierra *El Movimiento Obrero Cubano en 1914*, y todo cuanto podemos esperar de este joven historiador.

El capítulo consagrado al Congreso Nacional Obrero, sin tener el mismo dinamismo, ofrece una reseña completa y vivaz, y el ambiente está evocado con suma habilidad. Aparece la Banda Municipal *galantemente cedida por el Alcalde*. En nombre del Presidente de la República inaugura el evento el Dr. Cristóbal de Laguardia, Secretario de Justicia el cual declara: *En Cuba todo cuanto se refiere al mejoramiento del obrero, está por hacer, y el general Menocal, comprendiéndolo, dispuso que se oyera a la gran masa trabajadora (...)* *Antiguamente las libertades fueron conquistadas al precio de ríos de sangre, hoy son productos de la civilización y del esfuerzo pacífico del obrero.*

Después de esto no sorprenderá a nadie que Pancho Bicicleta fuese electo presidente del Congreso y secretario Antonio Castells quien en la segunda sesión leyó un sesudo trabajo del Dr. Laguardia sobre *Los Latifundios: «gran peligro del bienestar de los obreros del campo y (...)* *peligro evidente de la paz material de la República»*. El gabinete del general Menocal tenía sin lugar a dudas un alto sentido de la ironía...

Pero, a que insistir, entre algunas voces genuinamente obreras, sólo se oye en el Congreso el surriburri de re-

170 formistas y traidores de toda laya, que los 1,700 pesos generosamente acordados por el *Mayoral de Chaparra* ha reunido en la sala del *Politeama* de la Manzana de Gómez.

El Congreso tuvo un digno colofón al día siguiente de su clausura, el 31 de agosto, se celebró la elección de *La Obrera más Virtuosa de La Habana*; organizado por el diario *La Noche*. La elección debía de hacerse recortando cupones insertados en el periódico en los cuales el público inscribía el nombre y dirección de sus candidatas. Un jurado de personalidades de alto copete estaría al tanto de que la elección fuese justificada. Los premios ofrecidos por *La Noche*, no eran de naturaleza a «alumbrarle» la existencia a nadie: 100 pesós para el primer puesto, 50 para el segundo y 25 para el tercero; pero el alcalde habanero cogió la ocasión por los cabellos, y si no había encontrado fondos con que aliviar a los desamparados, ahora sí dispuso de 1,000 pesós para el primer premio, 600 para el segundo y 400 para el tercero. Los comerciantes decidieron por su parte explotar la sensiblería popular y llovieron las máquinas de coser, las cajas de medias «de superior calidad» y *La Época* llevó el derroche de generosidad hasta ofrecer «un precioso vestido de color rosa».

¿Y quién fue la Cenicienta?: Blanca Arango, de 17 años, trabaja desde los 12 años como envasadora en la fábrica de tabacos de *Calixto López*, el padre inválido desde hace nueve años no trabaja. Tiene seis hermanos de 11, 10, 8, 6, 5 y 2 años. Cuando el periodista la va a entrevistar le dice que «los hermanitos se acostaban apenas con un trago de café y un pedazo de pan por todo alimento durante todo el día, que ella ganaba muy poco, que trabajaba mucho, muchísimo».

Muy reconfortante, ¿verdad? ¿Por qué del Toro no añadiría alguna crónica de Vontanils en *El Diario de La Marina* reseñando una fiesta de «sociedad» para completar el Bando Municipal con que el Alcalde anunciaba el laudo, llamando «a los ricos a que recuerden que a su lado hay un pueblo que trabaja y sufre».

De septiembre en adelante (Epílogo de fin de año, 2,500 171 palabras) el material recopilado versa sobre todo sobre el desempleo de los torcedores. El arzobispo de La Habana entra también en escena y contribuye con 2,600 pesos a la «obra filantrópica». La ofensiva religiosa es coincidente con la casi total paralización en la mayoría de las fábricas de tabacos en La Habana; una crisis interna en el Comité Central de Auxilios, y movimientos huelguísticos en la provincia de Las Villas. El 18 de octubre una huelga de «industrias rodadas» paraliza el tráfico comercial en la provincia de Las Villas. En Cienfuegos panaderos y albañiles secundan el movimiento. El año se termina con una ola de huelgas en los centrales azucareros, especialmente en la región de Guantánamo. Todo esto no es óbice, sin embargo, para que la prensa anuncie en los primeros días de diciembre que *miles de trabajadores pretenden venir a Cuba* y se calcula en 18 914 trabajadores de distintas nacionalidades el total de inmigrantes llegados durante el curso del año.

Y así termina este 1914 obrero cubano, año de poco relieve, pero que muchos historiadores consideran como la bisagra entre el siglo XIX y el XX, que marca en todo caso el apogeo de la burguesía europea como clase dominante, y el comienzo de una guerra imperialista que costó más de diez millones de vidas humanas.

Completa la obra un apéndice documental de gran riqueza y utilidad: Resumen de la *Memoria de los trabajos presentados al Congreso Nacional Obrero*. La Habana, 1915. La lista de las huelgas ocurridas durante el año, 25 en total, de las cuales 5 en centrales azucareros. Reseña de más de 30 mítines y manifestaciones ocurridas en diversos lugares de la capital y del interior. Catálogo de las publicaciones aparecidas ese año: *La Reforma Social* de Orestes Ferrara; *La Verdad Socialista* de Francisco Domenech; el *Boletín del Congreso Nacional Obrero*; y el *Boletín de la Bolsa del Trabajo* de Espinosa y Estorino. Termina el apéndice un utilísimo *Esbozo de Directorio y Organizaciones Obreras* (p. 174-194).

172 La BIBLIOGRAFIA Y FUENTES con que concluye el volumen defrauda un poco. Las fuentes, que aparecen al final y no al principio como es usual, comprenden únicamente dos diarios, *El Heraldo de Cuba* y *La Noche*, y sorprende no ver utilizados *El Diario de La Marina*, *El Mundo*, *La Discusión* y otros. Como revistas sólo se menciona a *Bohemia*, que no se utiliza en el texto. Es de notar asimismo la ausencia de *El Figaro* y otras publicaciones importantes. No se utilizaron tampoco documentos inéditos, que abunda sin embargo en el Archivo Nacional y en COLECCION CUBANA. En la bibliografía citada aparecen obras de dudosa o ninguna utilidad para el tema tratado, tales como las de Ashworth, Araquistáin, Badía, Barnes, Efimov, Rito, Forné, Manusevich, Martí, Mijailovich y Rosental, el 32% del total citado. Y en cambio faltan otras esenciales como Johnson, *The history of Cuba*, 5 v.; la memoria del Censo de 1919; Jenks, L. H. *Nuestra colonia de Cuba*, 1928; García Galló, G. J. *Psicología de las profesiones: el Tabaquero Cubano*, 1936; Bustamante, *Enciclopedia popular cubana*, 3v. (1940); Alienes, *Características fundamentales de la Economía Cubana*; Primelles, *Crónica Cubana* vol. I (1915-18); Ferrara, *La crisis económica. Informe a la Comisión del Senado y la Cámara*. En: *Avisador Comercial*, sept. 15, 1914. Ortiz, F. *La decadencia cubana*, 1924; Guiral Moreno, M. *Nuestros problemas*, 1914. De Jongh y Boudet, *General Menocal, Sagua la Grande pide justicia*, 1914. Para no hablar de las publicaciones oficiales básicas: *Diario de Sesiones del Senado y la Cámara*; *Memoria de la Administración del Presidente... Menocal 20 de mayo de 1913 a 30 de junio 1914*, 1915, 584 p. *Ibid.* 1o. de julio 1914 a 30 de junio 1915, 1917, 604 p. La lista podría alargarse.

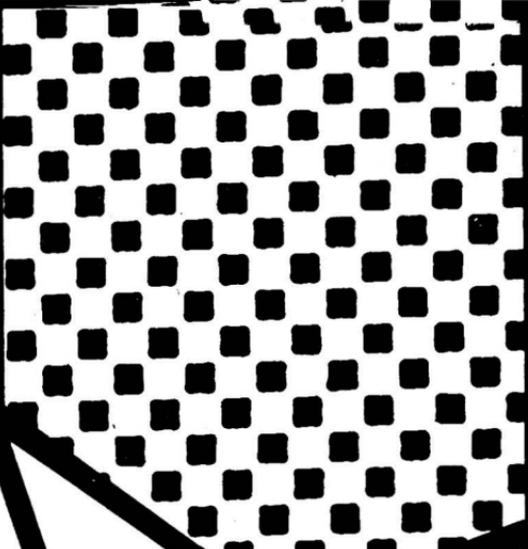
En resumen, a pesar de las lagunas y desvíos y de la insuficiencia de la documentación ya señalados, muy propias de toda obra primeriza, hay verdadera calidad, dominio de la narración, sentido crítico, madera de historiador, en una palabra. No hay que dudar que en próximos empeños El Autor realice la promesa que lleva en ciernes.

NOTA  
de  
Lecturas

NOTA  
de  
Lecturas

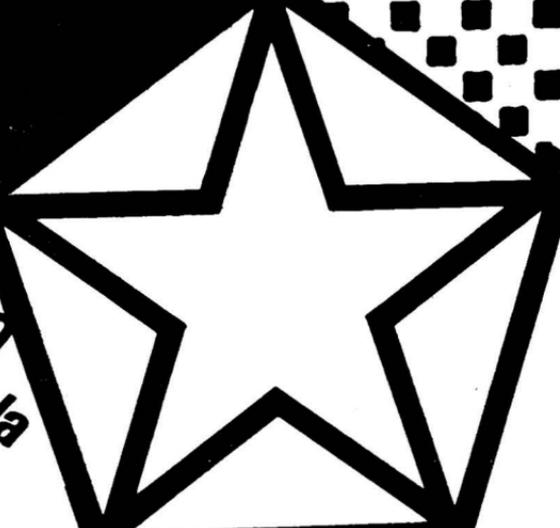


**UN PASO  
màs allà de la  
PROMESA"  
victor casaus**



**TIERAS Y  
"UN PASO  
màs allà de la  
PROMESA"**

**UN PASO  
màs allà de la  
PROMESA"  
victor casaus**



**"UN PASO  
màs allà de la  
PROMESA"  
victor casaus**

# HERAS Y CHAPLE:

“UN PASO

víctor  
casaus

MAS ALLA

DE LA PROMESA”

Estos dos nuevos libros\* vienen a engrosar, en primer término, la producción artística de los más jóvenes creadores cubanos. Las primeras realizaciones en otras esferas de creación —el cine, la poesía, las artes plásticas— se ven acompañadas ahora por un pequeño grupo de libros de cuento impulsados por ese ánimo común que parece alentar las obras de los creadores más jóvenes.

En ese sentido, *Los años duros*, de Jesús Díaz (premio Casa de las Américas 1966) abrió la brecha, abordando la temática inmediatamente pre-revolucionaria y la lucha contra los bandidos en los años 60. A este paso en el campo de la narrativa joven, siguió

\* *La guerra tuvo seis nombres*, de Eduardo Heras León, Premio David 1968.

*Ud. sí puede tener un Buick*, de Sergio Chaple, Colección Pluma en Ristre, 1969.

otro, también premio Casa de las Américas: *Condenados de Condado*, de Norberto Fuentes, que aborda el tema de la lucha contra bandidos en la región central del país.

Los libros de Heras y Chaple continúan esos promisorios adelantos de la cuentística joven. En sus semejanzas y diferencias, estos dos libros muestran rasgos comunes que hacen pensar ciertamente en la formación de un núcleo de cuentistas jóvenes, con características esenciales compartidas, que abordarán, seguramente, la problemática del hombre en la revolución con un método profundo, audaz, desprejuiciado, militante, que rechace, a la vez, el estrabismo liberalista y la miopía dogmática.

El libro de Eduardo Heras, *La guerra tuvo seis nombres*, ganó el premio David 1968. Apareció a finales de ese año,

176 con un hermoso diseño que la colección David ha continuado manteniendo con posterioridad. A pesar del carácter paternalista de la nota que acompaña a cada libro («La colección David presenta a nuestros más jóvenes escritores, a los que han dado un paso más allá de la promesa»), esta colección se ha situado —junto a Pluma en Ristre— entre las más interesantes y prometedoras del movimiento editorial.

*La guerra tuvo seis nombres* alcanza una unidad temática y formal asombrosa sobre todo en el caso de un escritor tan joven como Heras. Esa unidad se hace evidente no sólo en el tratamiento formal, la economía de medios, la concisión reiterada en el manejo de los temas y la homogeneidad argumental, sino sobre todo en la forma segura, profunda, con que se penetra en ellos: el mismo ojo vivo, abierto del participante contando, juzgando, afirmando.

Heras ha partido de sus experiencias en la batalla de Playa Girón (donde fue 2º jefe de una Batería de morteros), y ha individualizado esa experiencia a través de seis nombres (que dan títulos a los cuentos): seis nombres que no son los prototipos descoloridos de las posibles situaciones que esa circunstancia produjo, sino sólo —y precisamente— algunas de las formas en que esa gran experiencia incidió sobre sus protagonistas. Heras, que tomó en algunos casos elementos verídicos para construir estos cuentos, se ha valido des-

pués de la ficción para entregar su visión de esos acontecimientos, su análisis dramático, apasionado, de las vidas y las muertes de esos hombres.

Si no existieran otros tantos ejemplos, el de este libro serviría, también, para negar cierta tendencia a la generalización epopéyica, al englobamiento insípido, grandilocuente, que deja escapar la verdadera esencia del tema: en esta profundización dramática, sintética, del libro de Heras hay, por supuesto mucha más emoción y epicismo verdadero que en los intentos previamente dirigidos hacia una creación artística donde no se muestra lo que el hombre es, sino lo que *debiera ser*, y en la que se pierden, lamentablemente, las riquezas de los conflictos de la época.

El libro de Heras apunta, desde el primer cuento, en la dirección de esa profundización: «Pardo» es un cuento corto, casi una viñeta, en la que un miliciano se dirige hacia su posta, en alguna zona de Playa Girón. Este monólogo está construido con frases cortas, en un ritmo vehemente, en el que se barajan, en la mente de Pardo, los tres elementos fundamentales para él en ese momento: sueño, frío, miedo. En la soledad de la posta Pardo recuerda la primera vez que disparó en combate y la actitud de su jefe. En la valoración humana, aguda, de elementos como éste del jefe —sobre el que Heras vuelve una y otra vez en sus cuentos— radica gran parte de la emoción de este libro.

Esta viñeta inicial da paso a uno de los cuentos más logrados del libro: «Modesto». La anécdota compleja de este cuento (una decisión equivocada de Modesto provoca la muerte de varios compañeros de la batería) toca, en su dramatismo, el problema de la responsabilidad. El sentido de la responsabilidad, que la nueva sociedad incrementa al máximo, hasta convertirla en uno de sus rasgos más definitivos, es puesto a prueba inevitablemente en la guerra, donde se ponen en juego constantemente decisiones rápidas, inmediatas, con la cuota de riesgo que esto supone. Quiero decir con esto que Modesto no es —como hubiera sido más fácil para todos— un elemento totalmente negativo, completamente equivocado, de intenciones torvas, etc., sino simplemente un hombre enfrentado a una circunstancia: esa esencia, despojada de la anécdota bélica que la acompaña en este caso, expresa un sentimiento común para todos los que vivimos una circunstancia tensa, rica en contrastes, riesgos y esperanzas. Este cuento rebase, entonces, su marco anecdótico para mostrar, en su crudeza, el valor y la necesidad (y la posibilidad de fallo) de toda decisión propia.

El cuento está narrado por Horta (cuyo hermano está entre los muertos); los elementos que maneja Modesto son desconocidos para el lector. El autor ha querido dejar a cargo de éste el último juicio. Esta participación del lector es otra de las características de los

cuentos de Heras, insinuadores de hechos, mostradores de situaciones, acentuadores de su complejidad, pero no moralejistas opacos. No es una casualidad tampoco que los cuentos estén escritos en primera o segunda persona: el autor se sitúa en el medio de los acontecimientos desde el principio: pone por delante su condición de participante, pero eso no limita su método de expresión: no dicta, propone; no impone, ofrece posibilidades de juicio.

Este cuento largo de Heras ratifica lo que anunciaba en el primero: su capacidad de construir, de un golpe, una atmósfera, un mundo que rodee la circunstancia que nos quiere mostrar. Para eso, entre otras cosas, anima su paisaje dándole vida a objetos que no la tienen (¿no la tienen?): «los motores de los camiones se tragaron las voces de los hombres»; «el silencio comenzó a dar órdenes»; «(los camiones) regresaban lentos como si su carga de muerte redujera la velocidad de las gomas». Esta metáfora cuidada, escueta, dentro de lo directo de la narración coopera en gran medida a la formación de esa atmósfera en que se mueven los personajes. Y estos personajes están desprovistos de toda idealización fácil, mostrados en su magnífica crudeza: cuando un avión enemigo pasa sobre la batería, Horta dispara dos peines de su metralleta, aunque sabe que no le hará nada. Después, silba una granada: «La explosión me hizo perder la noción de las cosas. Agarré las piernas del capitán

178 que se tiró a mi lado y las apreté con fuerza, mientras las piedras y las ramas secas y calientes me golpeaban el cuerpo.»

El cuento está estructurado con la sobriedad que caracteriza este libro de Heras: desarrollo cronológico de la acción, acento puesto en la atmósfera y la humanización de los personajes. En el final ensaya ese golpe de sorpresa que parece deslumbrarlo en este primer libro y tras el que se ve, demasiado limpiamente, la mano del escritor:

«Después, bruscamente, ambos nos llevamos las manos a la funda, sin dejar de mirarnos. Pero tú fuiste más rápido. Muy rápido. Tan rápido que no tuve tiempo. Porque antes de poder sacar mi pistola, sonó un disparo y ya rodabas por el suelo con la cabeza destrozada.»

Ese enfrentamiento del hombre con una circunstancia y la apremiante necesidad de actuar, de hacer algo que es preciso llevar a cabo en un momento determinado, improrrogable, es una de las constantes de *La guerra tuvo seis nombres*. En «Piedra», tercer cuento del libro, se reitera la idea de la necesidad del jefe: éste cae muerto y Piedra, su segundo, debe tomar el mando. Esta responsabilidad enorme, brutal, en medio del combate, lo aturde, lo anula: Piedra no puede reaccionar y entonces Pardo comienza a dar las órdenes necesarias, se restablece esa comunicación que la muerte del capitán interrumpió y el combate continúa.

Aquí la unidad del libro se refuerza con la aparición de un personaje de otro cuento anterior: Pardo, el miliciano en su posta nocturna de Playa Girón, ensimismado en los pensamientos sobre el frío, el miedo y el sueño, es el mismo que toma aquí el mando de la tropa, da las órdenes imprescindibles, salva el momento. Heras termina de dar aquí una idea que comenzó en el primer cuento, y que está contenida en un exergo de Frank País que encabeza el libro: «... siempre catalogo a los hombres como hombres normales, no como superhombres ni superhéroes, eso se demuestra después; mientras tanto, todos son hombres normales, sujetos a los mismos defectos de todo el mundo».

De ahí que los héroes de *La guerra tuvo seis nombres* no se asienten en los supuestos del monolito, sino en la riqueza de la complejidad: es la circunstancia lo que los puede hacer héroes, mientras tanto son gente como otra cualquiera: sienten frío, miedo y sueño. Aún después del momento en que demuestran su heroísmo, siguen siendo humanos, no se mantienen impolutos, perfectos para el resto de sus vidas. La comprensión y expresión de esta idea —cuyo olvido ha lastrado más de una literatura y ha echado a perder más un tema glorioso— sitúa a este libro en una posición inequívocamente revolucionaria en más de un sentido: en la consecuencia de sus planteamientos y en el método artístico que emplea, que hace del lector ese elemento

activo que la literatura contemporánea reclama

Esa misma complejidad psicológica, humana, puede verse en Rogerio, personaje que titula el cuarto cuento. Inhumano, jefe despótico, especie de expresión del oportunista, Rogerio es, sin embargo, disciplinado. En Girón, sus compañeros lo ven fingirse herido para ser sacado del frente, mientras otros compañeros caen muertos. Inflexible en los ejercicios prácticos, inhumano en el trato cotidiano, Rogerio se afloja ante la realidad de la guerra. No asume su papel de jefe. Heras retoma nuevamente el tema de la necesidad del jefe en el combate, aquí para acentuar la actitud mezquina de Rogerio: «No se oían tus órdenes. ¡Y qué falta hacían en ese momento, Rogerio! La voz del jefe. La voz que hubiera acabado con la confusión del momento. Que hubiera vencido el miedo a la muerte, que al principio te va penetrando por las manos, que se te ponen frías y se engarrotan y que luego ya no quieren responderte. Y entonces no quieres disparar más y te entra una congoja enorme y te sientes desamparado y te dan ganas de llorar y de reírte y de volver a llorar después. Pero tu voz no se oía. Y todos nosotros esperando por tu voz.»

Mucho tiempo después, Rogerio es propuesto para el Partido. El que narra la historia está presente en la asamblea (esto sólo lo descubrimos en el último párrafo) y levanta la mano cuando piden que los presentes opinen sobre Rogerio.

Este nuevo final rápido, sorprendente, tiene un antecedente inmediato que acentúa su fuerza: el personaje que narra dice que «tal vez todo sea mejor así. Que todo se olvide y que la historia lo recoja [La actitud de Rogerio] cómo no sucedió. De la manera más gloriosa. Sin mancha apenas.» Pero inmediatamente recuerda a sus compañeros muertos y levanta la mano y pide la palabra.

En este caso es también el autor el que toma la palabra. Esa decisión de decir la verdad, enfrentar una realidad cruda, con sus aciertos y sus fealdades, cuando aquello pasó y casi nadie lo recuerda, es, en otro plano, la decisión de Heras de enfrentar el tema con la misma sinceridad y la misma crudeza. Hay aquí un paralelo que me parece evidente entre dos actitudes: una, digamos, real, vital y otra literaria. Fallar en la primera equivale al acomodamiento y al oportunismo; fallar en la segunda, equivale a una literatura ineficaz, falsa, asentada en los mismos principios equívocos que la primera. Hay que anotar ese detalle, sin duda, entre las mejores características de la actitud de muchos de los jóvenes creadores cubanos.

Entre los logros de este libro de cuentos debe anotarse también el de la comunicabilidad. Esa misma habilidad para construir una atmósfera se revela, en general, a la hora de acercar la historia al lector, de hacerlo penetrar en sus complejidades y sus emociones. A esto ayuda la temática que aborda,

180 pero por supuesto que eso no es todo. Detrás está la capacidad del autor para escoger esa vía de comunicación, para elegir el recurso más acertado (la narración en segunda persona, el monólogo, la utilización de un lenguaje liso, duro —semejante al tema— donde no faltan expresiones fuertes, interjecciones, humor).

Con *Mateo*, el penúltimo cuento del libro, Heras vuelve a tomar el tema del héroe, su demistificación —es decir, su única valoración aceptable. Monólogo que recuerda a ratos a una entrevista, este pequeño cuento es imposible que no esté basado en una anécdota real. Sea cierto o no que exista un «Mateo González, 15 años, batería 28 de la Base Granma», este cuento debe partir de una historia similar: tiene la frescura de un «cuento» oral, la facilidad de un entrevista.

La apretada unidad de este libro cierra con el cuento del regreso: *Eduardo*, monólogo final, es, posiblemente, un cuento autobiográfico (es el nombre del autor), pero es, en todo caso, un cuento excelente, con un aire nostálgico y tenso, emocionado, que aborda el tema de la guerra y los que la hicieron.) «Regresas. La guerra ha terminado y estás vivo»: de esa forma acostumbra el autor a situar su acción, bruscamente, con una austera economía de medios. A partir de ahí, el monólogo de Eduardo que regresa de Girón sin haber combatido, porque no se le presentó la oportunidad, pero igualmente aclamado ahora en el regreso.

Entonces recuerda el viaje hacia Girón, la gente que encontraron a su paso, todo esto con una visión verdaderamente poética;

«No hubo muertos, ni balas ni héroes para la batería. Porque las horas siguieron pasando y nada sucedió. O todo sucedió sin ustedes. Has conocido la guerra pero todavía te preguntas qué es la guerra. Porque la guerra de Aldo y tu guerra han sido dos guerras diferentes. Ya no podrás saberlo; por que la guerra se terminó. Y para ti y para muchos como tú, la guerra fue un combate contra la espera. O el recuerdo de una viejita con un pañuelo, saludando desde un pueblo muerto. O las lágrimas de un viejo miliciano de un batallón heroico. O la voz lejana de un amigo con los ojos hinchados de sueño, pidiéndote agua...» Heras cierra así con un cuento poético y profundo que toca un punto interesante de aquella guerra corta: en tres días muchos de los que fueron no llegaron a combatir; sin embargo, la lucha contra el enemigo hizo de todos un solo frente. Hubo dos guerras (la de los que pelearon y la de los que esperaron), pero una sola victoria. Eso es lo que Heras dice a Eduardo (se dice a sí mismo, por lo tanto) al final del cuento, mientras «saludas a todos y aprietas contra tu pecho las flores que te lanzan a los ojos y cantas la victoria porque también es tu victoria, mientras los camiones devoran la carretera interminable y el aire te seca las lágrimas.»

*Ud. sí puede tener un Buick*, de Sergio Chaple, fue publicado por la nueva colección *Pluma en ristre*, del Instituto del Libro, dedicada a dar a conocer escritores jóvenes. Con este libro de Chaple la colección —que abarca cuento, ensayo, novela, poesía y teatro— eleva, sin duda, su nivel de calidad, tras dos libros (los cuentos de *Escambray en sombras*, de Arturo China y la obra teatral *Santiago 57*, de J. Estevan Estevanell), débiles desde el punto de vista de su realización.

Chaple que regresó recientemente de Praga donde estudió Estilística durante dos años, escribió los cuentos de *Ud. sí puede...* alrededor de 1965 y estos comparten sus temas entre los años prerrevolucionarios y los actuales.

Los ocho cuentos de Chaple muestran, en primer término, una avidez enorme por la utilización de recursos: casi no hay dos que utilicen técnicas narrativas semejantes. Esta prodigalidad estilística que demuestra, sin duda, el dominio técnico de Chaple, se hace, sin embargo, en este corto libro, un defecto, tras sobrepasar el límite de la virtud.

Chaple, que toca temas diversos, es notable también por su actitud suelta, libre, humorística hacia ellos: siempre está la cuidadosa y agradable recolección de detalles de la época o del lugar, trayendo una nota humorística.

Los cuatro primeros cuentos se desarrollan en los años 50. Chaple, que participó en dos de

ellos, de sucesos reales, logra transmitir; sobre todo, la atmósfera agobiante, mediocre de la «república» en los años aquellos de la década del 50: esa es, de entrada, una de las mayores virtudes de esta primera parte del libro.

«Este es el año de David y Bethsabé», el primer cuento del libro, muestra ya algunos de los recursos narrativos que el autor utiliza a lo largo del libro: narración en tercera persona, diálogos, monólogos. Aunque este cuento parezca una viñeta larga, muestra los intentos de una familia de clase media (los padres del muchacho que ha sufrido un accidente en un ojo) por resolver los problemas que se le presentan sin abandonar su posición social, intermedia, pero imprescindible para la valoración de aquellos años. El ambiente de esa época comienza a darse aquí por las referencias a Brenda, Roberto Ortiz, canciones, anuncios comerciales, mezclados en los monólogos, a través de una transmisión radial.

«Este es el año...» comienza a revelar el tipo de humor de Chaple: «...que el cura del uno, operado de apendicitis, anoche tuvo pesadillas y se cayó de la cama sin que se le abrieran los puntos (Dios lo tiene de su mano)...», que tiene un sabor popular, lejos de cualquier rebuscamiento intelectual.

Ese mismo humor es el que rebosará el cuento siguiente: «Los estigmas». Este se basa en una anécdota real: la mujer que decía ser visitada por Cris-

182 to y que presentaba en su cuerpo las inequívocas marcas del suplicio divino.

Uno de los mejores cuentos del libro, «Los estigmas» está construido a la manera de un largo reportaje sobre Brígida Armenteros, mientras fragmentos de prensa ilustran, al modo de Dos Passos, la época en que la acción se desenvuelve, mostrando, a la vez, sus puntos contradictorios: textos que van desde Luis Manuel Martínez hasta Fidel Castro.

La estigmatizada es presentada a lo largo del cuento a través de una entrevista. Los medios masivos de comunicación, la propaganda de aquellos años juegan un papel importante en el cuento, a veces el mismo de entonces: presentan fenómenos, los aupan o destruyen según el caso. Este mecanismo propagandístico (desde la prensa hasta el monstruo televisado de Pumarejo) conformaron (y deformaron) la mentalidad popular durante años. De esa mezcla de ingenuidad popular y utilización de la propaganda sale esta respuesta de Brígida, cuando le preguntan si puede describir a Cristo:

«Sí, como no. Lo veo siempre como lo estoy viendo ahora. Así, cerquítica. Usa guayabera y pantalón blancos. Se peina al medio como Gardel y tiene una voz muy dulce. Tiene una cara muy triste y sufre mucho por todos nosotros».

Con esa óptica humorística implacable, nos muestra Chaple los tristes, mediocres años de la neocolonia. La perspectiva actual acentúa aún más sus ras-

gos. Con la estigmatizada Chaple traza los días de esplendor efímero de ese fenómeno místico-propagandístico de los años 50, con su mediocridad, su humor y su definitiva tristeza. Pero más allá de eso —y esa es, creo, la mayor virtud de este cuento— ésta es la historia de una falsedad mayor la de la una sociedad que no había encontrado su afianzamiento ni su razón. Ese fin de Brígida que regresa de la provincia de Oriente a La Habana, sola, sin propaganda ni periodistas, ni carros que la sigan, ese fin sin pena ni gloria es también el retrato del destino nacional de entonces. Y esto es dado con la misma amarga insustentabilidad de aquellos años:

«Buscó una casa amiga donde pasar la noche y no encontró una puerta abierta. Buscó un hotel y no quisieron recibirla. Buscó a Dios y lo encontró en Los Hoyos tomando una cerveza. Regresó a la capital en un ómnibus de la empresa «Santiago-Habana».

Este cuento es también la medida de la habilidad de Chaple para combinar recursos y puntos de vista. La utilización de los fragmentos de documentos, declaraciones a la prensa, etc., acierta en su intención de redondear documentalmente la época, a la vez que ritma el desarrollo de la acción en el cuento.

Esa misma pluralidad de puntos de vista es la que utilizará en «A las 3:20 p.m.», cuento que se basa en el asalto al palacio presidencial, el 13 de marzo de 1957. Mas que tomar

el asalto en sí —las incidencias del combate o de sus participantes—, el cuento enfoca las consecuencias inmediatas de éste, su sorpresiva explosión, para una serie de personas que se encontraban, por diferentes razones, en los alrededores del lugar: una pareja en un carro, un norteamericano en un hotel, un joven recién empleado en una tabaquería cercana. El mayor acierto de este cuento está precisamente en la conjunción de esos puntos de vista que narran, a veces, un mismo hecho desde dos situaciones diferentes.

Esa multiplicidad de enfoques precede a la sostenida unidad del monólogo que da título al libro. Verdadera prueba de habilidad idiomática, este cuento es, sin duda, lo más logrado de todo el volumen. En dos páginas escasas, la conversación interrumpida de un «parqueador» revela rasgos visibles de nuestro carácter popular, de nuestro humorismo cotidiano y de las penurias económicas y morales de la década del 50. En tan apretado espacio, Chaple incluye innumerables ejemplos de los temas publicitarios de entonces: Santiesteban: bebe de mi copa pequeña; Ud. sí puede tener un Buick; Mamita, yo quiero mi leche con Kresto, enseguida, mi vida; Me casé con Bola-roja; La muelita Manuelita y el villano picamuelas; El Niño Valdés; Ace lavando y yo descansando; Chel, chel, y a co-ger carretera...» Todo esto, en boca del que narra, que se ha llevado un carro parqueado

para llevar a su «hijita tullidita que está pidiendo a grito que la lleve al mar», es un contraste brutal, literariamente feliz, de la miseria nacional y la próspera fachada de Cuba en esos años.

El ingenio y el dominio de la estructura en los cuentos de Chaple, que se mantienen como constantes a través de todo el libro no encuentran, sin embargo, la misma continuidad en tono del lenguaje, que a pesar de los éxitos evidentes del cuento anterior, mantiene a ratos una rigidez contradictoria con el espíritu y el tratamiento del tema.

Eso pasa, a veces, en el primer cuento, donde, dentro de un monólogo fluido, lleno de referencias populares, se desliza esta comparación: «...permanezco como ahorrado desde hace meses a esta estupenda cama que *cual un niveo mecánico* es capaz de adoptar las más variadas formas». Esa misma concesión a la retórica es lo que lastra el cuento «Dicen que son ochenta y cuatro», largo monólogo de un miliciano en la caminata de los 62 kilómetros. Esta rigidez del lenguaje se suma a un tratamiento no profundo de los personajes: es más bien una larga crónica de la caminata que un cuento que muestre la complejidad de actitudes que tiene, aparentemente, como objetivo.

«Marcial Arana», narrado en segunda persona, de estirpe rulfiana, está lejos de esa rigidez del lenguaje y muestra la eficacia de una narración impactante, precisa, que toca una

184 problemática sin duda compleja e interesante: los diferentes caminos de dos amigos en la Revolución. Uno le habla al otro que está en un ataúd, le recuerda su vida de estudiante, su participación en la revolución y su traición posterior. Una de las importancias de este cuento radica, sin dudas, en el punto realmente complejo que toca: el diario enfrentamiento de pasiones divididas, de debilidades y nuevos fortalecimientos que la lucha revolucionaria impone a todos.

Chaple vuelve sobre esa misma dirección en su último cuento, «Camarioca la bella», en el que narra, paralelamente, dos vidas, dos actitudes que confluyen en el muelle de Camarioca, en 1965. La marcha de la revolución es la misma que a la vez, debilita a Gloria Caula y fortalece a Jesús Forte. Ella abandona el país, salidos a flotes sus prejuicios, un día de 1965. Jesús Forte es avisado de que su mujer y sus hijos, que habían marchado al extranjero, regresan a buscarlo; va a verlos, «al amanecer, Jesús Forte ayudó a su familia a escalar el yate en el que habían venido a buscarlo. Besó a los niños. Sin mirar atrás, paso a paso, se alejó del muelle. Lentamente, apenas sin dejar estela, zarpó el yate rumbo norte». En este choque de actitudes que Chaple nos muestra en su cuento está la misma trascendencia que notamos en el cuento de la estigmatizada: detrás de Gloria Caula y Jesús Forte está la época en que viven, profundamente contradictoria, conti-

nuamente en tensión, ocasionando desgarramientos y rupturas, tristezas y esperanzas, traiciones y heroísmos.

De esa misma mirada compleja, rica en valoración humana está lleno el cuento del «Capataz». Es esa intención lo que eleva estos cuentos de Chaple a la comprensión verdadera de estos fenómenos, alejado a la vez, de la valoración rígida, que reduzca los conflictos y de la subestimación de esos conflictos por la vía del escape a otras zonas, que le harían perder esa, maravillosa posibilidad que él ha tomado en sus cuentos.

Los libros de Heras y Chaple afianzan aún más el tema de la violencia en la joven narrativa cubana. Nacidos de circunstancias difíciles —el de Heras sobre todo— continúan y profundizan los temas violentos de Díaz, Fuentes y otros jóvenes narradores como Reinaldo Arenas y Reynaldo González. Esta aproximación a la violencia se produce de diferente forma en cada uno de esos escritores, puede ser más cruda o más poética, pero en todo caso es un elemento innegablemente presente en la joven narrativa cubana.

La utilización de técnicas narrativas contemporáneas encuentra en Chaple la utilización más pródiga del grupo, incluyendo ciertos que tienen acentos que van de Dos Passos a Vargas Llosas, pero encajados en una estructura que los integra fielmente al tema de que se trata.

Es verdaderamente asombroso y esperanzador el hecho de que estos libros (como los de Díaz y Fuentes) sean los primeros de sus autores: es una arrancada desde un nivel de expresión que permite pensar que a ese «paso más allá de la promesa» seguirán otros igualmente firmes.

Otra circunstancia que salta a la vista es la temática que abordan, ligada en todos los casos a la realidad que nos rodea. Esto sugiere, de inmediato, la idea de la necesidad de que esos temas se toquen más frecuentemente. Es seguro que, en el campo de la narrativa, están aquí los hombres que nos darán su visión de estos años que vivimos. Y algo más: no sólo es importante desear —pedir— que esos temas se toquen: más importante es aún que se profundice en ellos con obras literarias capaces de aprehender la complejidad de esta época, en sus contradicciones deslumbrantes, sus alegrías, y sus esperanzas.

No es sólo propiciando la literatura sobre estos temas actuales como aparecerán esas obras: el problema es más complejo y rebasa la apreciación aritmética mecánica. Heras estuvo en Girón 1961 y tardó 7 años en escribir *La guerra tuvo seis nombres*: ¿quiere esto decir que a los siete años del suceso se escribe su obra literaria correspondiente? Los que contestan que sí, o ponen cualquier otro número de años, aplican una lamentable ecuación que nunca ha dado un resultado literario satisfactorio.

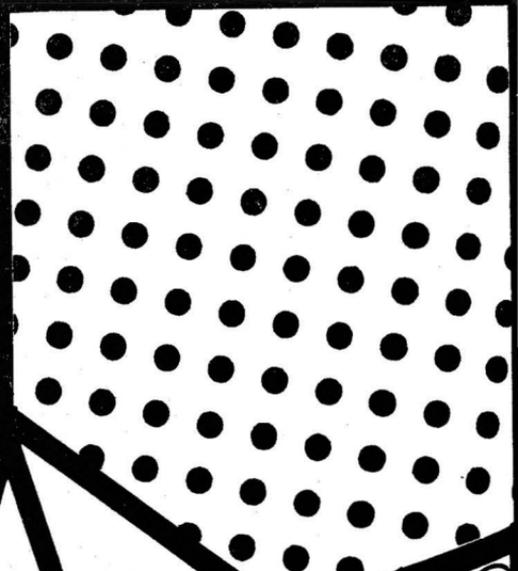
Los hombres que escribirán esas obras están por ahí, viviendo, formándose y sólo de ellos (y de la forma en que conozcan, asimilen y apliquen las técnicas narrativas) dependen esas obras: éstas mostrarán la época en su complejidad y su profundidad.

Esa es, por otra parte, la única forma en que la literatura ajustará sus cuentas con este tiempo: con una fidelidad activa, con una militancia crítica,

En los libros de Heras y Chaple es posible encontrar ese acento común al trabajo de muchos creadores jóvenes: una participación activa en los sucesos de su tiempo y una acción literaria crítica sobre ellos. De la misma forma que son constructores de la realidad, son capaces de fabricar otra, igualmente contradictoria en sus obras, que nos hagan pensar y buscar, como lectores, las posibles soluciones.

En el camino de esa literatura que toma en cuenta al lector y no le ofrece soluciones previamente decididas ni libros alejados de su existencia cotidiana, está la joven narrativa cubana. Y por ahí se llega lejos.

Libros



Está  
De

Constante

*Libros sobre los Católicos y la Revolución*

En los últimos tiempos han aparecido una serie de libros, folletos y comentarios periódicos, que tratan de interpretar el agitado proceso que se desarrolla en las filas del cristianismo en general, y en especial en la Iglesia Católica. No pasa un día sin que algún hecho relacionado con la Iglesia ocupe un lugar destacado en la prensa internacional: «Un sacerdote se incorporó a las guerrillas en América Latina», «El párroco de la residencia papal contrajo matrimonio», «Sacerdotes norteamericanos acusan a un Obispo de racista», «Ocupa la policía brasileña un convento y arresta a varios sacerdotes»... Ofrecemos una selección de títulos de obras, que consideramos sirvan para tener una idea de este importante fenómeno, enmarcado en el panorama político-social del momento en que vivimos.

El estudio de los acuerdos y las distintas tomas de posición manifestadas en el Concilio Vaticano Segundo, realizado por iniciativa del papa Juan XXIII, es clave para entender muchos de los pasos que toma hoy la Iglesia Católica en su intento por adecuar su estructura a los cambios del presente. Citemos inmediatamente algunas obras:

1.—«Concilio Vaticano Segundo. Constituciones. Decretos, Declaraciones. Documentos Pontificios Complementarios»,

Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1966.

Es una de las recopilaciones más completas de los materiales del Concilio. Reproduce textualmente documentos y acuerdos.

2.—«Concilio Vaticano Segundo. Antología». Antología y prólogo de Pablo Beltrán Heredia y Epílogo de José María Gil Robles. Ed. Afrodisio Aguado, S. A. Madrid, 1966.

3.—«Diálogos Conciliares», por Jean Guitton, Ed. Pomaire, S.A., Barcelona, 1967.

Guitton es un destacado profesor católico francés, miembro de la Academia Francesa, obtuvo en 1954 el Gran Premio de Literatura, fue el primer y único observador católico seglar que asistió, por orientación de Juan XXIII, a la sesión inicial del Concilio. Esta obra permite conocer muchas de las ideas nuevas que se manejan hoy por las altas autoridades eclesásticas.

4.—«Diario del Concilio», por Henri Fesquet, Ed. Nova Terra, Barcelona, 1967.

Fesquet cubrió periodísticamente, como enviado especial del influyente diario parisino «Le Monde», el Concilio. Esta obra da a conocer la reunión día por día, recoge debates internos, anécdotas, el proceso complejo de la elaboración de los diversos documentos, las contradictorias posiciones de los participantes. Es un libro fundamental para acercarse a lo ocurrido en el Concilio.

También desarrollan ideas surgidas del Concilio Vaticano Segundo, critican algunas posiciones y abogan por nuevas interpretaciones, los siguientes libros:

5.—«Los nuevos católicos», por Enrique Miret Magdalena, Ed. Nova Terra, Barcelona, 1967.

Miret Magdalena es un destacado periodista y escritor español, colaborador, entre otras publicaciones de *Índice*, *Ecclesia* y *Triunfo*, fue co-fundador de *Espiritualidad Seglar*, desde hace años es Presidente Nacional de los Graduados de Acción Católica y recientemente fue nombrado Secretario General de la Unión Nacional del Apostolado Seglar. Este libro reúne un grupo de artículos publicados anteriormente en la revista *Índice* y revisados por el autor, muestran muchas de las ideas que circulan entre dirigentes católicos españoles que se encuadran en un reformismo democrata-cristiano de nuevo tipo o adaptado a las difíciles circunstancias de la España de hoy.

6.—«Reflexión Cristiana y Mundo Moderno», *Recherches et Debats*, Centre Catholique des Intellectuels Français, Ed. Pomairé, Cuaderno Número Dos, julio de 1967.

Reproduce artículos escritos sobre temas polémicos católicos, entre ellos «Confrontaciones con el marxismo» de Jacques Sommet.

7.—«Destino del mundo, vocación del hombre», texto íntegro de la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy, del Concilio Vaticano Segundo, con introducciones, comentarios y notas de Casimiro Martí, José M. Rovira Belloso, José Bigardá y Alfonso C. Comín, Ed. Nova Terra, Barcelona, 1967.

Comín es un conocido sociólogo católico español que estuvo recientemente detenido varios días acusado de subversión. A este libro se le han incorporado como apéndices los documentos más importantes referidos al tema.

8.—«Vaticano Segundo: El último de los concilios», por Rock Caperale, S.I., Ed. Nova Terra, Barcelona, 1967.

Sitúa al Concilio, desde una posición católica, en la historia moderna.

9.—«Vaticano Segundo», edición definitiva de los textos conciliares, texto oficial latino y notas de la edición vaticana de la Secretaría General del Concilio, Edición bilingüe compaginada, preparada por un equipo de la Compañía de Jesús. Presentación del Cardenal Bea, Coedición de E. Razón y Fe y Ed. Apostolado de la Prensa, Madrid, 1967.

Este libro incluye amplias introducciones a cada texto, sinopsis, cuadros de desarrollo y cronológicas, un riquísimo índice alfabético-temático. Revela las interpretaciones hechas por los jesuitas de los acuerdos conciliares.

10.—«Diccionario del Vaticano Segundo»: Por M. A. Molina Martínez, se encuentra en preparación por la Edit. Católica, S.A., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

El diálogo con las otras iglesias, con los no creyentes, entre ellos los marxistas, así como la relación de la Iglesia con el llamado Tercer Mundo, son temas hoy muy manejados, tanto por intelectuales católicos como marxistas, así como por autoridades eclesiásticas y dirigentes de partidos políticos de diferentes tendencias.

Dos libros que a pesar del corto tiempo que llevan publicados, se consideran ya clásicos sobre el diálogo católico-marxista y la doctrina social de la Iglesia, son:

11.—«El diálogo de la época: Católicos y Marxistas», por Mario Gozzini, Lucio Lombardo Radice, Nando Fabro, Luciano Gruppi, Ruggero Orfei, Alberto Cecchi, Gian Paolo Meucci, Ignazio Delogu, Danilo Zolo y Salvatore Di Marco. Prólogo a la edición argentina de Juan Rosales, Ed. Platina, Buenos Aires, 1965.

Recoge varias intervenciones de intelectuales católicos y marxistas italianos sobre el diálogo católico-marxista. Es producto de la iniciativa del profesor católico de Historia y Filosofía de Florencia, Mario Gozzini, autor de otro libro de gran difusión: «Concilio Abierto» (Sobre el Concilio Vaticano Segundo), publicado por Ed.

Euroamericana, Madrid, 1965. El diálogo de la Epoca... se enmarca dentro de la concepción que sobre el diálogo católico-marxista predomina en los partidos comunistas y algunos círculos, especialmente de intelectuales, vinculados a la Democracia Cristiana europea, en especial en Italia.

12.—«La doctrina social de la Iglesia», por Jean Kanapa, Edic. Diaspora, Buenos Aires, 1963.

Kanapa fue hace unos pocos años corresponsal del diario parisino del Partido Comunista Francés «L'Humanité» en La Habana. Este libro es un estudio metódico de la doctrina social católica y refleja la posición del Partido Comunista Francés ante la Iglesia Católica y el comportamiento de ésta en el plano social. Posee una abundante documentación. Esta obra se puede encontrar en librerías de La Habana.

13.—«Socialismo y Cristianismo. Actitudes cristianas frente a la revolución socialista en marcha», por Jean Gardonnel, Raymond Dobergue, Jean Bonneville, Hervé Chaigne y Michel Poirier. Ed. Nova Terra, Barcelona, 1967.

Este libro reproduce distintos trabajos de intelectuales católicos sobre el tema desde una posición no conformista.

14.—«La subversión del dinero», Documento firmado por quince obispos católicos del Tercer Mundo, entre ellos Helder Cámara, y un comentario

del obispo de Cádiz, Antonio Añoveros, sobre las desigualdades económicas y sociales hoy en España, Ed. Nova Terra, Barcelona, 1967.

El «Manifiesto de los Obispos del Tercer Mundo», como se ha titulado a dicho documento, ha sido de gran repercusión en el catolicismo latinoamericano, en particular en los círculos reformistas y de izquierda.

15.—«Cristianismo, Marxismo y Revolución Social», por Conrado Eggers Lan, Ed. Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1964.

Eggers Lan fue un militante destacado de la Democracia Cristiana argentina, en 1956 representó al partido DC de Argentina en el Congreso Mundial Demócrata Cristiano que se celebró en Luxemburgo; en 1958 renunció a dicha agrupación y hoy se declara simpatizante del marxismo, con algunas reservas sobre su aplicación práctica y manteniendo sus creencias religiosas. Su libro, que es breve, hace un análisis teórico de las ideas fundamentales sociales de la Iglesia y de la Democracia Cristiana, comparándolas con las posiciones marxistas.

Sobre el comportamiento de los católicos ante el proceso revolucionario que se desarrolla en América Latina, se acaba de escribir la primera obra panorámica:

16.—«Los Católicos y la Revolución Latinoamericana» por Enrique López Oliva. El jurado

de Ensayo del Concurso Casa de las Américas de 1969 recomendó especialmente su publicación.

Esta obra es de un periodista y escritor cubano que se ha dedicado desde hace varios años a los problemas políticos, sociales y económicos de América Latina, y que colabora frecuentemente en publicaciones nacionales y extranjeras. Uno de los jurados del Concurso Casa, Carlos María Gutiérrez (de Uruguay), al escribir una introducción al ensayo de López Oliva destaca que es un estudio metódico e inteligente, donde se muestra mediante datos concretos, hechos, declaraciones..., las distintas posiciones que se manifiestan hoy en las filas del catolicismo y de la iglesia latinoamericana, sin dejar al margen su comportamiento en el proceso histórico del continente. Este libro cuenta con una abundante bibliografía, donde predominan informaciones de la prensa latinoamericana, documentos eclesiásticos, revistas católicas y entrevistas realizadas por el autor.

Este ensayo aparecerá próximamente en la colección «Guairas» del Instituto del Libro y lo está editando en Montevideo, la «Editora Sandino»; en Buenos Aires, «Galerna», y en Roma, «Samona E Savelli».

De Camilo Torres, el sacerdote guerrillero colombiano muerto en combate frontal con el ejército cuando luchaba por la revolución, acaban de salir otras dos recopilaciones:

17.—«Camilo Torres: El sacerdote que murió en las guerrillas», Ed. Nova Terra, Barcelona, 1968.

Esta obra recoge una serie de artículos y estudios realizados por Camilo sobre la Iglesia antes de integrarse a la lucha política.

18.—«Camilo Torres, Obras Escogidas», incluye una conferencia titulada: «Camilo Torres: el sacerdote guerrillero», pronunciada en Montevideo por el sacerdote obrero uruguayo Juan Carlos Zaffaroni, Ed. Provincias Unidas, Montevideo, 1968.

Zaffaroni fue uno de los sacerdotes que participaron en el Congreso Cultural de la Habana y actualmente vive en la clandestinidad en Uruguay. La prensa y voceros del gobierno lo han vinculado a la organización Revolucionaria «Movimiento de Liberación Nacional: Tupamaros».

19.—«Sacerdote y Revolución», por el sacerdote-obrero uruguayo Juan Carlos Zaffaroni, Ed. Provincias Unidas, Montevideo, 1968.

Precisamente después de escribir este libro Zaffaroni pasó a la clandestinidad.

20.—«El Padre Camilo Torres», por Germán Guzmán, Ed. Siglo XXI, México, 1968. Una interpretación muy discutida de la vida de Camilo Torres.

Los triunfos electoreros de Eduardo Frei en Chile y más recientemente de Rafael Cal-

dera en Venezuela, han llevado a primer plano de la actualidad a la Democracia Cristiana Latinoamericana. Un libro que acaba de salir sobre este tema es:

21.—«Las Democracias Cristianas», por Carlos Real de Azúa, Maurice Duverger, Eneida Novia, Alcibiades Paredes, Eduardo Paysasé, Vivian Trías, Colección Los Partidos Políticos, No. 1, Ed. Sandino, Montevideo, 1968.

De gran importancia para situar la posición de la jerarquía católica ante la problemática actual latinoamericana es:

22.—«Documentos de la Segunda Conferencia General del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM)», y la intervención de Pablo VI en Bogotá al dejar inaugurada la reunión, Medellín-Bogotá, 1968.

Un grupo de intelectuales sacerdotes y obreros católicos, inspirados en el pensamiento de Camilo Torres, se reunieron en Montevideo en enero de 1968 en el «Encuentro Latinoamericano Camilo Torres». Sus acuerdos fueron recogidos en:

23.—«Acuerdos del Encuentro Latinoamericano Camilo Torres», Montevideo, 1968. Se prepara una edición en Uruguay.

Cuatro revistas sobre el catolicismo latinoamericano que reflejan diferentes posiciones y cuentan con abundante material informativo al respecto son:

24.—«Cristianismo y Revolución», Buenos Aires.

---

25.—«Mensaje», Santiago de Chile.

---

26.—«Vispera», Montevideo.

---

27.—«Estudios Centro Americanos», San Salvador.

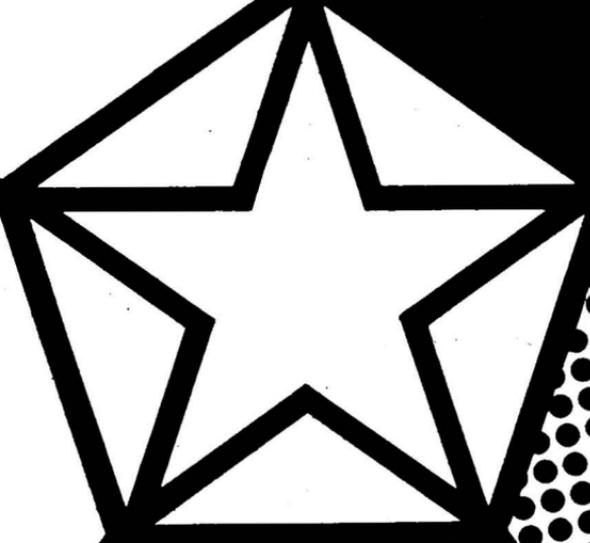
«Mensaje» y «Estudios Centroamericanos» son redactados por los jesuitas, «Cristianismo y Revolución» por el comando «Camilo Torres» de Argentina y «Vispera» por un grupo de intelectuales jóvenes católicos de diferentes tendencias.

LOS AUTORES

LOS Auto

LOS Autores

Autores



# autores

**Cmte. Faustino  
Pérez,**

**Germán Sánchez,**

**José Tabares,**

**Carlos Núñez,**

**Oswaldo Ortega,**

**Juan Pérez  
de la Riva**

miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

---

instructor del Dpto. de Filosofía de la Universidad de La Habana; su artículo es un análisis de los antecedentes ideológicos del asalto al cuartel Moncada y la significación de este hecho en la historia reciente de Cuba.

---

director de la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana. Su colaboración es un primer análisis para la historia del movimiento 26 de Julio.

---

colaborador de nuestra revista, nos envió desde Bolivia una nota acerca del reciente golpe militar en ese país.

---

periodista de Prensa Latina y que fuera corresponsal de dicha agencia en el Medio Oriente, aborda en su comentario el golpe de estado en Libia.

---

el profesor Pérez de la Riva, que colaboró en nuestro número 27, comenta el libro del joven historiador Carlos del Toro, recientemente publicado por la serie *Pluma en Ristre*.

**Víctor Casaus,**

poeta, alumno de la Escuela de Letras y Arte de la Universidad de La Habana, critica dos libros de jóvenes cuentistas: *La Guerra tuvo seis nombres* de Eduardo Heras y *Usted sí puede tener un Buick*, de Sergio Chaple.



Unidad Productora 08  
«Mario Reguera Gómez»  
La Habana, Cuba.

# **PROBLEMI DEL SOCIALISMO**

Direttore  
Lelio Basso  
Vice Direttore  
Antonio Lettieri

**Rivista mensile marxista che tratta:**

- analisi economica del capitalismo in Europa occidentale.
- problemi della lotta antimperialista nei paesi capitalisti avanzati e nel Terzo mondo.
- questioni di teoria marxista.

abbonamento annuo per l'estero 8.00

Redazione Via della Dogana Vecchia 5 - 00186 Roma

# **quaderni piacentini**

Redazione:

PIACENZA, VIA POGGIALI 41,  
ITALIA

# índice

NÚMERO 31 - AGOSTO 1969

<i>Fidel Castro</i>	<b>3</b>	EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO
<i>Ernesto Che Guevara</i>	<b>13</b>	RELATOS DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA
<i>Faustino Pérez</i>	<b>67</b>	LA SIERRA, EL LLANO: ESLABONES DE UN MISMO COMBATE
<i>Germán Sánchez</i>	<b>99</b>	EL MONCADA: ASALTO AL FUTURO
<i>José A. Tabares</i>	<b>132</b>	APUNTES PARA LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO 26 DE JULIO
<i>Carlos Núñez</i>	<b>145</b>	BOLIVIA: LA HISTORIA SECRETA DE LA «REVOLUCIÓN»
<i>Oswaldo Ortega</i>	<b>150</b>	LA SORPRESA LIBIA
<i>Régis Debray</i>	<b>158</b>	NOTA A ¿REVOLUCIÓN EN LA REVOLUCIÓN?
<i>Juan Pérez de la Riva</i>	<b>163</b>	CARLOS DEL TORO Y SU 1914 OBRERO
<i>Víctor Casaus</i>	<b>175</b>	HERAS Y CHAPLE: «UN PASO MAS ALLA DE LA PROMESA»
	<b>187</b>	ESTANTE DE LIBROS
	<b>194</b>	LOS AUTORES



M-26-7